



Agua y Fuego

hasta el final

Tatiana Mier

Agua y Fuego

hasta el final

Tatiana Mier

1.^a Edición: 2019

©Tatiana Mier, 2019

Diseño de portada: Tatiana Mier

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización por escrito del titular del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Al amor de mi vida.

Tus ojos

Mataba el tiempo sentada en la cama, dibujando en su agenda con los pocos lápices de color que conseguí encontrar en uno de sus estuches. Al empezar el año, me había obligado a prometerle un dibujo por cada página en blanco del fin de semana; y aquel, con el que íbamos a despedirnos de marzo, decidí ilustrarlo con uno más dedicado al mar, esbozando una sirena en un arrecife de coral. No podía ser de otro modo. Por algo, aquél era mi mes.

Mientras, ella acababa de arreglarse, subida al puente aéreo que iba del baño a su habitación, retomando la conversación cada vez que regresaba al cuarto. Y es que Alba, que era de aquellas personas a las que se le ocurrían nuevos propósitos cada quince días, parecía haber olvidado que yo, era de aquellas otras que se dedicaban en cuerpo y alma al primero de ellos, hasta el treinta y uno de diciembre. Por eso ella insistía con su película, y yo, solo la escuchaba a medias, concentrada como estaba en el papel.

—Tú, lo que necesitas es a alguien que te cuide, que te mime, que te ponga en un pedestal...

Blanqueé los ojos, sin levantarlos siquiera del dibujo. Ya había perdido la cuenta de a cuántos les había colgado la etiqueta de príncipe azul. Y aquella noche, le había tocado a un tal Raúl, el mejor amigo de su proyecto de novio, ser premiado con sus bendiciones. Llevaba hablándome de él, mostrándome fotografías suyas e intentando metérmelo en el corazón con calzador, desde el miércoles. Cuando se le ocurrió que aquel chico guapo, encantador y estudiante de económicas, sería un partidazo para mí. Estaba segura de que congeniaríamos enseguida, porque según ella, teníamos los mismos gustos, los mismos objetivos y el mismo sentido del humor. Por mi parte, empachada como estaba de aquel derroche de virtudes, de lo único que estaba segura, era de que regresaría a casa tan enamorada como había salido de ella. Es decir, nada en absoluto.

La miré, entre sorprendida y molesta, cuando Alba me arrancó su agenda de las manos, obligándome a regresar a su mundo.

—¡Deja de enredarme! —rechisté, recuperando mi lienzo de un tirón.

—Pero ¡ya han pasado dos años!

—Mira, lo único que necesito, es quererme a mí misma. Así que si no me dejas en paz — Sellé su boca abierta, amenazándola con el lápiz—, no iré al cumpleaños de Sergi, y te dejaré colgada como un chorizo entre un montón de tíos que apenas conoces.

—¡No te atreverás!

—¡Y tanto, que me atreveré!

—¡Aguafiestas!

Me sacó la lengua antes de volatilizarse de la habitación, y yo, regresé a aquel dibujo, riendo por lo bajini. Sabíamos que solo estaba chinchándola, por eso ninguna de las dos, acababa por tomarme en serio. Ambas, teníamos muy claro que, una vez me había comprometido, no la dejaría tirada, pese a aquella obsesión cargante por disfrazarse de celestina.

No por ello dejaba de preguntarme en qué momento me dejé liar, aun a sabiendas de que tendría que soportar su tabarra toda la noche. Supongo que, aunque mi interés por su propósito

era nulo, no podía resistirme a la tentación de salir de fiesta. Y es que, por aquel entonces, a mis dieciocho años, desmelenarme al ritmo de la música estridente y volver a casa con aquel pitido insoportable en los oídos, era el mejor plan para los sábados.

Alba regresó del baño, esta vez en silencio, con el pelo untado de espuma, y arrambló con el neceser de maquillaje que guardaba en un cajón de su escritorio. Consulté el reloj de su mesita. Pasaban ya las diez de la noche y Sergi nos esperaba en el coche en doble fila, hacía, al menos, cinco mensajes insistentes. Pretendía que no tardáramos demasiado en bajar. Iluso. Aquel era un ruego que ella, que necesitaba más de una hora para asegurarse de que estaba perfecta, y que tenía la costumbre de empezar su rutina apenas diez minutos antes de cualquier cita, no le concedería.

—¡Por fin! —exclamó él, señalando el reloj del salpicadero que, sin sorpresas para mí, marcaba casi las doce—. Subid ya, que somos los únicos que llegamos tarde.

—¿Y qué esperabas? Si eres tú quién lleva a las dos únicas chicas del grupo —bromeó mi amiga.

—Aun así... —rechistó él, activando el clic-clac del intermitente para incorporarse al tráfico.

—¡Relájate! No irán a ninguna parte sin ti. ¡Es tu cumpleaños!

Le besó en la mejilla y el enfado, se le congeló al instante. No esperaba menos. Alba era arrolladora, extravertida y alocada. Imposible resistirse a su energía y a su buen humor, como estaba comprobando Sergi en las últimas semanas.

Me recliné en el asiento trasero y la miré. Esta vez, con cariño. Éramos amigas desde pequeñas. Pequeñas de verdad. Sus padres y los míos se conocieron cuando contábamos los años con solo dos dedos. «Compis de guardería», se llamaban a sí mismos. Habíamos crecido juntas y, aun así, el tiempo, nos había forjado totalmente distintas. Quizá por eso, podíamos entendernos tan bien unas veces, y matarnos otras. Como las dos buenas hermanas postizas que sentíamos que éramos.

Tardamos poco en aparcar en el punto de encuentro, a medio camino de la discoteca a la que iríamos después. Sin embargo, nadie nos recibió en aquel descampado de tierra. El resto del grupo, hastiado de esperar bajo la humedad de aquella última noche de marzo, había optado por refugiarse en una cervecería cercana.

Cruzamos la puerta después de Sergi y yo, hice lo que hacía siempre en estos casos. Esconderme tras los pasos de Alba y contemplar todo lo que me rodeaba, como si me fuera la vida en ello.

Me gustó el local. Mucho más, que la perspectiva de verme andando camino a esa gran mesa, repleta de desconocidos, situada en una de las esquinas. Observé, a un lado de la barra, las mesas, que alternaban sillas y bancos de madera; al otro, los dos futbolines y billares que habían instalado; y acabé, abstraída en el techo envigado en acero, abuhardillado, del que colgaban filas de lámparas metálicas que vestían de una luz amarillenta las paredes de la sala. Aquel bar, tenía un toque industrial que, en aquella época, no se llevaba en absoluto, pero que encajaba a la perfección en aquel polígono de fábricas.

Se levantaron todos a estirar de las orejas a Sergi, a desafinar un *Cumpleaños feliz*, y, cómo no, a tantear curiosos, a las chicas que lo acompañaban. Un total de diez chicos, y Raúl, por supuesto, besaron mis ardientes mejillas, antes de sentarnos y hacernos sitio, los rezagados, entre las jarras espumosas y los vasos de tubo que los demás ya hacía rato que se llevaban al gaznate.

Me acomodé en un extremo, susurré al camarero lo que quería, y adopté mi postura habitual: observar, escuchar y sonreír. Lo de participar, era algo que me reservaba para ocasiones imprescindibles. Siempre me costó soltarme con gente nueva.

—¿Qué te parece Raúl? —cuchicheó Alba en mi oído—. No me digas que no está bueno.

—Qué pesada eres... —resoplé—. No me gusta.

—Pero ¿por qué?

—Es guapo, pero me parece soso.

—¡Si ni siquiera has hablado con él!

—Es que no sé, le falta chispa.

—¡Oh, claro! —chasqueó la lengua—. Le falta el puntito de cabrón.

—¡No es eso! Te he dicho mil veces que no tengo nada en contra de los chicos buenos. De hecho, Sergi me cae bien.

Frunció el ceño y supe que estaba pensando que yo, no tenía remedio.

—¡Por favor! —exclamé, conteniendo mis dedos para no señalarle—. Pero ¿en qué estabas pensando?!

—Vale, vale... ¡No me mates! —Levantó ambas manos, rindiéndose—. Creí que te pegaba. Así, tan niño bien como tú.

Guiñó un ojo y nuestras carcajadas sonaron amortiguadas por la algarabía en aquel bar. Sergi la reclamó, y yo, me quedé sola cavilando.

No era la primera en colgarme aquella etiqueta, pero como ella lo hacía con el mismo cariño con el que pretendía molestarme, la acompañé en su broma. Ya estaba acostumbrada. Sin embargo, odiaba que el resto del mundo lo hiciera. Lo sé. No lo ponía fácil. Sabía que mi aspecto, mi actitud modosita y lo difícil que me resultaba mirar a los desconocidos a la cara, daba pie a equívocos. Pero no podía evitarlo. Todo era culpa de mi absurda timidez, que, dependiendo de quién la mirara, o de cómo quisieran mirarla, me hacía parecer distante y engreída. Una estirada. Tenía muy interiorizado, que lo que todo el mundo creía al verme por primera vez, sin haber intentado conocerme a solas, es que solo me fijaría en chicos como Raúl. Universitarios, de buena familia, y bien educados. Como ella había mencionado, niños bien como yo.

¡Menuda gilipollez!

Por suerte, Alba me conocía lo suficiente como para no dejarse llevar por esa impresión. Que deseara presentármelo, y que tuviera tantas esperanzas en que me gustara, poco tenía que ver con que Raúl y yo aparentáramos estar hechos el uno para el otro. Tenía que ver, con todo lo otro. Y en cuanto le vi en persona, lo entendí a la perfección. Raúl, destilaba nobleza por todas las esquinas.

Mi amiga estaba convencida de que mi problema, era que solo me fijaba en los chicos malos. «Alguien como tú, que no supura maldad por ningún poro, no debería arriesgarse con un cabrón». Eso fue lo que me dijo, cuando rompí con mi última relación. De ahí, su obsesión por presentarme a chicos buenos.

Lo que no comprendía ella era que, para mí, enamorarse era otra cosa. Y tampoco es que pidiera tanto. Ya no esperaba flechazos, ni príncipes azules, ni historias de cuento. Mis sueños de princesa, los enterré con las películas Disney que me aprendí de memoria cuando era pequeña. Ya lo había comprobado. Eso, no existía. Pero sí hablaba de sentir, ni que fuera, un leve aleteo en el estómago. Como ocurrió la primera vez, hacía ya esos dos años que ella no se cansaba nunca de recordarme.

Lo sentía por Alba, y por mandar al traste todos sus planes una vez más. Sentía mucho que,

por más que le pesara, Raúl no me hiciera sentir nada.

Por eso, supongo que volví a mirarle, de reojo. Para reafirmarme. Y por eso, porque ya estaba allí, supongo que acabé curioseando, otra vez, al chico reservado que se sentó junto a él.

En aquel instante, Raúl susurraba en su oído y él, le escuchaba, más concentrado en remover los hielos de su vaso vacío y en aspirar el humo de su cigarro.

Sí. En 2002 aún se podía fumar en los bares.

Sus labios se despegaron del filtro y levantó la vista. Y yo, que por mucho menos que por sentirme cazada espionando a un desconocido, me habría ruborizado sin remedio, me tragué mi curiosidad. Antes de comprobar hacia dónde tenía pensado dirigir sus ojos. Antes de que fuera demasiado tarde, y el leve sonrojo que ya sentía, se convirtiera en un intenso color bermellón.

—Miedo me das, tan calladita... ¿En qué rumias? —preguntó mi amiga.

—¿Yo? En nada.

—No estarás dándole vueltas a los exámenes, ¿verdad?

—¿Por qué me recuerdas eso? —rechisté—. ¡Qué oportuna! Ahora que había conseguido desconectar de mis apuntes de historia... —sonreí, removiendo mi copa—. En realidad, estaba pensando que me han cargado demasiado el Malibu con piña.

—A ver, trae —cogió la pajita para probar mi bebida—. ¡Qué va! Qué fina eres, a veces. Luego, dices, que no te llame pija.

Me devolvió el vaso y continuó prestándole toda su atención a su novio. Yo, se la presté un segundo más a él, quizá, por séptima u octava vez, y regresé a mis elucubraciones.

No le había pillado mirándome, como un palpito absurdo me dijo que estaría haciendo. Así que me di de bruces con la realidad de que yo, era poco menos que un cero a la izquierda para él. Tampoco es que esperara, en realidad, otra cosa. Después de saludarme, con corrección y sin efusividad alguna, debí volatilizarme en su memoria. Yo no era de esas chicas que, como Alba, causan impresión nada más verlas, y su simple existencia, te encandila.

Acerqué mis labios a la pajita y sorbí, procurando concentrarme en el sabor dulzón de mi bebida, torciendo el cuello a la derecha para evitar que aquel maldito mechón que se empeñaba en caer sobre mis ojos, no lo hiciera también dentro del vaso. Resoplé, ofuscada, y acabé apartándolo de un manotazo, para encontrarme, casualmente, con él. Que no con su interés. Porque en ese instante, él estaba ausente, ensimismado en sus pensamientos. Como prácticamente todas las veces que lo había mirado. Y es que, aparte de cuchichear con Raúl, apenas participaba. Un poco, como lo que hacía yo. «Quizá, es solo un chico tímido y discreto», me dije, dejándome llevar por un episodio de enajenación transitoria. Porque aquello, no tenía ni pies ni cabeza. Aquel chico, podía ser cualquier cosa, menos discreto. En cuanto le vi al entrar en el bar, eso, ya lo supe. Estaba, simplemente, a lo suyo.

Así que yo, seguí también a lo mío, charlando con mi amiga. O lo intenté. Y es que, en el fondo, muy en el fondo, esperaba y deseaba a partes iguales, cualquier excusa para regresar a él.

Oportunidad que me llegó, solo unos pocos minutos después, cuando su voz grave se sumó a la propuesta de otro, de alejarse a echar unas partidas al fútbolín. Por eso fui la primera en mirarle, y creo que también, la única en observar, en directo, cómo su cráneo se estampaba contra el acero de una viga que moría en la pared. El impacto fue tan violento, que hasta yo lo sentí. Sobre todo, lo sentí por ser incapaz de contenerme más allá de los tres segundos que él tardó en comprobar que no se había abierto la cabeza. Estallé en carcajadas, y el resto de la mesa, me acompañó.

—Tía, córtate un poco... —me recriminó mi amiga, al oído.

—¿Es que no has visto qué hostia se ha dado?!

El intento de Alba de silenciar mi espontaneidad, reaparecida como por arte de magia, y devolverme a mi estado habitual de inhibición, no le sirvió de nada. Sí lo hizo, en cambio, él. Con aquel destello de impotencia, fugaz, que atisbé en la furia de sus ojos. Y, por descontado, con el puñetazo con el que se desquitó con la viga que le había golpeado.

Muda al fin, le observé dirigirse con los otros cuatro que se levantaron, hacia uno de los futbolines situados a mi espalda. Él, todavía frotándose la cabeza, y el resto, ahogando sus risillas. Raúl se acercó para decirle algo, pero lo alejó de su lado, con un leve empujón en el hombro.

—Entonces Cris, si Raúl no te gusta, ¿alguno de los otros chicos, te interesa?

Resoplé de nuevo, blanqueando los ojos en el camino que lo abandonaba a él y regresaba a ella. La miré sin decir nada. Mi cara de aburrimiento, lo decía todo.

—¿Es que contigo no hay forma! Si te gustara alguno, podría hablar con Sergi y tantear. Me da igual si no es Raúl.

—Tú no te preocupes tanto —reí, y acercándome a su oído, me dispuse a confesar —: si te soy sincera, sí me ha llamado la atención uno de ellos.

—¿Ves? ¡Lo sabía! —palmoteó emocionada—. Sabía que alguno te iba a entrar por el ojo. ¿Y quién de ellos, es?

—Su primo.

El gesto de Alba se transformó en un mal cruce entre el espanto y la decepción. La ignoré y volví a mirarle a él. Estaba disfrutando de su partida, bromeando con su contrincante, con sus amplias manos preparadas en las palancas, ajeno a nuestra mesa. Desternillándose. Como lo encontré al entrar en el bar, antes de distraerme con las lámparas. Como antes de que nos presentaran, nos sentáramos todos a la mesa y él, se abstraiera.

Al verle lanzando sus carcajadas al techo, tuve claro por qué él, sí, y Raúl, no. Y es que, Álex, no podía ser más distinto a su primo. Si no fuera porque lo habían mencionado al presentarse, nunca hubiera creído que, por sus venas, corriera algo de genética en común.

Casi una cabeza, más alto, estaba segura de que superaría el metro ochenta. Algo menos corpulento, quizá, y, aun así, de hombros anchos y bastante más fuerte. Eso lo comprobaba en ese mismo instante, extraviándome en aquel pedazo de piel que los puños de su camisa desnudaron al enrollarse en sus codos, y que se definía cada vez que cogía el vaso, encendía un cigarrillo y hacía girar la palanca del futbolín. Tampoco compartía con su primo, los caprichosos detalles que su genética sí le había querido regalar a él. Ni aquellas pecas trigueñas, salpicando sus mejillas; ni aquel minúsculo espacio incrustado entre sus incisivos frontales; ni siquiera, aquella chispa de Daniel el Travieso, que encendía su sonrisa. Álex era endiabladamente guapo. No guapo, a secas, como lo era Raúl.

Y, sin embargo, lo llamativo de su aspecto físico, no era lo que más me atrapaba de él, ni lo que más lo alejaba de su primo. Era otra cosa. Algo mucho más sutil, impalpable, y que no solo no compartía con su él, sino con nadie que hubiera conocido nunca.

El modo en que su presencia flotaba en el aire, ocupando el espacio que los demás no conseguían llenar. Aquel magnetismo, que irradiaba, que le imposibilitaba pasar inadvertido aún sin hacerse notar. Y su energía, avasalladora, llena de seguridad en sí mismo, mal disfrazada de aquella actitud de estar de vuelta de todo.

Todo aquello era, precisamente, lo que empezaba a pasear, de puntitas, en algún lugar difuso, un palmo por encima de mi estómago.

—¿Ves cómo siempre te fijas en los tíos buenos con pinta de rompecorazones?

—Y dale con que la abuela fuma —reí.

—Tengo razón.

—Crees que tienes razón, pero ¿qué te hace pensar que ha de ser un cabrón? Lo has conocido hoy, igual que yo.

Miró hacia otro lado, esta vez, ignorándome ella. Cualquier otro día, seguro, habría seguido argumentándole mis convicciones, pero aquella noche, ya no tenía ganas de discutir con ella. No, por el mismo tema.

—Da igual, no lo comprobaremos nunca —quise terminar la conversación—. No tengo nada que rascar con él.

Alba volvió a mirarme y suspiró, asomándose con discreción por encima de mi hombro.

—Yo no estaría tan segura.

Ni me molesté en disimular. Me giré, resuelta; y al encontrar sus ojos anclados en mí, el corazón, me dio un vuelco. Impasible, me afrentó, atrapándome en una mirada turbia, como retándome a observar más allá de su fachada.

Y lo que yo vi, fue mucho más de lo que dejó que mi amiga atisbara de él. Aunque no todo lo que supe que podría llegar a descubrir. Él, en cambio, me desnudó. Me abrió en canal. Nunca me había sentido tan expuesta, en los ojos de otra persona. Y quizá, sonará a estupidez, pero aquella sensación, me resultó cómoda. Como si lleváramos mil vidas, mirándonos así.

Dibujó una discreta sonrisa, de la que creo que ni él se percató, cuando decidió separar la espalda de aquella columna en la que se había apoyado de brazos cruzados, para reincorporarse a la partida, dejándome sola de nuevo.

—¿Voy a buscar un extintor? —susurró mi amiga, de guasa.

Podría haber ido a buscar los de aquel bar, los de toda Catalunya, y, aun así, habría sido inútil. Era demasiado tarde para ahogar ningún fuego. Porque yo, ya estaba envuelta en sus brasas.

Cuando encontré una peseta

Debí perder la noción del tiempo, del espacio e incluso de mí misma. Porque todo se convirtió en un borrón incierto, hasta que sentí el rubor instalarse en mi pecho, escalar por mi cuello y colorearme los pómulos. Sí, lo sé... Otra vez.

Ocurrió mientras hacíamos cola en la entrada del local al que Sergi se encaprichó en ir. Frente a mí, él y mi amiga bromeaban y se besaban. A mi espalda, Álex. No necesitaba ni voltearme para saberlo. Para adivinar que era él quien estaba erizándome la piel, sin siquiera rozarme. Aun así, me giré, fingiendo mirar en la lejanía. No me equivocaba, Álex estaba ahí. Taciturno, con los pies separados y las manos cruzadas a la espalda, observando otro punto incierto, por encima de mi cabeza, al inicio de la cola. Calculé un palmo de distancia entre los dos, y, sin embargo, desprendía tanto calor...

—¿Por qué sonríes? —preguntó, Alba.

—Por una gilipollez —susurré—. Pensaba que Álex tiene más pinta de pedirme el DNI, que el portero de la entrada.

Alba miró de reojo al que podría haber sido mi guardaespaldas personal.

—Te juro, que no sé qué coño le ves —contestó, escondiéndose en mi pelo—. Es un macarra de tres al cuarto. Si no fuera primo de Raúl, no estaría aquí con nosotros.

Bufé, recordando cómo en el coche, ya había reiniciado su cruzada, buscándole todos los peros. Sergi, se atrevió a intervenir una vez, intentando defenderle. Después se calló. El pobre, aquella noche, estaba descubriendo a marchas forzadas, los entresijos de mi amiga. Y ya tenía claras dos cosas. Que la puntualidad no era su fuerte y que era imposible llevarle la contraria.

Nos prohibieron entrar. En concreto, a él, le prohibieron entrar. Le detuvieron en la puerta y los que habíamos pasado delante, reulamos, para averiguar cuál era el problema. Raúl discutía con el vigilante, que tenaz, insistía en que su atuendo no era apropiado para el local. Álex, ni siquiera hizo el gesto de contrariarlo. Sonreía, casi divirtiéndose con los comentarios de aquel armario de dos puertas. No parecía, ni tan solo, sorprendido.

A mí no me hizo tanta gracia. Le miré de arriba abajo, revisando sus pantalones de pinza, sus zapatos de vestir, y los puños de su camisa negra, de nuevo bien abotonados, asomando más allá del borde de su chaqueta de cuero. Lucía el afeitado bien apurado; y su pelo, rubio oscuro, se revolvía en cortas puntas afiladas con gomina. A mi parecer, no había nada en la elección de su atuendo, que impidiera su entrada; excepto, quizá, los adornos con los que se complementaba. Un *piercing* en la ceja, dos aros en su oreja izquierda, un sello enorme en su dedo corazón y un cordón al cuello. Tanto oro junto, y aquella nuca rasurada al cero, desprendían un perfume esencial a chico de barrio. A problemas. Aunque ese olor que aparentaba generar en los demás, cierta pesadez en su olfato, a mí ni siquiera me llegaba a la nariz; embriagada como estaba, de su perfume y de aquel hechizo de feromonas que transpiraba.

Fue Álex el que improvisó cambio de plan. Y es que, como Sergi mencionó, algo molesto por

su reacción, «ya que estás tan acostumbrado a que no te dejen entrar en los sitios, dinos dónde no te pondrán problemas». Propuso acercarnos a Sabadell, a aquella discoteca que tan de moda estuvo en los 90 y que pegaba sus últimos coletazos en 2002. Tenía razón. Si lo que buscabas era saltar al ritmo de *Music for your eyes*, en aquel lugar, con lo único que no te dejaban entrar, era con bambas. Y aquella noche, todos nos habíamos calzado zapatos. Incluido él.

Al ritmo de la música máquina que sonaba siempre allí, solo podía preguntarme en qué pensaba cuando le sorprendía observándome. No disimulaba al hacerlo, pero tampoco despegaba los codos de aquella barra, en la que todavía reposaba su primera copa. Quise desentrañarle la mirada, sin lograrlo. Para que luego digan, que los hombres son simples. Quizá algunos lo sean, pero aquel, estaba claro, que era todo contradicción.

Solo me quedaba una opción. Tragarme la timidez y jugar a la seducción, para ver si así, se desarmaba. Me insuflé de valor, y procuré ser lo más sensual que se me ocurrió, desafiándole con la tela de mi vestido entre mis dedos, recreándome en la seguridad del vaivén de mi pelo, tras el que escondí toda mi vergüenza, dibujándome con lentitud, a un ritmo que aquella música no pedía.

Sin embargo, ni con esas. Mis movimientos indecisos, solo consiguieron envalentonar a un Raúl que, desinhibido con unos cubatas de más, se sumó a mi baile. Me vi frenando sus manos ebrias e incómodas, que se acercaron a mi cintura más de lo que yo estaba dispuesta a aceptar de un compañero de juerga. Pero Álex, ni se inmutó. Nos dio la espalda y le pidió a la camarera su segunda copa. Guardando sus manos, las únicas que, para entonces, sí hubiera deseado sobre mí, metidas en los bolsillos de su pantalón gris, sacándolas solo para coger el vaso de tubo y llevárselo a los labios.

Supuse que era demasiado joven e inexperta, para echarle una buena partida a un chico como él. Ni siquiera conocía bien mis cartas. Y Álex, parecía un entendido en aquel arte. No necesitaba más que ver cómo la camarera se deshacía en sonrisas con él, para deducir que estaría flirteando con ella.

Me sentí tan insignificante, y aquello, me resulto tan jodidamente familiar, que me dije que, por aquello, no volvería a pasar. La noche era mía, y no necesitaba a nadie más. Yo, había salido solo para pasarlo bien, para volver a casa con los pies destrozados y los tímpanos perforados. Así que me sumé a las bromas y a los chupitos de tequila que cayeron en mis manos, y boté, como la que más, cuando sonó la mezcla *remember* de la última hora y *Give it up*, como siempre, acabó por devolverme la confianza. Me enfoqué en Alba y dejé a mi espalda aquella barra. No iba a permitir que mi autoestima tropezara, ni un solo peldaño, a causa de su indiferencia. ¡Con lo que me había costado devolverla a su lugar de origen!

Pero mi convicción se esfumó, cuando, de regreso a los coches, me descubrí franqueada por los dos primos. Raúl charlaba a buen ritmo, ahora que el alcohol abandonaba sus venas; Álex, de mero acompañante, no entraba en la conversación; y yo, me limitaba a intervenir, escueta, cuando el turno recaía en mí. Fueron pocas veces las que aquello ocurrió, por suerte. Y es que al sentirle a él tan cerca, casi se me olvidó hacer otra cosa que no fuera observarle; de aquella forma tan mía; delineando y pintando cada uno de sus rasgos.

Así fue cómo creí adivinar cuáles eran los gestos que lo delataban, por más sutiles que estos fueran. Por ejemplo, que sus labios, se torcían en un gesto travieso del que parecía ni ser consciente, cuando yo recordaba hablar. También, que la línea recta de su nariz se fruncía en el

puente, cuando Raúl volvía a sus andadas con un alago. Y que el borde de su mandíbula, se tensaba, como si apretara las muelas, cuando se forzaba a callar algo.

«¡Me ha estado engañando con su indiferencia!», aplaudieron mis hormonas, al pensarlo. Pero mi raciocinio pensó que quizá, iba un poco piripi y empezaba a ver cosas donde no existían; y que, más probable todavía, era solo una idiota dejándose llevar por la química, volviendo a llenar el mundo de ilusiones.

Con tanta inquietud dentro de mí, opté por detenerme en sus ojos, que dicen, son el espejo del alma, confiando en que, de ese modo, saldría de dudas. La oscuridad, aún remoloneaba por abandonarnos, pero en el horizonte, ya se intuía el amanecer. Solo tenía que esperar un poco más, ver sus ojos desnudos a la luz del día, y al fin, conocerle. Así que, paciente, me quedé en ellos hasta que el primer rayo madrugador los alcanzó. Y cuando lo hizo, su brillo, me descolocó.

No estaba preparada para verlos clarear, salpicados de ámbar, sobre un profundo verde bosque. No imaginé que podían existir ojos como los suyos. Los más bonitos con los que me hubiera encontrado nunca. Qué equivocada estaba, al pensar, que eran oscuros como los míos. Y cuánto lo estaba, también, al creer, que la luz, sería capaz de desnudarlos. Y es que tampoco habría esperado nunca, una mirada como la suya, vestida de camuflaje. Impenetrable. Tendría que mirarle de frente, como en el bar, para conseguir conocerle. Y él, no parecía muy interesado en dejarme hacerlo.

Raúl se adelantó, para abrir el coche y permitir que los que ya habían llegado a él, se acomodaran; dejándonos caminando a solas, en un silencio inesperado e incómodo.

—No hubiera dicho nunca que te gustara la música máquina —se atrevió él, a romperlo.

—Siempre me ha gustado. A ti supongo que también, ya que has propuesto este lugar para salir.

—Cierto. Pero no es el único estilo que me va.

—Ah, ¿no? ¿Y que más te gusta? Porque no tienes pinta de morirte por bailar una sesión de salsa.

Sus carcajadas explotaron en su pecho y en su garganta, tan roncadas y profundas, como la hacía su voz. Si hoy, me preguntaran por el instante en el que me enamoré perdidamente de él, creo que, de todos los de aquella noche, escogería precisamente ese. El primer segundo en que su risa estalló en su tórax y Álex, al completo, resonó, vibrando en mis costillas.

—Supongo que no tengo pinta de eso, no... —continuó todavía riendo, bajito—. No sabría por qué estilo decantarme. También me va el *rock* y el *hip-hop*, aunque la verdad es que no le hago ascos a nada, si el cantante es bueno.

—Y me confirmas lo que digo. Que tú, bailar, poquito.

—¡Estás muy equivocada! ¡Claro que bailo! Además, hasta lo hago bastante bien, si la compañía es buena... —sonrió, mirando al frente.

—Pues, ¡quién lo diría! ¡No has despegado los pies del suelo! Si tan bien se te da, ¿por qué no lo has hecho hoy? Yo he quemado la pista... —le pinché, dejando que las últimas gotas de tequila en mis venas, se tragaran mi vergüenza.

—No lo sé... —susurró.

—¡Claro que lo sabes! ¿Cómo no vas a saberlo? —me reí.

—No. No lo sé —contestó, firme, cerrando la conversación con aquel cambio brusco de humor.

Con aquellas breves palabras, o más bien, con todas las otras que había callado, el jarro de agua fría se volcó al completo sobre mi cabeza. Seducir podía ser una asignatura pendiente para

mí y podía ser muy torpe lanzando indirectas, pero bailando, no lo era. Así que, de aquella confesión a medias, lo único que podía interpretar era que, si no se había animado a hacerlo era porque yo no le interesaba.

—Vale —contesté, como una idiota, por no parecerlo aún más.

Si hubiese sido como Alba, quizá, le habría dicho que lo que no sabía, era lo que se perdía. Que yo, era mucha mujer para él. Y me hubiera quedado tan ancha. No obstante, no lo era. Y como Álex, tampoco acabó de vestirse del cabrón rompecorazones que mi amiga veía en él, callándose en aquel prudente «no lo sé», que me evitaba el rechazo directo, tampoco encontré motivo para defender una dignidad dañada solo en mi imaginario.

Así que en lugar de todo eso que había considerado decir, acabé mirando al suelo, y cómo no, encontré una peseta. Me detuve para recogerla, como siempre hacía, y al incorporarme, le descubrí esperándome a unos cinco metros de mí. De brazos cruzados, recostaba el peso de su cuerpo sobre uno de sus pies. La esfera plateada de su *piercing* centelleaba en el vértice de su ceja arqueada. Y su sonrisa, que preguntaba enmudecida, por primera vez hacía juego con sus ojos verdes. Pensé en cómo podía existir un chico como él en la tierra, y que, en ese momento, estuviera mirándome solo a mí.

—He encontrado una peseta —contesté, apresurándome a llegar hasta él—. Es que las recojo siempre, dicen que traen buena suerte.

Fui a guardarla en la cremallera interior de mi cartera, junto con el resto de monedas que había ido encontrando a lo largo de mi vida. Siempre las llevo conmigo, pasando de generación en generación de monederos. Miró desconcertado aquel bolsillo aparte.

—¿Las guardas todas? —preguntó extrañado.

—Sí, es mi colección de pesetas. Mira —sonreí, acercándole abierto el monedero—. Mi yaya siempre decía que había que pedir un deseo, y después guardarlas.

—¿Y qué le vas a pedir a esta? —sonrió.

No pude contestarle. No, en voz alta. «A ti. Voy a pedirte a ti», pensé, perdiéndome en sus ojos. Pero justo cuando creí que empezaba a acceder a él, desdibujó su sonrisa, apartó su mirada llevándola al suelo; y reanudó sus pasos sin esperar una respuesta que sí pudiera pronunciar. Volvió a guardar sus manos en los bolsillos, a acompañarse de aquella expresión indefinida en la cara, y recorrimos en silencio los metros que nos habíamos rezagado del grupo. Uno al lado del otro, pero demasiado lejos otra vez.

Me sentía abochornada, ridícula. Yo, que me había esforzado tanto por parecer cautivadora, lo había estropeado todo en el momento en que abrí la boca y aquel monedero. Le mostré cómo era. Una chica tímida, sosa y maniática. Cómo iba a gustarle yo, a un chico como él. Por más que se lo pidiera a aquella peseta.

La estirada de mejillas sonrojadas

Aquella chiquilla delgada, poquilla cosa, que calculé, levantaría poco más de metro y medio del suelo, no era para nada mi tipo.

Todavía recuerdo verla entrar en el bar, detrás de Sergi y de su amiga, observándolo todo con curiosidad. Detuvo sus ojos en nuestra mesa un instante, cuando él nos saludó desde lejos, para después, seguir mirando las lámparas que colgaban del techo.

Raúl se removió inquieto a mi lado, ampliando aquella sonrisa que llevaba pegada a la cara desde que nos habíamos montado en su coche. Hasta yo, me inquieté también al verla. Supuse que, porque incluso a mí, se me debía haber contagiado la expectación, después de más de dos horas de él, obligándome a imaginarla.

Lo primero que pensé al verlos juntos, cuando los presentaron, fue que los que quisieron disfrazarse de Cupido aquella noche, no podrían haber escogido mejor combinación. Era perfecta para mi primo. Tan modosita, tan educada, tan como él. Eso, y que, a mí, nunca me atraerían las chicas con pinta de muñeca. Y menos, las de porcelana. Mi madre guardaba dos venecianas tras una vitrina del salón, y mirarlas, me daba repelús. Fue un pensamiento absurdo, que no sé ni por qué me cruzó la cabeza. Porque tampoco es que debiera ser mi tipo. Ella no estaba allí por mí. Estaba por Raúl. Y él, ni siquiera se sentó a su lado, aunque aquella silla quedara vacía.

Si hubiera sido yo el que hubiera tenido la oportunidad de ligarse a una chica que me gustara, no lo habría pensado ni un segundo. Nunca entendí por qué no se atrevía a coger el toro por los cuernos. A cambio, intentó poner en práctica su estrategia habitual cuando salíamos juntos. Utilizarme de rompehielos. Y digo intentó, porque yo, por primera vez, me negué a hacerlo. «Búscate la vida, Raúl, no voy a hacerte siempre de hermano mayor», le contesté. Aunque al final me supo mal, y cedí a una de sus peticiones. La de contemplarla cada vez que la mencionaba.

Me dediqué a observarla de reojo, intentando comprobar, como él me pedía, si aquella chica se había percatado de su existencia. «Fíjate a ver si Cristina me mira», «tú que estás más cerca, a ver si escuchas a Cristina hablar de mí» o «¿crees que Cristina aceptará que la invite a una copa?». Y así, fue cómo empecé a descubrirla. Y cómo comencé, también, a aborrecer su nombre en boca de mi primo.

Su cabello color chocolate caía, lacio, hasta la mitad de su espalda, enmarcando en el camino, el óvalo de su cara. Tenía la manía, casi compulsiva, de apartarse un mechón rebelde que se empeñaba en colocarse delante de sus ojos. Aquellos ojos profundos e intensos como el café, repletos de chiribitas, que contrastaban con la palidez de su piel. Menos la de sus mejillas. No sabía si ella se daba cuenta, pero se ruborizaba a cada instante, como si su cara deseara contagiarse del colorado natural de sus labios.

Lo que yo decía. Una muñequita a la que no hubiera observado más de dos segundos seguidos, si no fuera por él.

Pero continué mirándola, mientras el humor, se me iba torciendo. Dejé de bromear y reír en

aquella mesa en la que, cualquier otro día, habría sido el primero en sumarme a la juerga. No salía demasiado con Raúl y sus amigos, aunque nos conocíamos desde hacía tiempo; y siempre lo había pasado bien con ellos. Así que creí que mi mal humor me venía porque estaba cansado al haber trabajado extra aquel sábado, y porque la moto me había dejado tirado por décimo-octava vez.

Y seguí mirándola, a pesar de que aquella chica, no prestaba atención a nadie que no fuera su amiga. Y cuanto más la observaba, más dudas tenía, sobre si sería adecuada para Raúl. Y siendo sincero, si lo sería para alguno de los que estábamos allí. Porque, a saber, de qué barrio pijo habría salido aquella chiquilla con pinta de niña bien. Una de aquellas que, si por un casual se dignaba a mirarme, lo haría por encima del hombro. No soportaba a esas chicas estiradas.

Por eso, cuando propusieron alejarnos al fútbolín, me sumé el primero. Cualquier excusa me valía para dejar de compartir mesa con ella. Estaba harto de observarla, harto de ella y de su superioridad. Me levanté como un resorte, y en el impulso, me estrellé contra la viga. El golpe en mi cabeza la obligó a aterrizar desde su pedestal, para pisar la tierra del resto de mortales, a carcajada limpia. «Pero, ¡quién se cree que es!», me grité. El acero se llevó un puñetazo, a cambio de contener las ganas que me entraron de saltar por encima de la mesa y hacerla callar, metiéndole la lengua hasta la garganta. Me hubiera divertido tanto horrorizarla y mostrarle, que, a caradura, no me ganaba nadie...

«¿Y ese mal humor que gastas?», me preguntó mi primo, camino al fútbolín. «No es nada, estaba pensando en la moto», le contesté, apartándole. No le mentí. De hecho, aquella era una de las cosas que me estaban enervando.

Escuché de nuevo su risa, cuando esperaba mi turno de relevo. Volví a mirarla, sin poder evitar curiosear a qué venían aquellas carcajadas agudas y estridentes, que, debía reconocer, podrían haberme contagiado, si no vinieran de ella.

Me cazó, y lo último que esperé, fue que me mirara de aquel modo. De frente, sin miedo, empezando por dentro. ¿Desde cuándo miraban así las chicas como ella?, ¿Desde cuándo nadie se atrevía a mirarme, a mí, así?

—Y bien, ¿de qué habéis hablado?

Raúl interrumpió mis pensamientos, forzándome a regresar al presente, cuando descargamos al último de sus amigos y nos quedamos solos en el coche.

—De nada. De música.

—Ya, de música... —rio—. ¿Y por qué os habéis quedado atrás? Os he visto muy juntitos.

Levantó las cejas repetidamente, insinuando algo que ni por casualidad, habría sucedido.

—Se ha encontrado una peseta —Recordé su gesto tímido al enseñármela—. Lleva una colección de monedas en la cartera. Me ha dicho algo de que traen buena suerte.

—¿Es supersticiosa?

—¿Supersticiosa? No me lo ha parecido.

—Entonces es una soñadora.

No la conocía para saberlo, pero no sé por qué, aquella descripción, me encajó mucho más con ella. Se me escapó una sonrisa, que borré de inmediato de mi cara.

—¿Le vas a pedir el teléfono? —preguntó.

—¿Yo? ¿No eres tú el que está interesado en ella? Me vas a decir, que no has intentado ligártela toda la noche...

Raúl bajó el volumen de los altavoces del Golf, enmudeciendo el CD de Eminem, que yo

había metido en la ranura del equipo cuando entré en el coche.

—Olvídate de lo que yo haya intentado. Serías tonto si no te lanzaras.

—¿Y por qué iba a querer hacerlo? ¿Con una chica como ella? Tú estás flipando.

—¿De qué hablas?

—Vamos, no me digas que no te has dado cuenta. Es una pija.

—¿Estamos hablando de la misma chica? ¿La que te has pasado la noche contemplando?

—¡Porqué tú me has pedido que lo hiciera!

—¡Venga, va! Si está clarísimo que te gusta.

—Ni en sueños, me gustaría Cristina —fruncí el ceño.

—Pues ella sí que lo tiene claro, así que espabila.

Regresé un segundo a aquella discoteca en la que me había deleitado viéndola bailar. No me perdí ni uno de sus movimientos. Ni siquiera cuando la camarera, después de dos horas apoyado en aquella barra, intentó despistarme siseando en mi oído palabras subidas de tono. Y es que, ¡cómo bailaba! Era como si su cuerpo, llamara a la guerra. Solo me perdí, los que debió compartir con Raúl, cuando les di la espalda para pedir mi segunda copa. No me quedó otra opción. Estaba sediento.

Quizás, una única vez, sí podría ser divertido. Morderle la boca, sacudirle la timidez de un plumazo, y enseñarle de qué pasta están hechos los hombres de barrio.

—No me importaría enrollarme una noche con ella —acabé por reconocer.

Mi primo estalló en carcajadas y yo levanté una ceja, interrogante. No entendí el chiste.

—¡Una noche, dice! ¡Pero si saltan chispas entre vosotros! —Miré por la ventana, resoplando —. Sí, resopla. Pero tú no te has visto mirarla, Álex.

Ni siquiera apartó la atención de la carretera para sentenciar aquello. No tenía razón. Yo la había mirado, como podría haber mirado a cualquier tía. Cómo le gustaba a Raúl adornar cualquier cosa de romanticismo. Yo estaba hablando de deseo, de sexo, de nada más. Yo no hablaba nunca, de nada más.

Así que subí el volumen de nuevo al máximo, silbando por encima de Eminem, intentando seguirle en aquel estribillo sin pausa, marcando el ritmo con la cabeza.

Lo que no sucedió en el Volkswagen Golf

Por suerte, no fue mucho el tiempo que destiné a preguntarme si volvería a verle. El martes, Alba me llamó para proponerme repetir plan el próximo sábado. Esta vez, sí que me tenía convencida, en cuanto mencionó que Álex estaría allí.

No pude dejar de pensar en él, el resto de la semana, detallando en mi cabeza el modo de intentar reparar la impresión que pudiera haberse llevado de mí la última vez. Sí. La mujer que días antes estaba cerrada al amor y a sentir, volvía a ilusionarse; dejándose llevar, por segunda vez en la vida, por una intuición tan irracional como abrumadora.

Aquella noche dediqué en arreglarme el tiempo que hacía mucho que no destinaba a esa tarea, preparándome para impresionarle. Escogí un mono rojo que guardaba al final del armario y que no recordaba ya cuándo me había puesto por última vez. Ceñido al cuerpo y de piernas acampanadas, resaltaba las pocas curvas que mi cuerpo insinuaba entonces. Me alisé la melena hasta que no quedó ni un remolino rebelde que se resistiera a la plancha y me maquillé, cuidando hasta el más mínimo detalle, resaltando mis ojos con una meditada paleta de sombras. Salí del baño, no sin antes echar un último vistazo a mi aspecto, satisfecha.

—Qué guapa te has puesto hoy —mencionó mi madre, al aparecer yo en el salón, chaqueta puesta y bolso en mano.

—Me apetecía arreglarme.

—Hacía tiempo que no lo hacías. ¿Alguien interesante que te espere?

—¡Mama! —me quejé, con un falso disgusto.

No me gustaba que se inmiscuyera demasiado en mis asuntos. Prefería ser yo la que le contara las cosas. De hecho, lo hacía a menudo, no podía quejarse. Pero aún era pronto, para hablarle de él.

—Vale, vale. Me callo —rio.

—Llegaré sobre las ocho —sondeé, dando por hecho un horario que sabía prohibido.

—Las siete.

—Venga, por favor, solo hoy. Salgo con Alba, ¡y nos trae Sergi en coche!

—Las siete. Y no discutas, o serán las seis.

Repliqué por lo bajo, aun sabiéndome escuchada. No me iría de casa sin decir la última palabra.

—¡Porta't bé! —se despidió mi padre sentándose en el sofá, mientras yo abría la puerta de casa.

«Pirti't bi», repetí, molesta, en el rellano, cerrando tras de mí. Siempre se despedía con aquella frase. Como si alguna vez me hubiera portado mal.

Un par de horas después, reconocía su espalda entre la del resto, frente a la puerta de Chic Sant Cugat. Charlaba con su primo y tres amigos más. Gesticulaba desenfadado, apuntando su

barbilla al cielo, vibrando su nuez con cada una de sus graves carcajadas.

Cuanto más cerca estaba de él, más hervía mi sangre, y más luciérnagas levantaban el vuelo, despertando en revolución, instalándose en mi estómago y en todos y cada uno de mis rincones.

Se giró y tropecé con sus ojos. Sus preciosos ojos. Para entonces, eran millones, las luciérnagas ya prendidas. El clásico aleteo de las mariposas, se quedaba muy corto. Mucho. Ya no quedaban dudas. Aquello, no la había sentido nunca por nadie.

«¿Qué coño me has hecho?», casi se me escapó preguntar, cuando se acercó a saludarme y sus labios ardieron en mis mejillas, más cercanos a mis comisuras que al arco de mi mandíbula.

A partir de ese instante, el tiempo se convirtió en tensión, y la noche, fue solo nuestra. Olvidamos al resto y la compartimos solo con aquello que crecía entre nosotros, expandiéndose, y que hacía insoportable el hecho de mantenernos alejados. Sin pretextos. Sin excusas. Solo, nosotros dos.

Álex me desarmó. Y sin defensas, disfruté como nunca lo había hecho bailando con un chico. Se había quedado corto al echarse las flores. Bailaba, no bastante, sino muy bien; y nuestros cuerpos se compenetraban de tal forma que no había paso en falso que nos descompasara. Instaló una sonrisa permanente en mis labios en tanto me hacía girar, me acercaba a sus caderas o me separaba para deleitarse con los contoneos provocativos que yo le regalaba.

Me atreví a pensar que aquella última semana, se había transformado en alguien nuevo. Y es que a saber qué Álex era el de verdad. Lo que tenía claro era que me gustaba, aún más si cabía, la segunda versión de él. Una despojada de aquella fachada de rigidez y de chico inalcanzable. Mucho más extravertido y decidido.

Sin embargo, su esencia, seguía siendo la misma. Incluso en aquella versión distendida y en apariencia despreocupada, Álex seguía siendo territorial, imponente y controlador. Porque eso, le nacía de dentro. Igual que le nacía ocuparse de que me encontrara cómoda en todo momento, dirigirse a la barra a pedir mis copas, encenderme cada uno de los cigarros que me fumé, o evitar que nadie me pisara o empujara sin querer, en aquella sala atestada. Y ahí, en el mismísimo centro de su mundo, no podía sentirme más reconfortada. Lejos de enervarme tantas atenciones, pensé que, por fin, alguien se molestaba en cuidarme. En hacerme bien. Y que no le supusiera un esfuerzo hacerlo, que fuera capaz de hacerme sentir tan segura, quizá, sí lo había deseado más de lo que creía.

Me pellizcó la mejilla y sonrió, antes de separarse de mí y marcharse en dirección a la cabina del *DJ*. Apoyó los codos en la mampara de cristal, que le llegaba al pecho, y habló con uno de los chicos que se cobijaba dentro. Este asintió, dándole la espalda y Álex, se volvió a mirarme. Cacé, al vuelo, la ternura momentánea con que lo hizo, antes de que el *DJ* apoyara una mano en su hombro y él se girara para hablarle.

Regresó con la picardía en el rostro. Ya no traía ternura. Amenazó con encarcelarme entre sus brazos, en el momento en que los acordes de una romántica, para mi sorpresa, empezaron a sonar. Estrechó mi cintura, atrayéndome hacia él, tanto, que me vi obligada a pasar mis manos por detrás de su nuca y a apoyar mi cabeza en su pecho, pues aún con los tacones, no lograba superar más que su barbilla. Me dejé hacer, mientras él se agachaba despacio, acomodándose en aquel abrazo, meciéndome al compás de la música, convirtiéndome en trazo entre sus brazos.

Cerré mis ojos para disfrutar de ese contacto, que hacía tanto que mis sentidos no deseaban y que él había vuelto a despertar, intentando concentrarme en aquella canción de Juanes. Pero dejé de escuchar la música cuando, sin avisar, un susurro, acarició mi cuello. «Es por ti», me dijo. Sentí el aliento de su respiración entre mi pelo y el leve picor de su rostro afeitado en mi

clavícula. La tensión que notaba en su cuerpo llegaba hasta sus dedos, que se clavaban sutilmente en mis costillas. Deseé que se dejara llevar, que dibujara un camino húmedo hasta mis labios y se perdiera en mi boca. Él, reaccionó al ruego que ni me había atrevido a pronunciar, erizando con una caricia húmeda de su lengua aquel minúsculo trozo de piel que le llevaba hasta mi mandíbula y que convirtió en su propiedad.

—No querría interrumpir vuestro baile, pero me encuentro fatal.

Se separó brusco, dejándome con el deseo en los labios, que, en un instinto irrefrenable, ya le esperaban entreabiertos. Sergi, cual calabaza, había roto el hechizo al reclamar nuestra atención.

—No has interrumpido solo un baile —le reprochó él.

—¡Hostia! Lo siento, tío. Yo... —titubeó—. Pensaba que solo estabais bailando. Estoy con fiebre y...

—Déjalo, no te preocupes —suavizó su tono.

—Quería avisar a Cris para...

—Sí, claro —Accedí, resistiéndome a soltarme de aquellos brazos que descansaban en mi cintura—. Si te encuentras mal, nos vamos.

Era demasiado pronto, no quería que acabara así la magia, pero no tenía otra opción que irme con ellos. Por eso le seguí, con Álex pisándome los talones, hacia la puerta de salida, donde Alba nos esperaba con nuestros bolsos en la mano. Ella se había avanzado para sacarlos del guardarropa, y en cuanto la alcancé, me tendió el mío con una sonrisa culpable. Me giré y me despedí de él, con un beso en su mejilla, sin atreverme a hacerlo en otro lugar.

—No te vayas —pidió, casi ordenando, reteniéndome del brazo—. Mi primo y yo te llevaremos a casa cuando estemos cansados.

—Cuando estemos cansados... —lamenté—. Eso es mucho decir. He de llegar a las siete. Es la hora que me han dicho mis padres. No querría fastidiaros la noche.

—A las siete estarás en casa, por eso no te preocupes.

Mis padres se escandalizarían si supieran que decidí quedarme con un chico al que solo conocía de dos noches, separándome de mi amiga y quedándome en Sant Cugat hasta la madrugada. Aun así, en ese momento, rigió la amígdala y las ganas de pasar más horas a su lado.

Salimos del local para coger mi chaqueta del coche de Sergi y trasladarla al de su primo, cuando me sorprendió, no solo con una pregunta que no esperaba, sino con el comentario que le siguió.

—¿Qué edad, tienes? Espero que tengas los dieciocho al menos.

Reí. Creí que bromeaba. Sin embargo, su expresión me indicó que estaba hablando muy en serio. Me irritó que imaginara que era una niña y que estuviera arrepintiéndose ya de estar conmigo. ¿Qué edad tenía él? Sergi tenía veintiuno y él, ni siquiera aparentaba haberlos alcanzado.

—Claro que tengo dieciocho años, los cumplí hace dos semanas—defendí mi dignidad—. ¿Te vale o no?

—No te enfades. Es solo que se te ve muy joven.

—Pues no parecías preocupado cuando me comías el cuello. ¿Y tú, señor maduro, cuántos años tienes? —le encaré, sarcástica.

—Veintitrés. Cumplo los veinticuatro en julio.

—¡Si hombre! Me estás mintiendo.

—No te lo creas si no quieres —sus ojos sonreían, aunque su expresión general, era seria. «¿Cómo coño puede hacer eso?», pensé—. ¿Te enseño mi DNI? —dijo.

—Venga. Enséñamelo.

Sacó su cartera del bolsillo trasero del pantalón y la abrió. Deslizó el carné entre otras tarjetas, ofreciéndomelo. Se lo arrebaté de entre los dedos. Y sí. Tenía casi los veinticuatro. Fecha de nacimiento: 17 de julio de 1978.

Debía ser por sus pecas, y por aquella cara de niño, pero no lo hubiera dicho nunca. Recordé mis apuntes de historia y caí en la cuenta de que había nacido incluso antes de que se firmara la Constitución Española, en una década anterior a la mía, pareciéndome que debíamos llevarnos un siglo de diferencia. Ahora entendía mejor sus dudas respecto a mi edad. Con sus seis años de más, podía parecerle, perfectamente, una cría. Pero aparentó conformarse, de todos modos, con mis escasos dieciocho.

Alba y Sergi se despidieron de nosotros sin más demora. Ella con un beso, susurrándome al oído que le escribiera en cuanto llegara a casa. Me guardaría el secreto, siempre que no hubiera contratiempos en la locura que estaba dispuesta a cometer.

Cuando nos quedamos solos y abrió el portón para dejar mi chaqueta en el maletero de su primo, a medio hacer se detuvo.

—¿Y si nos quedamos aquí hasta que los demás salgan?

Todas las alarmas se activaron en mi cabeza, estridentes, y di un paso atrás. La voz de mis padres, como un eco, martilleaba en mis sienes. «No te fíes de los desconocidos», «de noche procura moverte en calles transitadas». La mía, replicaba, tan adolescente como inconsciente. «Que sííí... que sois unos exagerados...». Y ahí estaba yo, de pie frente a un Volkswagen Golf rojo, recién estrenada mi mayoría de edad, acompañada de un hombre que contaría muchos pelos en los huevos, al que apenas conocía, en mitad de la noche. Miré a derecha e izquierda. Ni un alma. Estaba, con seguridad, en la calle más solitaria que podía existir en Sant Cugat.

—No. Mejor volvamos a la discoteca —contesté, alejándome tres pasos más de él.

—¿No te da pereza regresar ahora? Podríamos acabar aquí la noche, charlando, con la calefacción y escuchando la radio.

—No. En serio, prefiero volver.

Se le escapó una risilla al cerrar el coche, amortiguada por el siseo del hidráulico del portón. Colocó un brazo sobre mis hombros y acompañó mis pasos nerviosos de vuelta a la masificación. No recuperé el aliento hasta que vi al portero del local. Aunque poco me duró la tranquilidad. Porque no nos dejó entrar, alegando que ya era demasiado tarde, pues cerraban puertas a las tres de la madrugada. No lo doblegamos, aun insistiéndole en que habíamos salido solo un momento, mostrándole el sello que él mismo, nos había marcado con tinta en el dorso de la mano al cruzar la puerta.

—¿Ahora sí volvemos al coche?

—¡No! Nos quedamos aquí. Ya saldrán tu primo y tus amigos.

—¡Qué ganas de pasar frío, tienes! —sonrió—. Anda, ¡desconfiada!, sentémonos en aquel poyete. Al menos, podremos cobijarnos un poco —propuso, señalando un pequeño muro que había a la entrada de la discoteca.

A cuatro metros del guarda de seguridad, fui destensándome de nuevo y pude volver a conversar con normalidad. Pasamos el tiempo charlando, hasta que se nos acabaron los temas y, con toda probabilidad, también, las ganas. Eran las cinco de la madrugada, estábamos cansados y hacía cada vez más frío. La humedad de aquella noche de abril, me iba calando en los huesos y yo no llevaba suficiente ropa para abrigarme. La tiritera me llegó involuntaria.

—Estás helada, Cris. Déjame que te abrigue —se levantó de aquel murete, sacándose la chaqueta.

—¡Te congelarás tú!

—Lo dudo...

Con esas formas que yo imaginaba que tendrían los hombres de antes, los de la época de la transición, supongo, presentó su chaqueta en mi espalda, esperó a que metiera los brazos por las mangas y subió lentamente la cremallera hasta abrigarme el cuello. No me pasó inadvertido el atrevimiento, ya no tan caballeroso, de rozar mi pecho con los nudillos.

—Se me ocurre cómo entrar en calor —sonrió, terminando su frase.

Clavó en mis pupilas su anhelo y el instante interrumpido antes, volvió a colarse entre nosotros. La punta de su nariz se enfrentó a la mía y sus labios me rozaron, cautos, regalándome un beso dulce que duró, lo que duró la electricidad de aquel suspiro que compartimos. Explotó sin más avisos, agarrando la pechera de la chaqueta y ciñéndome contra él, llenando de rudeza aquel contacto, y mi boca, de la pasión que llevábamos toda la noche acumulando. No pude hacer más que dejarme arrastrar por él, permitiéndole envolverme con su lengua, permitiéndole robarme la respiración y las pocas neuronas cuerdas que me quedaban. Era tal la atracción que sentía por él, que estaba dispuesta a morir en su boca antes que detenerme a coger aire. Pero fue él quien, repentino, se separó de mí, para enterrarme de inmediato en su pecho.

—¿Qué haces? —intenté vocalizar, sobre su camiseta.

—Abrazarte —contestó, apoyando los labios en mi pelo.

—Ya lo noto —reí—. Pero ¿por qué has parado?

No contestó. Retomó sus besos. Sin pausas. A ojos cerrados.

A las siete de la mañana, puntual y con las llaves en la mano, tal y como él me había prometido, estaba lista para abrir el portal de mi edificio. Raúl le esperaba mal aparcado, en la esquina. Preguntó por mis planes para el siguiente sábado.

—No puedo salir más por la noche. Necesito mantenerme fresca para preparar los finales de bachillerato y la selectividad, si no, me pillaré el toro, y me estoy jugando mucho. Si quieres, podemos quedar un rato por la tarde.

—¿Por qué no me das tu teléfono? Te llamo y vemos si podemos coincidir.

—Me parece perfecto.

Acercó sus labios a los míos, acarició mi mejilla y se marchó, regalándome una mirada que, durante un instante, se me antojó tan triste, que me supo demasiado a despedida. Pero era lo que estábamos haciendo, ¿no? Despidiéndonos. Hasta otro día. Así que sonreí, contemplándole subir al coche, y me quedé allí de pie, mientras él se alejaba de mí.

No es para mí

Yo no creía en el amor. No es que negara su existencia. Es que no era para mí.

Había tenido mis escauceos, mis ligues, mis intentos de relación. Y lo único que había conseguido hasta entonces era preguntarme qué era exactamente sentirse enamorado. Porque a mis veintitrés años, aún no lo sabía. A mí, nunca me había alcanzado aquella magia de la que tantos hablan. Ni las mariposas en el estómago, ni la lucidez de saber que se ha encontrado la media naranja. Creía que todo aquello eran cuentos, reservados para las películas y unos pocos afortunados.

Lamentablemente yo no había nacido con estrella, sino más bien estrellado. Así que acabé asumiendo que no sería un flechazo ni un amor súbito el que vendría a ponerme la vida patas arriba.

Sin embargo, nunca me había importado demasiado que no me sucediera. Yo no era como Raúl, que se pasaba la vida imaginando finales felices. A mí, siempre me había costado, si quiera, inventar los principios.

Enamorarse de alguien, por lo que entendía, suponía demasiados sacrificios. Implicaba entregarse, abrirse, confiar, ser generoso, anteponer, preocuparse, cuidar. Nada de lo que yo, estuviera dispuesto a hacer.

Pero entonces, Cris irrumpió en mi vida, pasándose por el forro todo aquello de lo que yo estaba tan convencido. Le importó, bien poco, que no estuviera dispuesto a sacrificar ni un ápice de lo que yo me había convertido. Y al besarla, me cagué. Aunque suene escatológico, no hay palabras que describan mejor lo que sentí al invadir su boca, estrecharla entre mis brazos, y atravesarme de punta a punta aquella corriente eléctrica. Desconocía qué era aquello que no había sentido nunca, pero era tan intenso, que me hacía dudar, por primera vez, de todo lo que creía hasta entonces. Y a mí, no me gustaba dudar.

Por eso opté por esconderme, negando todo aquello que ella despertó en mí. Negando el hecho de que, con ella en mi piel, fuera incapaz de controlar mis impulsos y convertirme en alguien que ni yo mismo reconocía. No estaba dispuesto a exponerme. Y menos con ella. Con la única chica que, de antemano, ya sabía que estaba condenado al fracaso.

Y es que después de recordar cada una de las cosas que me explicó sentados frente a la puerta de aquella discoteca, lo único que me hizo sonreír, fue el frío de mil demonios que me obligó a pasar sentado en aquel muro, porque no se fiaba de mí, como para quedarse en el coche. Todo lo demás, me consumió a algo cada vez más y más pequeño. Por eso me repetí, hasta la saciedad, todas las cosas que descarté a explicarle sobre mi vida. E inventé un discurso, que me aprendí de memoria.

«Ella tiene una estabilidad familiar y económica que yo no he disfrutado nunca. Vive en un buen barrio de Barcelona. Tiene proyectos, metas, en los que yo no sabría ni cómo participar. Por Dios, ¡si irá a la universidad! Yo, en cambio, soy un mecánico cualquiera. Y para colmo, esa, es la única carta de presentación que puedo mostrarle. Todo lo demás que hago con mi vida... esas

cartas solo me sirven en el barrio. Ella saldría corriendo si lo supiera. ¡Si ni siquiera Raúl las conoce todas! Por más que intente disimularlo, ella es una niña bien. Y yo, un macarra de Hospitalet. ¿Cómo voy a encajar en su vida?»

Estaba claro que mi primo hubiera sido mucho mejor partido para ella. Un chico centrado, con estudios, que le podía ofrecer una vida más adecuada a su nivel. «Tendría que haber escogido a Raúl. ¡Era lo más lógico! ¿Por qué no lo había hecho?», me preguntaba. Y por más vueltas que le di, no supe identificar qué era lo que le había atraído de mí. Solo tenía que mirarme. No podía ser para ella nada más que un mero entretenimiento. ¡Exacto! Eso era yo. El chico malo con el que divertirse una noche de fiesta.

Por eso no la llamé. Porque no me atreví a enfrentarme a su rechazo. Y seguí con mi vida. La misma de siempre. Lo mejor que supe.

Mandándote al olvido

No me quedé esperando sentada a que Álex me llamara. Por mí, el amor podía quedar en un segundo plano, o, si quería, desaparecer completamente de mi vida. Me daba igual. A fin de cuentas, él ya se había volatilizado.

A Alba le quemaba todavía, una colleja en las manos, de la que no logró desprenderse, porque él no volvió a salir nunca con ellos. O al menos no lo hizo, las semanas que su relación con Sergi se sostuvo en pie. Preguntarle a Raúl, no ayudó a comprender qué había pasado. Se encogió de hombros y dijo: «Es Álex. Quien lo entienda, que lo compre».

No sé por qué me sorprendió su reacción. Debería estar acostumbrada. No era algo nuevo lo de hacerme ilusiones para darme de bruces con la realidad del desengaño.

La primera vez que me ocurrió, tenía dieciséis años. Oriol apareció en mi barrio una tarde, con su grupo de amigos. Al poco, y aunque no vivía allí, empezó a ser habitual verle matar el tiempo en los bancos de la plaza, siempre con chicas revoloteando a su alrededor. Parecía tener mucho éxito, aunque yo creía que le sobraba mucho pavo y mucha hormona. Sobre todo, cuando con chulería, me observaba desde lejos. Debería haber seguido pensando aquello de él toda la vida. Pero no lo hice.

Me descubrió, porque fue él quien se envalentonó a dar el paso, en un ascensor. Yo subía a casa de una compañera de clase para hacer un trabajo y él le llevaba el videojuego *Street Fighter* a un amigo. Preguntó mi nombre y yo me quedé colgada del suyo. A partir de entonces, nuestra relación, o lo que fuera que pudiera llamarse aquello, me llevó a vivir un revoltijo de sentimientos constante. Un día le odiaba y otro le amaba, con todo mi ser.

Él era de aquellos que se dejaban puertas abiertas por si acaso, que picoteaba de todas partes. Yo fui una de aquellas puertas, y me empeñé en abrirla de par en par a pesar de las advertencias de que no debía dejarle entrar. Ya lo dicen, que no hay más ciego que el que no quiere ver. Y yo, enamorada como solo te enamoras por primera vez, coloqué la venda más opaca que encontré, delante de mis ojos.

Tenía la misma facilidad para prometerme amor eterno que para olvidarme. Pero era la primera vez que alguien decía que yo era especial, y me hice adicta a esa palabra. Y así, sin apenas darme cuenta, mi autoestima tocó fondo. Creyéndome insuficiente y desmerecedora de su amor, lo único que conseguí fue destruirme a mí misma. Dos años me costó, ser lo más parecido a una restauración de mí, antes de él.

Por eso no iba a permitirme enamorarme de Álex. No iba a dejar que nadie me destrozara de nuevo, ni a arriesgarme a quedar en ruinas.

A cambio, decidí concentrarme en la única meta a la que le encontraba algún sentido. Acabar Bachillerato con la mejor nota posible, aprobar la selectividad y conseguir un asiento en la facultad de Psicología.

Y lo conseguí. ¡Vaya si lo conseguí! Porque yo era, al menos entonces aún lo era, de esas personas que, si se obcecaban con algo, no se detienen hasta lograrlo.

Y por mis logros, llegué a San Juan con la necesidad imperiosa de celebrarlo todo, con la euforia rezumando de mis poros. Y por todo lo demás, llegue dispuesta a incendiar en las hogueras todo lo que dejaba atrás. Preparada para terminar con aquella Cristina enterrada en una espiral de inseguridad. Lista para reconvertirme. Y es que no hay mayor motivación, que la expectativa de un nuevo comienzo.

Así que a última hora de la tarde cogí el tren rumbo a Blanes, pueblo de la Costa Brava en el que los padres de Alba tenían su apartamento de veraneo y en el que ella llevaba todo el día esperándome. Metí en la maleta lo imprescindible para una noche como aquella. Un conjunto de ropa atrevido, maquillaje, un pijama, el cepillo de dientes y la entrada de nuestra discoteca preferida.

Pasada la medianoche, allí estábamos, dispuestas a comernos el mundo. Conocíamos el enorme recinto al dedillo, de tantas veces que habíamos ido. Así que entramos corriendo a través del jardín boscoso que separaba las dos edificaciones que funcionaban como salas de baile, lanzándonos de cabeza a la de música máquina, como hacíamos siempre.

Tres horas más tarde, agobiadas por el tumulto y el calor condensado en los bronquios, optamos por salir a tomar el aire. Regresamos al jardín, que solo habíamos pisado al entrar, buscando una mesa en la que pudiéramos descansar un rato, charlar sin gritar, y acabarnos la copa que habíamos pedido dentro. Después, pasaríamos el resto de la noche en la sala de pachanga.

Nos costó encontrar una para cuatro, ahora que estábamos acompañadas por una pareja con la que habíamos coincidido allí, vecinos de la urbanización de Alba. Tuvimos que conformarnos con una, al borde del camino de tierra que unía las dos salas, entre los pinos del bosque, aunque no fuera la más tranquila. Pero pedir calma, aquella noche, era una utopía.

Nunca habíamos visto tan llena aquella discoteca. La gente iba y venía, como un río agitado, entrando y saliendo de todas partes. A mi alrededor, millones de sonrisas insignificantes, de voces anónimas, de miradas desconocidas. Nada, que me distrajera de nuestra charla y de las risas con las que explotábamos al recordar las anécdotas de otros veranos en que nos habíamos juntado los cuatro. Nada, que me apartara de aquella agradable compañía, hasta que, atraída por un magnetismo irresistible, me volteé. Y mis ojos, como si por un defecto de visión solo pudieran ver a través de un estrecho túnel, se encontraron con los suyos. Mi pasado se había atrevido a exhalar su aliento en mi cuello, y ahora, caminaba en mi dirección, desde la edificación a la que, en teoría, debería haber entrado yo en breve. No pude soportar su mirada, y regresé a Alba.

—Cris, estás pálida. ¿Te ha sentado mal algo o es que has visto un fantasma? —bromeó.

—Es él. Detrás de mí.

—¿Él? —exclamó—. ¿En serio?

Le buscó, sin dudar de quién se trataba. Él, no podía ser otro.

—¡Me cago en la puta! Pues también te ha visto, viene hacia aquí.

—Ya sé que me ha visto, ¡joder! —contesté, conteniendo el tono.

Y me preparé, para lo que ya sabía que ocurriría. Asentó su mano en mi hombro izquierdo y la electricidad se introdujo en mis terminaciones nerviosas, recorriendo cada milímetro de mi cuerpo. Eso era lo que él provocaba en mí. Afiancé los pies al suelo, anclándome a una toma tierra que me permitiera aguantar la sacudida voltaica; y volví a girarme, esta vez, con la mejor de mis sonrisas pintada en la cara.

—Hola, princesa. ¡Qué casualidad! Me ha parecido reconocerte y no podía creerlo. Tenía que acercarme a comprobarlo.

—¡Hola! ¡Cuánto tiempo sin vernos! ¿Qué tal te va? Yo, aquí, celebrando San Juan con mis amigos —contesté de corrido.

Me dio dos besos, entreteniéndose más de lo convencionalmente aceptado, para después reincorporarse. Saludó al resto, educado, presentándose a la pareja que no conocía y acercando sus mejillas a Alba.

—Yo lo mismo. He venido con unos compañeros de trabajo y se han apuntado también mi primo y unos amigos suyos de la universidad. ¿Te acuerdas de Raúl?

—Sí, sí, claro.

Eché un vistazo a su alrededor, buscando al grupo del que hablaba.

—Perdona, pero voy a entrar, que se me han escapado.

—Sí, sí, claro —repetí como una boba.

Sonrió burlón, a modo de despedida, y se encaminó a la puerta de entrada a la sala de la que habíamos salido hacía unos minutos. Me perdí en el triángulo de su espalda, temblando al mismo compás que lo hacían las hojas de los árboles cercanos. Cuando recobré el aliento, estaba ansiosa por cruzar yo también aquellas puertas que lo habían devorado, e hice levantar a Alba y a nuestros acompañantes de su asiento, a la voz de ya. Me daba igual, si acabábamos la noche sin bailar salsa.

Volvimos a nuestro sitio habitual, un palco desde el que se observaba toda la pista. Me apoyé en la barandilla y activé el radar de mi sexto sentido. No me resultó difícil encontrarlo, a pesar de que esta estaba hasta los topes. Lo vislumbré al otro lado, relajado con un cubata en la mano, charlando con todos los que se le acercaban. Formaban un grupo amplio.

Me picó en la nariz, ver como una chica no se despegaba de él. Él no se mostraba evasivo, aunque no aprecié ninguna muestra de cariño por su parte. «¿Sería su novia o no?», me pregunté. Y al hacerlo, me arrasaron los celos, alojándose en mi rostro el hervor de la posesividad. Alba se percató.

—¿Lo has encontrado?

—Sí —señalé al rincón derecho de la pista.

—Ya lo veo. ¿Vas a ir?

—No sé... Fíjate bien, hay una chica pululando constantemente a su alrededor.

Estudiamos unos minutos la escena que se rodaba bajo nuestros pies apoyando los codos en la barandilla, cual dos espías de la KGB, versión de andar por casa.

—Yo iría —resolvió, dándole la espalda a él para mirarme.

—¿Y si es su novia? Prefiero quedarme aquí y hacer como si nada. Nos hemos visto. Ya está.

—¡Que le jodan! Vas, te lanzas a su cuello, y si es su novia, que se coma el problema. Así se la devuelves, por dejarte tirada la otra vez —Me quedé mirándola, procesando lo que me había dicho. ¿Se había vuelto loca?—. Joder, Cris... —Volvió a observarle a él en la lejanía—, acércate, pregúntale cómo le van las cosas, en plan colegas. Si tiene novia te lo dejará claro y te dará tiempo a retirarte con tu orgullo intacto. Yo te esperaré aquí y me cuentas.

Seguí mirándola, ahora estupefacta, por lo sencillo que era todo para ella. El plan A y el B. Detectó mis dudas, que aún estaban cavilando un plan C, y me dio un pequeño empujón, riendo. Tras el primer paso, mis pies continuaron solos. Bajé las escaleras y crucé la pista con la cabeza bien alta, abriéndome camino a través del gentío. Antes de ser consciente, me hallaba detrás de él. Se giró y su amplia sonrisa reapareció al encontrarme a su lado.

—Has tardado en buscarme, ¿no?

—Tampoco lo has hecho tú.

—Estabas allí arriba... —señaló a Alba, que nos observaba desde el palco—, con tu amiga.

—Bueno... —titubeé, sintiéndome cazada—. Pues no te has acercado.

—Esperaba a que te decidieras.

Sonreía con aquella seguridad que tanto me gustaba y que, en ese momento, me exasperaba. Salí de aquel bucle, siguiendo el consejo de mi amiga, preguntándole cómo le iban las cosas. Para escucharnos, no nos quedaba otra opción que susurrarnos al oído, pues la música estaba extremadamente elevada. Y si soy sincera, no sé ni qué coño me dijo. Porque cada vez que perdía su mirada, cada vez que notaba su aliento en mi pelo, me ardían las entrañas recordando la última vez que sus labios rozaron mi cuello. Cada vez que me acercaba yo a él, contenía el impulso de mordisquear el lóbulo de su oreja, emborrachándome de su perfume. El mismo aroma que me embriagó la última vez que lo tuve tan cerca. Hugo Boss. Lo descubrí por casualidad en una perfumería, antes de olvidarlo.

En uno de esos intercambios, me atravesó la mirada de la chica que había visto desde el palco, apuñalándome. Recibí el mensaje alto y claro. Debía irme; aquel no era mi lugar.

—Hemos venido solo con la pareja que has conocido antes y seguro que Alba se siente un poco aguanta velas. Me ha alegrado mucho verte. Espero que...

—Perdona, ¿ya te vas? —me interrumpió sorprendido.

Miró detrás de mí, con un gesto serio, y yo me giré, pensando que me encontraría a aquella chica. Pero no había nadie más que gente bailando.

—Ya te he dicho que mi amiga está sola y...

—Te acompaño —silenció mi excusa—. Aprovecharé para ir a la barra a buscar otro *whisky*.

—Como quieras.

Me adelanté. Él vino detrás, pegado a mí espalda. Me ponía nerviosa sentirle tan cerca, y mucho más, no saber qué estaría haciendo, que estaría mirando, o que estaría pensando. «Cómo si él te dejara saberlo», blanqueé los ojos. En eso pensaba, en lo difícil que era adivinarle, cuando sentí sus dedos entrelazarse, despacio, con los míos. Mi corazón se detuvo un segundo y no me quedó más opción que sostenerme a él hasta llegar al pie de las escaleras. Era una idiota. Seguro que me habría agarrado por no perderme entre la marabunta, aunque aquella caricia... Había una chica esperándole, era mejor dejarlo ahí.

—Allí tienes la barra. Yo subo por aquí.

Me detuvo, sosteniéndome del antebrazo, en cuanto hice el gesto de alejarme.

—¿Qué quieres? —susurró en mi oído.

—¿Qué quiero de qué? —cuestioné, sin saber si atreverme o no, a interpretar la insinuación en su voz.

—Voy a la barra a pedir. ¿Qué quieres que te suba?

—¡Oh! ¡Eso! Nada, nada. Espera... —entendí—. ¿Vas a subir?

—Claro. ¿Dónde voy a pasar la noche mejor que contigo?

Le vi llegar a la barra como si fuera el dueño, levantar la mano con un billete sujeto entre los dedos índice y corazón y ser el siguiente al que el camarero decidió servir, a pesar de la cola existente.

Subió las escaleras apresurado, comiéndose los escalones de dos en dos, y en cuanto llegó a mí, el resto del mundo desapareció. Como siempre ocurría cuando estaba con él. No esperó ni medio segundo a volverme adicta a sus besos, que llegaron a mi boca, tan veloces como él, sin

preliminares. Sus manos se perdían en mi cintura, en mi espalda, en mis muslos. No manoseaba, simplemente estaban ahí, como una segunda piel. Pasamos la noche así, dejándonos llevar por el deseo.

Y si no me hubiera abrazado, quizá, todo habría sido más fácil después. Pero lo hizo.

Me estrechó a la altura de los hombros, bloqueándome, cogiendo una de mis muñecas y plantando mi mano en su pecho, en el mismo centro de su esternón. Aunque lo intenté, impidió que le mirara. Y tuve que conformarme con sentir su barbilla sobre mi cabeza y la discreta brisa de su respiración, sosegada, enredándose en mi pelo. La música sonaba estridente a nuestro alrededor, con aquel compás rítmico que hacía vibrar el cuerpo desde los pies. Aunque sus latidos retumbaron incluso más fuerte, acompasándose con los míos. Cerré los ojos y floté. Nunca en mi vida me había sentido como me sentía entre sus brazos. Con la certeza de saber que estaba donde debía estar, descubriendo huecos en mi alma que no sabía ni que existían, hasta de que él los llenó con su esencia aquella noche.

La despedida se hizo eterna. No quería irse ni yo quería que lo hiciera. Me dijo adiós mil veces, consultando su reloj, como si deseara que las agujas retrocedieran y pudiéramos volver a repetir la noche. Al menos, quise pensar que deseaba lo mismo que yo. Raúl nos miraba a tres metros, esperándole. Álex se giraba, indeciso, y él sonreía, paciente. La chica de antes también estaba allí, sin siquiera hacer el esfuerzo de disimular la rabia que sentía. Ya ni me importaba qué era en relación con él. Álex estaba conmigo.

Me dio su teléfono y me hizo prometer que le llamaría, y yo me sentí la mujer más afortunada de la tierra.

Él era el amor de mi vida.

Ahora, sí lo sabía.

Ya he dicho que, si no me hubiera abrazado, quizá, todo habría sido más fácil después...

¿Quién dijo miedo?

Me mentí al desear que no bajara de aquel palco. Me convencí de que podía contener la necesidad de sentirla en mi piel, ignorando lo difícil que me resultaba resistir el magnetismo que ejercía sobre mí. Me refugié en que, tener sexo prometido, me ayudaría bastante. Y es que Lucía, la chica de recepción del taller, llevaba toda la semana hablando de aquella noche, insinuándose con descaro. Pero bajó. Y al sentir sus labios rozando mi oído, empecé a dudar de mi convencimiento. ¿Por qué siempre me hacía dudar?

Después me informó de que volvía con Alba, y fue, al contemplar el camino que debía recorrer, cuando me di cuenta de cómo la miraban los hombres. No podía dejarla volver sola. Si lo hacía, quizá algún tío la pararía, o le diría algo incómodo, o intentaría ligársela. Además, ella ni se daba cuenta de cómo la miraban. La pillaría por sorpresa, y a saber si sería capaz de desembarazarse de los babosos. ¿En qué clase de tío me convertía yo, si la dejaba andar sola por aquella discoteca?

Por eso la seguí, y no pude evitar, en el camino, emborracharme. Del último trago de *whisky* que quedaba en el vaso. De unas perlas de sudor que salpicaban sus omóplatos. De sus lumbares desnudas con aquel top escandalosamente corto, que moría a un palmo de su tejano ajustado. Del bamboleo de sus caderas y sus nalgas. Y del deseo irrefrenable de estrechar una vez más, su estrecha cintura.

Aquella vez no llevaba las manos metidas en los bolsillos, un truco que me servía para controlarme, preparado como estaba, por si tenía que apartar a alguien. Y supongo que, por eso, mis dedos acabaron entrelazándose con los suyos. Cogerla de la mano, no podía ser tan peligroso, ¿verdad? Me río ahora, de mí mismo. En ese mismo instante, mi coraza se derrumbó, estrepitándose en el suelo. Perdí el juicio al sentirla. Y me equivoqué, quedándome con ella el resto de la noche.

Ojalá toda nuestra vida hubiera transcurrido en ese instante, como en un bucle. Eso era en lo único que pensé desde que la estreché entre mis brazos y sentí mi corazón palpar al ritmo del suyo.

Le di mi teléfono, no sé por qué. Imagino que porque aún estaba a mi lado; y en esas condiciones, no podía pensar con claridad.

Pero al cruzar la puerta de mi casa, dejar atrás aquel sueño en el que había vivido, y regresar a la realidad, volví a repetirme que yo, no tenía nada que ofrecerle. Regresé a mi discurso y sí, me comporté como un cabrón. No le devolví la llamada.

Cuando me arrepentí, ya había pasado todo el verano, y me pareció egoísta volver. Si tenía tan claro, que yo no era para ella, lo mínimo que debía hacer, era dejarla seguir adelante. Yo había tomado aquella decisión, y debía ser consecuente con ella. Y lo hice. Claro que lo hice. Obligándome, día sí, día también, a no pensar en ella.

Hasta octubre. Cuando nos di una oportunidad. El mismo día en que estrené mi Honda CBR 600 RR.

Pasé la tarde en el mirador de l'Arrabassada. No coincidí aquél día con nadie a quien conociera, aunque no me importaba estar solo. Nunca me había importado. Bueno, quizá hacía muchos años sí, pero ya me había acostumbrado tanto a ello, que incluso lo necesitaba.

Me alejé del barullo de los visitantes que sí estaban allí, sentándome en la barandilla de madera que en su momento instalaron al fondo del recinto y me perdí en mis pensamientos. Sobre todo, me perdí en su recuerdo. Fumándome un porro, abstraído en las vistas y esperando a que el atardecer llegara a Barcelona. No tardó demasiado, pues en otoño, ya oscurecía temprano.

De regreso a casa, me desvié con la intención de hacer el camino un poco más largo y disfrutar, un rato más, de mi nueva máquina. Decidí entrar en la Ronda de Dalt en el siguiente acceso, dirección a Hospitalet, y por ello, enlacé con aquel desvío de l'Arrabassada que moría en Sarriá.

Al llegar al pie de la montaña y entrar en la zona urbanizada, me di de bruces con el portal de su casa. Ni siquiera me había rondado aquella posibilidad. Me puse tan nervioso, que me vi obligado a detener la moto. Aparqué en la acera, a distancia, para observar la calle con perspectiva y poder verla llegar desde cualquier ángulo. Imaginando que, si aparecía, me armaría de valor y saldría a su encuentro. Si el destino lo quería así, ¿quién era yo para seguir nadando en contra?

Pero no apareció. Y eso solo me confirmó lo que ya sabía. Que ella, no era para mí. «Olvídala, Álex. Como ella debe haberte olvidado a ti», decidí.

Cartas a Álex

Barcelona, a 12 de noviembre de 2002

Me despierto todas las mañanas con una canción insertada en mi cabeza. Habré escuchado esa melodía un centenar de ocasiones cuando era pequeña, en el coche de mis padres. Pero nunca ha tenido un significado especial hasta que se ha ligado directamente a tu recuerdo.

La voz de Roberto Carlos se reproduce una y otra vez, cual disco rayado, lamentando aquello de que «en la distancia muero, día a día, sin saber de ti».

Me pregunto si tú también te acordarás de mí. Me pregunto por qué desapareciste de mi vida, si parecía que querías que me quedara. Si incluso tú, parecías querer hacerlo.

No entiendo qué es lo que te hace huir de mí. De esto. De nosotros. No puedo creer que no te enamoras igual que yo. Me niego a aceptar que el fuego que me hiciste sentir, no te quemara a ti también. Quisiste esconderlo, como parece que te escondes siempre. Pero lo vi en tus ojos. Durante aquel segundo de ternura, previo a que decidieras volver a camuflarte.

Por eso deseo cada día que ojalá te atrevieras a volver. Y quizás, te encontrara un día sentado delante de mi portal, dispuesto a intentarlo. A quererme como siento que podrías hacerlo. Porque te juro que yo te amaría igual.

Pero supongo que no lo harás nunca. Que habrás seguido con tu vida, olvidándote de mí y de lo que te regalé.

Así que yo seguiré intentando olvidarte a ti también. Lamentando recordarte, aunque no quiera hacerlo. Rabiando porque te grabaras tan profundamente en mi piel, a pesar de haberte tenido tan poco tiempo, de no haber sido nada.

Y mientras lo intento, tu distancia me rasga, el silencio me calla y como aquel cantante, tampoco me atrevo a volver.

Cris

Las despedidas me costaron siempre

Habían pasado ya ocho meses desde San Juan. Ocho meses en los que lo único que hice, fue intentar olvidarle. Dejé atrás el verano y el otoño, sobreviviéndole a medias. Como iba sobreviviendo también al invierno, aquel recién estrenado mes de marzo de 2003. Con un día de sol y otro de lluvia. Confiando en que, algún día, me acostumbraría a vivir con aquel pesar que se resistía a abandonarme.

Creía que nadie podría hacerme más daño del que me había hecho Álex. Que después de él, nada podría sucederme en la vida, que me destrozara más. Qué joven era. Qué poco había vivido. Qué poco daño me hizo sentir Álex entonces, comparado con todo el que me embargó, años después.

Pero claro, en aquel momento, ese era el dolor con el que yo lidiaba. Y aquel sábado de marzo, una vez más, no pude evitar hablar de él con Alba. Tocaba lluvia.

—Te voy a proponer algo, porque sé que si no lo haces no pasarás página. Pero si no sale bien, se acabó. No volverás a hablar de él, ¿de acuerdo? —Le contestó mi muda resignación—. Mañana, domingo, vas a llamarle por teléfono.

—¡No, no! —rechisté, alarmada—. Ni por asomo le voy a llamar después de tanto tiempo.

—Sí, sí ¡y tanto que lo vas a hacer! Mañana vas a coger el teléfono, delante de mí, y le vas a llamar hasta que te conteste. Y cuando lo haga, le recordarás quién eres y le propondrás veros. Si él se acuerda de ti y aún tiene algún interés, aceptará. Si no, ¡a tomar por el culo! Tienes que seguir adelante.

—Pero yo...

—¡Pero yo nada! —me cortó—. Que ya sé cómo acaba esa frase.

Las lágrimas me asaltaron silenciosas, resbalando por mis mejillas, surcando las marcas que tan bien conocían de anteriores ocasiones.

Alba estaba proponiéndome una última salida para desligarme de aquel recuerdo que cada día se volvía más borroso y que definitivamente, me concediera descubrir nuevas oportunidades. Yo sabía que tenía razón, pero siempre me ha resultado muy difícil despedirme, incluso con la certeza de que tenía que hacerlo.

—Cris, no quiero verte así —Se ablandó, acariciándome el brazo con cariño—. Mañana, cuando le llares, seguramente irá fatal, pero sé que podrás recomponerte, como haces siempre. ¿No ves que no puedes seguir idealizando algo que no existe? Estás esperando algo que no ocurrirá, y lo que debes hacer es seguir adelante. Ha pasado ya mucho tiempo.

—Lo sé.

—Entonces, basta. No hablemos más del tema. Arréglate, sal y despéjate. Mañana será otro día.

La obedecí. Al menos, en la primera parte de su consejo.

Salí con una chica que había conocido en septiembre al empezar la Universidad, con la que

no quedaba a menudo, pero que aquella noche me había invitado a ir, con ella y unos amigos, al bar en el que trabajaba su novio. A las tres de la madrugada cerramos, y los insomnes que aún no queríamos regresar a casa, pensábamos cómo consumir la noche hasta la madrugada.

—Yo quiero ir a Chic —casi impuse mi propuesta.

—¿Estás loca? Llevo toda la noche sirviendo copas. No pienso ir hasta Sant Cugat —objetó él.

Debía ir allí. No sé si por un impulso, una intuición o un ataque de melancolía. Sin embargo, la necesidad era apremiante.

No soy consciente de cómo, pero le convencimos. Imagino que tuvo algo que ver el hecho de contarle a mi amiga lo maravillosa que era aquella discoteca a la que ella nunca había ido.

Pudimos entrar, por suerte. Porque, aunque cuando llegamos pasaban las cuatro de la madrugada, según el portero, aquella noche no habían llenado el aforo.

Al cruzar la puerta, me invadieron los recuerdos, y de verdad, me sentí preparada para olvidarlos. Entonces comprendí que aquello era lo que necesitaba hacer. Darme un baño de él. Por eso mi subconsciente debió empujarme a ir hasta allí.

Buscábamos un lugar donde colocarnos, recorriendo en fila la discoteca. El abarrotamiento era tal, que no podía creer que, en realidad, no hubieran llenado el aforo. La gente se amontonaba bailando, con sus copas en las manos, incluso en las escaleras que unían las dos salas.

En el piso superior, era dónde habíamos bailado nosotros, y dónde me había dado cuenta de lo única que él me hacía sentir. Así que, al pisarlo, allí mismo, decidí concederme una última vez para recordarle y empaparme de su esencia, que volátil, permanecía entre los muros de aquel local. Quise recordar lo bonito que fue todo, mientras fue.

Miré hacia la barra y encontré al camarero que le había servido el cubata que nos bebimos a medias. Borré de mi sangre los restos de alcohol.

Miré hacia la cabina y reconocí al *DJ* que se había atrevido a pinchar una lenta. Borré de mi mente aquel abrazo y sus labios besándome el cuello.

Miré hacia la piscina, a un lado de la sala, y le vi a él, bailando sobre el puente que la cruzaba, un metro por encima de todas las cabezas que botaban al ritmo de la música.

Y no borré aquel recuerdo.

Porque no lo era.

Él, estaba allí.

Ni pensé. Me separé del grupo que me acompañaba y me dirigí a él con la mayor determinación que le había echado a la vida. Subí al puente, me planté detrás de él y le di dos toques insistentes en el hombro con mi dedo índice. El dedo que le acusaba, el que le recriminaba el desconsuelo que me había causado.

Cuando se giró, los segundos se disfrazaron de eternidad. No me atreví ni a sonreír, y él tampoco. Álex pareció recomponerse primero, cediéndome su copa. Pero de inmediato me dio la espalda, sin decir nada.

No esperaba aquello, y no supe reaccionar. O sí. Indignada, me fui, dejando antes su bebida en las manos de su primo Raúl, que también estaba allí y que cuando me reconoció, se alegró de verme mucho más que él. Intentó retenerme, pero conseguí desembarazarme de aquellas manos que se resistían a dejarme escapar. Y hui.

Apresurada, descorazonada, como alma que lleva al diablo. Sin saber ni qué buscaba ni a quién, encontré a mi amiga en las escaleras que conducían a la sala de baile del piso inferior.

Estaba preocupada por haberme perdido de vista.

Al detenerme, me percaté del temblor en las piernas y de las palpitaciones. Me estaba mareando, y mi cuerpo, entero, estaba a punto de estallar. La ansiedad me sacudió de golpe y empecé a llorar desgarrada. Me senté allí mismo, en un escalón, rodeada de un tumulto ajeno a lo que yo sentía.

—Cris, ¿estás llorando? —preguntó, turbada.

—Acabo de ver al hombre de mi vida.

—Perdona, pero... ¿Estás enamorada?

—Lo que estoy, es decidida a olvidarle.

No entendió nada. A ella no le había hablado nunca sobre él. Pero tampoco me cuestionó. Se limitó a acompañarme al levantarme, a secarme las lágrimas y a ayudarme a recuperar mi entereza. Regresamos a la sala de la planta inferior.

Poco más de veinte minutos después, cuando ya le daba por perdido, asomó su cabeza entre el gentío. Al encontrarme, cambió el ritmo de sus pasos inciertos y se acercó a mí casi corriendo, apartando a codazos a los pobres que se interponían entre nosotros. Por primera vez, no pudo ocultar sus sentimientos y dejó escapar a bocajarro la angustia. No dijo nada al alcanzarme. Me rodeó con sus brazos y enterró su boca en mi cuello.

—¡Ni se te ocurra pensar que te voy a dejar acercarte a mí! —le empujé, apoyando mis manos en su pecho.

—Pensaba que te habías ido —interrumpió, sin escucharme—. Te di mi bebida, para que te quedaras. Llevo un rato buscándote como un loco... Arriba y abajo... —titubeó—. Creía que te habías ido...

Aparté un poco más su cuerpo. Necesitaba espacio, y aire, y él me lo estaba arrebatando, con aquella ansiedad que yo no entendía ni a qué venía. A esas alturas, no.

—Pues no me he ido, estoy aquí con mis amigos —contesté, cruzada de brazos.

Entonces se dio cuenta de que estaba acompañada y que doce ojos le estudiaban con detenimiento.

—¿Puedo quedarme contigo?

—No me voy a quedar mucho rato, la verdad. El novio de mi amiga está cansado y creo que nos iremos en breve.

—Te podemos llevar nosotros a casa.

—No.

—¿No?

—No —aseveré más firme.

Fui tan estúpida con él, que no le dejé otra opción que despedirse. Estaba tan enfadada, tanto, que ni hice el esfuerzo en disimularlo. Me pidió mi número de teléfono, jurando y perjurando que esta vez, sí me llamaría. Yo, no contaba con ello.

Regresé a casa sentada en el asiento trasero del coche de mi amiga, debatiéndome en silencio. Estaba tan sorprendida por el giro brusco que habían dado los acontecimientos que no sabía ni qué pensar. ¿A qué clase de prueba me estaba encarando? ¿Qué pretendía el destino colocando ante mí, por tercera vez, al hombre que había decidido olvidar definitivamente? Si alguna vez el amor me había corroído las venas hasta sangrarlas, fue cuando estuve enamorada de él. ¿Y ahora él insinuaba que quería quedarse? ¿Qué se pensaba!

Había dejado en sus manos la decisión de llamarme, de intentar reparar el pasado, de atreverse a reconquistarme. Sin embargo, en ese momento, no sabía ni si quería que lo hiciera. Lo que sí sabía era que, al verle, al tocarle otra vez, había sentido fluir la misma jodida química de siempre entre nosotros. Aquella electricidad que me atravesaba de punta a punta.

Así que repasé en mi memoria cada segundo de aquella última hora y tomé una decisión. No sé si precipitada o no.

Llamé a Alba en cuanto me pareció una hora decente para hacerlo. En realidad, las ocho de la mañana de un domingo era de todo menos decente, pero como no podía dormir, lo hice de igual modo.

Mis padres descansaban en la habitación contigua y mi hermano roncaba dos más allá. El silencio en la casa contrastaba con lo escandaloso de mi corazón.

—¿Alba? —susurré, cerrando la puerta de mi cuarto.

—Mmm... ¿Sí?... ¿Quién es? —pronunció pastosa, entre sueños.

—Soy yo. Cris.

—Qué hora es... —bostezó— ¿Qué pasa?

—Las ocho. Es que no podía esperar a llamarte, en serio. Álex acaba de escribirme un mensaje.

—¿Álex? ¿Qué Álex?

—¡Tía, despierta, coño! —dije más alto, arrepintiéndome de inmediato. Lo último que quería era despertar a mis padres.

—Dame un segundo, joder... —se lo di—. ¿Qué me estabas diciendo de Álex? ¿Qué te ha escrito qué?

—Un mensaje, Alba, que no te enteras.

—Ya, un SMS, sí... pero... ¿no habíamos quedado que le escribirías mañana? O sea, hoy... pero... ¡Qué dices! —por fin tenía a Alba despierta.

—No te lo vas a creer ¡No me lo creo ni yo! No ha hecho falta que le llamara, nos hemos visto esta noche.

—¿Dónde? ¿Cuándo? ¿No ibas a salir con tu compañera de la universidad?

—Y con ella he salido, pero después hemos ido a Chic y me lo he encontrado allí. ¿Qué te parece? Es como si se hubieran alineado los astros o algo —expliqué, dejando escapar un ligero cinismo—. Por la noche nosotras hablando de él, pactando que iba a llamarle, y horas más tarde... ¡Ya ves! Como una aparición, ha vuelto a cruzarse en mi camino.

—Increíble... —susurró—. ¿Y qué te ha dicho? Quiero decir, si es que te ha dicho algo y no habéis acabado comiéndos la boca como siempre...

—Esta vez no nos hemos liado, ¿crees que soy imbécil? Hemos estado muy poco rato juntos, lo justo para que me pidiera el teléfono. Y hace cosa de unos minutos me ha escrito. ¿Cómo lo ves?

—Pues bien, ¿no? Es lo que tú querías.

—Exacto. Quería.

—Venga, Cris, no me jodas. Ahora que es él quien por fin da el paso, ¿vas a hacer tú una retirada?

—Mmm...

—¡La madre que te parió! —resopló—. Vete a dormir y mañana, digo, más tarde, hablamos. Eres un desastre, Cris, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Buenas noches, petarda.

—Buenas días, corazón.

Resulta que sentir es inevitable

Desperté en la cama de una habitación aséptica, con la luz de los fluorescentes arañándose los ojos. Aún con el efecto de la anestesia, la vi, vestida también de blanco, sentada a mi lado, toqueteando el suero conectado a mi brazo.

No entendí qué hacía allí. Raúl era el único que sabía de su existencia, pero hacía muchos meses que le había convencido de que ya la había olvidado. Demasiados, desde San Juan, como para pensar que él la habría llamado. Pero ahí estaba. Y yo, no necesitaba más. Me sentí tan afortunado en ese instante, que lo primero que hice, fue pronunciar, a duras penas, su nombre. Para que me besara. Solo quería que me besara. Y que borrara todo el dolor.

—No hagas esfuerzos, debes descansar. Llamaré a tu madre para que venga. Se alegrará de verte despierto.

La decepción me destrozó. No era su voz. No era Cris. Y que no lo fuera, me quebró de tal modo, que hasta la enfermera se dio cuenta. Supongo, que fui incapaz de disimular el gesto en mi cara.

—Debe dolerte mucho. Te subiré un poco la morfina —dijo, regresando al suero—. Enseguida te encontrarás mejor.

Según me explicaron, el accidente había sido grave.

Yo solo recuerdo que conducía la Honda a toda velocidad y que me distraje al comprobar si había conseguido dejar atrás a los que me seguían.

Por lo visto, choqué con el vehículo que iba delante y salí despedido de la moto, atravesando la luna trasera y aterrizando en el salpicadero de aquel Renault. En el informe del SEM, constaba que me habían encontrado convulsionando, con la cabeza al lado del cambio de marchas. Y es que, el trayecto iba a ser tan corto, en un principio, que ni siquiera me había puesto el casco.

Podría no haberlo contado. O haber dejado de ser yo. Por suerte, solo me fracturé algunas costillas, la tibia y sufrí un traumatismo craneoencefálico leve, mejorando la conmoción con los días. Nada que no pudieran arreglar unos tornillos, escayola y unas cuantas semanas de hospitalización y rehabilitación.

Pasé muchas horas solo, pensando únicamente en ella, mientras mi madre trabajaba y el resto del mundo seguía con su vida. Aceptando lo gilipollas que había sido y lo mucho que había perdido por no atreverme. Rabiando porque me hubiera costado tanto reconocerme a mí mismo que Cris, me había vuelto un completo desquiciado.

Aquella chiquilla de dieciocho años con su colección de pesetas, su risa escandalosa, su espontaneidad, sus besos... sobretodo sus besos. Había puesto mi mundo bocabajo. Y yo que pensaba, que el amor, lo que hacía era ponerlo todo patas arriba.

Tragué las uvas sentado en la cama del mismo hospital, acompañado por mi madre, y deseé que la vida me diera una tercera oportunidad. Quizá, aquél, era el primer deseo que pedía en la vida. Pero no imaginaba entrar en un nuevo año sin ella. A cambio, reformularía mi vida. Sería otro hombre. Uno que ella se mereciera. Uno, que yo también empezaba a querer ser. Y de tanto

pedirlo, de tanto esforzarme, al final el destino me la enviaba de vuelta. Y yo, no podía creer la suerte que había tenido.

Aquellos fueron todos los recuerdos que me atestaron en el instante en el que dejé en sus manos mi bebida. Eso, y en cómo volatilizar la vergüenza que sentía porque hubiera sido ella la que me había encontrado.

Por eso me di la vuelta. No sabía ni qué decirle. Yo tenía un plan. Esperarla en su portería, un día tras otro, hasta que la viera aparecer. Pero aún no estaba preparado.

Juro que creí que solo habían pasado dos segundos cuando volví a darme la vuelta. Y ella ya no estaba. La busqué como un loco por toda la sala. No podía haber desaparecido. «¡Gilipollas!», me grité. Bajé corriendo las escaleras, esperando verla en cualquier momento. Y al fin la encontré, apuñalándome con sus ojos.

Era la primera vez que veía el orgullo en ella. Quizá yo no me había atrevido a quererla, pero ella parecía haber aprendido a hacerlo sola.

No estuvo receptiva conmigo, y no podía reprochárselo. Tenía razones de sobra para pensar que yo había sido un cabrón con ella, todas y cada una de las oportunidades que se me ofrecieron.

Pero ni dudé en escribirle. Me había retado a hacerlo, y en su mirada no prometía nada más que el rechazo.

Ya me daba igual.

Esta tercera vez, no volvería a ser un cobarde.

«Soy Álex, guárdame mi móvil. Por la mañana te llamo, me gustaría que pudiéramos vernos. Descansa, princesa»

Me estiré en la cama, nervioso, esperando una respuesta, que, por suerte, no tardó demasiado en llegar.

«Guardado. Mañana hablamos. Un beso»

El resto de la noche, dormí tranquilo. Aquel beso, era lo único que necesitaba.

A dónde no iría por ti

Insistí a Cris para vernos aquel mismo domingo y todos los días de aquella semana. Pero ella se demoraba horas en responder mis mensajes, siempre con evasivas y excusas, y ni siquiera contestaba a las llamadas.

Cuando llegó el sábado, el deseo por verla ya era insoportable y ella, no me había permitido ningún acercamiento. Por eso, hartado de esperar, volví a llamarla por la noche. Dejé que sonara el timbre hasta que escuché su voz al otro lado de la línea. O del repetidor. Tanto me daba si podía oírla. El tiempo sin ella, me estaba impacientando.

—Hola, Álex.

—Hola, princesa, ¿qué tal estás?

—¡Muy bien! —contestó alegre.

—Te llamaba para saber qué tenías pensado hacer hoy.

—Pensaba salir con Alba en cuanto acabemos de cenar. Vamos a celebrar mi cumpleaños.

—¿Es tu cumpleaños y no me lo has dicho? —pregunté, molesto—. Me hubiera gustado celebrar tus diecinueve contigo.

—¿Cómo sabes cuántos cumplo?

—Solo tengo que sumar un año a los dieciocho que tenías cuando te conocí, Cris... —farfullé—. Entonces, ¿quedamos?

—Álex, estoy en Blanes.

«¿No puedes estar más lejos?», pensé, golpeándome la frente.

—¿En Blanes? Vamos a tener suerte y todo —improvisé—. ¿Sabes que estoy con un amigo muy cerca de ti?

—¿Muy cerca? ¿Cómo de cerca? —contestó alarmada.

—En el pueblo de al lado. En Malgrat. ¿Qué te parece si en una hora estoy ahí y tomamos algo?

—Pero estoy con Alba, y no teníamos pensado hoy...

—Pregúntale a Alba si le molesto.

Interrumpí aquella perorata que, en breve, iba a convertirse en otra excusa más. Algo me decía que su amiga, se pondría de mi parte.

—Sí, claro... Alba, es Álex... Dice que está en Malgrat... Que si no nos importa que venga con un... ¿vendrás con tu amigo? —Le contesté que sí—. Con un amigo a tomar algo con nosotras.

—Claro, pobre chico. Dile que sí —la oí de fondo.

«¡Bien! Por fin alguien empuja a esa chiquilla a dar el paso», celebré.

—¿Álex? Dice Alba que...

—Sí, sí, ya la he escuchado. Dime hora y lugar y allí estaré.

—En fin, vale..., pues no sé... —divagaba indecisa.

—¡A las once en la estación de tren de Blanes! —escuché a Alba gritar.

—Perfecto, allí nos tendréis. Te llamo en cuando llegue. Un beso.

Y colgué, sin darle más oportunidad a sus titubeos. Qué bien me venía el ímpetu de su amiga. Busqué otro número de teléfono en la agenda, y pulsé el botón de llamada.

—¡Eh, palomo! ¿Qué dices? —contestó Ismael, al tercer tono.

—Tío, necesito que me hagas un favor. Espérame en mi portal, que nos vamos a Blanes.

—¿A Blanes? ¿Y cómo quieres que te lleve a Blanes? Sabes que tengo el coche en el taller instalándole la suspensión.

—Lo sé. Nos vamos en moto.

—Para, para... ¿En moto?

—Sí —resoplé—. Yo te dejo un casco, como siempre.

—¡Qué casco ni qué mierdas! ¿Tú te has vuelto loco? No puedes coger la moto hasta dentro de tres días.

—Me da igual. Tengo que estar en Blanes a las once, como sea.

—Sabes que son las diez y cuarto, ¿no?

—¡Precisamente! ¡Solo llego en moto! Vienes, ¿o no?

—Pero ¿qué coño se te ha perdido en Blanes, tan urgente? Si es por alguien que aún te debe algo, paso. Que al final, acabas repartiendo hostias, y yo, no tengo ganas de verte reventarle la cara a nadie.

—Ya nadie me debe nada, ¡déjate de tonterías! —rechisté—. Es por una chica. Le he dicho que estoy en Malgrat con un amigo y no me puedo presentar solo.

—¿Y por qué le has dicho eso?

—Porque me iba a dar largas y es lo primero que se me ha ocurrido. ¡No podía darle opción a decirme que no!

—Pero, Álex... —dudó—. Y esa chica, ¿quién cojones es?

—Luego te lo cuento. Venga, por favor, necesito a alguien que entretenga a su amiga.

—¡Eh! ¡Olvídate! Paso de darle coba a la amiga, ¿quieres que Paula me mate?

—¿Te acuerdas cuando me pediste lo mismo a mí? Me la debes —insistí—. Explícaselo a Paula, dile que es una causa de fuerza mayor. Prométele que le daré todos los detalles, y que, si sale bien, lo entenderá. Si nos ponemos estrictos, ella también me debe una.

—¡Qué cabrón! ¿Cómo puedes acordarte todavía de eso?

—Porque te la he guardado todo este tiempo —reí con él—. Entonces qué, ¿cuento contigo?

—Estás como las cabras... —farfulló—. Te digo una cosa, si Paula se cabrea, es todo culpa tuya, ¿te enteras? Te manejas tú con la fiera.

—Sí, sí, tranquilo. ¿Nos vemos en diez minutos?

—Sííí... Pero ¡oye!, ¿de verdad no puedes quedar otro día con esa tía? Como te paren en un control y...

—¡Me la sopla! —le interrumpí—. Sé a lo que me expongo, ¿vale? ¿Podemos dejar de perder el tiempo ya?

—Vale. Ya voooy.

Me vestí con lo primero que pillé. Tejanos, sudadera y bambas. Consulté en Google Maps la ruta a Blanes desde Hospitalet y saqué el casco, las llaves y la chaqueta Dainese, del armario. Ismael no tardaría en llegar, vivía en el bloque de al lado.

—¡Adiós, mama!

—¿A dónde vas, Alejandro?

—Por ahí, con Ismael.

—¿Y a qué horas volverás? —dijo, asomándose desde la cocina y mirándome abrir la puerta de casa—. ¡Ni se te ocurra coger la moto! —exclamó, enfureciéndose— ¡Tienes prohibi...!

La dejé con la advertencia en la boca y salí corriendo escaleras abajo. No tenía tiempo que perder. Me esperaban en Blanes en menos de tres cuartos de hora. Por suerte la mayoría del viaje la haría por autopista. «No hay mal que por bien no venga», pensé, «le quitaré la carbonilla a la RR».

Ahora, ¿qué me pides?

Iba a matar a Alba. «No le puedes dar más largas», me dijo. A lo que yo deseé arrancarle sus bonitos ojos castaños. Me empujó por el pasillo hasta la habitación, abrió mi maleta y escogió la ropa que me pondría aquella noche. Reconozco que a veces necesito un empujón, pero aquello, *passava de taca d'oli*.

—Relájate, ¡coño! Me estás atosigando.

—Vale, yo me relajo —se tiró en la cama— Pero tú, ya puedes ir espabilando y arreglarte.

—¿Y tú?

—¿Yo? A mí no vienen a verme. Da gracias que voy a estar aguantando la chapa de su amigo —suspiró—. Espero que no sea un soltero salido. Solo me falta eso para discutir con Dani.

Dani era su última conquista. Un tipo un poco demasiado celoso para ella.

—Con Dani hablaré yo, no te preocupes.

—No esperaba menos.

Me puse manos a la obra y a las once y diez ya estaba lista. Álex aún no había llamado y yo, empezaba a plantearme la posibilidad de arrastrarme a la onicofagia, aunque nunca me hubiera comido las uñas.

—Tranquiila. Llamará —dijo Alba, hablándole a la pantalla del ordenador, mientras jugaba al Buscaminas—. Creo que aún tardará un pelín.

—¿Por qué dices eso? ¿No debería haber llegado ya desde Malgrat?

—¿De verdad te lo has creído? —contestó, girando la silla—. A veces eres tan ingenua que me sorprende lo inteligente que eres. Está claro que no viene de Malgrat. ¿No me dijiste que era de Hospitalet? ¿Qué iba a hacer un sábado con un amigo en Malgrat?

—¿Y nosotras? ¿No somos de Barcelona? ¿Qué hacemos en Blanes un sábado? —repliqué molesta.

No me gustaba que me tomaran el pelo. Ni ella, ni él, ni nadie. Viví tantas mentiras, con Oriol, que mi tolerancia con ellas, acabó por esfumarse. No soportaba la sensación de traición, por piadosa que esta fuera.

—Tú pregúntale cuando llegue, por qué ha tardado tanto, y luego me cuentas —sonrió pícara.

Antes de lo que preveía Alba, recibí aquella llamada. Cogimos las cosas y nos subimos a su ciclomotor para acercarnos a la estación. En Barcelona no tenía moto, pero en Blanes sus padres le habían comprado una para que pudiera desplazarse ella sola desde la urbanización hasta el pueblo; y aquella Yamaha Jog destartada cumplía con su función.

Al aproximarnos, intuimos a dos chicos frente a la entrada del edificio de Renfe. Y digo, intuimos, porque la luz brillaba por su ausencia. Aunque no necesité más que sus gestos, para reconocerle. Charlaba amistoso con quien le acompañaba, en la estrecha acera, junto a una motocicleta negra de gran cilindrada. Alba detuvo su *scooter* justo a su lado.

—Hola, Álex —dijo ella, subiéndose la visera del casco, sin apagar el motor. Yo no sabía si quitarme el casco, saludar, mirar a otro lado o esperar a que me diera un infarto—. Qué sorpresa volver a verte, ¿verdad? —Álex respondió a su pullita con una sonrisa culpable—. ¿Por qué no me seguís con la moto hasta el Paseo Marítimo? Allí ya decidiremos dónde tomar algo.

—De acuerdo, chicas. Vosotras mandáis —contestó, mirándome a mí.

Subieron a la moto, que Álex conducía. Cuando nos conocimos, me explicó que las motos eran su pasión, pero no, que tuviera una como aquella. Con una vuelta de llave en el contacto, el rugido agudo y metálico del motor, silenció la calle. Álex siguió manso a Alba los diez primeros metros, para adelantarnos justo después con un brusco acelerón y un caballito.

—¡Cómo se las gasta tu novio!

—¡No es mi novio! —rebatí, sin saber si me escuchaba o no.

Después de aquella exposición de testosterona volvió a colocarse detrás de nosotras. En los breves segundos que permaneció a nuestro lado, advertí cómo su amigo reía a través de la visera. La de Álex, ahumada, no me permitió verle. «Qué raro...», pensé, blanqueando los ojos.

—Disfruta de estos minutillos que te he dado de margen —dijo mi amiga—, y quítate los nervios de encima.

A pesar de sus buenas intenciones, no llegué mucho más tranquila al Paseo Marítimo. Aquello era lo más parecido a una primera cita. Cosa que nunca había tenido con él. Y poniéndonos serios, probablemente, con nadie. No tenía muy claro qué era lo que podía esperar de mí ni cómo debía comportarme, así que le dejé a él tomar la iniciativa. Y escogió recibirme con dos besos castos, en mis mejillas.

Nos sentamos los cuatro en una terraza. Una de aquellas que permanecen abiertas solo hasta las tres de la madrugada, llena de alemanes puestos de cerveza. Era perfecta para una retirada digna si la noche iba peor de lo previsto.

La conversación fluía entre ellos tres. Tenían tema para todo. Alba e Ismael llevaban la voz cantante, aportando distensión a la velada. Se sintieron cómodos a pesar de no conocerse, sobre todo cuando averiguaron que ambos tenían pareja y que aquella noche estaban de carabinas. A Álex se le veía tranquilo, reclinado en su silla, con uno de sus brazos sobre el respaldo metálico de la mía, un tobillo sobre la rodilla opuesta y la Coca-Cola en la mano. Yo, aunque en el fondo estaba a gusto, no dejaba de sentirme incómoda. Mi timidez, otra vez, se había enquistado en mi lengua, convirtiéndola en piedra.

—Cris, ¿lo estás pasando bien? —susurró él.

—Sí, claro.

—¿Quieres que te pida algo más? —señaló con la mirada el vaso vacío en la mesa —¿Otro Nestea?

—Por qué no —contesté, a cambio de ahogar la pregunta que más me quemaba en la garganta.

—Dispara —dijo, al tiempo que le pedía por señas otra bebida al camarero.

—¿Que dispare?

—Parecía que querías decir algo más.

—¡Ah!, bueno, sí... —«¿cómo lo sabe?», me dije—. En realidad, es una tontería. Hablando antes con Alba... ¿Seguro que has venido desde Malgrat?

—La verdad, es que no —rio, burlón—. Me habéis pillado. Venimos de Hospitalet.

—¿Y por qué me has mentado? —contesté ofendida.

—Solo quería verte, Cris.

No le rebatí. Le sostuve la mirada, cogiendo el vaso de Nestea que el camarero acababa de dejar en la mesa y me lo llevé a los labios. No sabía qué creer, de aquellos ojos verdes que de repente, se apartaron de los míos. Me arrastré de un pensamiento a otro, de una duda a otra. Odiaba que me mintieran. Volvió a mirarme, y de verdad quise creer, que era sincero.

—¿Estás segura de que estás bien? Estás muy callada, y yo no te recordaba así.

—Bueno, pues soy bastante así. Ha pasado mucho tiempo, por eso igual te cuesta recordarme —contesté, mordaz.

—¿Y dónde está aquella Cris atrevida que me comía a besos? —ignoró el reproche.

—No sé si aquella Cris me interesa o no que vuelva.

Estaba claro que nada de lo él pudiera decir, para destensar el ambiente, iba a mejorar mi humor. Y él debía saberlo. Porque dejó de hablar para acercarse a pocos centímetros de mi nariz. Y sus ojos verdes, teñidos de una oscuridad que ya conocía, fueron los primeros en deshacer el primero de los nudos. Ellos, y su voz ronca.

—¿Estás segura?

Me ruboricé. Su lengua humedeció, despacio, su labio inferior. Y yo dudé si escoger perderme en el brillo de su saliva, o en el de aquellos ojos que seguían anclados a los míos.

Me separé de él, recostándome en mi silla, sabiendo que, en cualquier momento, me rendiría.

Volvamos a empezar

Lo que estaba claro, era que Cris estaba a la defensiva y esta vez, me lo iba a poner difícil. De acuerdo, no me merecía otra cosa. Por eso cedí un poco, cuando volvió a reclinarsse en la silla, y opté por dejar de presionar. Pero necesitaba hablar con ella, a solas.

—Deberíamos irnos ya, es tarde.

—¿Ya? —protestó Ismael.

Le guiñé un ojo a mi amigo, esperando que captara la indirecta de mis intenciones.

—Bueno, quizá... —continuó, consultando su reloj— ¡Qué rápido ha pasado el tiempo! Tienes razón. Además, tenemos un buen tramo de vuelta a casa.

Apuramos las bebidas y nos levantamos. Pagué la cuenta, a pesar de las reticencias de Cris, que insistía en pagar a medias. Solo me faltaba aquello. Estaba dispuesto a retroceder hasta cualquier punto en el que ella volviera a sentirse cómoda, pero no renunciaría a mis principios. Que se quejara si quería, de lo rancios que eran.

Reí para mí mismo cuando la Jog de Alba se resistió a arrancar. Aquella amiga suya, que las cazaba al vuelo, me estaba regalando una oportunidad de oro aquella noche. Así que olvidé mi profesión y que, si había alguien experto en reparar motos, era yo, y dejé a Ismael peleándose con la pata de cabra, apartando a Cris a un lado.

—Estaba pensando que, como es mañana, de verdad, el día de tu cumpleaños, podríamos volver a vernos y celebrarlo juntos.

—Álex... es que... —titubeó—. Mañana lo celebraremos comiendo todos en familia. Vendrán mis padres a pasar el día aquí.

—¿Y después de comer?

—Bueno, siempre se alargan bastante las sobremesas...

—Cris, ¿vas a querer estar conmigo, a solas, algún día? —pregunté, inquieto.

—Es que ya te digo, que mañana no es...

—Vale, mañana, no —interrumpí—. Pero si quieres verme, no me des más largas, por favor. Llevo toda una semana intentando quedar contigo.

Se miró los zapatos, con un gesto que despertó en mí una ternura que ya me resultaba familiar, retorciendo la punta de un pie sobre la puntera del otro.

—Tienes razón, quizá nos toque tener una cita en condiciones.

—Menos mal... —suspiré—. Creía que me dirías que no quieres saber nada de mí.

—¿Por qué?

—¿De verdad tengo que decírtelo? Estás fría conmigo. Pensaba que igual te estabas arrepintiendo de esto —dije, dibujando con mis manos un círculo entre nosotros.

—Perdona, yo... —se mordió el labio—. No estoy arrepentida. Es solo que me siento un poco extraña. No es que hayamos tenido un principio típico.

—Quizá es que lo nuestro tampoco sea algo típico —sonreí.

—Quizá... —contestó, imitándome la sonrisa.

Sus labios, me animaron a avanzar un paso, colocándome a un palmo de su cuerpo, provocando una tímida retirada. Sabía que no iría muy lejos. El coche aparcado detrás la frenaría. ¿Cómo reaccionaría si la acorralaba un poco? Solo un poco. Mi siguiente aproximación la sentó, obligada, en el capó. Puse mis manos sobre el frío metal, una a cada lado de sus caderas.

—Entonces, dime. ¿Qué día estarás disponible para mí?

—No lo sé. Entre semana voy de culo y... —dudó.

—No voy a irme, Cris. Esta vez, no.

Como respuesta, ella bajó la mirada y aquel mechón de pelo rebelde, le tapó la cara. Levanté su barbilla apoyando el nudillo bajo su mandíbula. Susurré a un centímetro de sus labios:

—Déjame demostrarte que quiero quedarme, por favor.

—No. No te dejes.

Me miró desafiante, orgullosa, con una sonrisa mal escondida en la boca. En un sí pero no, en un no pero sí. Cogí aquel mechón de su cabello y lo enredé entre mis dedos, imaginándonos a nosotros entrelazados de igual modo. Seguía sin decir nada, observándome jugar con su pelo. Estreché su cintura con mi otro brazo, sujetándola mientras resbalaba por el capó, estrellándola en mi torso. Y al contactar de nuevo, una corriente me recorrió entero. Aquello era lo que tanto había echado de menos, la sensación de electrocutarme con su cuerpo.

Su respiración ya vibraba agitada. No necesitaba el permiso de su voz para saber que lo deseaba tanto como yo. En silencio, inmóvil, me esperaba. Así que lo hice. Sin más miramientos. Abandoné este mundo para entregarme a su boca. Y fue como volver a casa. O mejor. Fue como encontrarla.

Después de ti, todo

Desperté con su dulzura aún impregnada en mis labios. Había dormido mejor que nunca, así que me metí en la ducha nada más salir de la cama, no solo descansado, sino con una euforia que ni yo mismo acaba de crearme del todo.

Desde aquel beso, recordaba poco de lo que había pasado hasta esa mañana, pues ella me había dejado en un estado nublado que, ni en mis peores tiempos. Pero ahora, con los sentidos algo menos obnubilados, lo que empezaba a recordar con claridad, era la conversación con Ismael después de que ellas se fueran.

—¿No podrías haber tardado un poco más en arrancarle la moto? —me quejé, cuando nos quedamos solos en el paseo marítimo de Blanes.

—¿Un poco más? Tío, ¿sabes cuánto rato hemos esperado a que os desengancharais desde que lo hemos conseguido? Alba ha cronometrado once minutos y treinta y seis segundos.

—¿Qué ha hecho qué?

—¡Y lo que no ha contado antes! Debíais llevar un rato en plena faena —rio—. Como no nos hacíais ni puto caso, al final ha sacado el móvil. Ha ganado ella la apuesta. Yo creía que no aguantarías más de dos minutos.

—¡Pero de qué vas! —choqué mi puño en su brazo.

Ismael se reía, frotándose el hombro. Sin esperarlo, me devolvió el golpe, y yo me sumé a su buen humor, enzarzándonos en una de aquellas peleas que simulábamos desde los dieciséis. Paramos cuando una pareja cincuentona, pasó a nuestro lado, reprobatoria. Desviaron su atención al percatarse que solo era un juego.

El paseo había quedado casi desierto. Los bares ya estaban cerrando y los guiris se agrupaban en la playa, borrachos, buscando hueco para dormir la mona. Decidimos sentarnos a fumar en un banco cercano a donde habíamos aparcado, antes de emprender el viaje de vuelta a casa.

—¿Y qué os habéis apostado?

—Diez pavos.

—¿Cómo te apuestas diez pavos contra mí?

—Contra ti no, tío. ¡Eres tú el que me ha fallado! ¿Desde cuándo te comes la boca así con una tía?

Alcé una ceja, interrogante, callado, mientras aspiraba la primera de las caladas.

—No te hagas el sueco —continuó—. En todos los años que te he visto con novias y ligues, que han sido unos cuantas, campeón... —guiñó un ojo— ¡No te había visto yo tan entregado con una churri!

Me molestó su comentario y por ello, ni me digné a contestarle. No esperaba que Ismael me tomara a broma. Yo no me reía de las tonterías que hacía con y por Paula, que en los seis años que llevaban juntos, había perdido la cuenta de cuántas habían sido. Nos fumamos el cigarro en silencio y cuando acabé el mío, me puse en pie, agarrando el casco.

—¡Palomo! —me llamó.

—¿Qué?!

—Vas en serio con esta tía, ¿verdad?

—Tan en serio, que deberías empezar a llamarla por su nombre. Cristina, por si no lo recuerdas.

Dejándole con la palabra en la boca, reanudé mis pasos. Ismael me siguió y se montó de paquete cuando yo ya había metido primera. Aparqué delante de su portería y me fui casi sin despedirme.

Si no fuera mi amigo se hubiera llevado un buen puñetazo. Me cabreó que hablara de ella como si fuera una más de mi lista de conquistas. Él bien sabía que la lista había sido larga, pero Cris era distinta. Aunque ahora que lo pensaba en frío, o en caliente, bajo el grifo de la ducha, me daba cuenta de que él no tenía por qué saberlo. Debí explicárselo mejor.

Me vestí y bajé a la calle. De camino a su casa, me crucé con varios vecinos que aprovechaban aquella mañana de primavera anticipada. El parque estaba plagado de críos, algunos incluso en manga corta, corriendo arriba y abajo. A aquellas horas, el barrio no parecía tan malo como sabía que podía ser en otros momentos, en otros lugares, con otros asuntos. Apreté el botón del interfono y contestó su madre.

—Hola, soy Álex. ¿Está Ismael en casa?

—¡Hola, guapo! Pues no, hace unos veinte minutos que se ha ido con Paula, aunque no me ha dicho a dónde.

—No te preocupes, ahora lo llamo. ¡Gracias!

Me acerqué paseando hasta dónde me había dicho que estaban, a solo tres calles de su casa. A lo lejos, les reconocí sentados en la terraza del bar Mallorca, bebiendo una cerveza cada uno y disfrutando del sol del domingo. Sus abrigo colgaban de los respaldos de las sillas, igual que los de todos los que estaban sentados allí. El bar estaba a tope.

Ismael también me vio y levantó el brazo, haciéndose visible para que los encontrara. Le indiqué que ya les había visto, devolviéndole el saludo.

—Se os acaba la temporada de nieve, ¿eh? —dije al llegar a ellos.

—No me lo recuerdes... —contestó Paula.

Le di dos besos antes de que se levantara y estreché la mano de mi amigo.

—Precisamente —continuó—, estábamos hablando de irnos el fin de semana que viene a Grandvalira. Con el calor que está haciendo, si nos descuidamos, nos cerrarán todas las estaciones.

—Entonces tendréis que daros prisa.

Saqué el teléfono y el tabaco de los bolsillos traseros del tejan, dejándolos en la mesa. Me senté y le pedí una Coca-Cola al camarero, que justo en ese momento servía a un grupo detrás de mí.

Paula me miraba sonriente y expectante. Conocía la curiosidad de sus ojos negros y estaba claro que Ismael ya le habría contado los detalles de la noche de antes. Pero Paula era discreta. De las que esperaba a que le contaras, en vez de preguntar. Me encendí un Winston y me recosté en la silla.

—Bueno, ¿y qué novedades tenéis? —pregunté distraído.

—¡La madre que te trajo! —estalló. Eso sí que no me lo esperaba—. ¿Qué te cuentas tú? ¿Piensas tenerme en ascuas mucho rato?

—Venga... ¡pero si ya lo sabes todo! —repliqué, de guasa.

—Oye guapito, ayer me quedé compuesta y sin novio. Haz que al menos valga la pena.

—¿Y qué quieres que te cuente exactamente?

—Todo lo que no me haya contado este insensible de Ismael, que ya me ha dicho que ayer acabaste enfadado como una mona.

Mi amigo eludió el comentario reprobatorio de Paula, fingiendo no estar atento a la conversación que ella había iniciado. Le conocía bien y sabía que no estaba enfadado, aunque se escondiera tras una fachada de orgullo herido.

—Sobre eso, quería pedirte disculpas. Igual se me fue un poco la olla...

—Un poco, ¿dice! —contestó irritado—. ¡Menudo viajecito me diste, a dos treinta por la autopista!

—¡Tú no hagas más leña! —intervino Paula—. Que ya te he dicho que tienes muy poco tacto.

—¡Oye! ¡Yo solo le hice una broma! ¿Cómo iba a imaginar que Álex se pondría en plan caballero andante?

Paula me miró y sonrió.

—La verdad es que no te pega, Álex, reconócelo. Yo también estoy sorprendida contigo. ¿Irte a las tantas de la noche a Blanes, cogiendo la moto que aún no puedes conducir, solo para ver a una chica y llevarte unos besos de recuerdo? Por muy intensitos que fueran, no es tu estilo.

Tenía razón. Yo no era un romántico. Siempre me habían sobrado esos sentimentalismos. Iba a tiro hecho. O funciona, o no. No había dedicado nunca más de unos minutos a perseguir a una mujer. Me había importado bien poco, aquello de conquistar. Era más bien de los que echaban el anzuelo y esperaba a ver si picaban. Así que aquella faceta con Cris, era tan nueva para mí, como para ellos.

—La verdad, es que no me entiendo ni yo. Cuando la mencionaste como «esta tía», te habría matado. ¡La llamaste «churri»! —sonreí a Ismael, quien me guiñó un ojo pacificador.

—Yo sí que te entiendo. Estás enamorado hasta las trancas.

—¿Enamorado? No será para tanto.

—¡Ja! —replicó—. Si esa chica es más importante que tu moto, ya te digo yo, que sí. Tú, dime, ¿cómo te has levantado esta mañana?

—Con un dolor de huevos que lo flipa —se desternilló Ismael.

Le acompañamos con unas sonoras carcajadas. Mi amigo no tenía remedio, y eso lo sabíamos los tres. En realidad, era mejor dejarse llevar por sus bromas que ofenderse. No podía evitarlo. Tenía el don de hacer un chiste de cualquier situación.

Además, los dos, sabíamos que tenía razón. La noche anterior mi cuerpo se había quedado con ganas de mucho más. Cris tenía el poder de encenderme solo con estar cerca, así que besarla, acariciarla, estrecharla contra mi cuerpo, siempre me había dejado más que a medias. Y, aun así, ni se me habría ocurrido proponerle irnos a la cama, como habría hecho con cualquier otra. Algo en su forma de hacer rogaba siempre ir despacio. Y por más curioso que parezca, eso era algo que nunca me importó con ella.

—No sé ni cómo explicar cómo me siento.

—Ya lo sabrás. Pero hazme un favor, déjate llevar. Que nos conocemos, y eso de sentir no es algo que se te dé muy bien. Así que prepárate, porque me parece que esta Cristina te ha calado bien hondo —sonrió—. Y ahora, explícame de una vez cómo conociste a esta chica capaz de sacar de su caparazón a Álex y convertirlo en el sueño de cualquiera.

—¿Cómo que el sueño de cualquiera? —interrumpió él—. ¿Qué pasa? ¿Qué conmigo no sueñas? Porque no te he oído nunca quejarte de mi romanticismo.

—¡Pues ahora empiezo a quejarme! El día que recorras ochenta kilómetros solo para verme, entonces, a lo mejor, me creo que estés enamorado de mí.

—Ay, bombón... —le contestó, meloso, acercándose a ella—. Si yo por ti recorro ochenta no, ¡trescientos si hace falta! Pero soy más listo que Álex y te lo doy todo para que no te vayas tan lejos.

Paula se deshizo en sus manos y se fundió en la boca de mi amigo. Cogí la Coca-Cola de la mesa y bebí un largo trago. Recostado mirando al cielo, mientras ellos seguían pegándose el lote, disfruté del calor en mi piel. En breve el sol empezaría a oscurecer mis pecas, como todos los veranos.

Pensé en Cris y recordé lo que me dijo aquella noche en Sabadell. Nuestra primera conversación. «He encontrado una peseta. Dicen que traen buena suerte». Les expliqué nuestra historia desde entonces.

Si esto fuera un principio

Era la primera vez que saldríamos juntos, y yo, cual animal enjaulado, no hacía más que dar vueltas en casa. Estaba preparada desde hacía una hora y ya me había repasado el pintalabios quince veces, una después de cada cigarro quemado en el cenicero. Incluso había cogido mi libreta de dibujo y los Rotring, pero ni eso, me ayudó a calmarme.

Me senté en el escritorio una vez más, y esta vez, saqué del cajón la caja de cartón en la que guardaba mis recuerdos importantes. Un paquete de tabaco firmado por los chicos de Estopa, las entradas al concierto de los Backstreet Boys, una carta que me escribió Alba, un autógrafo de Guardiola, la entrada a la discoteca de Sabadell, la del último San Juan, la de hacía dos semanas a Chic Sant Cugat... y aquella argolla de llavero, que había guardado allí, el pasado miércoles.

Aquel sábado era nuestra primera cita oficial, pero no la primera vez, que estaríamos juntos, a solas. Aquello sucedió hacía solo tres días, cuando Álex se presentó en mi casa sin previo aviso, después de trabajar. Pasamos dos horas sentados en el banco de la plaza. Yo con la argolla de su llavero en el dedo y Álex, más nervioso de lo que lo había visto nunca. Lo reconozco. Fui un poco mala obligándole a esperar mi respuesta, simulando que lo estaba mediando. Pero ¿no me había hecho esperar a mí, también? Bien se merecía un poquito de incertidumbre. Sonreí, al recordar, y volví a guardar aquella caja en su sitio.

Los días habían volado, pensando en él. Y es que, aunque hubiera querido hacer otra cosa, me hubiera resultado imposible. Álex había regresado a mí para hacerse presente, a cada instante. Desperté cada mañana, hasta ese mismo sábado, con un «Buenos días, princesa», al más puro estilo Roberto Benigni en *La vida es Bella*; empachó mis mediodías de besos a distancia; mis tardes de llamadas breves sólo porque me añoraba; y todas las noches me retenía a teléfono al menos durante una hora.

Mi madre me interrogaba cada vez que me veía sonreír. Lo que sucedía, quizá, cada dos minutos. Ya no me resistía a hablarle de Álex. Tampoco es que tuviera que contarle nuestra historia desde el principio, pues ya la conocía. Solo tenía que mantenerla al día. Y desde que empecé a hacerlo en Blanes, mientras celebrábamos mi cumpleaños, su nombre era lo único que salía de mi boca.

Me aconsejó que fuera prudente, que no me fiara del todo, que intentara conocerle, descubrirle. No quería verme sufrir de nuevo. Yo tampoco. No requería de sus consejos para comportarme tal y como ella decía que hiciera.

Aun así, mi estómago se anclaba en la irracionalidad que le caracteriza, llenándome la vida de emoción. De angustia, de nervios, de alegría, de euforia, de miedos. Del amor más visceral que me había embargado jamás, y que, por ello, me tenía completamente desquiciada.

—Relájate un poco, o a este paso, no llegarás a tu cita.

Mi madre pasó por mi lado, diciendo aquello sin detenerse. Perseguía a Iván por el pasillo, con un par de calcetines en la mano, mientras él, descalzo, huía a carcajadas. Mi padre lo capturó en el salón, levantándolo en volandas y cargandoselo al hombro.

—¡Nena! ¡He cazado un monstruo!

Mi hermano intentaba zafarse de las manos de mi padre, que habían iniciado un asalto de cosquillas de camino a su habitación. Lo sentó en su cama y mi madre, en un visto y no visto, le plantó los calcetines.

—Y ahora, ponte los zapatos.

—¡Ay, mama! Pónmelos tú... —lloriqueó Iván.

—Muy bien, te pongo yo los zapatos... —dijo, tramposa—. ¡Manel, tráeme los pañales, que tu hijo vuelve a ser un bebé y tendremos que ponérselos otra vez!

—¡No soy un bebé!

Saltó de la cama y recogió los zapatos que andaban desperdigados por el suelo, calzándoselos en un suspiro. Mi madre salió de la habitación guiñándome un ojo y continuó preparándose para salir. Yo me quedé en la puerta de su habitación, observando cómo Iván intentaba hacerse el lazo de los cordones.

—Tata, ¿me ayudas?

Sin dudar, me acerqué para sentarme en el suelo con él. El nudo le había quedado flojo. Lo deshice y lo repetí, anudándoselo dos veces, para que no se le soltara cuando se pasara la tarde corriendo.

—¿Tú también vienes al zoo?

—No. Hoy no iré con vosotros.

—¿Y por qué estás vestida?

—Porque he quedado con un amigo.

—Podéis venir con nosotros, si queréis —intervino mi madre—. No le morderemos.

—¡Sí! ¡Venid con nosotros! ¡Porfaaa! —se animó Iván.

—Anda que, mama, ya te vale... —le reproché, apretando el lazo del segundo zapato y levantándome del suelo.

—¡Porfa, tata, porfa!

Iván se agarró a mi pierna. «Mala pécora», pensé. Cómo se había aprovechado de mi debilidad por mi hermano, para poder conocerle. La pillé reír bajo la nariz.

—Otro día iremos juntos a algún sitio, ¿vale? Pero hoy, no.

—¿Me lo prometes?

—Sííí —le besé en la frente—. Qué morro tienes —le susurré a ella, sacándole después la lengua.

—Tenía que intentarlo —se encogió de hombros—. Iván, recoge tu habitación antes de irnos.

Desapareció de nuevo y yo me quedé con mi hermano, ayudándole en la tarea que mi madre le había impuesto y que, de mala gana, había iniciado, arrastrando los pies y agachando los hombros, hasta casi rozar el suelo con ellos. Sonreí.

Iván ha sido, con diferencia, la persona que más sonrisas ha despegado de mis labios. Queriendo y sin querer. Los trece años que nos llevamos no fueron nunca impedimento para crear un vínculo estrecho entre los dos. De hecho, creo, que incluso fueron la causa de ello. Eso, y todas las cosas que nos acontecieron después.

Mi padre había recogido la cocina, cerrado las ventanas y apagado el televisor, y mi madre, acababa de meter en su bolso la lista de imprescindibles de un niño de cinco años, cuando sonó el interfono. Corrí a abrir, sabiendo que era él quien había llegado. Me pidió que bajara y tardé un segundo en coger mis cosas y llegar a la puerta de la calle. Mi familia al completo estaba esperándome y entonces caí en la cuenta de que no podía bajar con ellos.

—Por favor, esperar a que nos vayamos.

—Déjate de tonterías —se quejó mi padre.

—Por favoor. Tardaré dos minutos en irme.

—Venga, Manel, no le hagamos pasar el mal trago a la niña, que no nos cueste nada.

—¡Gracias, gracias! ¡Luego nos vemos!

Les besé, a los tres. A Iván cinco veces. Y salí. Ni esperé al ascensor. Bajé las escaleras de los cinco pisos comiéndome los peldaños de dos en dos. A través del cristal ahumado del portal, vi a Álex esperando, apoyado en su moto con las piernas estiradas, cruzadas a la altura de los tobillos. Sujetaba una rosa roja delante del pecho. No imaginé nunca que él fuera de los de flores y bombones, a pesar de aquel halo caballeroso que a veces le salía innato. Esperaba, repiqueteando en el suelo con el pie. Tampoco imaginé nunca, que yo, sería capaz de inquietarle de aquel modo.

Sonrió justo al verme salir a la calle. Me acerqué hasta él y le recibí con un beso en los labios, breve, más azorada que decidida. Cambió la rosa de manos, dejándola en las mías, y sosteniéndome por la cintura volvió a besarme, acompañándose de aquellas ganas impetuosas, tan suyas, arqueando ligeramente mi espalda.

—Estoy segura de que mis padres nos están mirando ahora mismo —susurré—, así que lo mejor es que nos vayamos ya.

Álex sonrió y me soltó, acercándose un casco.

—¿Vamos a ir en moto?

—Claro.

—Vale. Dejaré la rosa en el buzón, espera aquí un segundo.

—No pensaba irme.

Guiñó un ojo al decirlo y yo, me recreé en aquellas palabras, deseando que, de verdad, no pensara hacerlo. Otra vez, no.

Corrí de nuevo hacia el portal, con la flor y el casco en las manos. Al volver, ya estaba listo con el motor en marcha. De pie junto a él, metí la cabeza en el casco y cogí las dos cintas, que colgaban de ambos lados, sin tener muy claro qué debía hacer con ellas.

—Traaae —dijo arrebatándomelas—. Este casco no se ata con clic como el que te dejó Alba. Yo prefiero este cierre, es más seguro.

En un visto y no visto trenzó una de las cintas con las anillas de la otra, estiró la cuerda con firmeza y las abotonó con el corchete.

—Me va un poco grande.

—No te preocupes, solo tienes que llevarlo puesto hasta la tienda. Vamos a comprar uno de tu talla.

—¿Ahora?

—Por supuesto. Venga, sube, que nos vamos. Pon el pie en la estribera, apoya las manos en mis hombros e impúlsate hacia arriba.

Sabía que a mi padre le estarían rechinando los dientes. Me sorprendía no haberle escuchado decir, desde arriba, que, a su niña, en moto, no la llevaba nadie. Siempre se quejaba de que, en Blanes, Alba y yo nos moviéramos con su *scooter*.

Desvié los ojos hacia el balcón de mi casa. Si lo hubiera hecho un minuto antes, seguro habría encontrado tres cabezas curioseando. Solo quedaba la de Iván, quien se sujetaba a los barrotes y apretaba la cara en el espacio entre ellos. Desapareció corriendo e imaginé que mis padres le habrían llamado. En breve, estarían en la calle como nosotros.

—No he ido nunca en una moto como esta.

Cogió mis manos, llevándolas al depósito, y las colocó sobre el frío metal, a menos de un palmo de su entrepierna. La totalidad de mi torso quedó recostado sobre su espalda, y su fresco perfume alcanzó mi nariz. El mismo de siempre, del que estaba tan enamorado mi olfato.

—Iré despacio. Tú solo tienes que moverte al mismo compás que lo haga yo. Sígueme y no te resistas.

Aquella frase me resultó mucho más sensual que instructiva. Tanto, que me ruboricé al pensar que podría decírmelo un día en la cama, y yo, le obedecería igual que sobre la moto. Y me ruboricé aún más, cuando acarició una de mis manos, la posó sobre su estómago, y su calor, me atravesó las entrañas.

Dejó atrás la acera, con un leve rebote al bajar el bordillo y, despacio, llegó hasta el semáforo rojo, donde se detuvo. Giró el cuello y me miró, con una sonrisa en sus ojos, y supongo que con la de sus labios también, aunque no pudiera verlos, tras la morrera.

—¿Vas bien?

—Sí, pero ni se te ocurra hacer un caballito si quieres volver a verme.

Oí sus carcajadas amortiguadas por el grosor del casco. Cerró su visera y arrancó, cediendo a mi petición.

Aprendiendo a cuidar de ti

Lo decidí la noche anterior, cuando comprobé que de los tres cascos extra que tenía, ninguno era lo suficiente pequeño. Ni siquiera el más antiguo de ellos, que utilicé cuando era adolescente. Su talla debía ser una S o incluso una XS, y no podía llevarla en moto sin una protección adecuada. La seguridad, era algo que me tomaba mucho más en serio desde mi accidente. Por eso decidí que lo primero que haríamos, sería acercarnos a calle Valencia. Allí conocía una tienda de equipación bastante grande en la que Cris encontraría, seguro, un casco que le gustara.

Antes de entrar, me sermoneó para intentar convencerme de que no lo hiciera; alegando que no podía aceptar que le comprara yo el casco, pidiéndome que lo aplazáramos para otro día; prometiéndome que hablaría con sus padres para que le dejaran el dinero. Me molestó su insistencia. Era mi dinero, yo me lo ganaba, y con él, podía hacer lo que me saliera de las narices. Como si quería comprarle un castillo.

Tardé una vida en conseguir que entrara en la tienda en busca del dichoso casco, y solo, cuando fingí aceptar que dejaría que me devolviera lo que me costara. Ella, tardó otra vida más en escogerlo, y eso que, de su talla, que cumpliera los requisitos de seguridad que yo consideraba imprescindibles, y que no hubiera descartado ella por el precio, solo había tres. No había conocido persona más indecisa que ella, pero la esperé, lo más paciente que supe.

Al final se decidió por un Arai blanco y negro. No sé si fue algo premeditado, pero conseguí arrancarme una sonrisa, que escogiera aquel casco tan similar al mío, como para no desentonar. Sería la primera vez que viajaría en moto con una chica equipada a juego conmigo. Aunque también, debía reconocer, era la primera chica a quien le compraba un casco.

—¿Qué quieres hacer ahora? —le pregunté.

El dependiente pasaba la visa por el TPV y de reojo, la miraba a segundos alternos. Ella esperaba a mi lado, apoyando la barbilla en sus muñecas, con los brazos cruzados sobre la caja de cartón que el chico había dejado en el mostrador. Se la veía tan feliz, con las comisuras de los labios apuntando a las orejas y redondeando sus mejillas, que ni me importaba que no fuera yo el único que la observara. Entendía que era difícil no acabar embobado con su bonita cara.

—No me importa. ¿Qué quieres hacer tú?

Consulté el reloj. Ya era demasiado tarde para salir de ruta, que era lo que me hubiera apetecido hacer. Podríamos haber ido a Castelldefels o incluso a Sitges, adentrándonos en las Costas del Garraf. En el camino, me sorprendió que se amoldara tan deprisa al ritmo y el movimiento de la moto. Solo tuve que darle un toque en la primera curva que cogimos, cuando, como ya esperaba, retuvo su peso hacia el lado contrario al que yo tumbé. Ir en la Honda, no era como sentarse en la Jog de Alba. Esperaba aquel error de principiante, pero enseguida, la noté coger confianza. Creí que estaba preparada para dejarse llevar en las curvas. Y yo, habría ido despacio. Pero había tardado tanto en decidirse, que ya se nos habían comido media tarde.

El chico me devolvió la tarjeta y le di las gracias. Cris cogió la caja y yo pasé un brazo por encima de sus hombros, guiándonos a la salida.

—Si quieres podemos bajar hasta el centro y dar un paseo por las Ramblas —propuse.

—¿E ir cargados con los tres cascos? —contestó, con una mueca de disgusto en sus labios—. ¿Por qué no vamos a tu casa y dejas el casco viejo? Así me enseñas dónde vives.

—¿A Hospitalet? ¿Ahora?

—¿Por qué no?

No iba a decirle por qué no, y hubiera preferido un millón de veces, que no hubiera propuesto aquello. Desconocía con quién podíamos encontrarnos, a quién me vería obligado a presentarla, o si alguien haría algún comentario inapropiado. Ella esperaba mi respuesta impaciente, con la expectativa de que aceptara. No sabía qué interés podía tener por ver aquel barrio. No había nada especial allí. No obstante, no supe decirle que no. Solo esperé que al menos, no nos cruzáramos con nadie.

En veinte minutos, aparqué delante de mi edificio. Estaba diciéndole que enseguida bajaba, cuando Ismael apareció torciendo la esquina.

—¡Eh, Álex! ¡Qué bien acompañado que estás hoy! —gritó sin esperar a llegar a nosotros.

—¡Hola, Ismael! —saludó Cris, alegre.

—¿Os quedáis por aquí? Voy a buscar a Paula a su casa, podríamos tomar algo los cuatro.

—No.

—¡Joder! ¡Qué decisión! —sonrió—. Pues nada, sigo mi camino, tío. Llámame luego.

Añadió a sus palabras un gesto disimulado con las manos, que invitaba a quemar hachís, y que, por suerte, ella no vio, porque se distrajo ese segundo acariciando a un perro que pasaba a nuestro lado. Ismael le dio dos besos a Cris, que sirvieron tanto de saludo como de despedida, y después de darme un apretón de manos, continuó andando.

—¿No has sido un poco estúpido con él?

—Ya me conoce, no te preocupes.

—Pues a mí me has parecido un borde. El pobre solo nos ha invitado a tomar algo.

Su gesto de desaprobación era más que evidente.

—¿Me estás insinuando que no te importaría que pasáramos el resto de la tarde con ellos?

—¿Y por qué no? Me gustaría conocer a tus amigos. Tú ya conoces a Alba.

Suspiré. «Quizá más tarde podamos cenar juntos. Solos», me dije.

—¡Ismael! —grité, antes de que se alejara más—. ¿Dónde vais a estar?

—En la terraza del Mallorca.

—Vale, ahora nos acercamos.

—¡Hecho!

—¿Contenta?

—Sí —me enseñó la lengua y se sentó en las escaleras de entrada al portal—. Anda, espabila, que aún no has dejado el casco.

Era cierto. Se me había olvidado ya para qué habíamos ido hasta mi casa. Subí en el ascensor, pensando en lo mandona que era aquella chica, y también, en lo rápido que conseguía de mí lo que quería. ¡De menuda me había ido a enamorar! Entré en casa. Mi madre no estaba. «No, si nos la encontraremos en la calle también», resoplé. Dejé el casco viejo sobre la mesa del salón y, sin entretenerme en nada, volví a salir.

Ellos ya estaban en la terraza cuando nosotros aparecimos cruzando la plaza. Paula se presentó sin dejarme a mí hacerlo, retirando la silla contigua a la suya. Cris se sentó en ella,

tímida.

Mi amiga estaba deseando conocerla desde que le hablé de ella, y sabía que no iba a desaprovechar aquella oportunidad. De hecho, en menos de lo que el camarero tardó en traernos las bebidas, ya me la había robado. Así que las dejé hacer y me centré en las historietas de Ismael.

Tardé poco en dejarle claro que estaba prohibido hablar de porros y él me prometió ser discreto. Aún estaba forjando las primeras impresiones con ella, así que lo último que quería era que saliera a relucir tan pronto ese tema. Para todo habría tiempo.

De tanto en tanto, las miraba, curioso por cómo Cris lo estaría pasando. Ella reía, gesticulaba, hablaba por los codos. Estaba tan suelta y relajada como cuando la había visto disfrutar de la compañía de Alba, cosa que me gustó. Me llegaban a los oídos retazos de su conversación. Un, «Psicología, que carrera tan interesante», de Paula; otro, «¡Seis años, lleváis juntos! ¡qué pasada! ¿y cómo os conocisteis?», de Cris. Nada que me detuviera a prestar atención a sus palabras, hasta que ella pronunció: «¿Y cómo es Álex?». Me esforcé porque los modelos de llantas que Ismael barajaba instalarle a su coche, no interfirieran con las palabras que ellas intercambiaban.

—No sé qué decirte, ¿qué quieres saber? —contestó Paula.

—Supongo que, siendo amigo tuyo, no me dirás nada malo de él, pero...

—Tienes tus dudas —acabó su frase.

Cris asintió con la cabeza.

—Disculpa que sea tan sincera, pero hablar contigo me da una oportunidad de conocer más cosas de él. No es que quiera que me cuentes nada personal, es solo que...

—Puedes fiarte. Aunque imagino que no lo haces, por eso me preguntas.

—¿Te ha contado nuestra historia?

—Sí, la conozco.

—¿Así que ya hablaba de mí cuando nos conocimos? —preguntó con la expectativa en su voz.

—Bueno... No exactamente.

Suspiró decepcionada. «Mierda», pensé.

—Es que Álex es muy suyo, ¿sabes? —continuó Paula, intentando arreglar el entuerto—. No es de los que llegan y te cuentan su vida al detalle. Imagino que no lo ha explicado hasta que ha estado seguro de sus sentimientos. Pero tendrías que verlo hablar de ti desde que os habéis reencontrado.

—Ya, claro...

Paula, percatándose de que no acababa de convencerla, quemó su último cartucho.

—No dudes de lo que siente. Te entiendo. Sé que aquí, el susodicho, te ha dejado colgada demasiadas veces —dirigió hacia mí otra mirada reprobatoria, que fingí no ver. La primera me la había echado cuando le expliqué nuestra historia la semana anterior—. Dale una oportunidad. Si te defrauda, ven a buscarme y lo matamos juntas.

Cris estalló en carcajadas.

—¡Espero no tener que hacerlo!

El camarero se acercó con una bandeja llena de platos y la apoyó en nuestra mesa. Bravas, chocos, caracolillos, morros, pescaíto frito, cochinillo, unas croquetas...

—Disculpa. Debes haberte equivocado de mesa —le detuve, antes de que dejara el primer plato—. No hemos pedido nada de esto.

—Pero Ismael... —contestó extrañado, mirando a mi amigo, y este, se encogió de hombros.

—Tenía hambre. ¿Vosotros no?

Cogió el plato de bravas él mismo de la bandeja y, ni corto ni perezoso, pinchó una con el tenedor. Por lo visto, entretanto yo había estado atento a su conversación, Ismael se había tomado la libertad de pedir comida suficiente para alimentar a un regimiento.

—¡Sí! ¡Yo también estoy muerta de hambre! —le imitó Cris, y sonriendo al camarero, preguntó—: ¿Podrías traerme otro Nестea?

Estaba claro que no iba a conseguir estar solo con ella nunca. «Al garete nuestra primera cita», lamenté, resignado.

—Tráete una Coca-Cola, también.

Al menos, la cena tenía buena pinta.

Las pintas de la discordia

Entré en casa tan feliz que ni pensé que debía reaccionar a la expresión de *pomes agres* que mi madre lucía en el rostro.

El televisor estaba encendido retransmitiendo una película a la que mi padre, tumbado todo lo largo que era, era el único que le prestaba atención. La luz del salón estaba apagada y solo la pequeña lámpara de la mesa auxiliar, situada en el vértice de la *ele* que formaban los dos sofás marrones, iluminaba de forma tenue, en un tono ocre, la mitad de la estancia. Mi hermano estaba en la esquina de uno de ellos, tapado con la muselina que conservábamos desde que nació. Una tela fina que mi madre siempre llevaba en el cochecito, por si refrescaba o hacía demasiado sol.

Iván le tenía un apego especial a aquella prenda, que al final, se convirtió en lo único que lo ayudaba a conciliar el sueño. Retorcía una de las esquinas con su dedito y llevándosela a la oreja, repetía pequeños círculos sobre su piel. Supe que estaba dormido porque su mano, inmóvil, descansaba sobre el muslo de mi madre. Ella, que estaba sentada a su lado, dejó el cuento que supuse le había estado leyendo, sobre la mesa de centro, al verme entrar.

—¡Hola! Voy a la ducha y a ponerme el pijama.

—Me gustaría hablar contigo si no te importa.

Retrocedí el tramo de pasillo que había recorrido ya, al escuchar su tono arisco.

—¿Ha pasado algo?

—No sé, tú me dirás.

Creía que no se habían enfadado por haberme ido en moto. Al llegar a la tienda con Álex, lo primero que hice fue comprobar el móvil, esperando encontrar alguna llamada suya, pero no lo habían hecho. Así que pasé la tarde despreocupada.

—Puedo explicártelo, de verdad. Mira —dije, mostrándole el casco nuevo—. Me lo ha comprado él, para que lleve uno de mi talla. Y te juro que no ha corrido nada.

—Déjate de tonterías. No es de eso de lo que quiero hablarte.

—¿Entonces?

—Siéntate —ordenó autoritaria.

Mi padre se levantó del sofá en ese mismo instante. Cogió a Iván en brazos, quien se limitó a ronronear un discreto quejido y a aferrarse a su cuello, y se lo llevó a su cama. Me aposenté en el hueco caliente que él había dejado, lo más lejos que pude de ella, esperando un rapapolvo que ni imaginaba por qué flanco me vendría.

—¿Cuándo pensabas decirme que era un macarra?

—¿Un macarra?

—Sí, lo que has oído. Tanto explicarme que, si es tan guapo, que, tan educado, tan amable... ¿y me traes un macarra a casa?

—¿Pero de dónde te sacas todo eso?

—Tendría que habérmelo imaginado cuando me dijiste que era de Hospitalet...

—¡De qué vas!

—¡A mí no me contestes así!

—¡¿Y cómo quieres que te conteste?! Si ni siquiera le conoces y ya lo estás juzgando. ¿En qué te basas para decir eso de él?

—¡¿Qué en qué me baso?! ¡¿Pero es que estás ciega?! ¡Solo hay que verle las pintas! La chulería con la que se mueve, la nuca rapada al cero y el pelo untado de gomina, la ropa... ¿De verdad que volvemos a lo mismo? ¿Es que no aprendiste nada de Oriol? ¡Qué digo de Oriol! ¡De él, mismo! Que te ha dejado plantada todas las veces, que te ha hecho sufrir lo indecible, y tú vuelves a él, como una idiota. ¿Y para qué? Para que te deje tirada a la primera de cambio.

Alucinada estaba de la animadversión con la que hablaba de él. Tanto, que ni sabía qué contestarle.

—¿No puedes traer a casa un chico normalito? —continuó—. Yo aquí, procurándote una educación y unos mínimos, para que me traigas a un barriobajero.

—Te estás pasando.

—Y seguro que se droga. ¡Cómo no se va a drogar!

—Se te va —contesté levantándome indignada, del sofá—. Se te va del todo.

—¡Tú de aquí no te mueves hasta que acabe de hablar!

—¡No pienso hablar contigo! ¡No le conoces!

—No necesito conocerle más. ¡Ese chico no es de fiar!

—¡Vete a la mierda!

Crucé el salón pisoteando con rabia el suelo, con las lágrimas a punto de brotar de mis ojos. Corriendo ya, me crucé con mi padre en el pasillo, que inmóvil, sabía que había estado escuchando nuestra conversación. No me dijo nada. Se apartó para dejarme pasar. Si no lo hubiera hecho, con seguridad, le habría empujado. Abrí la puerta de mi habitación, al fondo del piso.

—¡No vas a volver a verle!

—¡Que te jodan! ¡Haré lo que me salga de los huevos!

De un portazo, concluí, por mi parte, la discusión. Así eran siempre nuestras peleas, desde mis dieciséis. Las dos teníamos un carácter fuerte y chocábamos más a menudo de lo que a las dos nos gustaría.

Hacía un tiempo que nos habíamos vuelto a reencontrar, que las cosas parecían fluir y volver a su cauce entre nosotras. Quizá lo de que hubiera empezado la Universidad, la había relajado, pero estaba claro que solo había sido un ligero espejismo.

Estaba harta de que cuestionara siempre mis decisiones, de que no estuviera nunca conforme con los caminos que escogía, con cómo hacía las cosas. No confiaba en mí, y eso me dolía. Ahora, no solo era eso, sino que cuestionaba también de quién me había enamorado, dejándose llevar por sus prejuicios. No era justo.

No entendía a qué narices venía aquello. Mi madre no fue una mujer elitista. Nunca. Siempre me había inculcado el valor del esfuerzo, de ganarse las cosas, de labrarse un camino. Nunca me había dejado vestir de marca ni me había concedido caprichos, a diferencia de muchas de mis amigas del colegio. Siempre me había insistido en dar una oportunidad a los demás, vinieran de donde vinieran. Decía que las buenas personas, podían estar en cualquier parte. ¿Por qué coño había reaccionado así al ver a Álex?

Al rato, más tranquila, les escuché cuchichear en el salón. Mi padre no había intervenido, para variar, aunque suponía que ahora que estaban solos, se atrevería a dar su opinión al menos. Curiosa, abrí la puerta con sigilo, para ver si rescataba algo de su conversación.

—¿Por qué no lo invitamos a comer un día?

—Porque no. Cristina no va a salir con un chico como él.

—Yo tampoco era un partidazo y bien que te casaste conmigo.

—Eran otros tiempos. ¿Y no crees que Cristina merece a un chico mejor? ¿No preferirías que te presentara a alguien decente?

—¿Decente como quién? ¿Cómo alguien que solo se preocupe por el dinero y el trabajo, quieres decir? Me sorprende que estés diciendo estas cosas, la verdad.

—Mira Manel, que no me fio. Me da igual lo que digas.

—Pues pienso como tu hija. No sé en qué te basas. Si hasta le ha comprado un casco para ella en su primera cita. Al menos parece que quiere cuidarla, ¿no?

—Sí. Y a saber de dónde saca el dinero con el que lo ha comprado.

—Gloria, estás diciendo sandeces.

—¿Sandeces? Ya me dirás si son sandeces, cuando tenga que repetirte, otra vez, «te lo dije».

—Muy bien, pues ya te lo diré.

Resoplé, con rabia, y volví a cerrar la puerta. No quería escucharles más.

Cartas a Álex

Barcelona, a 28 de marzo de 2003

Me parece un sueño que estés aquí, a mi lado. Que tus labios hayan vuelto a los míos, hambrientos de todo lo que te he guardado en el último año.

Suena casi irreal que vengas con ganas, que quieras quedarte. Tanto como que me pidas que no dude de ti, de tu alma. Porque no te imaginas ya nada sin mí.

Y me robas los besos, me arrancas las caricias, obligándome a perderme en tu piel y en tu olor. Reclamando que te deje mostrarme lo que nos espera de aquí en adelante. Porque eso es en lo único que piensas desde que estamos juntos. Que todo empieza y termina, en nosotros. Que respiras de nuevo, ahora que me has alcanzado.

Pero no entiendes que yo tengo miedo a despertar y que no estés. Que quede todo en un sueño. Que tal y como has llegado, decidas marcharte. Porque no es esta, la primera vez que sueño contigo...

Cris

Un poquito de cordura

Quedé con Alba en su casa, en el barrio de la Sagrera. Ella todavía vivía allí; no como nosotros, que hacía catorce años nos habíamos trasladado a Vallvidrera, muy cerca de la estación de Peu del Funicular.

Cuando mi padre aceptó la herencia de su tío paterno recién fallecido, mis padres se plantearon la posibilidad de venderlo y comprar el piso en el que vivíamos de alquiler. Los propietarios no estaban interesados y mi madre, que lo único que quería era poner el huevo y escoger un buen colegio en el que yo empezara primaria, convenció a mi padre para mudarnos.

Solo él trabajaba entonces, pues ella, había retomado sus estudios para sacarse el título de enfermera, que había dejado a medias cuando se quedó embarazada de mí. No estaba la cartera para complicaciones ni hipotecas. Un lavado de cara, con muebles nuevos, pintura y alguna pequeña reforma, convirtió aquel piso de la zona alta, en nuestro nuevo hogar.

A pesar de la mudanza, mis padres y los de Alba, cuidaron y conservaron su amistad. Los fines de semana no era difícil reunirse en casa de unos u otros, y las vacaciones se volvían una locura cuando pasábamos un mínimo de quince días en Blanes. Yo quería a Isabel y a Toni como si fueran de la familia.

Era la primera vez que iba a su casa en coche y aún me ponía nerviosa el denso tráfico de Barcelona. Pero acababan de enviarme el carné de conducir y estaba empeñada en sacarme la tensión a golpe de acelerador. Así que había convertido el Volvo de mis padres en un anexo de mis posaderas.

Di mil vueltas hasta encontrar un aparcamiento. Porque aquella zona del barrio era peatonal casi en exclusiva y los aparcamientos, se limitaban a zonas reservadas para la carga y descarga.

Me abrió la puerta Isabel, quien me recibió con un afectuoso abrazo.

—Hola, cariño, pasa. Alba se está duchando aún.

—Y una mierda...

—¡Esa boca! —sonrió—. No dirás que no lo he intentado. Llevo media hora detrás de ella para que se arregle.

Suspiré blanqueando los ojos y ella rio, alejándose hacia la cocina y, voz en grito, avisando a Alba de que yo ya había llegado. Regresó con un vaso de Nestea, que ni siquiera le había pedido, y un cenicero. Se sentó a mi lado en el sofá.

—Ya me han dicho que lo de ese chico parece que va en serio.

—Mi madre es una bocazas.

—En realidad, me lo ha dicho Alba —sonrió—. Pero también he hablado con tu madre, y me gustaría pedirte que no se lo tengas en cuenta. No es nuevo que, cuando se preocupa por algo, diga cosas de las que luego se arrepiente.

—Pues no entiendo por qué coño está preocupada.

Aún seguía enfadada con ella. Me sacaba de quicio, porque por más que yo le contaba todo lo

bueno que hacía Álex por mí, ella era incapaz de intentar, si quiera, flexibilizar su punto de vista.

—Intenta protegerte, como siempre. Aunque has de reconocer que, conociéndola, se ha ganado un mini punto, no prohibiéndote salir con él.

—¡Me amenazó con ello!

—Pero no lo ha cumplido —guiñó un ojo.

—¡Faltaría más que a estas alturas me dijera con quién debo salir!

—Sabes que se las ingeniaría. Peores cosas hemos visto, ¿verdad?

Peores cosas, habíamos visto. Durante mi adolescencia, mi madre me había castigado con cualquier excusa inverosímil con tal de tenerme en casa. Sobre todo, cuando Oriol apareció en mi vida y yo, empecé a hacer todas las estupideces del mundo.

—Dale tiempo. Cuando le conozca mejor se ablandará. Por lo que sé, no es tan malo como quiere creer que es.

—De todas formas, tampoco sé si esto va en serio o no. Nos estamos conociendo.

—¡Lista para irnos de compras! —irrumpió mi amiga.

Apareció en el salón, con su pelo cobrizo, húmedo, recogido en una coleta, y los labios pintados de rosa pálido, en contraste con la camiseta verde, ajustada, que se había puesto. Mientras acababa de ponerse sus botines de tacón, sentada en el sofá, me despedí de su madre con un abrazo y la promesa por su parte, de que me ayudaría en aquella cruzada.

Isabel sabía más que todas juntas y su opinión sobre Álex era quizá, la más certera. Pues no solo mi madre la tenía al día de mis aventuras amorosas. Sabía que Alba se ocupaba, a conciencia, de ofrecerle otro punto de vista a la historia. Aquella panda de marujas que me rodeaba, estaba haciendo su agosto. O, mejor dicho, su abril, que era al mes que acabábamos de estrenar en el calendario.

—Has venido en coche, ¡Qué lujo!

—Anda, sube y calla. Que me tienes contenta.

—¿Yo? ¿Qué he hecho ahora? —dijo, pestañeando su falsa inocencia.

—Ir con el chisme a tu madre.

—¡Ah! ¡Eso! Pensaba que hablabas del jersey que te devolví anteayer.

—¿Qué le pasa al jersey?

—Nada, nada. Arranca que se nos va a hacer muy tarde.

—Y será mi culpa, ¿verdad?

Me enseñó la lengua, como siempre que sabía que yo tenía razón, abrochándose al tiempo el cinturón. Cuando llegara a casa estudiaría el jersey con lupa. Seguro que tendría un enganchón o algo parecido. Se lo había prestado para su última cita con Dani y a saber dónde se habrían metido aquellos dos.

Teníamos la ruta de tiendas planificada. Empezaríamos por las de ropa, luego las de zapatos y por último las de maquillaje. Un completo. No necesitábamos nada, pero nos gustaba hacer aquello de vez en cuando, sobre todo cuando se estrenaban nuevas temporadas.

—¿Has quedado luego con Álex?

—Hoy no. Ya le he dicho que tocaba día de chicas.

—¡Genial! Un día de solteras, como antes.

—¿Como antes? —reí—. Oficialmente, solo llevo dos semanas con Álex.

—Ya, pero yo ya llevo tres meses con Dani.

—Y aún no me creo que te esté durando tanto...

—¿Me estás llamando puta, so guarra?

—¿Yo? —me fingí ofendida— Nunca se me ocurriría...

Cogí una camiseta de una estantería y se la lancé a la cara. La cogió antes de que cayera al suelo, soplándose un rizo que se le había metido en la boca. La desplegó, manteniéndola sujeta ante sus ojos.

—Fíjate, que hasta sin mirar, tienes buen gusto. ¡Esta me la pruebo!

Nos metimos las dos tras una única cortinilla, por no cambiar las costumbres. Yo me enfundé unos tejanos ajustados, pitillo, que no me convencían demasiado. Me estaba costando dejar atrás los pantalones acampanados, pero las últimas tendencias en moda no pensaban lo mismo que yo. Renovarse o morir. A Alba le encantaba aquella cita, aunque yo creía que la aplicaba en exceso. Por eso me sorprendía que Dani, aún fuera capaz de retenerla a su lado. Ella se probó las ocho prendas que llevaba mientras yo, aún decidía si los pantalones me quedaban bien o no.

—Haz el favor de dejar de mirarte y cómpratelos de una vez. Te quedan de escándalo.

—¿Tú crees?

—No sé, habrá que preguntarle a Álex a ver qué opina —simuló que llamaba por teléfono, con la mano—. ¿Álex? ¿A ti te gusta el culo de Cris? Ya, claro, lo imaginaba. Sí, tiene un buen culo. Sí, unas bonitas piernas también ¿Qué le harías qué? Tío, córtate un poco, ¿no?

—Como las cabras... —negué con la cabeza, riendo.

Salimos de la tienda, yo con mis tejanos nuevos y ella con tres camisetas para seguir llenando su armario. Nos sentamos un momento, a fumar un cigarro. Alba no lo hacía, pero yo, seguía enganchada a aquel vicio desde mis dieciséis.

—Oye Cris, como tú no me has contado nada, doy por hecho que no has dado el paso aún, ¿no?

—¿Y a qué viene la pregunta?

—A nada, es que lo he pensado cuando he hecho la broma en el probador.

—Pues no, aún no lo he dado. ¡Es súper pronto!

—Pobre chico, debe andar más salido que el palo de un churrero.

—¡Pues que se aguante! Tía, ¿por qué te pones de su parte?

—¡No me pongo de su parte! Solo digo la verdad. Por cierto, ¿se lo has dicho ya?

—Sí. Se lo tuve que decir hace unos días. Estábamos en el coche de mis padres, se envalentonó y tuve que pararlo.

—¿Lo ves? Lo que yo decía —estalló a carcajadas—. ¿Y cuál fue su reacción?

—Reaccionó bien. De verdad. Me dijo que no se lo esperaba teniendo ya diecinueve años, pero que no me preocupara, que prefería saberlo. Me ha prometido que esperará el tiempo que haga falta.

—Qué mono... Si es que no te lo mereces, con tantas dudas. Porque te estás haciendo de rogar, ¿eh?

—Bueno, ya decidiré cuándo quiero que sea mi primera vez, ¿no? Que tendré que hacerlo cuando me apetezca, ¡no solo porque él se caliente!

—¡No, no! ¡Si no me refería a eso! Lo decía por tus dudas en general. Que no te atrevas a soltarte y dejarte ir.

—Es que me cuesta mucho confiar en él. ¿Y si me enamorara?

—Pero ¡si ya estás ciega perdida, tía! —exclamó—. Álex te tiene sorbido el seso desde el día que os conocisteis. Y él, habrá sido un cabrón, pero estoy segura de que está loco por ti, también,

desde el minuto uno. No sé por qué se empeñaba en desaparecer después de estar contigo, pero te digo, que yo siempre vi a un tío completamente enamorado.

—Pues siempre me dejó tirada y se comportó como un cerdo. Parece que debo recordarte todo el daño que me hizo, y lo poco que te gustaba también a ti, al principio. ¿Es que ya no te acuerdas?

—Lo sé, pero ha vuelto. Y yo, he cambiado de opinión. El destino te la ha jugado, bonita. Dime, ¿qué te da tanto miedo?

—Que se marche de nuevo. Creo que no podría soportarlo.

—Mira, no pondré la mano en el fuego por él, porque con sus antecedentes, igual me quemo. Pero hay una cosa que está muy clara. Si sigues cerrada en banda, si no permites que te demuestre lo que tenga que demostrarte, al final se irá. Y lo peor es que lo habrás echado tú solita de tu vida.

Resoplé, porque cuando Alba se ponía seria y tenía razón, a mí, me repateaba hasta en lo más hondo. Estaba muy mal acostumbrada a ser yo, la cuerda, de la dos.

—Tómate el tiempo que necesites en dar según qué pasos, pero déjale quererte —continuó—. De verdad, creo que es lo único que él quiere hacer ahora.

—Qué profunda te has vuelto... —repliqué, mordaz.

—He de decir, que también creo que un buen polvo te quitaría muchos miedos de la cabeza.

—Ya sabía yo que lo de hablar en serio, no te duraría más de dos minutos —me reí.

—¡Si estoy hablando en serio! Date una alegría al cuerpo, ¡coño! Que Álex, tiene pinta de saber darte todas las alegrías que quieras —rio, abanicándose la cara con la mano.

—Eres lo que no hay...

—Si es que como yo digo, ¡lo que ha unido el sexo, que no lo separe el hombre! Anda, apaga eso y sigamos a lo nuestro.

Alba me cogió del brazo con ímpetu, y nos plantó en medio de una tienda de lencería. Escogió tres picardías. Pensé que quería comprarse algo *sexy* para Dani, pues no era la primera vez que lo hacía. La acompañé hasta los probadores y entonces, me empujó al interior de uno de ellos.

—¿Qué haces? —dije sorprendida— Si yo no he cogido nada.

—¿No? ¿Y esto qué es? —contestó colgando las prendas en el perchero.

—¿Y para qué quieres que me ponga esto?

Cogí uno de los minivestidos, el de color rojo, y se lo enseñé, mostrándole también una mueca de desagrado. Atrapé con los dedos el lazo de satén que abrochaba el corsé a la altura de las lumbares, si es que aquella prenda, tan minúscula, llegaba hasta esa parte de mi anatomía.

—No me pienso comprar esto, te lo digo.

—Venga, no me seas monja. Coge uno y pruébatelo.

Cerró la puerta. Una vez sola, observé con tranquilidad los dos picardías que seguían colgados. El rojo ya lo había descartado por hortera. El negro llamó mi atención. Un vestidito que estaba segura de que al menos, me taparía el culo. Semitransparente, estaba fabricado con encaje fino, en bordados estratégicamente más tupidos en las zonas más íntimas. Los tirantes eran un delgado cordón negro y el escote aparentaba ajustarse a la perfección al pecho. Decidí probarme aquel y en menos de dos minutos estaba vestida, o más bien desnuda, con aquella prenda minúscula.

Asombrada, me gustó más de lo que creía, verme en el espejo de esa guisa. La tela se ceñía a mi cuerpo y mostraba solo lo que debía mostrar. Me imaginé subida en unos tacones, que

alargarían ópticamente mis piernas, pensando que estaría espectacular. Y he de decir, que espectacular, no es una palabra con la que me hubiera definido nunca.

Abrí dos centímetros la puerta y le pedí a Alba que asomara la nariz por el hueco. Entró en tromba.

—Tía, estás increíble.

—Sí, ¿verdad? —posé, coqueta.

—Piensa, solo por un momento, lo que diría Álex si te viera con esto puesto.

No me resultó tan fácil como ella creía que sería. Álex no expresaba demasiado sus emociones, por no decir nada. Había descubierto que era ardiente y pasional en los hechos, pero un libro cerrado en la boca. Podía imaginarlo arrancándome la tela, clavando sus dedos en mis muslos, besando y lamiendo cada uno de los centímetros de mi piel. Pero bien seguro, no opinaría nada. Y seguro, también, yo sería incapaz de dilucidar en qué pensaba. Seguía siendo un misterio para mí, hecho que no ayudaba a aumentar mi confianza en él ni en sus intenciones.

Volví a vestirme, y ella me pidió que le diera las prendas, para devolverlas a su sitio y así, ganar tiempo. La encontré esperándome en la puerta, con una sonrisa en la cara, tendiéndome una bolsa serigrafiada con el nombre de la tienda de la que aún no habíamos salido.

—Toma corazón, un regalo. Para que lo uses cuando estés preparada.

—¿Y esto?

—A cambio del estropicio del jersey.

Giró sobre sí misma y empezó a andar dejándome tiesa con la bolsa en las manos. La seguí.

—¿Qué coño le has hecho al puto jersey?!

Agua oxigenada, yodo y Steri-Strips

Sin motivo aparente, Cris comenzó a insistir demasiado en que conociera a sus padres. No entendía sus prisas, y, evidentemente, no las compartía. No veía la necesidad de formalizar algo que aún estábamos probando si nos llevaba a algún lado.

Repetía, en una constante, «quiero que mis padres sepan quién eres», aunque no conseguía sacarle ni una pizca de información sobre el porqué exactamente. Intuía que el trasfondo de todo era aquella brecha que existía entre nosotros, en nuestras historias de vida. Una que a mí mismo me había costado mucho intentar reducir al máximo, para poder obviarla, pero que estaba seguro de que sus padres, le habrían evidenciado en más de una ocasión.

Por más que Cris se esforzara en minimizar y excusarse en que entre nosotros no había tantas diferencias; que el hecho de que viviera en aquel barrio de la zona alta era mera casualidad, que a ella no le importaba si yo tenía una carrera o no; o si provenía de una familia más o menos convencional; aquello me sonaba siempre a discurso aprendido. Imaginaba, que de las veces que lo habría repetido en su casa.

Intuía que su esfuerzo se volcaba más en demostrar a sus padres cómo era yo, que en la propia ilusión de que formara parte de su familia. No sentía la necesidad de luchar aquella guerra. Bastante tenía con conseguir que ella confiara en mí, pues todavía no las tenía todas consigo.

Pero a pesar de mis retiradas, el momento de conocer a Gloria y a Manel, llegó mucho antes de lo previsto. La noche que celebrábamos nuestro primer mes de relación oficial.

Por fin conseguía llevarla a cenar. Los dos solos. Sin interrupciones y sin amigos entrometidos. Pero no tenía ni idea de a dónde llevarla. Me parecía chica de restaurantes con mantel y velas. Locales que yo no frecuentaba. Así que, a última hora, pregunté a Ismael, quién a base de aniversarios celebrados, ya tenía una pequeña lista de lugares favoritos. Me recomendó uno en Montjuïc. «Ponte al menos camisa, no te dejen entrar con sudadera. ¡Ah! Y quítate los pendientes y el *piercing*, no me seas cazurro», me recomendó.

Saqué, de entre todo el montón de ropa apilado en el armario, la única camisa que Cris no había visto aún. Es decir, la blanca. Y me enfundé los tejanos Levi's que usaba para arreglarme. Los únicos pantalones de pinzas que tenía, ella también los había visto. Esperaba que, con aquello, los zapatos, y mis accesorios sobre la mesita de noche, fuera suficiente.

Cuando llegue a su portal, Cris me esperaba ya en las escaleras, vestida con unos tejanos ajustados, unos tacones de infarto y un jersey de punto entallado. Lo primero que me dijo al verme fue: «Espero que me lleves a un McDonald's, porque me muero por un Big Mac». Podría haberle hecho una reverencia ahí, en la misma acera. «¡Un McDonald's!», celebré la idea. Y la llevé hasta la Vila Olímpica. Nos sentamos alejados del paseo a comernos los dos menús, en un rincón solitario, íntimo, alejados del bullicio.

No debería haber marchado, dejándola sola, para acercarme al contenedor a tirar los restos de la cena. Cuando regresé, vi a aquel tipo de espaldas a mí, y el destello en su mano, me arrepentí al instante.

De un tirón por el cuello de su camiseta, lo alejé de ella, colocándome en el espacio que abrí entre los dos. El otro se tambaleó por lo inesperado, recobrando rápido el equilibrio, mientras la voz de Cris, a mi espalda, gritaba que tenía una navaja. Ya la había visto.

Estrellé un derechazo en su mandíbula, robándole todo el tiempo para reaccionar. El que pega primero, tiene media pelea ganada. Pero como un toro, se abalanzó sobre mí. Le esquivé. Iba colocado, derrochando tanto ímpetu como descoordinación. Así que me moví rápido, desorientándolo, obligándolo a buscarme en todos sus flancos. En una de sus acometidas, que detuve con el antebrazo, la navaja resbaló de sus manos. Y entonces, dejé de pensar. Me lancé sobre él sin miramientos, parando sus golpes y devolviéndole varios puñetazos a cambio. De uno certero lo mandé al suelo. Aterrizó con su cabeza en el asfalto. Descargué varias patadas en su costado, antes de seguir reventándole la cara a puñetazos, encima de él.

—¡Para! ¡Álex! ¡Para!

Escuché su voz como un murmullo. Sentí sus dedos en mi brazo, estirando de mí con toda la fuerza de la que era capaz su miedo de atizarla. Y, aun así, no logró detenerme. La adrenalina corría, salvaje, por mis venas.

—Álex, por favor... —suplicó.

El tono resquebrajado de su voz, y sus brazos, cálidos, que envolvieron mi cintura, esta vez, sí fueron capaces de frenarme. Entonces fui consciente de mi entorno.

El tío ya estaba KO en el suelo, retorciéndose de dolor, intentando levantarse. Contuve un último puñetazo y me incorporé.

—¡Vámonos!

—¡Pero no podemos irnos!

La arrastré conmigo, gritándole que no íbamos a quedarnos a dar explicaciones a la policía, sumándola en mi carrera hacia la moto. Comprobé en el camino que ella estuviera intacta, y volando por las Rondas, acariciándole el muslo, intenté calmarla, mientras la sentía aferrarse a mí.

En cuanto detuve el motor, ella se bajó y yo volví a mirarla con detenimiento, asegurándome de nuevo, que estuviera entera. Entonces, me percaté de la sangre en su pierna.

—¡Estás herida! ¡Joder! —salté de la moto, llevando de inmediato mis manos a su muslo.

—Pero, si ni me ha tocado... No me duele. No... La sangre es tuya, cariño, ¡la sangre es tuya!

Forcejeó con mi mano izquierda, que, como bien decía, chorreaba en rojo, mientras yo intentaba soltar las correas del cierre de mi casco.

—¡Me cago en la puta, Cris! ¡Suéltame! —grité, desembarazándome al fin de ella, arrancándome el casco de una vez, tirándolo al suelo—. ¡Claro que tengo sangre en las manos! ¡Deja que te mire, joder! Métete en el portal y bájate los pantalones —ordené, arrastrándola por la cintura.

—¡Que no! —se plantó ahí mismo—. ¡Que la sangre no es mía! ¡Sácate la chaqueta! ¡Ya! —exigió, y yo, la obedecí a regañadientes.

Un corte limpio, en el antebrazo izquierdo, aún sangraba. La camisa empapada, había calado en la chaqueta y después, en su pantalón. Miré sorprendido la herida, que ni me dolía. Cris la observaba también, con más detenimiento.

—Sube conmigo, mi madre te curará.

—Olvidalo —contesté, recogiendo el casco del suelo y volviendo a ponerme la chaqueta—. Ya me curaré yo cuando llegue a casa.

—Ni se te ocurra —detuvo mi hacer—. El corte aún sangra. Tendría que ponerte unos Steri-Strips, si es que no necesitas puntos. Deja que mi madre te lo mire y nos diga qué opina.

—¿De verdad quieres presentarme con este aspecto a tus padres? —dije, abriendo los brazos en cruz.

Cris me miró un momento, de arriba abajo, deteniéndose también en la cara. Imaginaba, que no solo tendría sangre en el brazo. El sabor a hierro hacía rato que reposaba en mi lengua, y también empezaba a dolerme el pómulo. Era consciente de haber recibido algunos golpes, aunque no me importó nada.

—Me da igual —decidió—. No voy a dejar que te vayas así.

Me agarró por el codo, dándome el tiempo justo de sacar las llaves del contacto y guardarlas en el bolsillo, antes de obligarme a subir las escaleras de su portal. Nos metimos en el ascensor y aproveché para escrutarle en el espejo.

Suspiré, lamentando que aquella fuera la primera imagen que mis suegros recordarían de mí. Cris estaba al borde del llanto. La abracé. Aún no lo había hecho. Y fue al cobijarla entre mis brazos, cuando comprendí que, si a ella le sucediera cualquier cosa, no me lo perdonaría en la vida.

No se separó de mí hasta segundos después de que el ascensor se detuviera en la quinta planta. A oscuras, no atinaba a introducir la llave en la cerradura, de tanto que le temblaba el pulso. Era de aquellas llaves planas, que debías ensartar con puntería en la ranura. Busqué a tientas el interruptor que accionaba la luz del rellano, intentando tocar solo con la punta de los dedos el gotelé de la pared, evitando mancharlo de sangre. Justo cuando lo encontré y la luz nos iluminó, interrumpió una voz.

—¿Qué pasa con la llave? ¿No vendrás borracha?

Manel había abierto la puerta de par en par, y de pie frente a nosotros, nos miraba extrañado, con el gesto congelado en las comisuras, por la sonrisa que acompañaba aquella broma que solo debían entender ellos dos. Cris se había quedado también paralizada, con la mano todavía apuntando a la cerradura, que ahora era la inglete de su padre.

—¡Nena! —reaccionó él, como si nada—. ¡Creo que alguien te necesita!

Giró sobre sus pies, cruzó el recibidor y se adentró en casa, desapareciendo de nuestro campo visual. Cris me miró inquieta.

—Por favor, no digas nada. Yo lo explico —susurró.

Siguió los pasos de su padre y, por un momento, pensé en dar la vuelta y salir corriendo escaleras abajo. Pero acabé entrando yo también en el piso y cerrando la puerta tras de mí.

—¿Qué ha pasado? —oí gritar a Gloria desde el interior del piso.

—Mama, no te asustes, pero necesito que le mires unas heridas a Álex.

—¿A Álex?

Gloria apareció apresurada, dejando atrás la puerta acristalada que separaba el salón del resto de la casa.

—¡Dios bendito! —exclamó al verme.

Ojeó a Cris, repasándola, encontrando solo el susto que llevaba encima. Volvió a mirarme y cubrió con cuatro pasos la distancia que nos separaba. Yo estaba plantado de pie en mitad del salón, esperando a que alguien me dijera qué hacer. Acercó sus dedos a mi cara, presionando en

los futuros moratones de mi mejilla y separando la piel de mi labio. Soporté los pinchazos de dolor que provocó aquella exploración minuciosa.

—No parece nada grave.

Manel encendió la luz central del salón y se sentó en una de las seis sillas que rodeaban la mesa del comedor, situada justo a mi derecha.

—¿Nos vais a contar ya qué ha pasado? —preguntó.

Cris, sin olvidar un solo detalle, empezó a describir lo que había sucedido, desde el mismo momento en que aquel tío se había acercado a ella, amenazándola con la navaja, y exigiéndole que le diera todo el dinero que llevara encima.

La cara de Manel era todo un poema y, nervioso, se inquietaba en la silla. La expresión de Gloria, que ya me había remangado la camisa y estaba echándole un vistazo al brazo, se endureció.

—Vamos al baño —interrumpió, seca, la explicación de su hija, que ya estaba detallando la pelea.

Sin atreverme aún a decir nada, seguí sus pasos cruzando el largo pasillo del piso. Era algo más alta que Cris y más corpulenta. Pisaba firme, decidida, delante de mí. Aquella mujer imponía. Temí qué habría sacado Cris de ella. Encendió la luz del baño y me obligó a sentarme en el borde de la bañera. Abrió uno de los dos cajones del mueble bajo el lavabo y sacó material de curas.

—Quítate la camisa, empezaré por limpiarte —enunció, mecánica.

La obedecí, observando cómo colocaba sobre el mármol gasas, tijeras, agua oxigenada, yodo, Steri-Strips y esparadrapo en un orden concreto, casi de forma ritualista. Pensé en la de veces que haría aquello mismo en el hospital, sobre el carro de enfermería. Cuando lo tuvo todo listo, cogió el agua oxigenada y desvió su atención hacia mí. En concreto, hacia mi espalda.

—¿No había un tatuaje más grande?

—Lo siento.

—Ya es un poco tarde para eso. ¿No te dijeron que los tatuajes eran para siempre?

—Por el tatuaje no, por dejar sola a Cris. No estaríamos así si no me hubiera apartado de ella. Habría visto venir a aquel tipo y podría habérmela llevado antes de que pasara nada.

Sin contestar, Gloria descolgó la alcachofa de la barra y abrió el grifo. Un lujo de grifo, de la marca Grohe. De esos con regulador de temperatura. En silencio, colocó una mano bajo el agua, esperando a que esta se calentara, y después sujetó con cuidado mi brazo herido para enfocar el chorro sobre él. Al fondo, empezó a acumularse el agua teñida con mi sangre. Con delicadeza y firmeza al tiempo, limpió el corte y los restos de sangre que me habían manchado el brazo y la mano. Cayeron algunos coágulos.

—Agáchate y mete la cabeza en la bañera, que voy a intentar limpiarte también la cara.

Siguió con su tarea, sentada a mi lado en el borde de PVC de la bañera. El agua corría sin tregua desde mi cabeza, arrastrando la rigidez que le había dado a mi piel la sangre reseca. El alivio fue inmediato, a pesar de las magulladuras y el escozor. Cerró el grifo y con una caricia en mi espalda me invitó a incorporarme. Acercó la toalla de manos y, a toques, secó la humedad.

—No es la primera vez que te peleas, ¿verdad? —dijo con más curiosidad que reproche—. O ya sabes lo que es esto, o tu tolerancia al dolor es muy elevada. Pero por tus gestos mientras te limpio, creo que es más bien lo primero —No contesté. Creí más conveniente que aquella pregunta retrocediera sola—. Gracias. Por mantener a Cristina a salvo.

—No tienes que hacerlo. Por ella lo haría mil veces —contesté sincero.

—Me alegra escuchar eso —dijo, abriendo un nuevo cajón—. Voy a tener que suturar el corte que te ha hecho con la navaja. Los Steri-Strips nos servirán para la mejilla, pero no para esto —señaló el brazo—. ¿Eres aprensivo?

Negué con la cabeza. Hacía mucho que había dejado de impresionarme con la sangre, las heridas y la suturas.

Cris apareció en el baño en el mismo instante en que su madre anudaba el último punto. La vi mucho más tranquila que cuando habíamos llegado a su casa. Manel habría hecho su parte también. Un ligero rubor escaló hasta sus mejillas, al encontrarme allí semidesnudo y no lograr evitar posar sus ojos en mi torso. Me encendió ver su tímido deseo, que la llevó a morderse una esquina de su labio, y por un instante, una parte de mi cuerpo, también olvidó que no estábamos solos.

—Espera aquí un momento, voy a traerte una camiseta de mi marido. Quizá te vaya un poco grande —me estudió—, pero tu camisa está para tirar.

Se fue, dejándonos allí. Cris se sentó en la tapa del inodoro, frente a mí y, con cariño, encerró mis manos entre las suyas.

—¿Estás mejor?

—Mucho más desde que has entrado.

—Qué idiota eres... —sonrió—. ¿Qué tal te ha ido con mi madre?

—Podría haber sido peor, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Pensaba que te habría caído una buena. ¿No te ha dicho nada desagradable?

—Se ha contenido —bromeé.

—¿Puedo comentarte algo?

No me gustó el tono en exceso curioso de su voz, ni su mirada indiscreta, ni ese afán, ya cotidiano, por saber más de lo que debía saber. Pero ya estaba descubriendo a Cris y su tendencia a fisgonear en mi vida.

—Lo vas a hacer de todos modos... —contesté arisco, soltando sus manos.

Obvió el tono de mi voz, interpretando aquella respuesta como una vía libre para liberar sus dudas. Nada más lejos de la realidad.

—Ni siquiera tenías miedo, como si lo hubieras hecho más veces.

—Por supuesto que tenía miedo. Sería idiota si no lo hubiera tenido —intenté desviarme—. Estaba acojonado porque te pasara algo.

—Sabías lo que estabas haciendo —insistió—. ¿Cuántas veces te has peleado antes?

—Te estás haciendo películas, Cris. Ha sido el susto. Te ha parecido verme más seguro de lo que estaba en realidad, ya está. No sé qué narices estás pensando.

Cogí la toalla y me senté de nuevo, frotando otra vez mi pelo mojado, con ella. Aproveché para pasarla a toques por mi cara, para así, no tener que mirarla mientras hablaba.

—Si no quieres explicármelo, vale. Pero no me quieras hacer creer que esta era la primera vez que pegabas a alguien.

—Es que ya te he contestado —respondí, sin atreverme aún a dejar de jugar con la toalla.

—No lo has hecho.

—¡Claro que sí! ¿A dónde quieres llegar?

—He pasado mucho miedo. Ese tío podría haberte hecho... —farfulló— ¡Yo qué sé! ¡Llevaba una navaja, Álex!

—Lo siento —farfullé—. No lo he meditado. Me ha salido así.

—Pues no vuelvas a hacerlo.

—¿El qué? ¿protegerte? —dije, mirándola, esta vez sí, incrédulo.

—¡Y perder el control! ¡Y pegarle una paliza a alguien! ¡Nunca más! No tendríamos que habernos ido de allí...

—¡Oh! ¡Por favor! ¿En serio estamos discutiendo sobre esto? Ese drogata te apuntaba con una navaja. ¿Qué esperabas que hiciera? ¡Me importa una mierda lo que haya sido de él! Y tú, deberías estar agradecida conmigo.

—¿Por qué exactamente? ¿Por el corte en el brazo, o por el labio reventado? —Se arrodilló a mis pies, atrapando mi cara entre sus manos, que estaban heladas—. Prométeme que no volverás a hacerlo. ¿Te das cuenta de lo que podría haber pasado? No quiero que te hagan daño. No me obligues a verte así, nunca más.

Sus ojos marrones, cristalinos de humedad, se encontraron con los míos. Desvió el pulgar a la herida en mi labio, y con una caricia delicada, recorrió la piel sensibilizada, tanto por el golpe como por su propio contacto. Una lágrima saltó de sus pestañas y rodó solitaria por su mejilla.

—Prométemelo —susurró.

—Toma —interrumpió Gloria—. Creo que esta camiseta te puede ir bien.

Me lanzó la pieza de ropa sin entrar en el baño, y desapareció, prudente. Yo, aproveché la interrupción y di por concluida la conversación, levantándome y vistiéndome.

Si alguien la amenazaba, o le faltaba al respeto, o la ponía en peligro, volvería a hacerlo. Todo. Lo tenía clarísimo, así que no iba a prometerle lo que me pedía. Ella se limitó a observarme, resignada ante mi silencio, mientras yo me vestía.

Salí del baño y regresé al salón para darle las gracias a Gloria, estrecharle la mano a Manel, y coger mis cosas para irme. Cris, solo aceptó un beso breve en el umbral de la puerta de su casa. Y No dijo nada más.

No dejas de sorprenderme

Sus dedos se entretenían redibujando cada una de las líneas de mi tatuaje. Recorría sin prisa mi espalda, desde la zona dorsal de mi columna, pasando por ambos omóplatos y muriendo justo antes de las cervicales. Nunca nadie había acariciado mi piel tintada como ella lo hacía, estremeciéndome, provocando un escalofrío que nacía en lo más profundo de mi estómago. Nunca, a nadie, le habría dejado acariciarlo así.

Ahora sé que podría plasmar en un folio, sin mirarlo, cada detalle del tatuaje; entonces, aún estaba memorizándolo.

Yo estaba sentado en el borde de la cama, desnudo, conectando la PlayStation al televisor de la habitación del hotel. Ella estaba sentada detrás de mí, envuelta solo con la toalla de baño. Su larga melena goteaba sobre las sábanas revueltas.

—Cada vez que lo miro descubro algún nuevo detalle en este tatuaje —se calló un segundo—. Nunca te lo he preguntado. ¿Por qué te tatuaste un lobo?

—Me dio por ahí.

—Un tatuaje tan grande, tan elaborado... ¿Te dio por ahí?

—Supongo, no sé.

—No me lo vas a explicar, ¿verdad? ¡Qué raro!

—Ahora no, estoy liado.

—No sé por qué te has traído la consola —detuvo sus caricias, aún sin despegarse de mi piel—. ¿No habíamos venido a pasar un fin de semana romántico?

—Es por si luego queremos ver una película.

—No entraba en mis planes ver películas esta noche —susurró a milímetros de mi nuca.

Detecté en su voz aquella sensualidad tan nueva en Cris, a la que aún no me había acostumbrado, y su aliento, me erizó la piel. Lejos quedaba la timidez y el no saber hacer de las primeras veces. Le arrebaté su inocencia y se me olvidó devolvérsela. Por algo me había ganado la fama de despistado.

No le contesté por no seguirle el juego, y ella se tiró de espaldas en la cama. No estaba listo para un segundo asalto. Nada más entrar en la habitación y soltar la maleta, Cris se abalanzó sobre mí, montándose a horcajadas sobre mis caderas. Hizo volar la ropa mientras me devoraba y antes de darme siquiera cuenta, ya estaba dentro de ella. Qué sorpresa tan agradable haber despertado aquella fogosidad.

—Voy a vestirme.

—Vale. Solo me falta programar el canal.

—Me importa un huevo.

Aquel carácter también había sido una sorpresa. Nunca hubiera imaginado, cuando la conocí, que detrás de aquella fachada tan dulce, se escondía una chica testaruda, deslenguada y con tanto genio. Me encantaba que tuviera las cosas claras y que fuera tan capaz de hacerse valer, pero lo cierto es que, en ocasiones, no era fácil llevarla. Al menos, a mí, no me lo resultaba.

Aproveché para vestirme yo también y salí al balcón a esperarla.

Regresó a la habitación con un vestido blanco a medio muslo, estampado con diminutas flores rojas y el pelo recogido en una trenza. Cogió los pendientes que había dejado antes sobre la mesilla y se los colocó a tuestas. Luego se sentó en la cama, para calzarse sus sandalias de cuña.

Yo, que perdía el rumbo cuando la veía vestida de verano, entré de nuevo en la habitación y me agaché delante de ella, buscando su cuello con la nariz.

—Apesta a porro.

—Le he dado solo dos caladas —contesté, rozándola con los labios.

—Sigo sin entender por qué fumas esa mierda.

—Estoy de vacaciones —mordí la fina piel justo bajo su oreja.

—¿Y cuándo no estás de vacaciones? —se apartó—. ¿Cuándo piensas dejarlo?

—¿Por qué siempre te pones tan pesada con este tema? —dije, volviendo a besarla en el cuello.

—Porque te haces más mal que bien. Te lo he dicho mil veces.

—No dices nada cuando Ismael fuma.

—Porque me importa una mierda lo que él haga. A mí solo me importa lo que hagas tú. Y estoy harta de que fumes, de que te jodas las neuronas y de que te conviertas en un Álex lento y empanado. No me gustas cuando estás fumado. Pareces gilipollas. Prefiero al Álex despierto y activo. Eres más tú.

Había empezado a consumir, esporádicamente, a los catorce años, y me enganché a aquella sensación de desconexión. Pasé a fumar solo porque me relajaba y conseguía no pensar, y más tarde, seguí fumando en vacaciones, los fines de semana, cada vez que coincidía con mis amigos, para dormir todas las noches...

Tenía razón. Estaba fumando demasiado. Llevaba un tiempo barajando la posibilidad de dejarlo, de ceder a sus deseos y olvidarme de una vez del asunto. Sus argumentos siempre eran lógicos. Ya sabía que me hacía más mal que bien. Pero nunca encontraba el momento idóneo para hacerlo.

Fruncí el ceño al mirarla, procesando las palabras que acaba de escupir. No era la primera vez que me pedía que dejara de fumar porros. De hecho, era cada vez más insistente. Sin embargo, sí era la primera vez que expresaba, sin pelos en la lengua, la impresión que le causaba cuando iba colocado. No era consciente de convertirme en lo que ella describía. Y escucharlo de su voz, la verdad, me repulsaba. Lo último que quería era que Cris tuviera aquel concepto de mí. Con lo que me había costado convencerla de que yo, podía ser mejor de lo que había sido. ¡Con lo que me había costado convencerme a mí de eso mismo y conseguirlo! Dejar de fumar, era ya lo último que me quedaba por dejar de hacer.

—De acuerdo. Ya no fumaré más.

—No te creo.

—De verdaaad. No creo que pueda hacerlo de golpe —pensaba en los porros de las noches—, pero lo intentaré.

—¿Me lo prometes?

—Sí. Y ahora calla.

Sellé sus labios con los míos y ella, que tampoco debía tener ganas de seguir discutiendo, me devolvió el beso. Desde sus tobillos, deslicé mis manos por el exterior de sus piernas, separándolas al llegar a sus rodillas, y me coloqué entre ellas. Exhaló en mi boca e inhaló parte del aire que yo respiraba. Seguí acariciando sus muslos, ahora por el interior, disfrutando de cada

milímetro de su suave piel, sintiendo como su respiración cambiaba de ritmo. Rocé con los dedos el principio de sus bragas y sin esperar, la acaricié por encima de la tela. Me separé para mirarla, sin dejar de mover en círculos, mis dedos. Ella, que apoyaba sus dos manos sobre la cama, estiró su cuello y cerró los ojos. Sabía que quería que besara su garganta, sus clavículas, su esternón. Me levanté.

—Vamos.

—¿Cómo?

—¿No querías que fuéramos a cenar?

—Eres un cabrón...

Se levantó de la cama, riendo, besándome brevemente al pasar por mi lado. A veces jugábamos a eso. A llevarnos al límite solo por el placer de imaginar, de crear expectativas, de calentarnos. Nos encantaba jugar.

Cogí la llave de la habitación, la cartera y su chaquetilla de punto. Estábamos en septiembre y con seguridad refrescaría por la noche. Cris no soportaba el frío y a mí me apetecía poder sentarnos en una terraza a tomar una copa antes de volver al hotel, aprovechando que no teníamos que conducir.

Salí detrás de ella. Me esperaba atrancando el ascensor con el zapato apoyado sobre el láser. Entramos y se colocó en la esquina opuesta de la cabina. Estaba preciosa, retocándose ante el espejo, con el dedo índice, el pintalabios rojo. Sacó del bolso la barra de labios y se aplicó una segunda capa. Me miró en el reflejo y me guiñó un ojo.

Estaba loco por ella, tanto como nunca imaginé que alcanzaría a estarlo por nadie. Su mirada risueña se transformó en otra mucho más ardiente y supe, que estaba recordando. Sin yo esperarlo, metió las manos debajo de su falda y deslizó sus bragas, guardándolas en el puño y metiéndolas en el bolso.

—A ver ahora, quién calienta a quién.

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta baja antes de que yo pudiera siquiera reaccionar. Salió como si nada. Yo ni pude, ni quise, evitar fijarme en su trasero, que se insinuaba a cada paso cuando la falda de medio vuelo se atrevía a pegarse a su piel.

Dimos un paseo bordeando la playa de Roses. Cris parecía haberse propuesto recorrer la Costa Brava de arriba abajo. Ya habíamos visitado Ampuriabrava, l'Estartit y Calella de Palafrugell.

Yo quería llevármela a la montaña. Respirar aire fresco, sentarnos en medio de un campo, enseñarle a escalar. Pero me resultaba muy difícil separarla del mar. De su mar. En broma, decía que era porque era Piscis; que los peces solo respiran en el agua y que ella, en otra vida, debió ser una sirena. Yo creía que era porque odiaba los insectos y mancharse de hierba. Pero lo cierto es que recobraba la vida en la playa. Era feliz. Era absolutamente ella. Y yo, ya no quería verla de otro modo.

Cogí su mano y ella estrechó con firmeza sus nudillos entre los míos.

—¿Nos sentamos un momento? —me pidió.

Guio mis pasos hasta un bloque de cemento que separaba el paseo embaldosado, de la arena. Se descalzó, dejando las sandalias a un lado, y se sentó con las piernas colgando, en dirección a la playa. Me coloqué tras ella, pegado a su espalda, abrazándola por la cintura. Apoyé mi barbilla en su hombro y respiré el salitre de su pelo. Rozó su mejilla con la mía, dejando caer sobre ella el peso de su rostro y cerró los ojos.

—Estoy tan a gusto así... No necesito más —susurró.

Cerré los ojos con ella. No sé cuánto tiempo estuvimos en silencio. El suficiente como para que la arena se vaciara de bañistas y una decena de pescadores, a lo máximo, salpicara el paisaje. Yo disfrutaba de aquellos momentos de calma que ella me regalaba, las pocas veces que se quedaba sin palabras.

Sin avisar, se desembarazó de mis brazos y saltó a la arena. Giró sobre sus pies, haciendo volar su vestido y me miró con picardía. «Sígueme», ordenó. Y salió corriendo en dirección al mar.

Me saqué las bambas y los calcetines, cogí sus zapatos y reseguí, con calma, el camino que sus pies descalzos habían surcado en la arena mojada, borrando sus pequeñas huellas con las mías.

Cris esperaba de espaldas en la orilla, abrazándose a sí misma, abrigándose de la brisa que sobrevino con la puesta de sol. Al llegar a ella, vi su piel erizada. Desanudé de mi cintura la chaquetilla que había cogido en el hotel para ella y se la coloqué sobre los hombros, volviendo a abrazarla.

—Siempre me ha gustado sentir cómo los pies se entierran en la arena, con cada ola que llega y se va —me dijo.

Cris se fijaba en aquellos pequeños detalles, a los que yo nunca prestaba atención. A veces decía aquellas cosas con cierta melancolía. Como si en vez de disfrutar del momento, estuviera memorizándolo, por si en algún momento, lo perdía. Era así de romántica.

No le contesté. No sabía qué decirle. Sin deshacer el abrazo que la atrapaba contra mi torso, se giró para quedar de frente a mí y sonrió. A pesar de la tenue luz, un rayo de sol del atardecer encendió un brillo caoba en sus ojos, que me atravesaban como si pudiera leer en mi alma. Seguía sin ser capaz de aguantarle aquellas miradas. Aún no había aprendido a exponerme. Así que me distraje con un mechón de su pelo que el viento había soltado de su trenza y que hacía volar agitado. Lo coloqué detrás de su oreja, dejando mi mano en su mejilla, acariciándola con el pulgar. Cerró los ojos y la besé. Tampoco sé por cuánto tiempo.

Volvimos al paseo que ya era noche cerrada y nos sentamos en la terraza de un restaurante italiano. Intuía que pediría tallarines carbonara y no fallé en la apuesta. Yo escogí una *pizza* barbacoa, con doble de carne. Nos bebimos una sangría para acompañar, que al poco, ya la tenía medio achispada. Ninguno de los dos solíamos beber alcohol, pero a ella, le subía como la espuma, así que llené mi copa con lo que quedaba de ella y aparté la jarra de la mesa. Cris entró en un bucle de risa floja, comentarios absurdos y tintineos de copas y cubiertos. Se le cayó el tenedor al suelo.

—Deja —la detuve, en cuanto hizo el gesto de agacharse—, ya lo recojo yo.

Metí mi cabeza bajo el mantel y localicé el tenedor pegado a su zapato. El puente de su pie descansaba sobre la cuña en una curvatura forzada, dejando un pequeño espacio entre su piel y la suela. No pude resistir la tentación de hacerle cosquillas, escuchándola reír al otro lado de la mesa, por encima de mi cabeza. Recogí el cubierto y entonces, Cris separó sus piernas descarada, mostrándose entera para mí, sin tapujos. Ya ni recordaba que se había quitado la ropa interior en el ascensor del hotel.

Salí de debajo de la mesa y la encontré ruborizada. No sabía si por el vino, por vergüenza, o por deseo. Decidí que no iba a esperar para asegurarme que su sonrojo, se debiera a lo último. Llamé al camarero y le indiqué, por señas, que trajera la cuenta.

—¿Y el postre?

—El postre, princesa, eres tú.

Fui incapaz de evitar retenerla unos segundos en el hueco de un portal, de camino, para comerme su boca con ansia. Como tampoco pude evitar meter mis manos bajo la falda, arrinconándola en una esquina del ascensor.

Así que entré en la habitación sobreexcitado, deseando arrancarle el vestido y poseerla de inmediato. Por eso me obligué a frenar. Porque por una vez, me había prometido a mí mismo, hacérselo despacio. Como la primera vez.

Cerré la puerta con el talón y sin darle tiempo a alejarse de mí, atrapé la cremallera de su vestido y la destrabé con lentitud, acariciando su columna con el nudillo hasta el hueso del coxis, donde estaba cosido el tope.

No encendí la luz de la habitación. Un leve resplandor proveniente de las farolas de la calle atravesaba las cortinas del balcón, iluminando sus contornos con un tono anaranjado. Me gustaba así.

Deslicé de sus hombros ambos tirantes, dejándola desnuda de cintura para arriba. No llevaba sujetador, no lo necesitaba. Abandoné mis manos en sus pechos firmes y menudos, entreteniéndome en ellos al tiempo que lamía su nuca.

Avancé un paso sin dejar de acariciarla, y luego otro, empujándola con suavidad con mi cuerpo, guiándola hasta el borde de la cama. La hice girar sobre sí misma y solté la goma de su pelo, enredando mis dedos en el trenzado con el que se lo había recogido, liberando en ondulaciones su cabello.

El vestido aún descansaba sobre sus caderas, a punto de caer, y yo lo arrastré con cuidado, haciéndolo aterrizar en el suelo.

Me separé un paso y recorrí con mis ojos cada ligera curvatura y línea recta de su cuerpo. Disfrutando de tenerla una vez más, desnuda solo para mí. No me cansaba de mirarla. Aunque ella se cohibió, poco acostumbrada todavía a mostrar tanta piel, y se abalanzó sobre mí, eliminando el espacio entre nuestros cuerpos.

Agarró la camiseta y me la sacó de un tirón por la cabeza, lanzándola al suelo. Apoyó sus manos en mis pectorales y deslizó sus dedos, acariciándome con las uñas, zigzagueando entre las comisuras de mis abdominales.

Besándome con ansia, desabrochó el botón de mis tejanos y bajó la cremallera a la fuerza, estirando de cada esquina del pantalón. Intuyendo que su siguiente movimiento sería atrapar mi erección, cogí su muñeca y la detuve.

La forcé a estirarse en la cama, con el ímpetu de mi cuerpo acercándose a ella y me tumbé sobre su cuerpo, llenándole de besos húmedos el cuello, los pechos, el ombligo, el pubis. Acaricié y saqué cada recoveco de su cuerpo, escuchándola jadear cada vez con más intensidad, entre los mordiscos con los que me devoraba.

Cuando estuvo lista, casi a punto, me desnudé en un suspiro para volver a ella, ahora sí, con la intención de hacerla mía. Sentí su cuerpo tensarse, sus uñas clavarse en mis tríceps y sus piernas enroscarse con firmeza a mi cintura, clavándome la esquina de la suela de uno de sus zapatos.

Embestí más fuerte, cada vez que ella lo pedía, hasta que sentí una primera contracción en su interior, y con la segunda, estallé en su interior, liberando la tensión acumulada.

—Joder, Cris...

Dejé caer mi peso sobre ella, escuchando y sintiendo, su respiración entrecortada. Con un

abrazo me retuvo unos segundos más, antes de darme permiso para tumbarme a su lado. Recosté mi cabeza en la palma de la mano, apoyado sobre el codo, para observarla.

De verdad, no podía dejar de mirarla, y dudaba mucho, que algún día lo hiciera.

—¿A dónde vas? —preguntó melosa al notar que me levantaba.

—Voy al baño un segundo. Ahora vuelvo.

De pie delante del wáter, la vi desenredarse el pelo con los dedos y esconderse bajo las sábanas, desnuda.

De regreso, me detuve a los pies de la cama. Metí el CD que había traído de casa en la ranura de la consola y Antonio Orozco puso la voz a mi garganta, cantando aquello que yo sentía tan a menudo. Lo de que ahora que sus besos eran para mí, no la quería perder.

Me metí en la cama con ella cuando sonaban los primeros acordes de aquella canción que yo encontré para nosotros. Después llegaron más, pero la gran mayoría, las descubrió Cris. Y es que yo, con los años, regresé a aquella sensación de poder perderla en cualquier momento. Y las pocas que me hicieron pensar en nosotros, me ahogaron todavía más.

Tierna, se hizo un ovillo, enroscándose en la U que formaba mi cuerpo entorno a ella. Acariciando su pelo, la estreché contra mí. Albergándola bajo mi ala, protegiéndola de todo, aunque allí estuviéramos los dos solos. Y me prometí, que siempre lo haría. Yo, sería su refugio ante cualquier cosa que pudiera hacerle daño.

—Te quiero —dije por primera vez en la vida.

—Yo más.

«Mentirosa», pensé sonriendo.

Porque era imposible que me amara más de lo que yo lo hacía.

Quiero regalarte

Colgué el teléfono, engrané la primera y me encaré a la rampa circular de las tres plantas subterráneas que me llevaban a la salida. Sonreí otra vez, al recordar nuestra breve conversación.

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué clase de sorpresa?

—Si te lo dijera, dejaría de serlo —me hice la interesante.

—¿Y no puedes darme una pista, al menos?

—Lo siento, pero no —reí—. Te recojo en media hora, así que ves espabilando. Ya estoy en el *parking*.

—¿Me recoges tú?

—Sí, le he pedido el coche a mis padres. Te quedan dos minutos menos. ¿Vas a seguir preguntando o colgamos y empiezas a vestirte ya?

—¿Y qué he de ponerme?

—Ropa cómoda. Hoy puedes vestirte con un chándal de esos que a mí me gustan tanto... —propuse, de guasa.

—No me lo creo, ¿en serio?

—En serio —estallé en carcajadas.

—¿Pero a dónde me llevas?

—Veinticuatro minutos, Álex. Si cuando llegue, no estás listo, me voy yo sola.

—No tienes huevos.

—¿Qué no? ¿Quieres comprobarlo?

—Vale, vale, me voy a la ducha —se desternilló—. Estaré abajo cuando aparques, con mi chándal y las bambas. ¿Te parece buena opción, mandona?

—Me parece que es tu única opción —sonreí, aunque no pudiera verme—. Te quiero, cariño. Ahora nos vemos.

—Hasta ahora, princesa.

Me había llamado siempre así, desde la primera noche que estuvimos juntos. Hacía mucho de eso. Al principio creía que era un modo empalagoso de referirse a mí, para engatusarme. Como cuando algunos hombres te llaman muñeca, morena, preciosa, o cualquier otro apodo ambiguo. De esos, que salen de su boca porque, seguramente, ni recuerdan tu nombre. Una simple estrategia de ligue.

Pero ahora que lo conocía bien, y que sabía que aquel no era para nada, su estilo, cobraba un significado mucho más profundo de lo que podría parecerle a cualquiera. Porque si un hombre como Álex, parco en palabras, te llama princesa, es que, para él, lo eres. Sin trampa ni cartón.

Por eso, cuando utilizaba aquel apelativo cariñoso, a mí, me nacía una corona de brillantes enorme en la cabeza.

La puerta del aparcamiento se abrió y saqué el coche. Mientras esperaba a que se cerrara,

revisé por última vez el asiento trasero, en el que llevaba todo lo que creía, podíamos necesitar. La manta, la nevera, la mochila con las cartas del UNO, la radio portátil, mi libreta... Sí. Creía llevarlo todo.

Subí el volumen del equipo de música del coche de mi padre y me incorporé a la Ronda de Dalt. Encendí un cigarro, antes de bajar las ventanas, y dejar que la brisa, entrara en el Volvo. Hacía calor, pero yo no solía encender el aire acondicionado. Aquella era una de las pocas manías que se me había pegado de Alba.

Cuando llegué a Hospitalet, Álex, como me había prometido, estaba esperándome en las escaleras de su portal. No me vio llegar. Estaba distraído con el móvil. Apagué el motor y sonreí, sola, mirándolo a través del parabrisas.

Aún no me creía que estuviéramos juntos, y menos, que, después de algo más de un año de relación, todavía flotara en aquella nube ingravida cada vez que lo miraba, como estaba haciendo en ese instante. Apoyaba los codos en sus rodillas, abiertas, y sus manos se juntaban en el centro, sosteniendo el teléfono. La correa de acero del reloj de su muñeca, el que le regalé para su cumpleaños anterior, centelleó, al mismo tiempo que mi teléfono sonaba.

«Estoy esperándote abajo. ¿Tardarás mucho?»

Un SMS. Me reí. Siempre era igual de impaciente. Tecleé.

«Estoy muy cerca»

Volví a mirarle. Cuando me preguntara, cuánto de cerca, le delataría mi ubicación, levantaría la vista, y me regalaría lo más bonito que guardaba en su rostro. Mucho más, que sus miles de pecas, y que sus ojos verdes. Le había costado lo suyo, pero ahora ya lo hacía. Sonreía con el surco que aparecía en sus mejillas al estirar sus comisuras, con todos los dientes y el pequeño hueco central, con los vértices de sus ojos, el verde profundo y las motas ámbar. Ya no sonreía a medias. Al menos, cuando me miraba a mí. Y yo, no me cansaría nunca de provocarle esa expresión de felicidad.

Un chico moreno, apareció torciendo la esquina y se dirigió hacia él. Movié sus labios y Álex levantó la vista, para saludarle con un gesto de cabeza. El chico se detuvo frente a él, dándome la espalda. Desde la distancia, no podía escuchar lo que decían, y tampoco soy experta en lectura de labios. Pero sí lo era ya, en el lenguaje corporal de mi novio. Y el que me estaba mostrando, me gustaba bien poco.

Aquel chico me sonaba. Creía haberlo visto alguna vez, paseando por Hospitalet. Pero no recordaba su nombre. «Empezaba por J... ¿Javi? ¿Jose? ¿Juan?», intente hacer memoria. Era difícil recordar los nombres de todos lo que conocían a Álex. Y más, si no volvía a verles nunca.

Se despidieron con un apretón de manos y aquel chico, siguió su camino, deteniéndose un segundo, para decirle algo más. Álex asintió, anudándose una de sus bambas, y sonrió. A medias. Solo con los labios. Si al menos lo hubiera hecho solo con los ojos, me hubiera importado menos. No escondía nada malo tras una sonrisa de su mirada. Pero tras una de su boca... Aún no había averiguado que escondía ahí detrás. Demasiados secretos.

Hice sonar el claxon tres veces, presionando el centro del volante. Álex me vio y fue feliz, al completo. Me bastaba. Aquel día, le tocaba solo eso.

—Buenos días, princesa —dijo, al abrir mi puerta.

—¡Feliz cumpleaños, mi amor!

Salí despedida del coche y me abalancé a sus brazos. Él reaccionó de inmediato, cogiéndome en volandas, y yo trencé mis piernas en su cintura. A la altura de sus ojos, le di el primero de los regalos. Un beso apasionado, que nos dejó sin respiración, y con sus dedos, marcados en mis nalgas. Se resistió a soltarme, cuando pretendí regresar al suelo.

—¡Déjame bajar! —me reí.

—Ni hablar. No he tenido suficiente de ti.

—¡Tenemos todo el día! —grité, reaccionando a las cosquillas con las que había empezado a atacarme, mientras me resistía.

—Dame otro beso, y te suelto.

—Pero uno pequeño.

—¿Cómo de pequeño?

—Así —Le indiqué con dos dedos, un espacio reducido.

—Eso se me queda en las muelas —Volvió a atacarme con los dedos entre las costillas.

—¡Vale! ¡Vale! ¡Para!

Se detuvo, volviendo a aferrarme con ambos brazos, mientras yo recuperaba el aliento que me habían robado las carcajadas. Era tan fuerte, que no los necesitaba. Con un solo brazo, me sostenía sin dificultad. Pero me gustaba que lo hiciera, que me estrechara con tanto vigor, contra él. Le miré a los ojos. El verde estaba oscureciéndose y ya no quedaba apenas nada de aquellas motas ambarinas.

—Sé que estás pensando...

—¿De verdad? ¿Y cómo lo has adivinado?

Avanzó sus caderas y entre mis piernas, sentí la presión momentánea de una contracción.

—No tienes remedio...

Blanqueé los ojos y encerré su cara entre mis manos. Me ganó tres besos, de los pequeños, porque no me rendí a su lengua, que intentó todas las veces, entrar en mi boca. Acabó por dejarme en el suelo, riendo, y después de una cachetada en el culo, entramos en el coche.

—Bueno, ¿y a dónde me llevas?

—Enseguida lo sabrás.

Media hora después, aparcaba el coche frente al punto de información del Parque Natural de Collserola.

—¿Has venido a buscarme a Hospitalet para volver a Vallvidrera? ¿De verdad?

—Es que quiero enseñarte un lugar que conozco, que sé que te gustará.

—Pero podría haberte recogido yo en tu casa.

—Ya. Pero entonces, la incertidumbre te hubiera durado muy poco —le saqué a lengua.

Álex cogió las cosas del asiento trasero y repartió el peso de todos los trastos, entre la espalda y los brazos. Como siempre, no me dejó cargar nada.

—¿Y qué hay por aquí? Mucho verde, veo yo... —replicó, desconfiado.

—¡Y más que verás! Sígueme.

Aparté, en el último tramo, que se estrechaba, algunas ramas bajas que entorpecían sus pasos y que él no podía esquivar, con las manos ocupadas, cargando la nevera y la manta. Álex me pisaba los talones. De vez en cuando, me soplaban en el cuello, reía por lo bajo o chutaba piedras apuntando a los troncos. Ya me había acostumbrado a él. A su no parar nunca quieto. Y por extraño que parezca, me encantaba que fuera así. Recorrimos el último tramo de cuesta, entre

árboles.

—¿Qué es ese edificio?

—La Casa del Guarda.

—¿En serio ahí vive alguien?

—Hace años que no, está cerrada. Pero forma parte de la historia del lugar, y aquí se quedó.

—¿Comeremos ahí?

—¿En el merendero? No. Yo tenía otro plan.

—¿Y queda mucho para llegar a tu plan?

Resoplé. Me gustaba que no parara quieto. Pero a veces, podía ser muy pesado. Sobre todo, cuando no sabía qué esperar. Álex era el mejor sorprendiendo al resto, pero que le sorprendieran a él, no le gustaba tanto.

—¿No decías que te gustaba la montaña y que tenías ganas de hacer una ruta de senderismo? Porque no llevamos ni media hora andando... —me quejé.

—No tenía en mente ir cargado con una nevera, una mochila y una manta, ¿sabes? ¿Qué te has traído?

—Cuatro cosas. Si me dejaras llevar algo a mí, no irías tan cargado —dije, tendiéndole la mano.

—Anda, ¡tira!

No insistí, porque no quedaban más de diez minutos hasta el lugar donde acamparíamos. Y porque, aunque hubieran quedado dos horas de caminata, tampoco habría conseguido nada haciéndolo. Enfilamos las escaleras de piedra, recorrimos el breve camino empinado, y el lugar, se abrió ante nosotros.

—¡Hostia! —exclamó, sorprendido—. ¡Qué escondido te tenías esto!

—Te he dicho que te gustaría. —sonreí.

—Hombre, no es el Pantà de Foix, pero tiene su encanto.

—¡Claro que tiene su encanto! Y, ¿a qué no sabías que existía este pantano tan cerca de Barcelona? Poca gente lo sabe, por eso te he traído aquí. Estaremos tranquilos.

—¿Y los vecinos de esas casas? —señaló con la cabeza, hacia la montaña.

—Al otro lado, ni los veremos. Sé dónde ponerme, no te preocupes.

Busqué aquel sitio escondido, entre un par de árboles, que nos darían sombra, e intimidad. Álex soltó las cosas y yo cogí la manta, para extenderla en el suelo, sobre la hierba. Me dejó allí, preparando nuestro rincón, y se adelantó, caminando hacia el borde del lago. Al darme cuenta que no volvía, seguí sus pasos. Le encontré, lanzando piedras al agua, haciéndolas rebotar sobre la superficie.

—Yo no he sabido nunca lanzar así las piedras.

—Tiene truco. ¿Quieres que te enseñe?

—Soy muy torpe, no lo conseguirás.

—¿Qué no lo conseguiré? —sonrió, burlón—. No me subestimes. Yo, puedo conseguir lo que me proponga.

No le subestimaba. No me hubiera atrevido, nunca, a hacerlo.

—Después de comer, si quieres. Ya lo he preparado todo.

Lanzó una última piedra. Conté hasta cinco rebotes. Admiraba que, incluso para esa tontería de tirar piedras, Álex fuera bueno. No se le daba mal, nada. Era de esos chicos, que tanto sirven para un roto, como para un descosido. Como mecánico, era un as, y sabía de engranajes, lo que yo creía, que nadie sabría. Pero es que, además, se atrevía con todo. Daba igual lo que le

propusieras, él, se ponía manos a la obra, y lo sacaba. Mi chico polifacético.

Comimos tranquilos, mientras charlábamos. Por la mañana, antes de salir, me había metido en la cocina, y había preparado los *tupper* con todo lo que le gustaba, y que pudiera comerse en frío. Tortilla de patatas con cebolla, una ensalada fresca con muchas aceitunas y atún, tacos de fuet y queso curado, pan con tomate y sandía. Álex tenía buen saque. Sabía, que volveríamos con la nevera vacía, y no me equivoqué.

Después nos tumbamos en la manta y yo, me acurruqué a su lado, con la cabeza sobre su espalda. Se quedó dormido, bocabajo, mientras en la radio sonaba la voz de Lenny Kravitz, con su *Calling all angels*, y a que a él le gustaba tanto. Yo no echaba siestas, así que aproveché su morriña, para sacar mi libreta y las acuarelas de la mochila.

Mi intención era regalarle aquel dibujo para su cumpleaños. El reloj estuvo bien para el primero que celebramos juntos. Pero para este, quería hacerle algo más personal. Algo mío.

Preparé el material y lo extendí sobre la manta, casi, en un ritual. Solo hacer aquello, ya me ayudaba a entrar en aquel estado de relajación al que me gustaba llegar antes de pintar. Creo que era el orden en el que colocaba las cosas, y las simetrías, que, sin darme cuenta, buscaba. El folio frente a mí, como punto central. El estuche de acuarelas, en el margen superior. Los lápices de carboncillo, colocados uno al lado del otro, en el margen izquierdo. La paleta de mezclas y el vaso de con agua, en el derecho. Todo listo, para que mi creatividad, lo convirtiera todo el caos.

Empecé, con un lápiz duro, para esbozar las líneas principales del paisaje. Unos pocos trazos, que marcaron los límites del pantano, las zonas boscosas de los laterales, la pasarela de madera y la presa al fondo. Después, humedecí el pincel en agua, y me evadí. Hasta que un hormigueo en el cuello, me trajo de regreso.

—¿Ya te has despertado? —susurré.

—Sí. ¿Qué haremos ahora?

Sus dulces besos nacían en la sensible piel de mi nuca y seguían cayendo, en cascada, hacia uno de mis omóplatos.

—Me gustaría acabar el dibujo, me queda poco.

—Te está quedando muy bonito —se estiró a mi lado.

—Y si no me distraes, me quedará mejor.

Le saqué la lengua y me guiñó un ojo, apoyando su cabeza sobre los antebrazos, mirando al cielo. Así, se entretuvo el tiempo que yo destiné a dar dos pinceladas más al dibujo.

—¿Esta noche saldremos a cenar?

—No lo he pensado.

—Podríamos ir a aquel restaurante japonés que nos gustó tanto, en Castelldefels.

De refilón, vi cómo metía el dedo en una de las mezclas, verde, con la que estaba pintando los árboles de aquel paisaje.

—¿Con qué colores, has conseguido este? —me enseñó la yema de su índice.

—No me acuerdo. Con alguno de estos —señalé el estuche original, con el mango del pincel—. No las malgastes, porque si tengo que hacer más, no conseguiré que quede igual.

Limpió la humedad de su dedo, en el puente de mi nariz.

—Álex... —farfullé, secándome con el dorso de la mano.

—¿Qué?

—¿Podrías darme diez minutos?

—Te he dado mi media hora de siesta.

Resoplé como respuesta y él, volvió a tumbarse en la manta.

—Vaaale —aceptó, sacando el teléfono de su bolsillo.

También estuvo poco rato entretenido con él. Su cabeza, quedaba al lado de la paleta donde estaba mezclando los colores y mojando el pincel, así que cada vez que dirigía mis movimientos hacia allí, le veía observarme, fijamente, relamiéndose los labios.

—Me gustaría acabar el dibujo hoy, de verdad —suspiré.

—Pues, acábalo. ¿Quién te lo impide?

—¡Tú! ¡Me estás poniendo nerviosa!

—Es que te pones nerviosa con cualquier cosa... —contestó, desternillándose—. ¿Y por qué lo tienes que acabar hoy? ¿No podríamos seguir paseando un rato? O podríamos ir a casa a cambiarnos, e ir a otro sitio. ¿Te apetece que vayamos a la playa a darnos un chapuzón? Hace calor...

—¡Porque es tu regalo! Quería regalarte este día, y que, con este dibujo, recordaras siempre este momento juntos.

Miró un segundo el dibujo.

—Pues si es para mí, ya me parece bien como está.

—¡No! Álex, ¡Por Dios! No está acabado. ¿No ves que no he empezado ni a pintar el cielo?

—¡Da igual! —exclamó, riendo.

Me cogió por la cintura y, haciéndome volar, me colocó sobre él. Así, sin avisar, ni darme tiempo a soltar el pincel, volcando en el camino, el vaso de agua sobre la manta. No me quedó otra opción que reír, y rendirme a él.

—¿Por qué nunca me dejas pintar tranquila? —pregunté, dibujando un puchero en mis labios.

—Porque estás preciosa cuando lo haces. ¿Sabes que sacas la lengua cuando te concentras sobre el papel?

—¿De verdad? No me había dado cuenta.

—Sí. Y no me gusta compartirla. Esa lengua, es solo mía.

—¿Ni con un papel?

—Ni con un papel —sonrió.

—Tendré que acabarlo otro día, ¿no?

Se encogió de hombros, confirmándomelo. Atrapó mi cara con ambas manos y me acarició, arrastrando mi pelo entre sus dedos, para llevarlo detrás de mis orejas. No dijo nada más. Tragó saliva. Y yo le besé, con toda mi humedad, que era solo suya.

No conseguí acabarlo. Se quedó a medias, con el cielo sin pintar. Y por eso, acabó guardado en una carpeta, junto con el resto de mis dibujos.

Si hubiera sabido que aquel, sería el último que pintaría en muchos años, no habría cedido a sus deseos, y le habría dedicado el tiempo que se merecía. Lo habría terminado, por más que a él le aburriera mirarme pintar, y se lo habría regalado. Así, no habría vuelto a sacarlo de esa carpeta, para compararlo con el que pinté años después, en aquel mismo lugar, y acabar lamentando, cuánto podían cambiar las cosas.

Nuevas tradiciones

Cuando llegué a casa del trabajo, me encontré a mi madre en la cocina. Estaba vaciando una lavadora y en el fuego, hervía el caldo de verduras para la cena. Me acerqué por detrás y cogí de sus manos el cesto que estaba llenando con la ropa limpia.

—¿Has hablado con la tía?

—Sí. Me ha llamado esta tarde.

—Yo también he hablado con Raúl.

Mi madre sacó de la lavadora la última prenda, una camiseta, y salió de la cocina. La seguí hasta el balcón, que ella ya estaba abriendo. Dejé el cesto en el suelo y la ayudé a desmontar el tendedero de metal.

—Serán las primeras Navidades que pasaremos sin ellos —dijo, entristecida.

—He estado haciendo números, y nosotros no podemos ir a Londres. Nos fundiríamos mi paga extra.

—Ya lo sé, no te preocupes. Pero no deja de ser una pena.

—Sabíamos, que algún día, pasaría. Es demasiada distancia, y ellos ya han hecho su vida allí.

—Deberías saberlo tú. Porque yo creía que seríamos capaces de conservar la tradición de las fiestas. Es una vez al año.

—¿Te has discutido con la tía?

—Un poco. Me ha dolido, que no quieran venir, ni siquiera, para Nochebuena.

—No te vale la pena entrar en esas discusiones, mama. Es tu hermana.

En silencio, siguió abriendo y cerrando pinzas, colgando la ropa que yo le pasaba, en las varillas.

—Es que, además, tiene el valor de invitarnos a ir nosotros. Como si no supiera de antemano, que no podemos permitirnos el viaje. Así, yo soy la mala, la que no quiere pasar las Navidades con ellos.

—Eso es una tontería.

—Como si no supieras de sobra, que yo siempre he sido la oveja negra de la familia.

—Que piensen lo que quieran. Tú lo tuviste mucho más difícil que ella. Es fácil ser el bueno, cuando vives entre algodones.

—Supongo que tienes razón, hijo. Pero, aun así. Es mi hermana. No me imagino las Navidades sin ella —suspiró—. Y Raúl, ¿Qué te ha dicho?

—Bueno, él también parecía apenado. Pero se le pasará rápido. Tiene plan para todos los días. Por lo visto, su novia es de las que tiene cientos de compromisos sociales —contesté.

—No son los mismos desde que se fueron —lamentó.

—Han decidido vivir así su vida. Y si ya no cabemos en ella, es lo que hay.

Me encogí de hombros. Ella suspiró, retiró la mirada y una lágrima, rodó mejilla abajo. Yo, me hice el distraído, recolocando uno de sus jerséis, que había quedado mal colgado de la varilla.

—Otra cosa, ¿has hablado con Cristina? ¿Al final vendrá a pasar el día de San Esteban con

nosotros?

—¡Hostia! ¡Se me ha olvidado comentárselo!

—¡Alejandro! —me reprochó— ¡Sabes que tengo que encargar el *tall rodó* en la carnicería!

—Tienes razón, mama, se me ha ido la cabeza. Cuando la llame después, se lo digo.

Colgó la última prenda y volvimos a refugiarnos en el calor de casa. Dejé el cesto en la cocina y a mi madre también, removiendo la sopa. Cogí ropa limpia del armario de mi habitación y me metí en la ducha.

Bajo el agua caliente, pensé en Cris. Me parecía mucho más entretenido y placentero, que hacerlo en mi primo Raúl y en mis tíos. Llevaba tres días sin verla, así que ya empezaba a pensarla mucho.

Estaba enfrascada en los exámenes de final de semestre, y entre semana, apenas quedábamos. Cris, era muy responsable y se estaba tomando muy en serio la carrera. Pero no solo era eso. Era, de las pocas personas que, de verdad, disfrutaba estudiando. Yo no entendía qué podía tener de divertido, meterse en los libros, pero cada vez que me hablaba de sus clases, se le llenaban los ojos de ilusión, y la boca, de palabras impronunciables.

Salí de la ducha, renovado, y me encerré en la habitación. Encendí la minicadena y llamé a Cris por teléfono.

—Hola, cariño, ¿ya has llegado del trabajo?

—Ya me he duchado y todo. En breve, cenaré.

—Yo ya lo he hecho. Tenía hambre y he cenado pronto, con Iván. Repasaré un poco más, y me iré a dormir. ¿Cómo te ha ido el día?

—Tranquilo. Hoy, poco trabajo.

—¿Ninguna novedad?

—Bueno, sí. Me ha llamado Raúl. Estas Navidades no vendrán a pasarlas con nosotros.

—¡Vaya! ¡Qué lástima! ¿Y eso?

—En resumen, muchos compromisos.

—¿Y cómo estás?

—Bien. Me da igual.

—¿Y tu madre?

—A ella le ha sentado peor, pero se le pasará. Por cierto, me ha dicho que te preguntara si quieres venir a comer el día de San Esteban con nosotros.

—¿El día de San Esteban? Mierda... Es el día que la madre de Alba prepara sus famosos canelones. Tendrías que probarlos, están de muerte... —dudó—. Pero vale, contar conmigo, iré a comer con vosotros.

—No te preocupes, tranquila. Ya vendrás otro día.

—¡Oye!, se me ocurre algo mejor. ¿Por qué no venís vosotros a pasar las Navidades con nosotros?

—¿Los dos?

—¡Claro! ¡Tu madre se lo pasará genial! Ya conoces el buen humor que se respira cuando nos reunimos en casa con los padres de Alba.

—¿Estás segura? Tus padres, ¿no se molestarán?

—Mira Álex, ya llevamos casi tres años juntos. Algún día, tendríamos que juntarlos, ¿no crees? Además, ellos, tampoco querrán que estéis solos en estas fechas. Os recibirán, con los brazos abiertos.

—¿Tu madre también? —bromeé.

—Mi madre también, ¡idiota! ¡Ya sabes que no es un ogro!

—Eso, podríamos discutirlo —me reí.

—Venga, si en el fondo, ¡os queréis un montón!

—Tú lo has dicho, ¡en el fondo!

—Por algo se empieza —estalló a carcajadas—. En serio, habla con tu madre. Yo hablaré con los míos, y ya iremos ultimando estos días.

—De acuerdo, ya te diré algo.

—¡Por cierto! He hablado con Paula de fin de año. Dice que podríamos salir de discoteca.

—¿Otra vez?

—Le he dicho lo mismo. Pero quieren salir a bailar.

Unos nudillos, interrumpieron la conversación, repicando en la madera de mi puerta.

—¡Alejandro! ¡La sopa está en la mesa! —escuché, detrás de ella.

—¡Voy! —contesté—. Me voy a cenar. ¿Hablamos luego?

—Mañana, mejor. No tardaré en meterme en la cama.

—Como quieras. Que descanses, princesa.

—Buenas noches, mi amor. Te quiero.

—Yo más.

Cartas a Álex

Barcelona, a 21 de diciembre de 2005

Regresaste a mí para quedarte. Y como un ciclón, reventaste mi mundo. Aún sin saber si yo quería que lo hicieras, lo hiciste.

Porque conseguiste que confiara. Cicatrizaste todas las heridas abiertas, y derrumbaste mis defensas, arrancando, una a una, todas las espinas con las que me había vestido.

Porque arrasaste con todos los miedos que albergaba en mi alma, no me permitiste huir, acogiéndome en tus brazos cuando yo me acobardaba. Y borraste todas nuestras despedidas de mi memoria, convirtiéndolas en nuevos principios.

Porque no necesitaste prometer nada, para saber que lo prometías todo. Cogiste la fragilidad de mi confianza en tus manos, la moldeaste, y la convertiste en algo tan bello y duradero, que no podría resquebrajarse nunca.

Y es que empezó a ser inconcebible imaginar mañanas sin ti. Cómo iba a hacerlo, si ya no me quedaban jarrones en los que colocar las flores que me regalabas. Si contigo, me sentía la princesa que decías que era.

Y hacerte feliz, se convirtió en mi prioridad. Y decidí ser aquella Cristina que ni yo sabía que existía. De la que te enamoraste hasta la perdición y que prometí que nunca se iría.

Porque recordé que yo también te había deseado fervientemente. Comprendí que tú eras todo por lo que valía la pena intentarlo. Entregándome, dejándome la piel en cada caricia, grabándome a fuego en tu alma.

Yo, también regresé para quedarme. Y me encadené a ti de un modo salvaje. Aún sin saber si tú querías que lo hiciera, lo hice.

Cris

Las hostias llegan cuando menos las esperas

—De acuerdo, Manel. Tranquilo, ahora mismo se lo digo.

Procurando asomar solo la mano de entre las sábanas, que aún guardaban el calor del sueño, acerté a desbloquear el teléfono móvil para consultar la pantalla. «3:06am, 10 de marzo de 2006». Cerré los ojos otra vez y fingí dormir mientras él se acercaba a la cama.

No porque no me importara qué era lo que Álex había acordado con mi padre decirme; no porque no me resultara extraña aquella llamada intempestiva. Simplemente fingí dormir porque necesitaba cinco minutos más antes de levantarme. Fingí dormir porque aquella llamada despertó mi intuición y un pensamiento me atravesó fugaz: «Duerme cinco minutos más, pasarán muchos años antes de que vuelvas a descansar».

—Tesoro, coge la chaqueta y vamos. No hace falta que revises, ya lo he hecho yo.

Mis oídos reconocieron su voz tras de mí y mi cuerpo dio media vuelta.

«No puede levantarse, pero mueve el brazo derecho, de eso no hay duda. Se ha cogido a él cuando intentaba levantarla».

—Lo llevamos todo, venga.

Cerró la puerta de la habitación del hotel que habíamos reservado aquel fin de semana para celebrar, anticipados, nuestro tercer aniversario. Mis dedos se apresuraron hacia el botón del ascensor.

«Le ha llamado. Ha gritado: “¡Manel, ayúdame!”», así que habla».

—Deja que yo conduzca, no creo que estés en condiciones...

—Aún no te ha llegado el carné— interrumpí tajante.

—Sé conducir perfectamente, ya lo sabes— reiteró.

—Aun así. No quiero problemas, conduciré yo.

Mis manos abrieron la puerta del Volvo y mis rodillas y espalda se doblegaron, permitiendo a mi cuerpo aposentarse en el asiento. Mi mano derecha introdujo la llave y dio media vuelta al contacto. Mis oídos reconocieron el ronroneo del motor y el sonido sordo del maletero al cerrarse.

—A ver, tesoro... Es de madrugada. No hay tráfico. La policía no nos parará en la autopista, ahora están por otras cosas. No correré...

Mis pupilas se dilataron en un esfuerzo por enfocar su rostro en la oscuridad. Estaba de pie junto a mi puerta, abriéndola y cogiéndome, con delicadeza, del codo izquierdo.

—¡No insistas más! ¡Joder! Puedo conducir perfectamente. ¿Por qué no iba a poder conducir? No entiendo a qué viene...

—¡Vale, vale! —retrocedió—. No insisto más —dijo, antes de rodear el coche, abrir la puerta del copiloto y sentarse a mi lado.

Mi pie izquierdo liberó de su presión al embrague al mismo tiempo que el derecho descendía apresurado sobre el acelerador, y un breve chirrido de neumáticos rasgó el denso silencio de aquella noche.

Mis manos dirigieron el volante.

«La ha podido levantar porque ella se ha sujetado a él, fuerte, con el brazo derecho».

—¿Puedes decirme a qué velocidad vamos?

—A 140, vamos bien— contesté.

«Iván. Iván se habrá asustado mucho. Iván la ha encontrado en el suelo. Iván...»

—Es un infarto cerebral.

—¿Cómo dices? —me miró, sorprendido, como si no esperara oír mi voz.

—Que es un infarto cerebral. Lo estoy estudiando este año, en Neuropsicología. Los síntomas, lo que me has explicado, sospecho que es una hemiparesia. Debe ser una lesión que ha afectado al hemisferio cerebral derecho. Bueno, podría ser una hemorragia, claro, pero...

—¿Perdona? ¿De verdad está pensando en...?

—Habla, ¿no? Y es el lado izquierdo el que no puede mover. Blanco y en botella, lesión cerebral en hemisferio derecho. No imagino que otra cosa podría ser.

—Vale, estoy seguro de que es así. Ahora nos lo aclararan todo en el hospital. Intenta no darle vueltas a esa cabecita tuya, estás conduciendo.

«Joder... Un infarto cerebral».

—Dirección Ronda de Dalt en el carril derecho —me indicó.

—Lo he visto, tranquilo.

«¡Joder! ¡Un infarto cerebral! Necesito saber la extensión. Qué áreas están dañadas. Solo sé que hay afectación motriz. ¿De qué secuelas estamos hablando? Por Dios, necesito saber más síntomas».

—Hola, papa, ¿dónde estáis?

—Tranquila, cuando lleguéis a Vall d'Hebron saldré a buscaros.

—Papa, ya estamos en la puerta de Urgencias.

—No puede ser... No... Es imposible —vacilaba—. Son... Son las tres y cuarenta y dos de la madrugada. ¿Cómo podéis haber llegado desde Tossa de Mar a Barcelona en tan poco tiempo? ¡Le dije a Álex que no corrierais!

—Papa, ¿quieres salir a buscarnos ya?

3:43am. Siento los brazos de mi padre rodearme, siento su calidez. Y como un fogonazo, un recuerdo acude a mi mente.

Tenía seis años. Estaba con él. Eran las ocho de la noche y estaba cerrando la oficina en la que trabajaba. Había desconectado los magnetos del cuadro de luces y la oscuridad inundaba el local. Le llamé, pues ni le veía ni le escuchaba. Él no me contestó. De repente me embargó el pánico, una sensación de abandono absoluto, de pérdida y de soledad. Y lloré. Lloré desconsoladamente. Mi padre apareció acercándose a la puerta principal desconcertado.

—¿Por qué lloras, *pitufeta*? ¿Qué ha pasado? ¿Te has hecho daño?

—Es que te he llamado y no me contestabas. Pensaba que te habías ido sin mí.

—Pero sabes que estoy aquí —rio—. Me estás esperando en la puerta de salida, como siempre. Me habrías visto marchar, ¿no?

—Sí, pero... —dudé, observando la puerta de la que él hablaba.

—Ven *pitufeta*, ven. Te prometo que nunca te dejaré, siempre serás mi pequeña, siempre te cuidaré.

Y me abrazó.

Me abrazó tan intenso como aquel día, aunque de un modo distinto. Ese diez de marzo, era él el que buscaba la fuerza de mi abrazo, mi consuelo. Y se lo di, porque ya no era esa niña que buscaba protección. Entonces, a mis veintiún años, yo podía ser su sostén.

—Ha sido un infarto cerebral. Está en la UCI, en coma. Los médicos dicen que las siguientes veinticuatro horas son cruciales... No sé qué va a pasar, Cristina, no lo sé...

Mi padre se interrumpió rompiendo a llorar de nuevo. Sus ojos grises, aquellos que podría haber heredado, pero que la caprichosa genética había decidido no regalarme, estaban inflamados y enrojecidos, oscurecido su iris por el pesar que le embargaba.

Mi interior se rompió en mil pedazos, como un vaso que se tropieza de las manos y cae. Me pareció incluso escuchar el momento preciso en que mi alma empezó a resquebrajarse y a hacerse añicos.

Me permití solo unos breves minutos para sentirme frágil. Los que tardé en recorrer los metros que separaban la puerta de urgencias, de la habitación donde mi madre estaba instalada. Tras los pasos de mi padre, sentí el brazo de Álex sobre mis hombros, en un intento de acogerme y consolarme. En apenas nueve días haría tres años desde que habíamos osado a apostar por nosotros y a entregarnos, sin reservas, el corazón. En aquel instante agradecí una vez más, tenerle a mi lado. Me recosté en él y lloré de amargura, expulsando el pavor que sentía, las dudas y el desaliento.

Entonces vi a Iván. Sentado en una silla en la sala de espera, los ojos clavados en el suelo, al lado de los padres de Alba, que también habían ido corriendo hasta el hospital. Me miró, con una expresión de incompreensión absoluta. ¿Cómo podía entender él con solo nueve años algo de lo que estaba sucediendo? Solo entendía nuestro dolor, se contagiaba de nuestro miedo y en sus ojos nos veíamos los demás como si el alma se reflejara en un espejo. Qué difícil era mirarse en sus ojos.

Me recompuse. Le sonreí, le besé y me senté a su lado. Dejé que los cristales rotos de mi interior, se acumularan en un rincón. Como quien esconde la suciedad bajo la alfombra. Ya me ocuparía en otro momento de recogerlos.

Isabel y Toni decidieron que llevarían a Iván a su casa. Él debía descansar, no podía pasar la noche en el hospital. Miré a Iván, creí leer en su mirada que prefería quedarse, que necesitaba estar con nosotros. Mi padre no pudo percatarse de ese detalle, estaba desbordado. Creo que sintió que no podíamos cuidar de él en ese momento. No sabíamos qué nos deparaba la madrugada. En veinticuatro horas, lo que fuera, habría pasado, y entonces volveríamos a buscarlo. No parecía una mala idea.

Iván aceptó sin decir nada, no opinó. Solo nos miró y claudicó. Yo le besé, le abracé, intentando transmitirle todo el cariño que sentía por él para que le acompañara aquella noche.

—Mañana iré a buscarte. Te lo prometo. Te quiero. Te quiero muchísimo. Todo saldrá bien.

Gestionando el estrés

Eran cerca de las nueve de la mañana y había salido a la calle con la excusa de fumar un cigarro. Creí que era un buen momento para llamar a mi madre y contarle lo sucedido.

—Hola, hijo, ¿qué tal lo estáis pasando en Tossa de Mar?

—Escucha mama, tengo malas noticias. Estamos en el Hospital Vall d’Hebron.

—¿Cómo?! ¿Pero estáis bien? ¿Cristina está bien? —interrumpió, alarmada.

—Sí, nosotros sí. Gloria está ingresada. Nos llamó Manel de madrugada y vinimos corriendo. Ha sufrido un infarto cerebral.

—¡No me digas! Enseguida me visto y voy hacia allí.

—Tranquila, mama, no corras.

—¿Iván está con vosotros?

—Está solucionado. Los padres de Alba vinieron apresurados también y se lo llevaron a su casa a pasar la noche. Cris les llamará después para recogerlo.

—Por favor... ¡Qué desgracia! —dijo afectada—. Calculo que estaré allí sobre las once.

—Vale. Avísame cuando hayas llegado. Estamos en el edificio general, espérame delante de la escalinata.

Cris y Manel se quedaron dentro, aún asustados, a la expectativa de la evolución de Gloria. No tenía buena pinta. Había llegado en la ambulancia en estado inconsciente, muy cerca de la muerte. Llevaba horas en coma inducido y monitorizada. No había mucho que hacer, por no decir nada. Los médicos aparecían a ratos, vigilando sus constantes. Habían conseguido estabilizarla. Dependía solo de la suerte, que fuera capaz de despertar.

En automático, saqué un cigarro del paquete y pasé la lengua a lo largo del papel para reblandecerlo. Lo rompí, separando el filtro y estirando con él, aquel trozo humedecido. Liberado el tabaco del cilindro, lo traspasé al hueco de mi mano.

Y entonces, caí en la cuenta de que hacía meses que no fumaba ningún porro, que no tenía ni chocolate ni marihuana, y que había desperdiciado un cigarro de los últimos cinco que me quedaban en el paquete de Winston. Tiré el tabaco al suelo y cogí otro cigarro. Lo encendí.

Saqué el móvil del bolsillo interior de mi chaqueta y busqué a Cris en la lista de últimas llamadas. Contestó antes de que me diera incluso señal. Pregunté si tenían novedades. No las había.

—Mi madre está de camino —dije.

—Vale.

—He pensado en esperarla aquí abajo, pero tardará aún un rato. Si quieres subo contigo.

—No hace falta. Estamos los dos sentados en la sala de espera. No hay nada que hacer aquí arriba.

—Entonces creo que aprovecharé para buscar un estanco. Supongo que habrá alguno cerca. ¿Te compro tabaco a ti?

—Sí. También me queda poco.

—Llámame con lo que sea.
—Enseguida, no te preocupes.
—Te quiero.
—Y yo.

Odiaba los hospitales. Más aún las consultas de urgencias. Nunca traen nada bueno. Mi animadversión por los médicos, las enfermeras y el olor a antiséptico, se remontaba hasta cuando era pequeño. Llevé tantas escayolas, vendajes, cabestrillos y suturas, que, a partir de los diez años, cuando tenía algún accidente con la bicicleta, o me caía de un árbol, ni se lo decía a mi madre.

Más que sentir miedo a los hospitales, como algunos niños, lo que yo no soportaba era ver a mi madre preocupada, y luego, enfadada por mi culpa. Por no haber sido prudente, por no pensar las cosas antes de hacerlas, por ir siempre como un loco sin mirar dónde ponía los pies, por haber tenido que salir corriendo del trabajo, perdiendo el sueldo de aquel día. Prefería mal curarme, que pisar un hospital. De hecho, no volví a hacerlo hasta que me ingresaron después del accidente de moto. Y ahora, que Gloria se debatía entre la vida y la muerte. Como he dicho, los hospitales no traen nada bueno.

Una chica de más o menos mi edad, vestida con el pijama blanco, estaba tomando un café de máquina y fumando un cigarro a mi izquierda, en la otra punta de la puerta principal. Me miró de reojo, y yo, me acerqué.

—Disculpa, ¿sabrías dónde puedo encontrar un estanco aquí cerca?

—Sí, claro... sí —balbuceó—. Mira. Sigue recto por ahí —señaló con la mano que sujetaba el vaso, derramando unas gotas del café en el suelo—, y cruza la plaza que está frente al edificio de maternidad. Saldrás del recinto del hospital y encontrarás una calle. Crúzala, y recto, verás una acera estrecha que va directa al barrio de aquí al lado. Aparecerás en una plaza. Allí está el estanco, detrás de un bloque.

Suspiré, intentando memorizar la primera de aquella retahíla de instrucciones.

—Si quieres, puedo acompañarte —propuso.

—¡No, no! Me apañaré, gracias.

—Pregunta por ahí si no lo ves claro, siempre hay gente —sonrió.

Seguí, creo que, al pie de la letra, sus indicaciones. Aunque ya no recordaba si la plaza la encontraría cruzando la calle o subiendo la acera. Seguí recto, eso sí me había quedado claro. Encontré la plaza.

Pasé del ambiente angustioso y plano del hospital, a un espacio lleno de vida y alegre, solo con cruzar la última calle. No solo eran las risas de los niños en el parque infantil, los perros corriendo, las pelotas de baloncesto encestando en las redes, los adultos charlando en los bancos y los bares llenos, los que me hicieron sentir como en casa. Eran también los pinos y cipreses centenarios, la fuente de la plaza, los aspersores en marcha, los terraplenes de césped natural, los arbustos y los caminos de tierra, que disimulaban barandillas, farolas, asfalto y baldosas. Era la urbanización integrada en la montaña. Pero no como en Vallvidrera, que cuanta más naturaleza querías, menos comunidad existía. Era distinto. Mucho más barrio.

Tal y como la chica me había dicho, encontré el estanco. Pedí un cortado justo en el bar de al lado, que me tomé de un trago, y volví al hospital, dejando atrás un lugar, donde creí que, un día, podría vivir con Cris.

De nuevo sentado en la escalinata principal, veía a la gente entrar y salir. No había excesivo movimiento. En sábado, las salas de consultas externas estaban cerradas y el hospital trabajaba al

ralentí. Los que vagábamos por allí, éramos los que veníamos a urgencias o a hospitalización. No era el único que ocupaba un sitio justo ahí. Los gestos de preocupación y dolor en otros rostros, me acompañaban. Las caras alegres de los de maternidad, quedaban lejos de donde yo estaba.

Un hombre mayor, vestido solo con la bata y arrastrando el carrito del suero, salió y me pidió un cigarro. Se lo di sin queja. Qué menos que poder fumarse uno, con la mierda que le había tocado. Sabía lo que era estar deseando encender un pitillo y que nadie te hubiera acercado un paquete de tabaco al hospital.

—¿Tienes a algún familiar ingresado?

—A mi suegra.

—¿Algo grave? —contestó, devolviéndome el mechero.

—Eso parece.

—Vaya, lo siento. Yo estoy esperando a que venga mi hijo. Me ha prometido que me traería un cartón de tabaco para toda la semana, aunque aún no ha aparecido. No viene desde el sábado pasado. El trabajo, la niña, la casa... Ya sabes. Supongo que tú andarás igual que él. Creo que debéis tener la misma edad.

—Todavía no tengo hijos.

—¡Pues no los tengas! Fíjate, los crías con todo tu esfuerzo e ilusión, y luego te haces mayor y no encuentran momento para cuidar de ti.

Miré a aquel hombre que, de pie a mi lado, apuraba las últimas caladas de su cigarro. Más que fumárselo, lo había devorado. Debía tener unos setenta años, incluso alguno menos. Era difícil adivinarlo, debido al color ceniciento de su cara.

—No tenemos perdón —contesté sonriendo.

—Y que lo digas. Pero luego mi nieta aparece riendo, se me tira encima a abrazarme y me acuerdo de por qué los tenemos. Tiene dos años. No te enseño fotos porque la cartera no me cabía en el bolsillo del calzoncillo.

Reí con él.

—Seguro que es muy guapa.

—Sí que lo es. Se parece a su madre. Y menos, mal porque mi hijo es clavado a mí. ¡Menudo par de feos!

Sonó el teléfono y en la pantalla apareció una foto de Cris. La que tenía asociada a su contacto. La tomé hacía un año. Me dijo que no la hiciera, que no estaba maquillada y forcejeando conmigo, intentaba tapar el objetivo de la cámara con su mano. Apreté de igual modo el obturador. La cámara no captó solo su sonrisa, sino que atrapó incluso el sonido de sus carcajadas. Estaba preciosa. Contesté, pidiéndole disculpas con un gesto a aquel hombre que aún estaba de pie a mi lado.

—Dime, tesoro. ¿Subo?

—No hace falta. Te llamo porque han pasado los médicos y han dicho que en una hora la irán desenchufando de la monitorización, a ver cómo responde.

—¿Seguro que no quieres que suba?

—Bueno... —dudó—. En una hora, sí.

Colgamos. Aquel hombre se había marchado mientras hablaba por teléfono. No estuve mucho más rato solo, pues vi a mi madre aparecer en las escaleras automáticas.

Volvimos a urgencias y ella, sin dudarle, estrechó a Cris entre sus brazos, al tiempo que apretaba el hombro de Manel. Ambos volvieron a llorar, rotos. Yo, no sabía dónde meterme.

—Cariño —dijo Cris, sorbiéndose la nariz—, me ha llamado Isabel hace un momento. Están

de camino con Iván. Vienen todos, Alba también. Tardarán diez minutos.

—Vale ¿quieres que les espere abajo como a mi madre?

—No es necesario, se conocen el hospital.

—No me cuesta nada. ¿No dices que están a punto de llegar?

—No sé... —contestó nerviosa—. Haz lo que quieras.

—Enseguida vuelvo.

La besé en los labios y ella apenas respondió al contacto. Me di la vuelta y dirigí mis pasos lejos de aquella sala de espera. Mi madre me siguió y cruzada la puerta, me detuvo cogiéndome del brazo.

—En diez minutos, te quiero aquí arriba. Solo o acompañado. Me da igual.

Se giró y volvió al lado de Cris y Manel.

Regresé a los quince minutos acompañado del resto de la familia. Postiza, pero familia. Me había acostumbrado a las reuniones con ellos, a los cumpleaños, a la paella de principios de verano, a la *escudella* del inicio del invierno, y a las Navidades.

Cris abrazó a Iván el primero, guardando la compostura y explicándole que aún no podían ver a su madre, pero que parecía que estaba mejor. Isabel y Toni se volcaron en Manel, que destrozado, se estiraba del pelo sentado en la silla.

Yo me aparté con mi cuñado, del grupo que formaban el resto, distrayéndole con la Nintendo que Alba le había dejado. Una Game Boy que era casi una reliquia, con el juego *Donkey Kong*. Iván no se daba cuenta de lo que pasaba, o sí, pero aún no preguntaba. Colocó sus dedos en la cruz de los mandos y se dedicó a lanzar barriles y recoger plátanos.

Yo miraba a Cris a ratos. Estaba sentada cuatro sillas más allá de nosotros dos, junto al resto de adultos, hablando en susurros. De tanto en tanto, Alba le apretaba el muslo, o le apartaba el pelo de la cara. Aunque desde que Iván había aparecido, no había vuelto a verla llorar.

Mi madre estaba en todas y en ninguna parte. Acercaba vasos de agua que pedía, con todo el morro, a las enfermeras. A Manel, le trajo una almohada, que rescató de un carro, y se la colocó en los riñones. Se acercó a Cris y, sin que se diera cuenta, le plantó un beso en la frente.

Yo, continué jugando al *Donkey Kong*.

—Ves un rato con Cristina. Me quedará aquí con Iván —dijo mi madre.

—Estamos bien, ¿verdad, enano?

Iván sonrió, levantando fugaz, la vista de la Nintendo.

—¿Y esa maquinita? —preguntó ella.

—Me la ha dejado Alba.

—¿Me enseñas cómo se juega?

—¡Claro! —El crío se levantó de mi lado y se sentó, rápido, en la silla contigua a la de mi madre—. Tienes que poner los dedos aquí —dijo, prestándole la consola— y entonces, con este botón, mueves el mono a la derecha o a la izquierda, y con este...

No escuché más explicación. Mi madre, con un gesto, me obligó a largarme de su lado. En el instante en que llegué al grupo de adultos, un médico entró en la sala.

—Tenemos buenas noticias. La hemos desconectado de las máquinas y sigue estable. Estamos reduciendo la sedación para despertarla del coma. Hay que tener paciencia, este proceso puede ser largo.

—¿Entonces se recuperará? —preguntó Manel, alterado.

—De momento las cosas van bien. La inducción al coma, aunque nos ayuda a cuidar de su cerebro, conlleva sus riesgos. Su mujer es fuerte, también deseamos que despierte.

El médico se retiró. Cris apoyó su cabeza en mi hombro, con un suspiro. La abracé.

Una imagen vale más que mil palabras

Me precipité en caída libre, desde el cielo al que Álex me había elevado, a millares de metros de altura, sintiendo arder el miedo en mi pecho. Sin aviso, la vida dio un giro de ciento ochenta grados.

Funcionó por suerte mi paracaídas, aquel que nos viene de serie y que hasta entonces había usado en contadas ocasiones, convencida de que me posaba casi ilesa en tierra firme. Al menos eso quería creer yo. Que la hostia, no dolía.

Mi madre, contra todo pronóstico, superó el coma y remontó de los primeros días tras el ictus.

El tiempo que continuamos en urgencias, Álex fue el que se quedó a dormir con ella todas las noches, permitiéndonos a mi padre, a Iván y a mí, mantener un cierto orden diario en la vida de mi hermano.

Por la mañana, apresurados, nos dividíamos. Mi padre y Álex se iban a trabajar, yo llevaba a Iván al colegio y después, en lugar de ir a la Universidad, como había ido haciendo desde septiembre de 2002, me dirigía al hospital para quedarme con mi madre. Sobre las diez de la mañana era cuando los médicos hacían su ronda, y yo, quería estar presente para recoger la breve información que nos ofrecían sobre su estado.

Aquella mañana llegué al hospital más apesadumbrada de lo habitual. Quise pensar que solo por lo injusto de darse cuenta de que las cosas no avanzaban apenas. Estaba enfadada con la situación y pagué mi frustración con los médicos que atendían a mi madre.

Al pasar a visitarla, nos dijeron lo mismo de siempre: «hay que esperar, aún es pronto para establecer un pronóstico», «todo indica que la recuperación será lenta, hay que tener paciencia», «está fuera de peligro, eso es lo más importante». «¿Importante para quién? ¿Importarte para qué?», pensaba yo. Sabía que mi madre no iba a morir, pero ¿era tan difícil para los médicos entender las dudas y los miedos que nos acechaban sobre cómo iba a recuperarse?

Seguía postrada en la cama. No había recuperado la movilidad de su mitad izquierda y se aquejaba con frecuencia de intensos dolores de cabeza. Su humor no era mucho mejor; la irritabilidad se había convertido en una constante. Aunque pasados aquellos primeros seis días, tanto los médicos como nosotros, achacábamos su estado a la hospitalización y al fuerte impacto emocional. Las cosas iban despacio.

Aquel día, exigí a los médicos que me enseñaran la imagen de la resonancia magnética.

—Les explicamos cada día como avanza su madre. Creo innecesario enseñarles las imágenes —respondió altiva, la doctora de aquel turno.

—Mire, no sé lo que creerán en su equipo qué es importante enseñar o no a los familiares, pero si le solicito que me muestre las pruebas, tienen la obligación de hacerlo —rebatí, levantándome del asiento y subiendo el tono.

—Señorita, le pido que no se altere. No puedo entretenerme explicándole el significado de

una imagen cerebral en una resonancia magnética. Estamos en urgencias y muchos pacientes necesitan de nuestro tiempo.

«¿Había dicho no se altere?». Me encendí.

—Usted no se preocupe por su tiempo. Dedíquese a hacer su ronda y tráigame la resonancia. Soy Psicóloga y estoy más que familiarizada con este tipo de pruebas. No se preocupe, que seré capaz de interpretarla yo sola sin su ayuda.

La doctora me inspeccionó un momento, observándome por primera vez. En urgencias pasaba a menudo, que los médicos se comportaban con los pacientes y familiares de forma distante. Con el tiempo, pude llegar a comprender que a menudo es ocasionado por el propio estrés del trabajo, así como por la barrera que necesitan construir para protegerse del dolor y la ansiedad ajena. Aun así, aquel día, ni yo ni la doctora fuimos capaces de contenernos y evitar ser desagradables. Supongo que cada uno, lucha contra sus propios demonios.

—De acuerdo —desistió—. Más tarde se la bajará un compañero.

—Gracias —volví a sentarme en aquella butaca verde, encastrada entre la pared y la cama.

Continuamos con la rutina de todas las mañanas. Le di el desayuno y compartimos la tostada con mermelada que mi madre no quería comerse. Luego ella siguió dormitando y yo hojeé los apuntes de la universidad. Más tarde, apareció el fisioterapeuta, que la movilizaba para evitar la atrofia muscular, entretanto ella se quejaba del dolor que le provocaba una incipiente neuroespasticidad.

Aquel día sí le apeteció, porque no siempre lo hacía, que saliéramos a la calle con la silla de ruedas para fumarnos un cigarro. Me inventé la excusa de ir a buscar agua, pues ni enfermeras ni médicos aprobaban tal vicio, y mi madre, rio por la pequeña travesura compartida. Creo que fue la primera vez que la veía reír después del día fatídico. Al poco, regresamos a la habitación y ella volvió a desconectar, agotada.

Justo cuando las auxiliares empezaban a revolotear por los pasillos con los carros y bandejas de la comida, se acercó a nuestra habitación un médico. Preguntó por los familiares de Gloria Zulueta y me levanté empujada por un resorte. A esa hora nunca nos visitaban los doctores, así que no cabía duda de que era la imagen prometida lo que aquel chico joven, seguramente un MIR al que le habían encargado la tediosa labor de la mañana, escondía bajo el brazo en un sobre.

—Señorita, ¿podría salir un momento al pasillo conmigo? —mantuvo la puerta abierta y me dejó pasar delante de él. Cuando volvió a hablar, me tuteó. A nuestra edad no tenía sentido tratarnos de usted—. Traigo la resonancia de tu madre. Me ha comentado la Dra. Solà que eres Psicóloga y que sabes interpretarla sola. Pero si quieres, podemos comentarla.

—Estoy en mi último curso —reconocí—. Sé interpretar imágenes solo por encima así que, si tienes tiempo, agradecería un poco de ayuda.

Él, con un gesto cómplice en la cara, sacó la placa en la que se mostraban los diversos cortes sagitales y horizontales del cerebro de mi madre. No precisé explicaciones para comprobar la devastación ocasionada en sus neuronas. Nos habían dicho que el trombo se había instalado en la carótida derecha. Ahora veía cómo el territorio necrosado alcanzaba lo que estimé sería el setenta y cinco por ciento del hemisferio derecho. La mancha brillante se extendía a través de los lóbulos temporal, parietal y frontal. Prácticamente todas las imágenes recogidas, estaban afectadas.

El terror me invadió. Oía de fondo las explicaciones del doctor, como el hilo musical al que no se presta atención en un ascensor. Como si un mar denso y salado, me hubiera llenado de repente, interponiéndose entre su boca y mi pabellón auricular, convirtiendo las ondas sonoras en

un rumor.

Dicen que una imagen vale más que mil palabras y aquellas doce me atestaron con el conocimiento absoluto que ni la capacidad más asombrosa de plasticidad podría reconducir aquellas lesiones. Las secuelas que se manifestaban, por desgracia, iban a instalarse para siempre.

Le di las gracias y se fue. Yo le dije a mi madre que bajaba un momento a por algo para comer. Que enseguida volvía.

Una vez en la calle, me apoyé en la pared de la salida de Traumatología y me fumé yo sola un paquete de tabaco.

La mirada clavada en el vacío. Los ojos secos. La mente en blanco. O quizá, llena de aquel mar.

Yo estoy bien

El lunes siguiente, llamé a Núria para contarle lo que había sucedido. Era lo que tocaba en aquel momento. Desde el principio asumí yo el papel de informadora, y decidí hacerlo de forma dosificada. No era fácil tampoco para mí dar la mala noticia al tiempo que acogía el disgusto de los demás.

Familiares y amigos ya estaban enterados y estaba acabando de informar a los conocidos. Aunque ella estaba en un camino intermedio entre unos y otros, la dejé para el final. Núria era su psicóloga. Por eso lo del camino intermedio. ¿Dónde catalogas a un terapeuta? Es una relación única.

Mi madre, en los últimos dos años, se había visto sumida en una profunda depresión, a causa de una operación fallida en el brazo que la había llevado a una invalidez. Su autoestima cayó en picado cuando se vio despidiéndose de su profesión de enfermera, de sus compañeros de trabajo, sus pacientes... su Hospital de Sant Pau. Perdió su identidad, y Núria, la estaba ayudando a intentar salir de aquel bache. Pero aún estaba en proceso de recuperación. Pensé que no estaría de más que supiera que, el segundo batacazo, había sido mucho más fuerte.

Sobrecogida al enterarse, me invitó a ir a verla, no a la consulta, sino a tomar un café. Ya nos conocíamos, pues había estado en alguna ocasión con mi madre en su despacho, limando algunas de las asperezas que veníamos arrastrando desde mi adolescencia. Ya se sabe, que cuando uno va a terapia, siempre se desenreda algún quiste inesperado. Nos vino muy bien.

Me acerqué, aquella misma tarde, cuando mi padre me relevó en el hospital. Para que fuera posible, también había tenido que organizarme con los padres de Nil, un amigo de Iván, para que nos hicieran el favor de recogerlo ellos del colegio.

—¿Cómo ha pasado, Cristina? Me quedé en *shock* el otro día, después de tu llamada.

—Lo imagino, ha sido inesperado para todos. De hecho, por la noche, antes de acostarse, ¡había estado cambiando el agua del acuario! ¿Te lo puedes creer?

—No, aún no me lo creo. ¿Qué os han dicho los médicos? ¿Saben por qué ha sucedido? ¿Podría volver a tener otro infarto?

—Podría. O podría ser que no. Le han hecho varias pruebas sin encontrar ninguna causa, así que tampoco saben predecir los riesgos. La están tratando con anticoagulantes. Pero bueno, ya sabes que, tomando todo lo que ya tomaba, no le viene de una pastilla más.

—¿Y cómo se encuentra?

—Fatal. Se queja de un continuo dolor de cabeza, que conseguimos aliviarle solo un rato, poniéndole compresas frías. La tienen bastante sedada, procuran que duerma para ayudarla en la recuperación. A veces ni siquiera sabe quién soy. Reconoce a mi padre, a Iván, aunque a mí, me confunde con las enfermeras.

—Es la sedación y la desorientación de la hospitalización. Mejorará.

—Eso espero.

Seguimos conversando durante media hora más, sentadas en una granja cercana a su consulta, con un zumo de naranja entre las manos. El tiempo era primaveral y pudimos sentarnos fuera en la terraza, donde fumar con tranquilidad. Nuestra charla fluyó con la misma confianza que habíamos forjado en su despacho. Y la misma sinceridad. O casi.

—¿Y tu padre e Iván?

—Iván parece que bien. Intentamos que no esté demasiado en el hospital y nos turnamos para ocuparnos de él y que pueda mantener una normalidad. Aún no me ha preguntado, pero sé que lo hará pronto, él siempre quiere saber.

—¿Y qué le explicarás?

—Pues no lo sé —sonreí las dudas—. ¡A ver qué pregunta!

—¿Y tu padre?

—Abatido, pero tiene esperanzas. Cree que se recuperará.

—¿Y tú qué crees?

—Yo vi la resonancia hace dos días... —respiré hondo—. La lesión es enorme. El hemisferio derecho está devastado. Si te digo la verdad, me hago cruces de que haya sobrevivido.

—He pensado en ir a verla, cuando esté en planta y estéis todos más tranquilos. ¿Crees que le apetecerá?

—Estoy segura de que sí. Ella piensa que la has ayudado mucho. Te tiene mucho cariño... —suspiré—. Se lo preguntaré.

También se interesó por cómo estaba yo, pero no la dejé entrar en ese fangal. Siempre es más fácil hablar de los demás que de uno mismo. Yo había aparcado mi dolor a un lado, y aún no había llegado mi momento para afrontarlo. Así que le contesté que yo estaba bien. Tenía a Álex conmigo, ¿qué más podía necesitar? Seguiría delante.

—A ver si la trasladan pronto a planta y descansáis un poco más... ¿Puedes hablar con alguien? ¿Con Álex, por ejemplo?

—Intenta distraerme, que también me va bien.

—Si necesitas algo, sabes que puedes llamarme cuando quieras, ¿verdad? Lo que le ha pasado a tu madre es muy duro para todos, incluida tú.

—Lo haré Nùria, te lo prometo.

No lo hice. Nùria dejó de ir a ver a mi madre cuando la terapia que intentó continuar con ella dejó de ser útil, y perdí el contacto a partir de entonces. Aun así, nunca me atreví a borrar de mi agenda, el teléfono de su consulta.

Noches en vela

Acabé por preparar una pequeña maleta e instalarme en su casa. La tarde anterior, pasé un momento por la mía para ducharme y cambiarme, y mi madre también me animó a hacerlo.

—No puedes estar todo el día recorriendo cientos de kilómetros. Del hospital al trabajo, del trabajo a Vallvidrera, de allí a casa y vuelta a Vallvidrera y a Vall d’Hebron a pasar la noche.

—No es para tanto.

—Acabarás por ponerte enfermo. Ahórrate un viaje y hazles caso de una vez. Instálate en su casa.

—No hace falta, mama. De verdad, no te preocupes.

—A Cristina también le irá bien que pases tiempo con ella.

Me encogí de hombros y me encerré en el baño.

No es que me atrajera demasiado la idea, pues perdería completamente la intimidad a la que estaba tan acostumbrado. Necesitaba tener mis ratos, mis momentos de soledad. Era algo muy mío. Viviendo con mi madre disfrutaba de ellos sin problema, pero en casa de Cris, sería otro cantar.

Sin embargo, se lo debía a ella. Y se lo debía a aquella familia que había acabado por acogerme como a uno más. No con los brazos abiertos en un principio, sobre todo, Gloria. No esperaba menos.

Estaba acostumbrado a que la gente me mirara con recelo, y no me extrañó que mi suegra también lo hiciera. Cuando aparecí en su vida, ya hacía años que me había vestido con aquella fachada macarra que tan útil me resultó para mantener a la gente alejada de mí.

Cris fue la única persona capaz de ver mucho más allá de las apariencias. Y a Manel, también pareció importarle bien poco. Enseguida congeniamos y estuvo dispuesto a conocerme. Pero no fue así con mi suegra. Además, mi primera aparición, lleno de sangre, no fue la mejor presentación.

Aunque sé que cuando suturó el primer punto en mi brazo ya estaba dándome una oportunidad, el camino para ganarme su confianza fue agotador. Aun sin decir nada, podía leer sus reticencias entre las líneas de cada comentario sarcástico que me hacía. Fue después de conocer a mi madre, las últimas Navidades, cuando empecé a verla más dispuesta. Pero de eso, hacía solo tres meses.

Llegué a Vallvidrera media hora antes de la cena. Manel no habría llegado todavía y me imaginaba a Cris liada en la cocina, entretanto Iván, en la mesa del desayuno, hacía los deberes.

No aproveché, cómo sí lo había hecho otras veces, para pasar de largo, adentrarme en la carretera de l’Arrabassada y dar la vuelta en el Club de Tennis Vall Parc. Hacía ya bastante que no pasaba por delante del mirador abriendo gas.

Pero a pesar de aparcar directo, frente a su portal, aún no quería subir. Necesitaba un rato a

solas. Por eso, con la mochila llena de ropa a la espalda, me senté en un banco y saqué del paquete de Winston un porro que ya traía liado de casa. Le di tres caladas. Lo justo para sacudirme las preocupaciones de encima, que empezaban a ser muchas. Un poco de colirio y un chicle, en el ascensor, borrarían las pruebas. Lo pisé y me encaminé a su casa.

Vivía en un piso céntrico, lejos aún de los chalés y casonas de la zona, cosa que agradecía. Aunque ya llevara tres años pasando más tiempo allí que en Hospitalet, aunque conociera a todos los vecinos y ya casi me hubieran integrado como a uno más, seguía sin acostumbrarme a aquel barrio. Seguía sintiéndome un extraño en aquel ambiente de «gente bien».

Su voz cantarina me recibió en el interfono, justo antes del «puerta abierta» tan moderno que me saludó después. Cris me esperaba en el umbral de la entrada, con un beso preparado y un abrazo que se demoró, allí mismo, más de un minuto.

Entré en su casa como ya había hecho mil veces, convenciéndome de que aquel piso, se iba a convertir en mi hogar. «Solo serán unos días», me dije.

—He traído ropa —le comenté en el recibidor, cerrando la puerta—. Me quedaré aquí.

—¡Por fin me haces caso! —exclamó ella—. Te ha costado un mundo darte cuenta de que quedarte era lo más práctico.

—Me sabía mal, ya lo sabes. Comer, cenar, las duchas... No quería ocasionaros más gasto.

—¡Gilipollices! Te lo he dicho mil veces. Con todo lo que nos estás ayudando, es lo mínimo que podemos hacer. Y ya sabes que a mi padre no le importa, que está completamente de acuerdo.

—Sí. Ya lo sé.

—Deja la mochila en mi habitación. Me voy a la cocina, que tengo la carne al fuego.

Desapareció por el pasillo y me dejó allí, en mitad del salón. El lugar que sería mi espacio de relajación a partir de ahora. Donde vería la tele, comería y echaría las siestas tardías después de regresar del trabajo sobre las siete. A pesar de saber que estaría cómodo, esperaba que no se alargara demasiado la situación.

El salón era muy grande, casi el doble de lo que ocupaba el de mi casa. Estaba decorado con gusto y sin recargos innecesarios. Cuando lo vi bien, es decir, cuando la adrenalina ya no me embotaba y me invitaron a comer en julio por mi cumpleaños, me sorprendió encontrar un hogar más humilde del que había esperado. Ciertamente era que, a diferencia de mi casa, disponía de muchas más comodidades de las que disfrutábamos yo y mi madre, y también mucho más espacio, pero no era tan distinto como entrar, por ejemplo, en casa de Ismael.

Pasé de largo, prometiéndole al amplio sofá de tres plazas, en el que Manel siempre se repantingaba, que en breve volvería. Me adentré en el pasillo y seguí el aroma a carne a la plancha que venía de la cocina. Me encantaba la carne. De hecho, podría alimentarme solo de ella. No como Cris, que podía subsistir a base de pasta o sushi. Me detuve frente a la puerta a saludar a Iván, quien, como había imaginado, estaba enfrascado en sus libretas.

—Hola, enano. ¿Qué tal el día?

—Bien. Estoy haciendo los deberes. La tata no me deja levantarme de aquí hasta que los acabe.

Me acerqué y choqué lo cinco con él.

—Entonces no haremos enfadar a tu hermana. ¿Te queda mucho?

—Estoy acabando los de catalán. ¿Me ayudas?

—No —interrumpió Cris—, que eres un listo y vas a hacer que Álex los haga por ti.

Salvado por la campana. Estaba yo, a mis casi veintiocho años, como para ponerme a hacer

los deberes que no hice en EGB. Me encogí de hombros e Iván, haciéndole burla a escondidas, me sonrió.

Era un bicho. Aquel niño me traía loco desde que lo conocí. Loco, en el buen sentido. Desde que Cris y yo estábamos juntos, habíamos compartido cientos de planes con él, en innumerables ocasiones. Sobre todo, cuando Gloria se vio arrastrada a la depresión y empezó a dejar de querer salir de casa.

Los dos tenían un vínculo especial. No sabría ni cómo definirlo. Pero yo no tardé en acompañarme a ellos, disfrutando incluso, de aquella relación a tres. Me preocupaba. Lo mismo que Cris. Sin embargo, los dos parecían ser los que se adaptaban más deprisa a la nueva situación.

Desaparecí de la cocina y recorrí el pasillo hasta su habitación. Solté la mochila con mis cosas encima de su cama. Sabía que me haría un hueco en su armario. De hecho, ya había alguna camiseta mía guardada en uno de los cajones.

La encontré patas arriba. Ella era casi la personificación del orden, y nunca había visto sus cosas tan desperdigadas como estaban entonces. Ropa a media puesta sobre la silla, la limpia sobre el colchón preparada para ser doblada, apuntes encima del escritorio y carpetas debajo de él, las bambas una en cada esquina del cuarto... Estaba claro que no tenía tiempo para casi nada, y estaba cansada para todo.

De regreso, le dije a Iván que le esperaba en el salón, invitándole a venir cuando acabara los deberes.

Me senté en el sofá y encendí el televisor. Busqué el canal autonómico de noticias veinticuatro horas, y me propuse desconectar.

Manel me despertó al meter la llave en la cerradura. Cris estaba estirada con Iván en el otro sofá y habían cambiado de canal. Consulté el reloj de mi muñeca. Solo había descansado una hora.

Vi a mi suegro forzar una sonrisa y darle un beso en la frente a su hijo. Estrechó mi mano, amistoso, de aquel modo acogedor, que usan algunas personas, estrechándola doblemente. Siempre lo hacía así. Me detuve un momento para detectar el cansancio en su cara. El dolor. El tiempo que Gloria llevaba en el hospital, ya le estaba pasando factura.

—¿Cómo está hoy?

—Mejor. La he visto más animada. Ojalá siga así...—suspiró—. Me ha dicho que si quieres no vayas hoy a pasar la noche, que se encuentra mejor.

—¡Sí, hombre!

—La verdad, es que podrías descansar un poco. Bastante esfuerzo estás haciendo ya por nosotros. Y los días más difíciles parece que ya han pasado.

—Ni te preocupes, por eso.

Cenamos en un visto y no visto y yo, antes de parar a respirar, ya estaba sentado en la butaca de la habitación de Gloria.

Aquella noche se esperaba tranquila. En aquel momento, dormía relajada. Respiró profundo, y yo levanté la vista del móvil para mirarla. Seguía durmiendo.

Mi suegra parecía otra mujer. Había cambiado incluso su expresión facial, por culpa de aquella parálisis y los efectos de la medicación, que la tenían hinchada. Ni siquiera sus ojos eran los mismos. La fuerza que siempre habían transmitido, incluso batallando contra la depresión, había desaparecido del todo.

—¿Ya estás otra vez aquí? —preguntó en un susurro, con los ojos aún cerrados, pillándome por sorpresa.

—Sí. Tu enfermero nocturno ya ha llegado —le dediqué una sonrisa, que ella no vio.

—Quién te iba a decir que me harías de enfermero algún día...

—Ni que lo digas.

—Aún me acuerdo de la primera vez que te vi. Fue en el portal de mi casa, dándole un casco de moto a mi hija. Nos habíamos asomado todos al balcón. No me gustaste nada. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo imaginaba.

—Y un mes después subiste con Cristina a casa, con la cara magullada y con aquel corte en el brazo. Menos mal que cicatrizó bien.

—Cicatrizó perfecto. Hiciste un buen trabajo —sonreí.

—Si no, siempre podrías haberte hecho un tatuaje encima, ¿no? —sonrió, despacio, elevando solo la comisura derecha.

Hablaba lenta, pastosa, agotada. Pero era quizá la vez que la veía más lúcida desde que había tenido el infarto. Con un esfuerzo que aparentaba sobrehumano, levantó el brazo y buscó mis dedos. Era la primera vez que me dedicaba un gesto afectuoso como aquel. Le facilité la tarea, estrechando su mano con la mía. Vi humedecerse sus ojos.

—Nunca te di las gracias por traer a mi hija a casa a salvo.

—Sí me las diste, esa misma noche. ¿No te acuerdas?

—No fue suficiente. Siempre seguí poniéndote a prueba, desconfiando.

—No pasa nada. ¿Qué ibas a hacer? Es tu hija.

Respiró hondo. Estaba luchando contra el sueño.

—En Navidad hablé con tu madre y me contó muchas cosas de vosotros. No has tenido una vida fácil. Has estado muy solo.

—Ya, bueno... —me rasqué la nuca No me gustaba hablar de eso—. La vida es así.

—Y ahora vengo yo y te desmonto la felicidad que habías encontrado con mi hija...

—No has desmontado nada, Gloria. Ni que lo hubieras hecho a voluntad. Solo tienes que descansar y recuperarte, y todo volverá a ser como antes. Ya lo verás.

—Me avergüenza que tengas que estar cuidando de mí. Que lo hagáis todos. Debería ser yo la que aún cuidara de vosotros. Y tú deberías pasar las noches con Cristina.

—Ella está bien. Es una chica fuerte.

—Lo parece, ¿verdad que sí? Pero no te fíes. Cristina está... —Cerró los ojos, entregándose al sueño, que, por el efecto de la medicación, quería ser profundo—. Tú, cuídala.

—No dudes de ello.

—Gracias Álex. Eres una buena persona.

Su mano se aflojó de la mía. Su respiración, rítmica y superficial, me indicó que había vuelto a dormirse. Apoyé la espalda en el respaldo y decidí hacer lo mismo. A las siete sonaría el despertador para volver al taller.

Cristales rotos

—Tata, ¿qué es un infarto cerebral?

Me visualizo sentada en el sofá de casa de mis padres, peleándome por ordenar los apuntes de la Universidad que me habían prestado mis compañeras aquella semana, mientras, en el fuego, improvisaba un poco de pasta que tenía intención de sofreír con ajo y tomate.

Sabía que llegaría ese momento, y, aun así, no estaba preparada. Dejé los papeles y el bolígrafo sobre la mesa y respiré hondo. ¿Por dónde empezar?

Mi hermano era y es un chico inteligente, diría incluso que holgadamente inteligente. Desde muy pequeño mostró curiosidad por temas científicos y en más de una ocasión él mismo me explicaba conceptos que le fascinaban. Era tan técnico a veces, que a menudo me sorprendía a mí misma perdiendo el hilo de sus argumentos.

Y no es que aquel fuera un interés particular. Tenía la misma habilidad para memorizar todos los Pokémon y sus respectivas evoluciones, le gustaba jugar al fútbol con sus amigos en el colegio y emocionalmente seguía siendo un niño de nueve años.

Pero esa curiosidad que él tenía por cómo funcionaba todo, hacía que, en muchas ocasiones, te vieras inmersa en conversaciones maduras con él. Y aquello, me posicionaba fuera de juego. Porque era difícil discernir cuánta información del mundo adulto era capaz de comprender.

Aquel día, cuando mi hermano me preguntó qué era un infarto cerebral, lo que más me costó determinar, fue eso. Qué información era la más adecuada para que él entendiera por qué había cambiado tanto nuestra vida, literalmente, de la noche a la mañana.

En aquel momento Iván sentía cierta curiosidad por las ciencias naturales y a menudo le sorprendía indagando o preguntando sobre el funcionamiento del cuerpo humano, así que opté por empezar hablando de células.

—¿Te han explicado en el cole qué son las neuronas?

—Claro, son las células del cerebro.

—Vale, muy bien. Lo que no sé si te han explicado es cómo funcionan las neuronas.

—Yo sé que el cerebro es el que manda. La profe dice que lo controla todo, que es el jefe.

—¡Exacto! el cerebro es el jefe. Pero el cerebro no es un músculo, ni un hueso, ¿verdad? El cerebro está hecho de unas células distintas, que no hay en otras partes del cuerpo. Esas células son las neuronas, que crecen desde el cerebro hasta otras partes del cuerpo para poder decirles lo que tienen que hacer.

Iván no contestó. Me miró con su cara habitual de curiosidad y se quedó pensativo por un momento, creo que intentando esquematizar lo que acababa de explicarle. Le hice un dibujo simple, en una de las hojas de mis apuntes de facultad que había apartado en la mesa. percatándome de que eso era lo que él necesitaba. Pues enseguida me retó con la mirada, pidiendo más.

—Como todas las células del cuerpo —continué—, las neuronas necesitan la sangre para vivir. Porque en la sangre es donde está el oxígeno y las vitaminas que las hacen fuertes para

hacer su trabajo —Asintió—. Bien, pues la mama ha tenido un problema, y es que una de las venas que llega al cerebro para llevarle la sangre a las neuronas, se ha taponado, y durante un rato no les ha podido llegar el oxígeno.

Reforcé mi explicación con un nuevo dibujo, en la misma hoja de antes.

— ¿Y qué pasa? ¿No se puede destaponar y que vuelva a pasar la sangre? —Me arrebató el bolígrafo de las manos y restituyó el riego sanguíneo de aquel cerebro esquemático que yo había garabateado—. ¿Ves? Así.

—Ojalá... —suspiré—. Es un poquito más difícil que eso. Al estar tanto tiempo sin oxígeno, enfermaron.

—Algo habrá para que se curen, ¿no? Como cuando te haces una herida... ¿Te acuerdas cuando me caí de la bicicleta y me raspé la rodilla? ¿Ves? —se subió la pernera del pijama—. Tengo cicatriz, pero no duele —reseguía con su dedo aquel redondel, hundido en la rótula—. ¿No pueden darle medicación para que se curen?

—Mira cariño. Tú ya sabes que hay muchas enfermedades que no se pueden curar. Y con lo que le ha ocurrido a la mama, pasa lo mismo.

Iván se dejó caer en el respaldo del sofá. No preguntó nada más. Yo lo miré, expectante, intentando atisbar alguna reacción por su parte. No estaba segura de haberle aclarado algo, o si, por el contrario, le había generado más dudas.

— ¿Sabes tata? Cuando sea mayor, yo curaré a la mama.

Aunque Iván no acabó de concebir en ese instante la magnitud de lo que para nosotros eran secuelas, no quise quitarle la ilusión de la recuperación. Nosotros mismos, conservábamos la esperanza y nos agarrábamos como a un clavo ardiendo, a la posibilidad de la rehabilitación. Así que me callé. Y en ese mismo instante, después oírle decir aquello, pensando que mi alma no podía resquebrajarse más, me negué haber escuchado un rumor vítreo.

El día que volvimos a casa

Cuando la pasaron a planta, nos reorganizamos otra vez. Bajamos algo el ritmo y se redujeron las horas de hospital. Al menos, las noches.

Las tardes, Manel seguía pasándolas con Gloria y yo, cuando regresaba de trabajar, ayudaba a Cris a ocuparse de la casa, de la compra en el supermercado y de recoger de las extraescolares a Iván.

Pensé en volver a mi casa, pero ella se resistió. Quería que me quedara con ella un tiempo más. No ponía fecha. «Mañana vete a dormir a tu casa, pero hoy quédate, por favor», decía.

Fue entonces cuando Manel nos cedió su cama. Se escudó en que, ya que pasábamos el día arriba y abajo con los quehaceres diarios, al menos descansáramos cómodos, y no apretujados en el colchón de ochenta centímetros de la habitación de Cris.

Ella tenía la teoría de que se le hacía grande el vacío. No se la negaba. A mí también se me habría quedado enorme aquella cama.

Se aferró a mi cuerpo todas las noches con una angustia que ni ella sabía que sentía. No se me daba demasiado bien hablar de mis sentimientos, mucho menos de los de ella. Así que no los mencioné. Fue cuando sobrevinieron las primeras pesadillas y los despertares de madrugada. Ella no me decía nada. Solo sentía cómo se acurrucaba a mi lado y colocaba su cabeza sobre mi pecho. Yo la abrazaba, inquieto, fingiendo dormir, hasta que volvía a caer rendida en su sueño.

Gloria estuvo, e total, ocho meses ingresada, enfrentándose a una dura rehabilitación y a horas eternas en la habitación, compartidas con tres enfermos más y sus familias. No fue sencillo compaginar el tiempo que pasábamos en el hospital con el resto de obligaciones que la vida nos imponía, aunque hacíamos todo lo que podíamos.

En noviembre, cuando la trajimos de vuelta a casa, pensamos que todo iría reconduciéndose. Yo volví a instalarme en la mía y mi madre me recuperó.

La había visto muy poco los últimos meses. Algún domingo suelto y otros días esporádicos entre semana en que ella, sin que nadie se lo pidiera, se subía al metro y a los ferrocarriles catalanes, cargada de *tuppers*, para llenar la nevera de Manel por un par o tres de días. Fue su forma de ayudar.

Volver al hogar fue extraño. Aunque causaba cierto alivio.

Siempre habíamos vivido nosotros dos solos, en un piso de cincuenta metros en un barrio extrarradio de Hospitalet. El del cromosoma Y se largó antes de que yo tuviera siquiera un nombre. Pero tampoco lo necesitaba. Al menos, desde hacía los suficientes años como para haber olvidado que un día, sí lo hice.

Además, hasta mis veinticinco años, no estuvimos solos del todo. Recuerdo pasar todos los fines de semana en Rubí, con mis tíos y mi primo Raúl. Guardo cientos de fotografías que atestiguan aquella infancia. Las de año nuevo, las de las comuniones, las de los cumpleaños, las de los veranos en la piscina o en la playa del Prat, las de las tardes en bicicleta, las de la visita a

la Sagrada Familia, las del campeonato de fútbol que ganamos en el 89, las de la ortodoncia de Raúl...

Raúl y yo nos criamos casi como si fuéramos hermanos, hasta que crecimos. O hasta que crecí yo, ya que me adelanté bastante. Y no solo, porque fuera dos años mayor que él.

En las encrucijadas, fuimos tomando caminos opuestos, que nos obligaron a escribir historias muy dispares. Pero de tanto en tanto, encontrábamos un día o una noche, para pasarla juntos.

Solía ser yo el que regresaba, de algún modo, a su mundo. Como aquella noche de marzo de 2002, cuando salí con él y sus amigos, y Cris, entró en aquel bar.

En el fondo, siempre deseé que mi vida hubiera sido algo más parecida a la suya. No en los detalles, pero sí en la esencia. Mucho más fácil. La vida no le traía las cosas en bandeja, mientras él las esperaba sentado, pero sus esfuerzos, por mínimos que fueran, siempre se veían recompensados. En cambio, yo, acabé por cansarme de darme hostias contra los muros.

Que ella se enamorara de mí, y no de él; que no me olvidara; que se cruzara infinitas veces en mi camino; que estuviera dispuesta a quedarse... Ella, fue el único guiño que me regaló la vida. Cómo iba a creer, a esas alturas de mi historia, que algo tan bueno, era para mí.

A Raúl le dio tiempo, apenas, de ver cómo Cris regresaba a mi lado. Lo justo para desearme lo mejor. Él fue el primero en darse cuenta, mucho antes que yo, que Cris sería la única persona que, de verdad, necesitaría que se quedara. Así que se despidió con un, «no la dejes escapar otra vez, porque la vida no acostumbra a dar tantas oportunidades», en la terminal del Aeropuerto. Estaba claro, que la mía, al menos, no lo hacía. Después cruzó, junto a sus padres, los controles de seguridad, y a través del ventanal, vi despegar aquel avión rumbo a la capital británica.

A mi tío le habían ofrecido un aumento de sueldo y puesto, entre otras condiciones ventajosas, a cambio de aceptar un traslado definitivo a aquella ciudad. Nissan estaba afianzándose en Europa, y abría, aquel mismo 2003, su estudio de diseño en Londres. Tardarían unos años más en lanzar el famoso Qashqai, pero ya se hablaba de él en los pasillos de la fábrica. Esa fue su explicación, durante una comida familiar.

No pudieron negarse. Era un paso de gigante en el bienestar de su familia y una oportunidad para el futuro profesional de Raúl. Londres siempre ha sido más acogedora que España con los recién licenciados. Seguro que algo encontraría.

La despedida fue paulatina, haciéndose la distancia más grande conforme se les hacía más complicado organizarse para venir a España. Nosotros tampoco podíamos ir a Londres, no teníamos dinero para hacerlo.

La última vez que hablé con Raúl hacía ya, casi un año. Las llamadas se estaban limitaban a los cumpleaños y, desde las últimas Navidades, al «feliz año nuevo» de rigor.

Le perdí a él y la gané a ella. En mi vida, la gente va y viene, se queda o no está. Estaba acostumbrado a no tenerlo todo. Pero he de decir, que esta vez, salí ganando en el intercambio.

—¿Qué haces en casa a estas horas? —dijo extrañada, mi madre.

Había salido al comedor, alarmada, al oírme abrir la puerta de casa.

—Hoy me quedo a dormir aquí.

—¿Has discutido con Cristina?

—No. Al final han instalado a Gloria en casa esta tarde.

—¡Cuánto me alegro! ¿Y cómo la has visto?

—Bien. Estaba contenta de regresar.

—No me extraña. Tantos meses de hospital acaban con la paciencia de cualquiera.

—Sí. Ha acabado con la de todos. Pero ahora todo volverá a la normalidad.

—Claro que sí. Entonces qué, ¿cenamos juntos?

—Por supuesto.

La había echado de menos. Nunca pensé que lo haría. Al fin y al cabo, estábamos acostumbrados a vivir a nuestro aire, cada uno con lo suyo. No solíamos hacer demasiadas cosas juntos, excepto reunirnos para comer o cenar, si es que yo paraba en casa en ese momento.

Después de la cena, con la naturalidad con la que uno vuelve a sus rutinas, me encerré en la habitación. Qué bien se estaba, solo de nuevo.

Cartas a Álex

Barcelona, a 15 de julio de 2007

Pensé que cuando regresáramos a casa todo sería como antes. Que recuperar las rutinas diarias nos permitiría volver a empezar. Me lo dijiste tantas veces, que me lo creí. Siempre me convences. No sé cómo, pero lo haces. Y solo por ello, por anclarme a tu esperanza, fui capaz de armarme de valor y afrontar el cambio.

Pero al cruzar el umbral de la puerta con ella, al ver a mi padre hacer la primera transferencia de las millonésimas que vinieron después, al ver la silla de ruedas en medio del salón... fui consciente de que nada volvería a ser lo mismo. Nunca.

No te lo dije. Ni a ti, ni a nadie. Y no lloré. No quería ser la única pesimista en esta historia. La que se dejara llevar por la realidad. Y luché por no serlo, también por mí. Porque sabía que tú me hubieras dicho que solo necesitábamos tiempo, acostumbrarnos, rehacernos. Me encanta eso de ti, tu facilidad para remontar de todo. Y quise contagiarme de tu espíritu, y contagiar al resto también.

Por eso fui práctica. Como eres tú. Y opté por ampararme en el movimiento, en el hacer. Qué bien sentaba actuar. Creo que me hice adicta a esa sensación. Era como si la pena no se notara tanto. Resolver los problemas, enfrentarse a ellos, cogerlos por los cuernos. Me sentía útil. Me tranquilizaba ver cómo solventábamos los quiebros diarios.

Y sabes que a mi padre le encantó la idea. Le dimos la excusa para no pensar en otras cosas. ¿Recuerdas cómo pasamos los primeros meses haciendo reformas? Mientras tú te quedabas con mi madre e Iván en casa, nosotros nos fuimos a comprar unos sofás nuevos, más altos y firmes; recorrimos Leroy Merlin y las tiendas de ortopedia, buscando ideas, pidiendo presupuestos, comprando material; y fuimos a comprar el coche nuevo. Le dije a mi padre que lo comprara de color rojo metalizado, aunque él lo quería negro. «¡Qué narices! ¡Démosle un poco de color a la vida!», le dije. Porque no sé decirte... El negro no lo quería ni en pintura. Nunca mejor dicho.

Al principio fue extraño estar decidiendo con él esas cosas. No lo habíamos hecho nunca. Eran cosas que, por naturaleza, hubieran decidido ellos solos. Como mucho, me hubieran pedido opinión. Como cuando no se ponían de acuerdo para escoger las baldosas del baño y me utilizaron de desempate. Pero de esto no puedes acordarte, aún no habías llegado a mi vida.

Fue agradable reencontrarme con él. Mi padre había estado muy presente en mi infancia, pero al hacerme mayor, cedió su espacio a mi madre. Supongo que por el hecho de ser mujer. Y también porque como ya sabes, no soy lo más fácil de este mundo.

A lo que no acabo de acostumbrarme es a esta relación de tú a tú que ahora tenemos. No me la esperaba. No me malinterpretes, creo que no se nos da nada mal hacer equipo. Estamos sacándolo todo adelante.

Lo que más me inquieta es que el tiempo va pasando casi sin darnos cuenta. Ya son ocho meses los que han pasado desde que mi madre volvió a casa. ¡Ocho! Y dieciséis meses desde que

tuvo el infarto... Y no se me ocurre nada más por hacer...

A veces me gustaría poder hablar más contigo de estas cosas. Pero cuando saco el tema, me entristezco, y sé que a ti no te gusta. No te gusta que llore, ni que te diga que a veces me siento sola. No me lo has pedido nunca, que no te hable, pero no necesitas hacerlo para que yo lo sepa.

A mí tampoco me gusta sentirme así, por eso lucho contra ello. Como harías tú. E intento seguir tus consejos, mirar hacia adelante y concentrarme en superar los baches que se nos presentan.

Hace un tiempo que parece que no nos encontramos ninguno nuevo, ¿verdad? Pero sigo sintiendo que nada es como era antes de que mi madre tuviera el infarto. Debe ser que se me olvida algo. Le doy vueltas y vueltas, pero no sé de qué más ocuparme. Y no puedo permitirme desocuparme. Porque entonces, el dolor vuelve y todo lo llena.

Vacíame, Álex.

Cris

Estemos solos

Desperté con un único objetivo en mente: salir con Cris, a cualquier parte.

Desde el último agosto, cuando conseguí llevármela algún día a la playa, no habíamos vuelto a hacerlo. Ni siquiera fui capaz de convencerla para que, en marzo, nos escapáramos a celebrar nuestro quinto aniversario de novios.

El problema no estaba tanto en que no saliéramos juntos, es que no hacíamos prácticamente nada, solos. Sí era cierto que muchos viernes, Paula e Ismael conseguían arrastrarla hasta su casa para cenar unas *pizzas* y ver algún episodio de *Perdidos*. Y que, después, solíamos dormir en su casa o en la mía, y echábamos el polvo de rigor, en silencio. Pero ahí, se acababa la diversión. El resto de nuestro tiempo, por supuesto, era todo obligación. Estaba harto de aquella rutina.

Así que ya me daba igual a dónde ir. La cuestión era largarse, ocuparnos un rato solo de nosotros y olvidarnos de todo. Nos merecíamos, al menos, una mañana libre. No podría negarme eso. Una única mañana.

—Buenos días, tesoro, ¿te he despertado?

—Qué va. Ya me gustaría. En esta casa no se puede dormir.

—¿Se han levantado en pie de guerra?

—Llevan una hora discutiendo. Iván tiene partido a las diez y mi padre está batallando con mi madre para que deje que la vista y poder salir.

—Otro domingo igual.

—Sí. ¿Y tú cómo es que estás despierto tan pronto?

—Me he levantado con ganas de hacer cosas. ¿Por qué no te vistes mientras llego y nos vamos un rato a Sitges? Ruta en moto por las costas, un paseo por la playa, algo fresquito en una terraza...

—¿A la playa en pleno mes de abril? ¿Y nublado?

—Ya sé que no hace un gran día, pero no hace frío.

—Bueno, deja que lo hable con mi padre. No sé si tenía algo previsto para hoy.

—Vale. Háblalo con él y llámame.

Al cabo de cinco minutos me confirmaba plan y yo, en quince, me planté bajo su balcón.

Había pasado otra mala noche y estaba cansada para ir en moto, así que cogimos nuestro coche.

Un Mazda 3 MPS de ocasión, pero que nosotros, habíamos estrenado hacía menos de dos meses. No era tan fácil compartir coche con su padre ahora que el vehículo se había vuelto un imprescindible para los desplazamientos con Gloria, así que al final convencí a Cris para comprarnos uno nosotros. «Es una inversión de futuro», le dije. Pedí un préstamo que acordamos pagar a medias, pero al final, Manel se estaba vaciando más el bolsillo que nosotros. Fue su modo de agradecernos todo en lo que estábamos ayudándole.

Estábamos aún en la Ronda de Dalt, a la altura de Esplugues, cuando decidió que tampoco quería ir a Sitges. Alegó que estaba demasiado lejos y que, si su padre la necesitaba, no podría

volver rápido.

Así que acabamos aparcando en Hospitalet.

Aquel domingo habían montado un mercadillo en el barrio. No sé en motivo de qué, ya que el semanal era los miércoles. Alguna excusa habría encontrado la asociación de vecinos para sacar a la gente a la calle. Y les había funcionado. Las calles estaban llenas de paraguas, ahora que empezaba a chispear.

Cris propuso pasar un momento por mi casa y pedirle un paraguas a mi madre. Observé al cielo. Estaba encapotado, sin embargo, las nubes no amenazaban tormenta. Yo siempre he preferido mojarme un poco a ir cargado con aquel artilugio. «Siempre podrías subirme la capucha de la sudadera», bromeé, cogiéndola y tapándole la cara con ella. Respondió riendo y, agarrándome de la mano, dirigió nuestros pasos hasta el primer puesto.

Seguía gustándome pasear con ella entrelazando mis dedos con los suyos, aunque ahora, ella, era más de cogerme la mano palma con palma. A veces nos costaba ponernos de acuerdo hasta con esas tonterías, pero lo importante era seguir teniendo cosquillas en el estómago. Y yo, las sentía cada vez que me tocaba.

Distraída, recorría los pasillos entre paradas, deteniéndose en cada una de ellas. Compró una camiseta para mí y para Iván, idénticas excepto por el color; una pulsera de cuero de la que me encapriché; unos pendientes para su madre, por si las ganas de estrenar algo, la sacaban de casa; un queso curado para su padre; y se ilusionó con cientos de cosas que le gustaron, sin acabar de decidirse en nada. Como siempre le ocurría, cuando le tocaba pensar en ella.

Ismael apareció por sorpresa a su espalda, y, pidiéndome silencio con el índice sobre los labios, le hizo cosquillas en los costados. Sobresaltada, Cris se giró.

—¡Eres tú! ¡Qué susto me has dado!

—¿Qué tal estáis? —saludó, al tiempo que estrechaba mi mano y le daba dos besos a ella.

—Bien, ¿verdad, Álex? —me sonrió—. Paseando un ratito.

—Sí, nos hemos animado a salir —añadí.

—Así me gusta. ¿Y cómo está tu madre? —le preguntó.

—Muy bien, gracias.

No era verdad, pero aquella muletilla se había convertido en su contestación para cada persona que le preguntara sobre Gloria. Ismael reaccionó con un gesto que denotaba incredulidad, y Cris, dándose cuenta del automatismo de su respuesta, rectificó.

—Perdona, la costumbre. Está como siempre, sin novedades.

—Eso ya me cuadra más —sonrió—. Y a la tuya, ya le habrán concedido la jubilación, ¿verdad? —me preguntó.

—¿Cómo lo sabes?

—Me la encontré hace un par de días por la calle y me lo contó. Iba con una carpeta, camino a la Seguridad Social. ¿Tu madre con una carpeta? Tenía que preguntarle.

—Eres un cotilla —reí.

—Si no le hubiera preguntado, me lo hubiera explicado igual.

—Tienes razón.

Mi madre sentía mucho aprecio por Ismael y cada vez que se encontraban, pasaban más de un cuarto de hora charlando. Ya no me extrañaba que estuvieran al día. De hecho, muchas veces yo también me enteraba de cosas de él por ella, y no porque a mi amigo no le hubiera dado tiempo a contármelo. Al fin y al cabo, hablábamos a menudo.

—He quedado con la peña del barrio. Por lo visto dentro de un rato hay un concierto en la

plaza l'Alzina, de unos chicos que cantan *hip-hop*. ¿Os venís?

—Otro día, quizás —contestó ella, mirándome cómplice.

—Como queráis, tortolitos. Por cierto, Álex, me han pasado una marihuana que lo flipas. Si quieres la catamos juntos.

«¡La madre que te parió!», me callé contestarle.

—Esto... ¡Pero si ya sabes que no fumo!

Ismael puso cara de no entender nada y yo, moviendo dos dedos con discreción, imitando el movimiento de una tijera, quise indicarle que dejara el tema aparcado.

—¡Es verdad! —disimuló—. Bueno, yo pruebo. Esto de que Álex se haya vuelto tan sano... —continuó mirándola a ella —, ya no le puedo liar.

Cris esperó a que Ismael desapareciera de nuestra vista para agarrar con rabia la manga de mi sudadera y, sin apartar sus ojos furiosos de los míos, estalló, conteniendo el tono.

—¿Cómo que catar la marihuana?

—Ya me has oído decirle que no fumo.

—No sé por qué, no te creo —contestó, con desdén.

—Él prueba, ya te lo ha dicho. Uno se fuma mejor un porro acompañado que solo.

—¿Tú te crees que me chupo el dedo? ¡Lo lógico sería que ni te lo propusiera! Además, él sabe lo que pienso de este tema.

—Pero como él sí fuma delante de ti, se le habrá olvidado. No le des más vueltas. Ya lo conoces.

—Tanto como a ti, que eres un maestro escondiéndome las cosas.

—Si no quieres creerme, no me creas. ¡Qué quieres que te diga!

—La verdad. Sería todo un detalle por tu parte.

—¡Estoy diciendo la verdad!

—Mírame a la cara y júrame que ya no fumas.

—Te lo juro —contesté, sosteniéndole la mirada.

—No te creo.

—¿Lo ves? Es que te diga lo que te diga, tú piensas lo tuyo y ya está.

—Será la primera vez que me mientes...

—Pero esta vez, no lo estoy haciendo.

—Igual que todas las veces anteriores, y al final resultaba, que yo tenía razón. Odio que me mientas, lo sabes perfectamente. Y no soporto no poder confiar en ti, en la única persona en quien debería poder hacerlo sin dudar.

—Pues hazlo.

—No me lo pones fácil.

No le contesté y ella, aún molesta, siguió caminando, avanzándose ahora, sin detenerse en las paradas. En dos zancadas me situé a su lado y, sin dirigirnos la palabra, salimos del mercadillo.

Para ella era mentira; para mí, no. Teníamos un concepto un tanto diferente del significado de fumar porros. Según mi mirada, y teniendo en cuenta que había llegado a fumar una media de seis o siete porros diarios, consumir alguno ocasionalmente, cuanto estaba tan agobiado que no conseguía dormir, no era fumar porros. Según la suya, una calada en los pulmones, ya era consumir. No era la primera vez que discutíamos sobre eso, aunque la discusión de aquella mañana, terminó muy pronto.

La última, hacía apenas unos meses, fue algo más tensa.

—Cuando me conociste, fumaba mucho más que ahora.

—¿Y? Sabes que, desde un principio, no me gustó que lo hicieras.

—No puedes obligarme a cambiar.

—Ni tú, a que me conforme.

—¿Y qué mal hago, Cris? ¡Para un puto porro que me fumo!

—¿Uno? ¡Este es el que te he pillado! A saber, cuántos más han caído antes.

Mentiría, otra vez, si dijera que aquel porro por el que discutíamos, fue el único que me fumaba aquella semana. Pero en realidad, ¿cuántos podrían haber sido? ¿Un par más? Aunque Cris tenía el don de la oportunidad, el olfato de un sabueso, y el instinto de un detective privado, por suerte, no me los pillaba todos.

—Te juro, que es el único. Hacía meses que no lo probaba.

—Y entonces, ¿por qué has vuelto a fumar? ¿Por qué tiras por tierra, el esfuerzo de haber aguantado meses, como dices, sin consumir?

—Y si te dijera que no quiero dejarlo, ¿qué? Quizá, quiera fumarme alguno de tanto en tanto. No creo que sea tan grave.

—¿Sabes qué? Quizá, para ti no lo sea. Pero para mí, sí. No quiero compartir mi vida, con alguien que consume. ¡Ya está! ¡Ya lo he dicho!

—¿Estás amenazando con dejarme, si no dejo de fumar porros?

—Estoy diciéndote, que no concibo en mi futuro, a alguien que fume porros, sí. Tú siempre me pides que imagine la vida que nos espera. Y lo hago, más de lo que tú te piensas. Crees que, en ese futuro, ¿concibo llegar a casa y que el piso apeste a marihuana? ¿Que te imagino, el día de nuestra boda, celebrándolo con un porro entre los labios? ¿Que me gusta visualizarte al lado de nuestro hijo, explicándole un cuento colocado? ¿Que podría decirle a mi hijo, que evite probar las drogas, cuando su padre guarda hachís en un cajón? Yo no puedo obligarte a dejar los porros, Álex, pero tú, tampoco me puedes obligar, a que estén presentes en mi vida.

—Cuando llegue ese momento, Cris, te prometo que no fumaré.

—¿Y por qué no tomas ya la decisión definitiva, si tú también crees que a largo plazo no consumirás? ¿No te das cuenta de que estás eternizando el proceso de dejarlo?

—¿Acaso vamos a tener un hijo mañana? ¡Qué más da! Puedo dejarlo cuando quiera.

—Mira, Álex. Al menos, deja de engañarte a ti también. Dime que te resulta difícil, que hay momentos, en los que, de verdad, te apremia la necesidad de fumar. Y yo, te ayudaré y estaré ahí, para superarlos a tu lado. Pero no me digas, otra vez, que puedes dejarlo cuando quieras. Porque eso me lo has dicho durante años, y aquí seguimos.

—De acuerdo, Cris. Tú ganas. ¿Quieres que lo deje? Pues ya está. Se acabó. No probaré ni un puto porro más.

—Así, ¿no? Tú solo, sin ayuda de nadie. Como siempre, ¿verdad? Mintiéndome y escondiéndote, cuando no puedas evitar una recaída.

—No te mentiré. Si me fumo alguno, te lo diré.

—No es verdad. Me lo ocultarás, como ocultas todo lo que crees que no me gustará escuchar. Como ocultas tu pasado, tus mierdas, tus sentimientos, tus preocupaciones. Estoy harta de tus secretos, Álex. Contigo, todo es siempre igual.

—¡No te oculto nada! Solo esto de los porros... —contesté, inquieto, rascándome la nuca—. Pero te juro, que no volveré a hacerlo.

—Me cuesta mucho confiar en ti.

—Conseguiré que lo hagas. No volveré a mentirte.

—Es que ya no son solo los porros, Álex. ¿No te das cuenta? Son todas las mentiras que vienen detrás. Todas las veces que me miras a los ojos y me lo niegas. Las veces que destruyes mi confianza y mandas lo único que de verdad importa, a la mierda. Podemos superar los porros, nuestras diferencias de carácter, y todos los breches que nos encontremos. Pero si se nos acaba la confianza, no habrá esperanza para nosotros.

Y ahí estaba yo aquella mañana. Haciéndolo otra vez. Todo. Mintiéndole y fisurando un poco más, uno de nuestros pilares. El más importante para ella. Creyendo que, con los otros, nos apañaríamos.

La lluvia, que hacía un rato se había detenido, regresó, esta vez con más intensidad. Apresuramos el paso al mismo tiempo que la lluvia también lo hacía, hasta que arreció, y no nos quedó otra opción que correr hasta el coche.

Nos metimos dentro, empapados, cuando ella ya reía a carcajadas. La sorpresa de la tormenta le había cambiado el humor.

Arranqué el coche pensando en volver a su casa. En el equipo sonaba *Chasing Cars* de Snow Patrol. Cris tradujo aquella canción a petición mía, porque yo era malísimo con el inglés. La primera estrofa, aún sin saber qué significaba, me ponía la piel de gallina, y después de saberlo, se me clavó como un puñal. «Lo haremos todo, cada cosa, por nosotros mismos. No necesitamos nada ni a nadie. Si me acuesto aquí, si solo me tiendo aquí, ¿te acostarías conmigo y olvidarías el mundo?».

Pensé que ojalá ella se olvidara del mundo a mi lado. Nunca llegué a decirle, mientras sonaba, que yo me sentía como en aquella canción.

Al pasar por aquel desvío, lo tomé.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Ahora lo verás.

Aparqué en un descampado en Montjuïc, cercano a la antena de la Telefónica. Sabía que allí muchos jóvenes iban a pegarse el lote, sin embargo, a las once de la mañana de un domingo, el lugar estaba vacío.

Yo ya no era joven, estaba a punto de cumplir los treinta. Pero Cris recién había estrenado los veinticuatro, así que ella me daba el permiso moral para hacer esas tonterías.

—¿Me has traído aquí para echar un polvo? —preguntó, entre risas.

—¿Yo? —respondí fingiéndome ofendido—. Eres una mal pensada.

—Piensa mal y acertarás. ¿No dicen eso?

Si me descuidaba, ese comentario podía llevarnos a una nueva discusión. Así que sin darle tiempo ni a caer en la cuenta de sus palabras, me abalancé directo a su boca. Respondió a mi invasión como a mí me gustaba, entregándose al completo.

Me despegué de sus labios para arrancarle la sudadera mojada, que había calado debajo, provocando que su camiseta se pegara a cada milímetro de su cuerpo. Ella, igualó las condiciones sin demora, desnudándose de cintura para arriba.

—Vamos detrás... —susurré, entre los besos que ya estaba repartiéndole en el hombro.

Saltó, ágil, entre los dos asientos delanteros y se sentó detrás. Mirándome atrevida, se deshizo de su camiseta y desabrochó el botón de su tejanito. Levantó el culo del asiento y estiró de la cinturilla muslos abajo, mientras pasaba los dientes por la esquina de su labio inferior. Yo, aún sentado en el asiento del conductor, me deleité viéndola desnudarse para mí, sin decidirme dónde detener mis ojos, si en su pecho, sus piernas o su boca.

—Hazme sitio —ordené, ronco.

Se apartó a un lateral riendo y yo, también, pasé como pude entre los asientos delanteros. Estrellando mi cabeza contra el techo y un hombro, contra el reposacabezas, maldiciendo en el camino lo fácil que era para ella moverse en espacios reducidos, y cuánto me sobraba a mí, toda la chapa del chasis del Mazda.

Separé sus piernas, agarrándola por las rodillas, y la arrastré por el asiento, para colocarme entre ellas. Sus carcajadas en mi oído, nublaron mis sentidos, y ya solo sentía mi entrepierna presionando contra la suya. Afanándose por hacerse un sitio en el tejano, en sus bragas, en ella.

Desaté los corchetes de su sujetador para liberar sus pechos y atraparlos con mis manos. Me entretuve lo justo en mirarla. Ya sabía cómo era, la conocía al milímetro. Y conocía también, todo lo que la volvía loca. Que la besara en la clavícula, que mordisqueara sus pezones, que estrechara su cintura y arquera su espalda, abarcándola con todo el brazo. Así que lo hice todo y ella respondió clavando sus uñas en mis nalgas, apremiándome contra su pelvis.

Dejé de acariciarla un segundo, para bajarme los pantalones. Ella, con una sonrisa hambrienta, instaló sus ojos en mi erección. Sonreí al verla así, sonrojada y lamiéndose los labios. No dio tiempo a que el pantalón llegara a mis tobillos. Se montó a horcajadas sobre mis piernas y me colocó justo a sus puertas.

Su humedad y su calor me aprisionaron despacio, electrizándonos los dos con aquella intromisión pactada. Cada uno de sus movimientos de cadera, no hacían más que atraparme más y más profundo, más y más adentro. Con el ansia que nos teníamos siempre y que no nos sobraba nunca. Sin tregua. Desconecté mis circuitos y me dejé domar por ella, entregándole hasta la voluntad, arrastrándome a esa sensación tan placentera de ella absorbiéndome para llenarse de mí.

—Joder, Cris... —susurré, como siempre, mezclándome en sus gemidos.

Refugiados en el coche, con los cristales empañados, parecía que habíamos viajado a nuestro propio mundo. Uno en el que podría haberme quedado a vivir, con su cuerpo recostado sobre mi pecho, con mis manos acariciándole la espalda, con su pelo cosquilleándome el hombro. Regalándonos mil besos de calma. Pensando solo en nosotros dos.

Pero a los pocos minutos las ventanas estaban secas de nuevo, el mundo volvía a rodearnos, a través del ahumado de los cristales traseros, y no nos quedó otra opción, que regresar a la realidad. Nos vestimos y rehicimos el camino hacia su casa.

Elvis en la cocina

El olor del sofrito alcanzó mi nariz por sorpresa. Empecé a salivar solo con imaginar la cebolla picada, las costillas de cerdo y el ajo, rehogándose en tomate dentro de la cazuela de barro. La de mi yaya. Porque mi padre la cuidaba como si fuera de oro; y es que no se fabrican ya cazuelas como las de entonces. Él decía que cualquier día se partiría en dos en el fuego, y que entonces tendríamos que pedir unos pollos a l'ast para salir del entuerto. El día que se rompió, era inevitable que sucediera, mi padre consiguió salvar los macarrones del desastre. Pero aquel mediodía aún resistía al paso del tiempo, acogiendo unos fideos a la cazuela.

Me levanté de la silla en un reflejo, dejando los apuntes del master tal cual, sobre el escritorio, para ir a la cocina. Allí estaba él, con el trapo sobre el hombro derecho, removiendo con el cucharón para que el sofrito no se pegara. En su móvil, sonaba una canción de Elvis.

Esa imagen de él en la cocina no era ninguna novedad. Se le daba genial cocinar, mucho más que a mi madre, así que la tarea de alimentarnos ya era suya desde el principio de los tiempos. Él siempre decía que debería haber sido chef, y no contable. No se le daban mal los números, pero su talento estaba desaprovechado. O muy bien aprovechado en casa, dependiendo desde donde se quisiera valorar la cuestión.

—¿Te corto un currusco de pan para mojar? —ofreció, al darse cuenta de que estaba con él, observándole.

Ya sabía a lo que había ido. Así que en el breve tiempo en el que le saqué la lengua, cómplice, él cogió la barra de pan y un cuchillo cortando, sobre la tabla, una rebanada para mí.

Mi madre no soportaba que hiciéramos eso. Decía que era una guarrada ir mojando pan de donde comeríamos todos. Álex le daba la razón, porque también era un maniático para esas cosas. Pero mi padre y yo, no. Nosotros podríamos dejar sin sofrito al resto, solo de mojar pan en la salsa. «Nena, tenemos que hacer catas, ¿sino cómo esperas que corrija de sal?», le decía a ella entre risas. Y con esa excusa, llevaba ya veintitantos años entrando en la cocina para probar sus platos. Mojé bien la miga y me lo llevé a la boca.

—Buenísimo, papa, como siempre.

—Me alegro de que te guste.

Podías hacer feliz a mi padre solo con decirle que lo que había cocinado estaba para chuparse los dedos. No era un hombre demasiado exigente en ese aspecto. No obstante, hacía tiempo que ya ni esos halagos parecían animarle.

Me senté a la mesa que teníamos frente a los fogones, observándole moverse sin prisa, abriendo uno de los armarios y colocando el paquete de fideos sobre la encimera, sacando especias y echando de unas y otras en la cazuela, recogiendo los restos de cebolla que habían quedado sobre la tabla y lanzándolos a la basura, pasando el trapo una y otra vez sobre la encimera de cocina, limpiando lo limpio. Había algo relajante en observarle cocinar, en ver sus rutinas, sus decisiones planificadas.

Estaba preocupada por él. No solo porque ya no hiciera dueto con Elvis y se arrancara con

Love me tender al más puro estilo Las Vegas, sino porque algo en su mirada se había perdido.

Mi padre tiene, después de los de Álex, por supuesto, los ojos más bonitos del planeta. O los tenía. El iris de un cristalino gris ceniza, enmarcados por un aro un tono más oscuro. Sin embargo, ya no eran los mismos. Un halo de opacidad les había robado el brillo. Él decía que era por la edad, que los ojos se apagan al hacerse mayor. Pero yo sabía que era el dolor, que tiene la manía de alojarse bajo la piel, enturbiándolo todo.

—¿Quedarás con Álex después de comer?

—Hoy he quedado un rato con Alba, que hace días que no nos vemos. No sé si después vendrá él, porque me gustaría avanzar con un par de temas del master.

—Ya he visto que estabas estudiando, ¿cómo lo llevas?

—Bastante bien. Pero esta semana no he podido hacer mucho.

—Lo sé, ha sido una semana complicada. Gracias por acompañar a tu madre a la revisión de la rehabilitadora y del neurólogo. No podía pedirme más días de fiesta en el trabajo.

—Ya lo sé, no te preocupes.

—No te lo he dicho, pero me ha rondado la idea de prejubilarme.

—Pero entonces, ¿te quedará una pensión bajísima!

—Es lo único que se me ocurre para solucionar este asunto.

—De momento estoy yo.

No quería ver a mi padre encerrado en casa, prejubilado y con problemas económicos. Ese tiempo que tenía para él, en el trabajo, con sus compañeros, sintiéndose útil, sabía que le hacía bien. Gracias a aquellos momentos de desconexión, llegaba a casa aún con energía para enfrentarse a mi madre. Porque sí, ya desde muy al inicio, el cariño se vio acompañado de la tolerancia y el sentido de la responsabilidad.

No fueron menesteres más de unos pocos meses para que él evidenciara que había perdido a su alma gemela, a su apoyo, a su compañera de viaje, a su amiga, a su amante. En definitiva, a su mujer.

Mi madre se había convertido en otra persona. A mí, al menos, me costaba mucho reconocerla. Su actitud luchadora mientras estaba en el hospital se quedó en una ensoñación, en un espejismo que duró lo que duró la irrealidad del ingreso. Al llegar a casa, izó, veloz, la bandera de la pasividad, la desidia y el autoabandono.

Imagino que volver la obligó darse de bruces con su nueva realidad. Fue dejando que lo hiciésemos todo por ella y se escondió bajo el ala del dolor, la impotencia y la discapacidad. Y también de la rabia. Se encerró en sí misma, volviéndose egocéntrica y obsesiva. Sus pensamientos, sus motivos, sus justificaciones, eran absolutamente distantes a la verdad. Le molestaba todo y todos. Parecía que los demás fuéramos los culpables de su estado, de su desgracia. Y descargó su frustración acertando con excelente puntería en nuestras inseguridades y sentimientos de culpa.

Mi padre era muy de mi madre, y era muy de sí mismo. Introverso hasta la médula. Solo me aceptaba a mí como apoyo. He de suponer que le resultaba más fácil buscar el consuelo de su familia, pero nuestra familia era tan reducida, que solo le quedaba yo. Parecía sentirse seguro conmigo, libre de explicar sus miedos.

Procuré mantenerme a su lado y acompañarlo en aquel duelo que estaba elaborando. Lloraba a menudo, no siempre delante de mí, pero sabía que lo hacía cuando se encerraba en su habitación. Otras veces, aunque las menos, no podía evitarlo y se desahogaba conmigo, cuando Iván no estaba presente, estallando de rabia, de dolor o de impotencia.

Sé que le embargó la soledad, verse avanzando día a día sin una pareja en la que apoyarse. Y a mí, me partía el alma verle así.

Por eso estaba cada vez más preocupada por él. Porque había puesto el automático. Llegaba hasta donde llegaba, cubría lo básico relacionado con mi madre e Iván y luego se refugiaba en la televisión.

—¿Y vosotros pensáis hacer algo esta tarde? —pregunté.

—¿Algo como qué?

—Hace buen tiempo. Podríais salir con Iván al parque, a que os diera un rato el sol.

Mi padre, sin soltar el cucharón, me dedicó una mirada de incredulidad. Quizá lo que había propuesto era tan surrealista como retarle a alcanzar el pico del Everest. Mi madre ya no quería salir nunca de casa, pero yo me empeñaba en insistir, en intentarlo. Él ya había desistido, pues lo único que conseguía con ello era empezar una pelea que solía durar el resto del día.

—Vale. No he dicho nada.

Me levanté de la silla y salí de la cocina. Me dirigí al salón, a ver si allí podía sembrar algo de provecho.

—Hola, mama.

Me senté en el sofá, a su lado. Llevaba allí plantada desde las ocho, cuando mi padre la había levantado para darle el desayuno y la medicación. Solo había hecho dos viajes al baño y había pedido una vez Trinaranjus, así que podíamos decir que tenía un buen día. O al menos, una buena mañana.

—¿Tú no estabas con Alba?

—He quedado esta tarde con ella.

—¡Ah!, era esta tarde... ¿Y qué vais a hacer?

—Nos iremos a la playa un rato.

—Qué suerte, a la playa... Con lo que me gustaba a mí ir a la playa...

Y, además, de verdad. Mi madre era de las que pisaban la arena en abril, antes de dar el pistoletazo a la temporada, el primer fin de semana que hiciera sol y un poco de calor.

Pasé lo mejores días de mi vida en la playa. Solíamos llegar antes de las diez, encargar una paella para las dos en el chiringuito y no nos despedíamos hasta las siete de la tarde.

Recuerdo hacer surf montada en la espalda de mi padre, quien buceaba a ras de suelo para que yo rompiera las olas con el pecho. Luego él se adentraba nadando hasta las boyas, y yo me quedaba con mi madre cerca de la orilla, pidiéndole que me enseñara a bucear como hacía él. Acabábamos por montarnos en la colchoneta, porque a ella siempre le flotaba el culo al bucear. Y aunque me enseñó muchas cosas, de aquella, en concreto, no fue capaz.

A nadar bien me enseñó mi padre. Y cuando ya era más mayor, también le acompañé hasta las boyas. Por aquel entonces, mi madre transmitía a Iván el arte de manejar la colchoneta de tela roja y azul. Luego volvíamos a la arena, arrugados como pasas, aunque a mí no me gustaba nada practicar la técnica de la lagartija al sol. Yo, era toda agua.

Cuando Iván era pequeño, yo me permitía quitarme algunos años de encima y nos quedábamos en la orilla haciendo castillos y rebozándonos de arena. Luego él también creció, y podríamos haber ido nadando juntos hasta las boyas, pero ya no íbamos a la playa en familia.

Puedo clasificar mis recuerdos familiares en tres etapas. Una infancia de hija única, una adolescencia con un hermano muy pequeño y una juventud demasiado difícil para compartirla con él.

—¿Por qué no salís un rato esta tarde? —propuse, para cambiar de tema—. Hace un día

estupendo.

—¿A dónde voy a ir auestas con esa silla?

La silla de ruedas estaba recogida, plegada por la mitad, justo al lado de la mesa del comedor. Era una mierda verla allí, y en todas partes. Así que dejé de mirarla.

—Pues a cualquier sitio —continué—. Podríais bajar un poco al parque, o incluso coger el coche e ir a un chiringuito a tomar una horchata. ¡Con lo que te gusta a ti la horchata! Y el papa podría tomarse una cervecita. ¿No estaría bien?

Mi madre me miró con la misma expresión que minutos antes me había dedicado mi padre. «¡Qué duros!», me dije. Aunque al menos, no le dio a tiempo a discúrmelo. Oímos las llaves en la cerradura y dirigimos nuestra atención hacia allí. Iván entraba en el recibidor, con las mejillas coloradas y la frente perlada de sudor.

—¿Y tú de dónde vienes? —preguntó seca, mi madre.

—De jugar con Nil.

—¿Y quién te ha dado permiso para salir?

—El papa.

—¡A mí no me has preguntado!

—¡Ay, mama! —se quejó, encogiéndose de hombros.

—¡Manel! ¡¿Cuándo le has dado permiso al niño para salir?!

Nadie contestó a sus gritos y mi hermano resopló, cogiendo la pelota de futbol que había entrado arrastrando por el suelo en sus pies y huyendo hacia el pasillo.

—¡No te vayas de aquí! —chilló furiosa y él, se detuvo—. ¡Manel! ¡Ven aquí que quiero hablar contigo! —gritó todavía más fuerte.

Mi padre apareció en el salón, secándose las manos con el trapo de la cocina y dejándolo otra vez sobre su hombro.

—Nena, ¿qué pasa?

—¿Puedo saber en qué momento ha salido Iván de casa y con permiso de quién?

—Con mi permiso. Hace... —miró su reloj de pulsera— unas dos horas.

—¿Y no te parece que esto es algo que deberíamos haber hablado antes tú y yo?

—Si lo hemos hablado aquí mismo, delante de ti, y no has dicho que te pareciera mal.

—¿Delante de mí? ¿Cuándo?

—Justo antes de que se fuera.

Mi madre calló, pensativa. Sabía que intentaba hacer memoria, lo que no tenía tan claro era si lo recordaría. O siquiera, si habría algo en su memoria, que recordar.

He de decir que mi padre encubría muchas veces a mi hermano, para evitarle broncas. Aunque en realidad, aquella no iba tanto con él.

Mi padre regresó por el pasillo a la cocina e Iván, refunfuñando, siguió sus pasos y se desvió a la izquierda, metiéndose en su habitación. Le seguí. Estaba descalzándose sentado sobre su cama, cuando entré. Entorné la puerta.

—¿Es verdad que lo habéis hablado delante de ella?

—¡Sí! Pero no se entera de nada. ¡Si ha sido ella quién ha dicho que volviera a las dos para comer!

—¿De verdad?

—¡Que sí! ¡Qué pesada eres tú también!

No era la primera vez que mi madre parecía olvidar las cosas, o que parecía entenderlas diferente al resto de mortales en esa casa. Confundir un horario, sorprenderse al verte en casa

cuando ella creía que no estabas, pedir una medicación que ya había tomado... Pequeños lapsus, esporádicos.

—¿Te lo has pasado bien con Nil?

—¡Súper! Su madre nos ha dejado salir a la plaza de enfrente de su casa y hemos estado jugando un rato al fútbol.

—¡Qué guay! ¿Pero ella estaba vigilándoos?

—Sí, se ha sentado en el balcón.

—Ah, vale —suspiré, tranquila—. ¿Y esta tarde volverás a quedar con él?

—No, se van al súper. Me quedaré en casa jugando al Ratchet.

—¿Quieres venir a la playa con Alba y conmigo?

—¡Vale! —contestó alegre.

—Pues ves a la ducha a refrescarte y luego ponte el bañador. Nos iremos después de comer.

—¿Qué hay para comer?

—Fideos a la cazuela.

—Mmm... ¡Me encantan!

Se fue saltando y cerró la puerta del baño tras de él.

Nuestras sonrisas

Plantamos las toallas en el hueco más cercano a la orilla que encontramos, que, en pleno mes de agosto, era a unos diez metros de ella.

Me debatía yo sola, mientras desabrochaba el botón del *short* y este resbalaba por mis muslos, entre el impulso de irme al agua con Iván para chapotear, saltar olas y dar volteretas; o quedarme en la arena, como haría seguro Alba, para darme un baño de sol. Escogí lo segundo, como buena adulta que era.

Iván ni se lo pensó, arrojó la camiseta sobre la mochila y salió corriendo.

—¡No te alejes de la orilla! ¡Y asegúrate de hacer pie en el fondo!

—¡Vale! —gritó.

Me disculpé con un chico estirado a dos toallas de nosotras, a quien Iván, en su carrera, había salpicado de arena. Pensé que, si Álex hubiera estado allí, no se hubiera atrevido a salir corriendo de aquella forma, y mucho menos echando arena a la gente. ¡Menudo era Álex!

Yo me había ganado la fama de tener mal genio, pero de los dos, era él quién tenía el temperamento más fuerte. Que lo sacara pocas veces, no implicaba que fuera menos imponente. La diferencia entre nosotros era que yo ladraba y Álex, directamente, mordía.

Me senté en la toalla lista para embadurnarme de crema solar. A Iván se la había puesto justo antes de salir de casa, pues sabía que una vez pisada la playa, sería imposible retenerlo en la toalla.

Alba ya estaba estirada panza arriba, con las gafas de sol puestas y sus rizos anaranjados recogidos en un moño alto.

—¿Pongo música de fondo? —propuse.

—Vale, pero a ver qué pones...

Nuestros gustos musicales no podían ser más dispares. Yo seguía disfrutando de la música electrónica y de cualquier canción que pudiera cantar en el coche. Tanto me daba si era Amy Winehouse, Avril Lavigne, Rihanna, Beyoncé o Shakira. Ella, en cambio, se estaba aficionando al reguetón y a cualquier ritmo con el que mover el culo. No sé ni por qué me extrañaba.

—Pondré la radio. Ni pa' ti ni pa' mí —sonreí.

—Me parece.

Coloqué el móvil entre ambas toallas, a un volumen suficientemente alto, como para escucharla las dos y no molestar a nadie más. Ya no era una veinteañera. Bueno, ahora que lo pienso, sí lo era. En marzo, había cumplido los veinticuatro. Lo que no tenía, era espíritu de veinteañera.

—¿No te estiras? Se te van a quedar las marcas en la tripa y solo te pondrás morena en la espalda.

—Sí, ahora en un rato. Estoy vigilando a Iván.

—No se va a ahogar, lleva haciendo natación en el colegio desde los tres años. Sabe nadar mejor que yo.

—Cualquiera sabe nadar mejor que tú —la chinché.

—¡Oye! Que ya he aprendido, ¿vale? No es justo que te sigas riendo de mí por eso. Ya no es como cuando teníamos doce años y tú hacías carreras con tu padre mientras yo debía quedarme en la orilla con el mío. ¡Ahora podría ganarte y todo!

—¿Seguro? Luego lo comprobamos.

—¡Eso! ¡Luego! —sacó la lengua.

No la echaríamos. Lo tenía clarísimo. Alba no se arriesgaría a perder. Ni yo, a no ganar.

Seguí observando a Iván desde la toalla. Ya estaba jugando a las palas con otro niño. Una mujer, que debería haber llegado mucho antes que nosotros, pues estaba en primera línea, les llamaba la atención cuando sin mirar, lanzaban la pelota y esta caía demasiado cerca de otros bañistas. Por suerte, no era Iván el que se portaba peor de los dos.

Se giraba, de tanto en tanto, para controlarnos también. Y entonces me mandaba una sonrisa de oreja a oreja y me saludaba efusivo. En una de esas ocasiones, la mujer que les observaba, como yo, se giró curiosa y puso aquella cara. Saludó, y yo, repetí, educada, el gesto con la mano.

El hecho de descubrirme a mí y no a una mujer más similar a mi madre, despertaba preguntas en los demás. Sobre todo, unas muy concretas. ¿Sería yo la madre de aquel niño? ¿Y si era así, qué edad tendría cuando lo tuve? ¿Sería madre adolescente? No era una exagerada por pensar eso. Ya me lo habían preguntado en más de una ocasión. Contando que la mayoría de padres de niños de diez años estaban rozando la treintena larga o incluso, la cuarentena, no era de extrañar que lo hicieran. Además, la gente, por lo general, se mete donde no la llaman.

Aproveché que no era la única vigilando, para relajarme un poco y tumbarme al lado de mi amiga, siguiendo su consejo y preocupándome, aunque solo fuera un rato, por la calidad de mi bronceado.

—¿A Iván ya se lo ha comido un tiburón?

—¡Qué tonta eres! —me reí.

—Está bastante bien, ¿verdad?

—¿El qué?

—Tu hermano, ¡qué va a ser!

—¡No sé, tía! El día, el mar, la música, el chico de la toalla de al lado...

—¿Tenemos un buenorro cerca y no me has avisado? —dijo, incorporándose y radiografiando nuestros alrededores, decepcionándose al momento—. Me has engañado, cabrona.

—Para nada, solo estaba ofreciéndote posibilidades de lo que podía estar bien —contesté riendo, sentándome de nuevo.

—Me refería a tu hermano, es evidente. Lo veo bastante bien.

—Eso aparenta. Conserva la sonrisa, que ya es mucho.

—No como tú. Que estás más mustia que el geranio de mi habitación.

—¿Qué geranio?

—El que se me murió la semana pasada. ¡Tres días me duró vivo! Y eso que me dijeron que podía resistir hasta a una helada.

—Menos mal que mi vida no depende de ti. Estaría apañada —bromeé.

—Al menos te lo estás pasando bien esta tarde, así que no te quejes. Dos sonrisitas, te he arrancado hoy. ¡Todo un éxito!

—Eres una exagerada —blanqueé los ojos.

—Tampoco he dicho que te hayas metido en la cama a olvidarte del mundo.

—Nunca haría eso —contesté, molesta.

—Perdona. No era mi intención que te compararas con... —se interrumpió—. Sé que eres fuerte, no esperaba otra cosa de ti. Pero que estés triste, tampoco sería tan extraño.

—Soy la misma de siempre. Sigo saliendo, estudiando... ¡ follando!

Alba no me acompañó en la broma. Cosa que me extrañó. La carta del sexo, siempre funcionaba para quitarle la seriedad de los labios.

—¿La misma de siempre? —chasqueo la lengua—. Tengo la sensación de que te contienes, y esa no es la Cris que yo conozco. Tú siempre has sido de explicar cómo te sientes, de desahogarte, de dejar que tus emociones fluyan.

—Tengo otras cosas en las que pensar, que en cómo me encuentro yo.

Era verdad que a mi hermano no se le notaba la pena. Pareció adaptarse a los cambios de rol que, sutiles, se habían ido produciendo en nuestra familia. Aún contaba con mi padre como referente, pero poco a poco, nos estaba incluyendo a Álex y a mí en sus preocupaciones diarias. Nos preguntaba sobre los deberes que no entendía, reclamaba nuestro tiempo libre apuntándose a cualquier actividad que fuéramos a hacer y me avisaba a mí, si se encontraba enfermo.

A mi madre, ya hacía tiempo que la ignoraba completamente. Me inquietaba que estuviera tan distante con ella y a veces, sus desprecios, ni siquiera venían a cuento.

Sabía que las cosas en casa, sobre todo entre mis padres, eran especialmente tensas. Las discusiones y los gritos hacía tiempo que se habían convertido en el pan de cada día. Por eso le dejábamos salir, porque creíamos que lo mejor para Iván, era no tener que presenciar tantos conflictos.

Y yo, no sabía ni si él estaba bien, ni si lo estábamos haciendo bien.

—¿Sabes que casi cada noche viene a mi cama?

—¿Y eso?

—Para hablar. Pero de nada importante, no te creas. Del cole, de Nil, de lo que quiere para su próximo cumpleaños...

—Quizá tenga suficiente con saber que estás ahí, que le escuchas. Es pequeño aún. Es posible que ni siquiera tenga claro ni de qué hablar.

—Seguramente.

—¿Y tú con quién hablas? Porque ya me has cambiado de tema, como siempre.

—Pues contigo. ¿No lo estoy haciendo ahora?

—Ya. Me conozco tus charlas —ironizó— Un poco de tu madre, un poco de tu padre, un poco de Iván... ¿Verdad?

—Por cierto, ya que hablamos de mis padres. ¿Llamó tu madre a la mía para intentar quedar con ellos?

—Sí, sí. Lo ha intentado varias veces, pero tu madre le da excusas. Y tu padre no ayuda mucho, porque también se lo ha propuesto a él, y nada. No sabe qué más hacer, ni qué decirles. Además, me ha explicado que tu madre está muy arisca, que todo lo que le dice le sienta fatal y que a la mínima le suelta un moco. Mis padres también lo están pasando mal.

—No me extraña. Eran mejores amigos, y ver cómo la relación se va al garete por todo esto... —suspiré—. Es una lástima.

Todo estaba cambiando. Demasiado. En el último año, no habíamos celebrado ningún cumpleaños en familia, ni si quiera las últimas Navidades nos habíamos comido el roscón de reyes todos juntos. A la única persona que mi madre aceptaba en días especiales, era a Tere. Y porque Álex y yo, casi imponíamos su presencia. Al fin y al cabo, después de cinco años juntos,

no concebíamos la posibilidad de celebrar por separado días tan señalados.

—Hay algo que me preocupa, y que no he explicado todavía a nadie.

—¿Qué te pasa?

—A mí, nada. Es mi madre. No solo la veo hundida. Tengo la sensación de que hay algo más que se nos está escapando. No sé decirte, son pequeñas cosas. Me he dado cuenta de que a veces se desorienta, no sabe en qué día vive, o se olvida de cosas que ha hecho hace un rato, como tomarse la medicación.

—¿Y no será porque como no tiene obligaciones, se olvida? Como cuando estamos de vacaciones, que llega un momento que no sabes si es lunes o sábado.

—Podría ser... Pero es que al cabo de un momento te vuelve a insistir... —Recordé la expresión de desconcierto cuando le decías que era la tercera vez que preguntaba lo mismo—. No sé. Quizá me estoy volviendo paranoica —sonreí.

—No será nada, mujer.

Alba dio por terminada la conversación y se recostó en la toalla. Yo volví a mirar a Iván, que ahora se zambullía en el agua después de cada ola.

—Me has cambiado de tema dos veces —dijo, de repente—, así que no te voy a insistir. Pero quiero que sepas que estoy preocupada por ti y que, cuando quieras hablar, seré toda oídos.

—Gracias, flor, pero no tienes de qué preocuparte.

Hacía un buen día, no obstante, el aire estaba embraveciéndose y el mar empezaba a picarse. Las olas eran cada vez más altas y rompían con más fuerza en la orilla. Miré la bandera plantada al lado del socorrista. No me había percatado de que la habían cambiado a amarilla.

—Voy a ir a bañarme con mi hermano y de paso, sacarlo arrastras del agua. ¿Te quedas aquí con las cosas, o vienes?

—Vete, vete. Pero no vuelvas si ves que estoy ligando con un maromo, que tengo que aprovechar.

—No te aguanto de soltera —bromeé.

—Más razón aún para que me dejes ligar con libertad —contestó, subiéndose las gafas de sol a la frente y guiñándome un ojo.

No sé por qué razón, Alba aparentaba ser mucho más feliz cuando estaba sola que emparejada. Era un espíritu libre y rechazaba abiertamente el compromiso. Disfrutaba del flirteo, de las relaciones esporádicas, de los follamigos, como ella los llamaba.

Me contaba mil anécdotas, no se guardaba ni una intimidad para ella misma, pero nunca me hablaba de lo que guardaba en su corazón, ni siquiera por homenajear una vida de amistad entre nosotras. Por eso, en parte, me sorprendía que se quejara de que yo, ahora, me estuviera guardando para mí mis sentimientos.

Aún no había sido capaz de sonsacarle por qué había roto con Dani, a pesar de haberla visto por primera vez ilusionada y haberle preguntado decenas de veces. Los novios seguían sin durarle más de tres meses, pero no le importaba. No como a mí, que me moría solo de imaginar mi vida sin Álex.

No es que lo hiciera muy a menudo, pero llevábamos discutiendo una temporada y no estábamos atravesando nuestro mejor momento. Creía que era el estrés acumulado, que teníamos poco tiempo para nosotros y que apenas nos divertíamos. Todo pasaba factura.

Llegué a la orilla y dejé que mis pies se enterraran, que la resaca de las olas que rompían, poco a poco fueran tragándome, hacia el fondo. Como arenas movedizas, que te absorben y te ahogan. Había algo reconfortante en esa sensación de dejarme llevar, de hundirme, de que una

lágrima, se atreviera a brotar de mis ojos. De regresar al mar, y volver a ser yo. Toda agua.

Iván se percató de mi presencia cuando la arena tapaba mis pies hasta los tobillos y la espuma llegaba casi a mis rodillas.

—¡Cagueta! ¡Métete del tirón!

—¡Oye! A tu hermana mayor se le habla con respeto —contesté, sonriendo, dejando que la brisa secara mis ojos.

Se acercó andando como un pato, levantando las rodillas bien altas, caminando contra la resaca. Al llegar a mi lado, abrió los brazos en cruz y, actuando como las aspas de un molino sobre la superficie, lanzó el agua contra mí.

Se fue corriendo tan rápido como había llegado. Y le seguí, dispuesta a ganar la batalla con una ahogadilla.

—¡Te vas a enterar! —amenacé.

Los deseos de Iván

Me parecía surrealista estar levantándome, y no acostándome, un domingo a las seis de la mañana. Debía recoger a Cris y a Iván para llevarlo a jugar un partido de fútbol.

Fue él quien me lo pidió, mientras volvíamos de la plaza la tarde anterior. Cris se había quedado en casa ayudando a Manel a instalar unas barras de sujeción en la habitación de Gloria, con las que se ayudaría a incorporarse en la cama. Una adaptación de última hora, en la que no habían pensado en un inicio pero que, hacía dos días, a Cris se le ocurrió que sería útil.

Me cansé de ver al enano enganchado a la consola y pensé que un niño como él, donde debía estar, era en la calle. Por eso lo bajé conmigo.

—Álex, ¿un día me llevarás en tu moto? —me preguntó acercándose a la Honda aparcada en la acera.

—Ya te lo he dicho otras veces. Cuando llegues bien a las estriberas.

Iván se quedó un rato mirando la Honda, como un niño que mira un helado de chocolate en verano. A su edad, yo las miraba con el mismo anhelo.

Aquella máquina era digna de admirar. Ismael se había ocupado de llevarla al taller después de mi accidente, y había salido de él mucho mejor que cuando yo la había comprado. Como yo, cuando me dieron el alta, se había transformado.

A pesar del tiempo, el negro nacarado del carenado conservaba el mismo brillo y había conseguido mantenerla sin un rasguño en las placas. Impoluta como cuando, por sorpresa, la vi aparcada frente a mi portal.

Él me había engañado, diciéndome que había quedado siniestra. En realidad, poco le faltó. Pero el chasis no salió tocado de la hostia, y solo necesitó unas placas nuevas, pintura y unos arreglos, que Héctor, mi compañero en el taller, y Ernesto, mi jefe, solucionaron encantados.

—A mi padre, no le gustan las motos —comentó—. Dice que son peligrosas y que nunca me comprará una.

—Mi madre me decía lo mismo, por eso me la compré yo cuando fui mayor.

—¿Y Tere no se enfadó contigo?

—Un poco. Sobre todo, cuando me vio aparecer con la primera —sonreí, recordando el interrogatorio al que me sometió para averiguar cómo la había conseguido—. Siempre que puede, aprovecha para decirme que me la quite de encima. Pero creo que ya se ha acostumbrado.

—¿Has tenido más motos?

—Por supuesto. Esta es la cuarta.

—¿Y las otras eran tan chulas como esta? —dijo sorprendido.

—No. Esta es la más chula que he tenido.

—¿Cuántos años tenías cuándo te compraste tu primera moto?

—Catorce.

—¡No eras mayor con catorce!

«Si tú supieras...», me dije. Tenía razón, no era tan mayor. Pero la edad, no son solo los años

que cuentas en el calendario, sino todos los que te echas a la espalda. Y esos años, a veces, suman incluso más.

Le observé, para darme cuenta que, ahora que me fijaba, en breve sería lo suficientemente alto como para llevarle de paquete. Entonces, se me ocurrió.

—¿Quieres sentarte en ella?

—¿Me dejarías? —preguntó, exaltado.

—Si no se lo dices a tu padre, sí. ¡Que, si no, me mata! Será nuestro secreto.

Guiñé un ojo, cómplice, y le expliqué como debía subirse. Sujeté la moto para que no hiciera ningún gesto extraño, ayudándole a acomodar su peso en ella. Le pedí que no se moviera, pues solo estaba apoyada en la pata de cabra, y lo último que quería era que se cayeran. Se cogió fuerte a los puños del manillar, desbordante de emoción. Saqué las llaves del bolsillo y las metí en el contacto.

—No toques nada, ¿vale?

Asintió con la cabeza, regalándome una sonrisa de oreja a oreja. Apoyé mi mano sobre la suya, que empezaba a dejar de ser la de un niño, para controlar que no abriera gas en un descuido.

—¿Preparado?

La expectación brillaba en su mirada. Giré la llave y el ronroneo del motor le sorprendió.

—¡Vibra mucho! —rio—. ¡Siento cosquillas en el culo!

—Apóyate en el depósito —acompañé su mano derecha hasta el metal—. Ahora sí que la vas a sentir vibrar —sonreí.

Le di un toque al puño de gas, despertando el potente motor. Iván explotó en carcajadas, ahogadas por el intenso ruido del tubo de escape. «¡Más!», me pedía eufórico, a lo que respondí con una vuelta al puño y dos toques cortos después.

—¡Qué *collons*! ¡Qué hacéis con la moto!

Manel gritaba desde el balcón más alto del bloque. Apagué el motor de inmediato, pensando que me caería una buena, pero Manel reía sin complejos.

—¡Venga! ¡A jugar al fútbol! —enfaticó con un gesto de la mano, que nos echaba bien lejos de aquella acera.

Su cabeza desapareció del balcón. Le ayudé a bajar y cogimos la pelota de fútbol, tomando el camino que nos llevaba a una plaza cercana. Era pronto y no había otros niños en la calle. La gente estaría aún, tomando los postres. Nos inventamos una portería entre dos árboles y empezamos a chutar.

Iván era defensa en su equipo. Era un niño corpulento, tanto, que empezaba a acercarse en altura a Cris, y todo apuntaba a que le sacaría, al menos, una cabeza a su padre, quien, para su generación, también era un hombre alto y robusto.

El entrenador supo sacarle partido a aquella característica, colocándolo de defensa, aunque Iván hubiera preferido, como todos los niños, ser un gran delantero. Por eso le dejé marcarme todos los goles que quiso.

No era la primera vez que bajábamos juntos a jugar al fútbol. Al principio me costó desoxidarme, aunque ya volvía a dominar las cabriolas, toques y trucos con la pelota que había aprendido en mi infancia.

—¡Juegas súper bien! —exclamó Iván con admiración, mirándome dar toques con la cabeza y el hombro, llevándome la pelota a los pies con una agilidad que conservaba desde joven—. ¿Quién te enseñó a hacer eso?

—Cuando tenía tu edad empecé a jugar a fútbol sala en el colegio, y luego jugué un tiempo con mi primo en el equipo de Rubí. Éramos como Óliver y Benji —sonreí, recordando cómo practicamos el tiro doble mil veces, dejándonos las espinillas en el intento.

—¿Oliver y Benji?

Llevé la pelota al suelo, con el pie apoyado sobre ella.

—¿No has visto nunca Oliver y Benji?

—No —respondió extrañado.

—Dios... ¿Qué veis en la tele ahora?

—No sé. Lo que echen.

Iba a tener que ponerme al día.

—¡Iván! ¡Hola!

Nil, su mejor amigo, se acercaba corriendo desde la esquina opuesta de la plaza. Su madre, caminaba a pocos pasos detrás de él. Nos saludamos con la mano y se sentó en un banco cercano, sacando un libro del bolso.

—¡Qué pasa, Nil! —choqué los cinco con el crío e Iván le saludó del mismo modo.

Eran compañeros de clase desde primero de primaria y hacía un año que también, jugaban en el mismo equipo de fútbol. Eran uña y carne. Iván siempre era feliz a su lado, y tanto nosotros como los padres de Nil, intentábamos que pasaran juntos todo el tiempo que quisieran.

—¿Puedo jugar yo también con vosotros?

—¡Claro! Álex, ¿le enseñas a Nil cómo coges la pelota con la nuca? —rogó—. ¡Ya verás! ¡Es súper bueno! —le dijo a su amigo.

Les enseñé un par de trucos y al cabo de un rato me aparté, dejándolos a ellos solos practicando.

Verlos jugar, despreocupados, me relajaba. Pensé que aquellos momentos eran los que debía disfrutar Iván, y no tanta consola y reclutamiento en casa. Para sus padres era complicado salir con él tan a menudo como antes de lo de Gloria, por eso pensé que valía la pena que al menos Cris y yo, dedicáramos nuestro tiempo a ello. La intimidad que habíamos perdido como pareja se compensaba al verle tan contento y disfrutar como el niño que era.

Fui a sentarme en el banco que ocupaba la madre de Nil, encendiéndome un cigarro en el camino. Ella se apartó, dejándome un hueco a su lado.

—¿Qué tal, Álex? Espero que no te haya importado que me sentara un rato aquí a leer. Me he aprovechado de ti con todo el morro.

—Nada, tranquila —contesté sonriendo con ella— Me lo paso bien con ellos.

—Ya te he visto. No sé quién es más niño de los tres —comentó confidente—. ¿Y dónde tienes a Cristina?

—En casa con sus padres. Están haciendo reformas.

—No acabáis nunca. Nil me cuenta siempre las cosas que vais renovando. Ahora dice que él también quiere una barra para salir de la ducha, que así no se resbalará. ¿Tú te crees? Si es que no se dan cuenta de la realidad...

—Son niños. Para ellos todo puede ser un juego.

—Ojalá pudiéramos verlo también como ellos, ¿verdad?

No supe qué contestarle, aunque ella tampoco esperaba una respuesta. Tenía razón. Ojalá no tuviéramos que enfrentarnos a la vida como adultos.

Tiré el cigarro al suelo y lo pisé, reclinándome relajado en el respaldo del banco, contemplando a aquellos críos correr uno tras otro, lanzándose la pelota y discutiendo sobre si el

languero era la primera o la segunda rama del árbol.

Se estaba convirtiendo en algo familiar, también, compartir charlas con los padres de Nil. No nos sentíamos fuera de lugar, a pesar de que la diferencia generacional entre ellos y nosotros era evidente. Siempre se habían mostrado muy comprensivos con la situación familiar en la que nos habíamos visto atrapados y nos ayudaron mucho a integrarnos en aquel grupo de padres del parque y del colegio.

—¡Álex! ¡Álex! —Iván corrió hasta mí—. Necesitamos que te pongas de portero.

—Chicos, ¿por qué no os sentáis un rato con nosotros y bebéis un poco de agua?

—Ay, mama, ¡qué royo! —rechistó Nil, que había llegado solo unos segundos después.

—Ni royo ni roya —contestó autoritaria.

Aquella frase, y sobretudo el tono, me recordó a mi madre. Cuando tenía la misma edad que Iván, todavía lo utilizaba.

Los dos se sentaron en el suelo, a nuestros pies, aceptando la botella que ella les acercaba. Sacaron del bolsillo unas cartas de Pokemon y dedicaron un rato a hablar de sus evoluciones y a intercambiar algunas de aquellas tarjetas que tenían repetidas. Les escuchaba decir nombres tan extraños como *Charmeleon*, *Machop*, *Grimer*... Parecía que estuvieran hablando en chino. Miré a Silvia con el ceño fruncido, a lo que ella me devolvió una carcajada.

Justo nos habíamos despedido e iniciado nuestro camino, en sentidos inversos, cuando ella me llamó.

—Pregúntale a Manel si quiere que llevemos mañana a Iván al partido —se ofreció—. No nos cuesta nada recogerlo en casa.

—De acuerdo, se lo diré. Te llamamos después —contesté, imitando el gesto de un teléfono en la oreja.

Iván iba botando la pelota de camino a casa. Era un niño inquieto, no sabía estar sin hacer nada. Yo había sido como él, aunque en una versión bastante más gamberra. A su edad, mi madre empezaba a recibir partes de los profesores. Más que malo, era molesto. No se me daba bien estudiar, me aburría en clase y andaba siempre distraído. Los profesores me tacharon de vago y yo acabé por creérmelo, así que cumplí con el papel.

Cuando llegué a séptimo de EGB, además, el patio de colegio se convirtió en una jungla. Fue cuando empecé a meterme en peleas. Ya tenía aprendido que no era el más listo, pero no me iban a negar que era uno de los fuertes y el más impulsivo.

Hacía ya tiempo que odiaba las injusticias, sobretudo que otros chicos se metieran con los más débiles, así que acababa metido en todos los fregados. Los profesores solo veían la pelea y el ojo hinchado de algún compañero. Yo nunca explicaba los motivos que me habían llevado a aquello. No era un chivato.

Pero después las cosas fueron torciéndose aún más. Yo, fui torciéndolas. De la justicia, pasé al orgullo. De mirar a los demás, a solo a mí mismo. De sentir que existía un lugar para mí, a perderlo del todo. Y poco a poco, me convertí en un Álex que ya, ni me apetecía recordar.

Iván no iba a ser como yo. Porque Iván no estaba solo. Tenía una familia que se preocupaba por él, un entorno que lo protegía. Y yo, nunca dejaría que él se convirtiera en alguien como yo. En la vida.

—Álex, ¿por qué no me llevas tú al partido? —interrumpió mis pensamientos.

—¿Yo? ¿Cómo voy a llevarte yo?

—¿Y por qué no? Podríais venir tú y la tata.

No supe cómo decirle que no. Por otra parte, a Manel le pareció una estupenda idea, puesto que cada vez le suponía una batalla más difícil sacar a Gloria de casa, aunque fuera por Iván.

Así que ahí estaba, apagando la alarma del despertador a las seis de la mañana, vistiéndome con el primer chándal que saqué del armario y arrancando la moto.

Ni lo pienses

Paula me llamó un martes al mediodía, emocionadísima no, lo siguiente.

—Escúchame bien, ¡porque no podrás decir que no! —exclamó, en cuanto descolgué el teléfono.

La habían contratado para colaborar en la creación del catálogo de moda de invierno, de una conocida firma española. La localización del primer día sería en plenas pistas del Pirineu de Lleida, y la de los dos siguientes, en Aigüestortes. Paula estaba luchando por ver cumplido su sueño de llegar a ser una fotógrafa reconocida y, de momento, ejercía como ayudante de cualquier proyecto que se le cruzara en el camino. Así que empezaba a ser frecuente que cada vez viajara más.

—Me parece una noticia estupenda, pero no entiendo qué tiene que ver eso conmigo.

—Tú déjame que te explique. Resulta que nos hospedaremos todos en un apartotel cercano a Rialp, y he estado hablando con los dueños que lo regentan. Como el trabajo acaba el viernes por la mañana, les he preguntado qué me cobrarían por reservarme el apartamento el fin de semana. Y me han dado un precio de escándalo. ¡Cuarenta euros por las dos noches, con desayuno incluido! He pensado que podríamos montar a caballo, pasar un día en un parque de tirolinas que he encontrado muy cerca, o hacer una excursión con *buggies*.

Paula estaba eufórica y me explicaba todo eso sin coger aire. Me la imaginaba cianótica, enumerando las actividades. Ya me había perdido en el momento en que comprendí que lo que estaba haciendo era ofrecernos pasar un fin de semana fuera, aunque no la interrumpí.

—En fin, ¿qué te parece?

—Que os lo pasaréis de puta madre tú e Ismael, pero que no cuentes con nosotros.

—¡No, no, no! ¡Tenemos que ir los cuatro! ¿Sabes desde cuándo no nos vamos todos a pasar un fin de semana? Yo sí. Desde que celebramos mi cumpleaños en Andorra hace ya como tres años.

—Ya... —suspiré—. Era 2005 y mi madre aún estaba sana y yo aún tenía muchas ganas de

salir, de viajar y hacer cosas. Mira corazón, yo te lo agradezco mucho, ya lo sabes, pero no voy a ir.

—¿Pero por qué? Venga, Cris.

—Ya sabes que no quiero irme de viaje, que me da mal rollo.

—A veeer. Vamos a hablar seriamente tú y yo, porque esto no puede continuar así.

—Va, Paula, no me machaques. Ya sabes cómo me siento cada vez que me voy lejos de casa. Que me agobio, y lo último que hago es pasármelo bien. Además, Iván seguro que tendrá partido de fútbol, o exámenes para el lunes —Su silencio me indicó que no le había resultado convincente, pero yo no sabía por dónde salir—. Es que no tengo tiempo ahora para hablar de esto. Mi madre me acaba de llamar para que la lleve al baño.

—¿De verdad? ¿O estás evitándome?

—Mmm... Lo segundo —reconocí avergonzada.

—Vale, entonces sigamos. Yo lo único que quiero es que descanses, que te olvides de los problemas un ratito. Que Álex y tú estéis unos días tranquilos y no discutáis. ¡Si pensaba dejaros la habitación a vosotros y apañarnos nosotros en el sofá cama!

—Si ya lo sé, que todo lo haces por cuidarme. Pero no me obligues a ir.

Paula resopló al otro lado del teléfono, disgustada. Me sabía francamente mal decirle que no, porque sabía que se habría pasado al menos toda la mañana organizándolo, hablando con los hoteleros, buscando las actividades y, si hubiera seguido preguntándole, seguro que tendría hasta la lista de la compra hecha, calculado los gastos en gasolina y peajes y planificado hasta a qué hora deberíamos salir para aprovechar el tiempo al máximo.

—Voy a hacer una cosa —dijo—. De momento no confirmo nada al hotel, porque me han dicho que, hasta mañana, me dan tiempo. Piénsatelo durante el día y esta noche vuelvo a llamarte.

—No es necesario, Paula. No voy a cambiar de opinión.

—Por si acaso. Al menos, prométeme que te lo plantearás, por favor.

—Bueeeeno, me lo pensaré. Pero no te hagas ilusiones.

—Con eso me vale. Esta noche hablamos.

Con esa promesa y un beso, nos despedimos. No tenía nada que meditar. No iba a ir. Sin embargo, le di una oportunidad, buscando en Google Maps a qué distancia estaba Rialp de mi casa. Doscientos veintidós kilómetros por la C16. Demasiado lejos, para volver corriendo. Solo imaginarlo, ya estaba despertando mi ansiedad. Definitivamente, no iba a ir.

Cambié de pestaña en el navegador, regresando a lo que estaba haciendo. La sesión había caducado. Hice clic en el enlace guardado en favoritos que me llevaba de nuevo a la página principal de la UB. Introduje la contraseña y entré en el Aula Virtual.

Paula me había interrumpido, mientras descargaba el material que habían subido el día anterior. Antes del fin de semana querría haber hecho los ejercicios prácticos y el domingo resolvería el cuestionario teórico. Tenía el cursor sobre el enlace del octavo tema, cuando el teléfono volvió a sonar. Ni si quiera comprobé quién era. Descolgué, sin apartar la vista del monitor.

—¡Hola, tesoro! ¿Te ha llamado Paula?

—Sí, he hablado con ella —contesté distraída, mandando a una carpeta en el escritorio, el archivo en Pdf sobre atención precoz.

—Me ha llamado Ismael a mí también para explicarme. Es un planazo, ¿verdad? Ya le he dicho que cuente con nosotros.

—¿Qué has hecho qué?

—Pues eso, confirmar. Porque vamos a ir, ¿no?

—¡No! ¡No vamos a ir! Y ya se lo he dicho a Paula.

—Entonces le llamas y le dices que sí, que adelante.

—Para nada. Llamas tú a Ismael y le dices que no. ¡No pienso irme a doscientos kilómetros, para subirme a un *buggy*! ¿Te has vuelto loco?

—La que está loca eres tú. Que te estás pasando tres pueblos con todo este asunto de tu familia. Que no eres imprescindible ¿sabes? Pueden vivir sin ti un jodido fin de semana. ¡Solo uno, Cris!

—Porque se necesitan muchas noches más para que pasen cosas, ¿verdad? Bastó solo una para que mi madre tuviera un infarto cerebral.

—Me estás diciendo, que, porque pases una noche fuera de tu casa, ¿a tu madre le va a dar otro infarto? ¿Tú te estás escuchando?

—Mira, Álex. Déjalo—resoplé.

—¡No! ¡No lo dejo! ¡Necesito pasar un fin de semana contigo! ¡Y desconectar! ¡Y salir de esta rutina! ¿Es que no lo necesitas tú?

—Yo necesito muchas cosas, Álex, y tampoco las tengo.

—¡Ya empezamos otra vez!

—Has sido tú el que ha sacado el tema de las necesidades. Haberte callado.

—Es que aprovechas la mínima para echármelo todo en cara.

—Bueno, qué quieres que te diga. Hablamos siempre de lo que uno y otro necesitamos, y al final, eres tú el único que siempre sale ganando. ¿Qué necesitas tiempo a solas? Lo tienes. ¿Qué no quieres dormir conmigo? No lo haces. ¿Qué necesitas echar tres horas extra en el curro? Las echas. ¿Qué quieres quemar la tarde en el gimnasio? La quemas. ¿Y mis necesidades dónde quedan, Álex?

—Y dale...

—Claro que, ¡y dale! ¿Dónde estás tú cuando yo necesito hablar y desahogarme contigo? ¿Y dónde, cuándo necesito que duermas conmigo porque llevo dos noches seguidas atormentada con mis pesadillas? ¿Y cuántos abrazos me das, cuando te los pido? ¡Ah, no! Que soy una empalagosa, y siempre estoy pidiéndote cosas que, a ti, no te nacen. Que tú eres como eres, dices, ¿verdad?

—Te estás pasando...

—Pues vale. ¡Pues me estoy pasando! Pero no pienso irme el fin de semana a ningún sitio. Porque yo no necesito salir de mi puta rutina, ni necesito irme a la otra punta de Catalunya. ¿Y sabes qué? Que esta vez, no pienso hacer lo que necesitas tú.

—Muy bien. Pues nada. Si no podemos hablarlo, se acabó.

—¿Se acabó, el qué?

Colgó. Pulsé rellamada tres veces, para escuchar su voz solo en su contestador. «Hola, soy Álex, deja tu mensaje».

Yo, me harté de llorar. Y no supe más de su orgullo, hasta el día siguiente.

A cabezonería, no me gana nadie

Aquella misma tarde, después de trabajar, fui derecho al gimnasio. Había descubierto que darle puñetazos a un saco de boxeo me resultaba mucho más útil que quemar marihuana o hachís. Fue idea de Cris. Lo de boxear, no, que me apuntara al gimnasio. Pensó que hacer ejercicio me iría bien para descargar mi frustración, para sentirme mejor conmigo mismo, para llegar más agotado a la cama y que me costara menos dormir. Me contó algo de las endorfinas y su relación con el estrés. No sabría decir cuál era la teoría. Yo desconectaba cuando ella se ponía en modo pedagógico. Ya he dicho, que lo de atender en clase no era lo mío. Sin embargo, le hice caso, y me matriculé en el gimnasio.

Cuando entré en la sala de máquinas, y la vi repleta de tíos esculturales y chicas Barbie haciendo turnos en los bancos de musculación y en las elípticas, estuve a punto de mandarlo todo a la mierda. Entonces, se acercó a mí un monitor y me preguntó si era mi primer día, ofreciéndose a mostrarme todas las instalaciones.

Estábamos en la piscina climatizada cuando vi, en la sala contigua a la cristalera que la aislaba, el *ring* en una esquina, los sacos de boxeo colgados del techo y a un chico entrenando con una pera. Supe, que aquella amplia sala, estaba construida para mí. El monitor, al verme inspeccionarla de lejos, me invitó a visitarla y allí, hice mi primera prueba.

—Tienes un buen derecho y eres rápido, pero te falta técnica —me dijo, sujetando el saco de cuarenta kilos.

—Estilo de matón de barrio, ¿verdad? —oí a mi espalda.

Me giré brusco, a la defensiva. El chico que machacaba la pera al otro lado de la sala, me tendía la mano, con una sonrisa amable. Me sorprendió, pues pensé que el comentario, aunque en tono simpático, había sido la típica burla de un listillo. Estreché su mano, devolviéndole el saludo conciliador que me ofrecía.

—Soy Javier, el instructor de Boxeo.

—Yo Álex. Encantado.

—¿Estás interesado en apuntarte a mis clases? Siempre se agradece sangre nueva, y más si es la de alguien que sabe dar un buen apretón de manos —añadió con un guiño.

Estaba en buena forma y desde lejos me había parecido mucho más joven, pero cuando lo tuve al lado, me di cuenta de que era más mayor de lo que aparentaba. Con probabilidad, rozaría la cincuentena.

—Estaba enseñándole las instalaciones. Es su primer día y Álex está buscando su sitio.

—Me alegro entonces de que hayas llegado hasta aquí. La mayoría se quedan en la primera sala —contestó Javier.

—De esa me ha sacado él, antes de que saliera huyendo —reí, señalando a su compañero, y me acompañaron ambos en la broma.

—No os molestaré más, os dejo que sigáis haciendo ruta. Si te interesa, ya sabes dónde encontrarme. Un placer conocerte.

—Lo mismo digo.

Javier se apartó de nosotros, dirigiéndose a una mesa situada al lado del cuadrilátero. Se sentó allí y empezó a rellenar papeles. Yo seguí al monitor dirección a la puerta, en la esquina contraria. Antes de cruzarla, me di la vuelta.

—¿A qué hora son las clases dirigidas?

—Por la mañana a las diez y a las doce. Por la tarde, a las cinco y a las siete. Pero paso el día aquí, hasta que cerramos a las diez. Puedes venir cuando quieras a entrenar.

—Gracias. Nos vemos pronto.

Se despidió con una sonrisa y yo, llevaba practicando boxeo desde hacía nueve meses.

A Cris no le había hecho mucha gracia, al principio, que acabara aficionándome a aquel deporte, porque creía que potenciaría mi lado agresivo, y eso era, precisamente, lo que se había pasado los años intentando contener. Pero ahora, estaba feliz por todo el tiempo que llevaba limpio de droga. Eso sí, había cambiado una adicción por otra.

Después de la conversación con ella, estaba tan cabreado, que pensé que el único esfuerzo que podría hacer aquel día era mantener la compostura en el trabajo. Así que me refugié en la perspectiva de la adrenalina que descargaría más tarde, para conseguirlo.

Me empecé en machacar el saco de sesenta kilos y me ofrecí a subir al *ring* con Pol, otro chico asiduo también a sus clases. Pero Javier no me dejó. Cabezota, se emperrió en que trabajara mi defensa, hasta hartarme de practicar bloqueos y esquivas con el palo. Tanto, que acabé gritándole a él, que no tenía culpa de nada. Menos mal que era un hombre paciente.

Era muy tarde cuando llegué a casa. Las luces estaban apagadas y solo un reflejo azulón, que salía de la salita, iluminaba el pasillo a parpadeos. Procurando no hacer ruido, ya que el silencio en casa solo podía indicar que mi madre estaría dormida en el sofá, descargué los trastos y metí la ropa de deporte en la lavadora.

No estaba equivocado. La encontré estirada, ocupando las dos plazas, con la cabeza apoyada sobre el reposabrazos. El televisor, a un volumen mínimo, retransmitía un documental sobre desahucios. Cogí la manta doblada a sus pies y se la eché por encima. Ella se desveló.

—Alejandro... —pronunció, con voz pastosa—. ¿Ya estás en casa?

—Perdona mama, no quería despertarte —susurré.

—He debido quedarme traspuesta aquí... ¿Qué hora es?

—Las once y pico.

—Qué tarde es... Tendría que irme a la cama... —dijo, desperezándose, incorporándose en el sofá y pulsando el interruptor para iluminar la habitación—. ¿Has estado con Cristina?

—No, he ido al gimnasio.

—Pensaba que hoy irías a dormir con ella —bostezó—. El domingo estaba tristona cuando estuvisteis aquí comiendo conmigo.

—Supongo que hasta el fin de semana no nos veremos.

—Ay, hijo... Creo que tendrías que estar más por ella.

—Y ella por mí.

Mi madre se despertó de golpe, mirándome con un interrogante que no se atrevió a pronunciar. No lo dije enfadado, después de haber quemado la rabia en el gimnasio, solo me quedaba en el cuerpo espacio para el agotamiento. Y estar cansado, empezaba a pesar demasiado.

—No quiero meterme dónde no me llaman, pero me da mucha pena veros así.

—¿Así cómo?

Me senté en una de las sillas y encendí un cigarro del paquete de tabaco de mi madre, que estaba sobre la mesa.

—¿De verdad quieres escucharme?

—Sí, por qué no. A estas alturas, de perdidos al río.

Mi madre, trastocada, se quedó en silencio. No me extrañó que lo hiciera. Era la primera vez en muchos años que me sentaba a escuchar su opinión. Y cuando digo muchos, podemos estar hablando, sin exagerar, de toda una vida.

No es que no hablara nunca con ella. Sí compartía mis preocupaciones y anécdotas sobre temas más banales, pero sobre las relaciones y el amor, de eso, no habíamos hablado nunca. ¿Cómo lo hubiera hecho? Nunca le conocí pareja a mi madre, nunca compartió sus experiencias conmigo, nunca me habló de lo que era amar. Lo habíamos convertido, los dos, en un tema tabú.

—No me esperaba esta reacción, la verdad —se atrevió a decir al final—. Pensaba que te irías a la habitación.

—Pues ya ves, aquí me tienes. Dime, ¿qué es lo que te da tanta pena exactamente?

—Ver que no sois capaces de comunicaros.

—Sí que lo hacemos. Hablamos mucho y de muchas cosas.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

—Entonces te habrás dado cuenta de que Cristina está cada vez más apagada, ¿verdad?

—Claro que me he dado cuenta. Está agobiada, porque tiene demasiadas cosas en la cabeza y no sabe hacer otra cosa que preocuparse.

—No sé si cree que tiene mucha más opción que preocuparse.

—Yo creo que sí. Podría pensar en nuestro futuro y en todo lo que nosotros podríamos hacer por ser felices.

—Eres tú el que está pensando en vuestro futuro. Y está bien, porque al menos, alguien de los dos, debe hacerlo. Pero a veces siento que ella, no es capaz de ver nada más que el hoy.

—¿Y qué puedo hacer yo? —contesté, con desdén.

—Ayudarla. Porque está desbordada y no sabe qué más hacer para que te des cuenta de que necesita que seas tú, quien lo haga.

—¿Es que no estoy ayudándola? Le acompaño a los médicos, me encargo de Iván con ella, me quedo con Gloria cuando tiene que ir a algún sitio con Manel. Hago todo lo que me pide, mama.

—Ya lo sé, que haces lo que puedes e intentas estar presente y ser útil. Pero tendrías que hablar más con ella, preguntarle cómo se siente.

—Eso ya lo hago también. Cada día le pregunto cómo le ha ido el día, y ella me cuenta lo que le ha pasado. ¿A dónde quieres llegar con todo esto?

—Ay, hijo... Que Cristina no está bien...

—Te he dicho, ¡que ya lo sé! Pero no sé si quiere estarlo... —bufé.

—Por supuesto que quiere. ¿No ves que no para? Hace todo lo que está en sus manos por estar bien. Todo lo que tú le dices que haga.

—¿Todo? ¿Estás segura? —repliqué, enervado, inhalando con ansia una última calada—. ¿Sabes qué ha pasado hoy? Que hemos discutido. ¿Y sabes por qué? Porque Paula e Ismael nos han invitado a pasar el fin de semana con ellos y ella los ha rechazado. Si quisiera estar bien, si quisiera que lo nuestro funcionara, nos iríamos. Como hacíamos antes, cuando sí creía que yo era

lo más importante en su vida —aplasté el cigarro en el cenicero y me levanté—. Y te digo una cosa, estoy harto de todo esto.

—Le estás pidiendo pasos de elefante, cuando ella ha olvidado dar pasos de hormiga.

—Lleva dos años dando pasos de hormiga. Y eso no es culpa mía. Si no he tenido paciencia, atrévete a decirlo.

—Sabes que no puedo decirte eso. No es paciencia lo que te falta.

—Pues ya está. Buenas noches.

Le di la espalda, enlazando mis pasos hacia mi habitación, dando por zanjada la conversación. Justo antes de encerrarme dentro, escuché su último consejo.

—Recuerda cómo era antes de que Gloria tuviera el infarto. Aquella era nuestra Cristina. La gente no cambia sin motivo, Alejandro. Creo que Cristina necesita sacar cosas que no ha sacado, y tú no la dejas, presionándola a seguir tus pasos.

No esperaba que mi madre me cuestionara. Estaba de acuerdo en que las cosas no funcionaban bien, y yo también estaba preocupado por ello. ¡Claro que lo estaba! Pero no era culpa mía. Yo lo estaba dando todo.

Estrellé mi puño en la pared, sobre el grafiti que aún estaba pintado en ella, magullándome los nudillos con el gotelé. Aquello dolió menos que recordar su sonrisa a los dieciocho años, cuando la conocí y todo en su cara eran dientes y mejillas ruborizadas.

La echaba de menos, y quería recuperarla. Teníamos que irnos el fin de semana juntos, era el único modo para conseguirlo. Se despejaría, volvería a ser ella. ¿Cómo, si no?

Al día siguiente hice todo lo posible por hacerla bajar del burro y convencerla de que lo que necesitábamos era tiempo para nosotros. Le prometí que así, podríamos encontrar momentos para las conversaciones y los abrazos. Todo el que quisiera y más.

El jueves, incluso, en un intento de anticipo de mi buena voluntad, me quedé a dormir en su casa. Estuve todo lo pacificador que fui capaz, pero ni con esas, conseguí que cambiara de opinión respecto al viaje.

Y me volví a cabrear. Hasta el punto que acabé por decirle que me iría solo con ellos. Pensé que Cris me armaría un escándalo, pero no lo hizo. Indiferente, me contestó que hiciera lo que quisiera. Se dio la vuelta en la cama y dándome la espalda, se puso a dormir.

Y yo, que soy muy de cumplir mis promesas, así lo hice.

El viernes por la mañana llamé a Ismael, le informé de que en cuanto cerrara el taller cogería la moto y quedamos en vernos en Rialp, sobre las once de la noche.

Cartas a Álex

Barcelona, a 15 de octubre de 2008

Te has convertido en mi único pilar, el que sostiene todo mi mundo. Un mundo en el que mi familia se está truncando por la mitad y en el que ya no sé hacer otra cosa que procurar mantenerme entera para evitarlo.

Sé que he olvidado hacerte un sitio en mi vida y no me queda más que reconocer lo injusta que soy. Hay momentos en los que creo que te marcharás. No te lo reprocho. No debe ser fácil para ti seguir apostando por nosotros, pese a todas las pruebas a la que la vida nos está sometiendo.

Pero por favor, no me abandones ahora. Pues solo tú me mantienes a flote sobre este mar de miedos y dudas. Quizá por eso te demando tanto y te necesito tanto. Quizá porque siento pavor a hundirme y sé que podría hacerlo sin ti.

Por eso te pido que no olvides nunca que durante un tiempo nosotros lo fuimos todo. Y repítemelo. Mil veces, repítemelo. Hasta que no me quede otra opción que recordarlo de nuevo. Porque te prometo que un día yo también lo haré.

Y sueña por mí, tú que aún sabes soñar.

Cris

¿Cuándo empecé a perderte?

Pasé el viernes encerrada en la habitación. Sin hacer otra cosa más que llorar. Por lo imbécil que yo era, y por lo gilipollas que era él. Nos habíamos convertido en un desastre. Nosotros. Que siempre pensé que habíamos nacido para encontrarnos, para querernos y para estar juntos. Nosotros, que nos habíamos llegado a creer que lo nuestro era fruto del destino.

Una vez leí una leyenda oriental, no recuerdo dónde, que decía que las personas predestinadas están unidas por un hilo rojo. Un hilo invisible, atado al dedo meñique, que permanece anudado a pesar del tiempo, de la distancia y de las circunstancias. Dicen, que el hilo puede enredarse, tensarse, pero nunca, puede romperse.

Y me la creí. Por qué si no era eso, ¿cómo podía ser que hubiéramos acabado juntos? Tantas casualidades en nuestro principio, ese amor tan intenso que sentíamos el uno por el otro, no podía deberse a otra cosa.

Y ahora me miraba el dedo meñique y me imaginaba ese hilo soportando una tensión extrema. Al borde del colapso, debía sujetarse solo por una hebra. Y pensaba, que igual, la leyenda era una farsa. Una idea romántica para los que esperan a su alma gemela.

Una lástima que yo fuera de esas personas románticas que se alimentan de leyendas como aquella. Porque yo, que creí que había encontrado al amor de mi vida, que Álex debía llevar anudado el otro cabo de mi hilo, me estaba estrellando al darme cuenta de cuán difíciles se no estaban poniendo las cosas.

Lo había visto por última vez por la mañana, cuando se vistió para irse a trabajar. Ni siquiera me dio un beso de despedida. Cerró la puerta de la habitación y se marchó. En ese mismo instante, rompí a llorar de nuevo, con la cara enterrada en la almohada.

Mi padre entró en la habitación una única vez en todo el día, para preguntarme si quería comer. Me pilló sentada en el escritorio, fumando un cigarro y escribiendo una carta más. Debí pensar que estaba estudiando. Forzando la voz para que no supiera que estaba destrozada, le contesté que no tenía hambre y que más tarde quizá, me haría un bocadillo.

No lo hice. Eran las nueve de la noche, y había vuelto a la cama. Seguía llorando, aunque ya no me quedaban lágrimas.

Suponía que Álex estaría de camino a Rialp. Al menos, eso fue lo último que me dijo por la noche, antes de que yo me diera la vuelta y, conteniendo la respiración entrecortada por el llanto, fingiera ponerme a dormir.

Si Álex me hubiera abrazado en ese instante, habría estallado. Me habría dejado acunar bajo la protección de sus brazos y nada, hubiera impedido que todo en mí, se desbordara. A veces, deseaba que lo hiciera. Que me rompiera del todo, y que luego, me ayudara a recomponer los pedazos. Pero no lo hizo.

Iván golpeó con los nudillos la puerta y entró, sigiloso, en la habitación.

—Tata... —susurró—, ¿estás durmiendo?

—No, cariño, estoy despierta ¿qué pasa? —contesté, dándole la espalda como estaba, hecha

un ovillo en el colchón.

—Es Álex. Está en la calle, dice que bajas.

—¿Álex?

—Le he dicho que estás enferma, en la cama, pero dice que bajas igualmente. ¿Qué le digo?

—Dile que enseguida lo hago.

Iván se fue corriendo por el pasillo y al cabo de un minuto, gritó desde el comedor, que también le había dicho que cogiera mi casco.

Entre sorprendida, irritada y aliviada, me vestí con lo primero que encontré en la silla. Un tejanito con dos puestas y una sudadera sobre la camiseta. Me calcé las bambas y salí con el casco en el codo.

Mi padre y mi hermano, estaban viendo una película en el salón, cada uno tirado en un sofá. Mi madre ya estaba en la cama. Llevaba un tiempo obsesionada con que debíamos acostarla a las ocho y media. Ni un minuto más, ni un minuto menos.

—Papa, bajo con Álex. Será un momento.

—El que necesites. Vete tranquila.

No tenía ni idea de a qué Álex me encontraría en la calle. Ya conocía las dos caras de la moneda. Álex podía ser el más encantador, amable, solícito, caballeroso y cariñoso, un día; y al otro, el más arisco, frío y temperamental.

A veces me recordaba a aquel primer amor que tuve de adolescente. Camaleónico del mismo modo. Y me preguntaba por qué, si la primera vez fui capaz de alejarme del todo ese dolor, ahora me resultaba imposible hacerlo con Álex. Nunca me hubiera imaginado a mí misma soportando tanto.

La respuesta es que no me habían querido nunca cómo él lo hacía. Ni yo había querido del mismo modo a nadie. Nuestro amor era visceral, nacía de lo más profundo. Y, además, llevábamos mucho tiempo sintiéndolo.

Le hubiera dado mil oportunidades más.

Carretera y manta

Supongo que a ciento ochenta kilómetros por hora las cosas se ven más claras. O a lo mejor es aquello de poner distancia lo que ayuda. La cuestión es que cogí la primera salida que pude de la A2, detuve la moto en el arcén y la llamé.

—Paula, estoy haciendo una estupidez.

—Menos mal que al fin alguien se da cuenta.

—¿Has hablado con Cris?

—Claro que he hablado con Cris.

—¿Y cómo está?

—Si hubieras contestado sus llamadas lo sabrías. Echa una mierda, ¿cómo quieres que esté? ¿Cómo se te ocurre venir tú solo y dejarla en casa?

—No lo sé. Estaba ofuscado.

—¿Dónde estás?

—En Igualada.

—Da la vuelta, Álex.

—Por eso te he llamado. Para decirte que regreso. Perdonadme.

—No tenemos nada que perdonarte. Ve a ver a Cris ya, y arregla esto, que al final os va a estallar en la cara.

No necesitaba que me dijera lo que debía hacer. Lo sabía desde antes de marcar su número de teléfono. Pero escuchar a Paula confirmarme lo estúpido que era y saber que Cris estaba destrozada, me dio el valor que me faltaba y borró el poco orgullo que me sobraba.

Eran casi las diez de la noche cuando aparqué la moto frente a su portal. Llamé al interfono más nervioso que decidido. No sabía quién me contestaría, y sobre todo en qué tono. Podría ser ella, o quizá Manel. ¿Sabría algo Manel de lo que nos había pasado? ¿Sabría que habíamos discutido?

—¿Sí? ¿Quién es?

—Hola, Iván, soy Álex. ¿Puede ponerse tu hermana?

—Está en la cama. Hoy no ha salido de la habitación, creo que está enferma.

—¿Podrías decirle que baje, por favor?

—¿Enferma?

—Tú, díselo. Yo espero aquí a ver qué contesta.

—¡Vale!

Oí el chasquido del telefonillo al colgarse. Inquieto, esperé de pie, frente a su puerta, deseando que Cris no estuviera tan enfadada como para dejarme ahí tirado. No podía permitirme perderla. No podía. Cris era lo mejor que me había ocurrido en la vida.

—¿Álex?

—Sí, dime Iván.

—Dice que ahora baja.
—Dile que coja el casco de la moto.
—Vale. ¿Luego subirás? Quería que me ayudaras a pasar la última pantalla de *God of War*.
—Mañana mejor, ¿vale?
—Jope...
—Venga, cuelga, enano.
—Vaaale.

Volví a la moto y me apoyé en ella. Con una caricia, quité del depósito una hoja que había caído del árbol plantado en la acera.

Con mi Honda, había vivido momentos emocionantes, había disfrutado y me había arriesgado a correr al máximo por primera vez. Y con ella, también había pasado momentos muy duros, en los que necesité descargar mis penas, mis preocupaciones y mi rabia. Pero sobretodo había aprendido a respetarla. En especial después del accidente que me llevó a mí al hospital y a ella, directa al taller. Nunca volví a conducirla, sin prestarle toda mi atención a ella y a la carretera.

Llevaba seis años conmigo. Uno más de los que llevaba con Cris. Podríamos haber compartido los mismos, podría incluso haberla estrenado con ella, si hubiera sido tan decidido en su momento como cuando pisé el concesionario y me la llevé.

Me pareció curioso lo fácil que me resultó pensar en mi moto, en el cariño que le tenía, en las cosas que le debía, y lo difícil que me había resultado darme cuenta de que lo mismo me sucedía con Cris.

Con ella me había arriesgado a amar, a darlo todo, a entregarme. Y ella había estado siempre a mi lado, soportándome, cuidándome, echándome la bronca por mis defectos, pero aguantándolos, al fin y al cabo. Cris no me había abandonado nunca.

¿Qué hubiera hecho si mi moto hubiera quedado siniestra de aquel accidente? No la habría tirado, para nada. La hubiese llevado al taller y con mis propias manos, la habría restaurado, la habría recuperado. ¿No se merecía Cris mucho más incluso? Ella era la que había salido muy rota de su propio accidente, que no era otro que el infarto de Gloria y todo lo que había supuesto en su vida. Y, además, hasta no hace tanto, había tenido el valor de intentar sobrellevarlo, de ser fuerte. Le debía mucho a ella. Por lo menos, estar a su lado hasta que fuera capaz de salir de su pozo.

Abrió la puerta, dejando tras de sí la oscuridad del vestíbulo. Crucé la estrecha acera, situándome al pie de las escaleras, que ella, despacio y sin mirarme, había empezado a bajar. Paró justo en el último peldaño, que la situaba casi a mí misma altura.

—Lo siento, princesa —susurré.

Ella levantó la vista y clavó su mirada en la mía. Sus ojos lucían congestionados. Sus párpados, hinchados. Las mejillas, irritadas y enrojecidas. El pelo, echo un espanto, recogido en una coleta mal anudada.

Su fragilidad, me asustó. Nunca se había derrumbado así. Por eso me salió del alma el abrazo que le di. Encerré su cuerpo, estrechando con fuerza mis brazos entorno a sus omóplatos, dejándole un pequeño margen de movimiento, con el que solo fue capaz de rodear mi cintura. Escondió su cara en mi pecho, empapándose la chaqueta con sus lágrimas. La abracé todavía más fuerte. Por acogerla. Y por no verla. No podía verla, de aquel modo. Era demasiado doloroso hacerlo.

—Yo también lo siento —sentí que pronunciaba, a quemarropa.

Aflojé mi abrazo y volví a mirarla, un segundo. Un mechón de su flequillo se había escapado

de la goma y lo coloqué, con cariño, detrás de su oreja. Ella cerró los ojos, apoyando su rostro en mi mano y besándome en la palma.

—¿Por qué no vamos a otro sitio? —propuse—. Uno donde podamos hablar tranquilos.

Tardamos en llegar al mirador de l'Arrabassada más de lo que era habitual. Me tomé el viaje como un paseo. Aunque Cris se cogía a mí con fuerza y sentía su peso, estable, sobre mi espalda, sabía que estaría pensando en cualquier cosa, menos en el viaje. Cuando entre curva y curva, la carretera me daba un respiro, yo aprovechaba para coger su mano, que tenía sobre mi estómago, y la acariciaba. Y entonces ella, entrelazaba sus dedos con los míos.

Arriba, un grupo de chicos armaba jaleo en una de las esquinas del mirador. Reconocí las motos allí aparcadas. Hacía tiempo que no subía y, en cuanto me vieron aparcar en la otra punta, uno de ellos me llamó y yo le devolví el saludo con la mano. Cris bajó de la moto y paré el motor.

—¿Te importa que me acerque un momento a saludar? Me sabe mal no hacerlo, hace tiempo que no subo. Te prometo que seré breve.

—Ves, no te preocupes. Te espero en la barandilla.

—Vale. Enseguida voy.

La besé en los labios y la observé encaramarse al muro que separaba el parque de tierra del aparcamiento, para cruzar el descampado dirección a la esquina derecha, lo más lejos del barullo. Desmonté la moto y me acerqué al grupo, que me saludó con palmadas en la espalda y bromas ya conocidas, del tiempo que pasé con ellos en ese mismo lugar. Me excusé, y como le prometí a Cris, en menos de un minuto, volví con ella.

Se había sentado sobre el pasamanos en un rincón, apoyando los pies en el listón intermedio de la barandilla, que protegía a los visitantes de caer montaña abajo. Observaba la ciudad, que a esas horas solo se intuía por la iluminación de las calles y edificios más emblemáticos, salpicada de luces blancas, amarillas, rojas y azules. Siempre me había gustado detenerme a contemplar el orden del Eixample, centelleando en cuadrículas; la Diagonal cruzando la ciudad, como una estrella fugaz, de punta a punta; y al fondo, el negro profundo, del mar fusionado con el cielo.

Me agaché para pasar por el hueco intermedio de los listones de madera y me coloqué delante de ella, haciéndome sitio entre sus piernas y abrazándola por la cintura. Coloqué mi cabeza sobre su pecho. Su respiración, que en un inicio parecía tranquila, volvió a descompasarse, con hipidos de por medio.

—¿Por qué vuelves a llorar?

—No lo sé. No puedo parar...

Dejé que lo hiciera. Pensé que debían ser demasiadas las lágrimas que llevaba acumuladas y que había sido un capullo por no haberme dado cuenta antes de ello. Enredó sus dedos en mi pelo, peinándolo, y acariciándome así, volvió a respirar tranquila.

—Te vas a dormir... —dijo, en un tono que sabía que escondía una sonrisa tímida, aunque no pudiera verla.

—Estoy a gusto... —susurré.

—Si la morriña te desploma y caes barranco abajo, no me hago responsable —bromeó.

Levanté la barbilla para mirarla y sonreí, separándome de ella. Acaricié su pelo, su cara, sus hombros. Estaba a punto de besarla, y ella lo esperaba. Pero sin aviso, la empujé hacia atrás, haciéndole perder el equilibrio, recuperándola antes de que ella siquiera, hubiera tenido tiempo de reaccionar, buscando un punto al que anclarse. Solo su expresión, asustada, fue lo único que cambió.

—Yo sí me hago responsable de que no te caigas.

Entonces fue ella la que me besó, varias veces seguidas, para quedarse al final quieta, en mis labios, unos segundos. No siempre me besaba con aquella calma. Y me gustó. De hecho, me gustaban todas las formas en las que me besaba.

Me coloqué a su lado, de espaldas a la barandilla y apoyando los codos en ella. En silencio, mirando a la nada.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—Ahora, en nada.

—¿Cómo puedes no pensar en nada?

—Yo me pregunto lo mismo contigo. ¿Cómo puedes estar pensando siempre en algo?

—No puedo evitar tener constantemente algo sobre lo que rumiar.

—Deberías relajarte.

—Ojalá pudiera.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros. Yo estaba tranquilo, disfrutando del momento, de ese instante de calma que la vida nos estaba regalando. Pero ella no. Ella se movía, inquieta, repiqueteando con los pies en la madera, moviendo el culo sobre la barandilla, rascándose compulsivamente los dedos. Era evidente, que la mente, en blanco, no la tenía. Supongo que, a ella, las pausas, le sentaban de otro modo. Pero no me atrevía a preguntar. Lo hizo ella.

—¿Qué nos está pasando, Álex?

—Nada. No nos está pasando nada. Seguimos queriéndonos Cris.

—¿Estás seguro? ¿Me sigues queriendo igual?

—Más que a mi vida. ¿Tú no? —pregunté, nervioso.

Por algún motivo, que no me atreví a indagar, me alarmó que dudara de eso. De nuestro amor.

—Claro que te quiero. Pero a veces pienso que no sabemos hacerlo. O que se nos olvida cómo.

—Tonterías. Discutimos, es verdad, pero como todas las parejas. Estamos muy estresados, por eso quería que nos fuéramos el fin de semana juntos. Para desconectar.

—No podía irme.

—Cosa que no entiendo. No entiendo por qué no puedes olvidarte de todo lo demás por un momento, y concentrarte solo en nosotros.

—Querría hacerlo, te lo prometo. Pero tengo miedo.

—¿Miedo a qué?

—A que me necesiten y yo no esté. A dejarles. O a que piensen que les dejo. Me siento mal cuando pienso que yo podría estar pasándolo bien mientras ellos se enfrentan solos a todo. A toda esta mierda que nos ha caído encima.

—No los dejas, Cris. Ni, aunque marcharas de tu casa para irnos a vivir juntos, los estarías dejando. Nunca lo harías, y tu padre lo sabe. E Iván. Hasta tu madre, que está cada vez más desconectada, también lo sabe. Pero tienes que ser capaz de encontrar un hueco para seguir con tu vida.

Exhaló un suspiro y alargó el silencio que le siguió, un par de minutos. Con los ojos tristes, apuntando a sus pies.

—Lo voy a intentar, ¿vale? Te lo prometo.

—Y yo te ayudaré. Cuidaremos de tú familia, claro que sí. Pero cuidemos de nosotros también. ¿No crees que nos lo hemos ganado?

—Sí. Mucho.

La abracé, recordándole cuánto la quería. Rogándole que confiara en mí, que me dejara llevarla de la mano. Porque yo patearía todas las piedras de su camino. Porque si algo podíamos hacer juntos, era superarlo todo. Y le pedí que no tuviera miedo, porque yo me quedaría con ella. Para siempre.

Volvimos a su casa de madrugada, con el frío calado en los huesos. Nos metimos en la cama y, en silencio, le hice el amor como pocas veces lo hacíamos ya. Con el corazón y sin rutinas.

Cartas a Álex

Barcelona, a 18 de octubre de 2008

No sé en qué momento aquel tren se detuvo en nuestra estación. La cuestión es que subimos raudos a él y no hemos sido capaces de encontrar el instante óptimo para apearnos.

Sentados en un vagón en el que solo cabíamos nosotros dos, nos limitamos a cogernos de la mano y seguir esperando. A través de la ventana, observábamos la vida de los demás. Mientras, nosotros no nos atrevíamos ni a mirarnos.

Lejos quedaron aquellas primeras veces en que nuestros ojos se cruzaban y parecíamos encontrarnos el uno al otro. El tiempo pasó, los años corrieron, y nosotros, enfrascados como estábamos en el torbellino de esta vida, no tuvimos ni un segundo para dedicarnos.

Casi nunca, aunque a veces sucede, este tren reduce su velocidad lo suficiente como para darnos cuenta de que a través de los cristales parece no ocurrir nada nuevo.

En esos leves instantes es cuando me permito observarte, detenidamente, como siempre me gustó mirarte. Y encuentro una nueva cana en tus sienes y una arruga más en tus ojos. Y pienso, «¿cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que te vi?». Ya soy incapaz de recordar.

Tú, en cambio, no me miras casi nunca, distraído como estás siempre a todo. Alguna vez, después de llamarte con insistencia, pareces percatarte de mí. Te das cuenta de que dos marcas se han alojado en mi entrecejo, de tanto fruncir el ceño, y que mi sonrisa viste entristecida. Pero no te gusta lo que ves. Porque tampoco sabes cuánto tiempo ha pasado y supongo que prefieres no tener que preguntártelo.

Pero yo sí me pregunto, justo en el momento en el que te apartas un milímetro de mí, aflojas la presión de tu mano sobre la mía y vuelves a observar a un punto incierto del vagón, por qué no soy capaz de aceptar que no puedes darme lo que necesito. Y duele tanto preguntarme esto, que dejo de pensarlo.

Te agarro con intensidad de nuevo, respondes a la presión. Vuelves a mí unos segundos, sin percatarte de que mi mayor deseo es que seas capaz de afrontarme.

Y entonces, cuando parece que vuelves a mirarme como antes, esta vez sin que yo te lo pida, acercas mi mano a tus labios y una respuesta a mis reclamos se prepara en tu garganta, el tren recupera la velocidad.

Volvemos a dejarnos llevar por el movimiento, que nos apremia a seguir adelante, a observar a través de la ventana y a centrar nuestra atención en el mundo que nos rodea.

Durante una milésima de segundo, mi corazón se salta un latido, y una voz me dice: «si no queda otra opción que seguir subida a este tren, piensa que al menos tienes un hombre a tu lado que, a su modo, te ama más que a nadie. Confía en él».

Cris

Quemando etapas

2006 me congeló de tal forma, que, aunque pasaran los años, seguí respondiendo, en automático, que tenía veintiuno. Como si el pulso del reloj en mis venas, se hubiera detenido.

Es posible que fuera porque aquel dieciséis de marzo, cuando ya hacía una semana que mi madre había ingresado en el hospital, el mismo día en que aquel MIR me enseñó su resonancia, no celebré mis veintidós. Nadie recordó ni que los cumplía, y la verdad, es que hasta lo preferí.

Y a partir de entonces, nunca fui capaz de volver a festejar un día tan cercano al aniversario de mi mayor desgracia. Aunque soplara las velas y me comiera los pasteles.

Me costó mucho salir de ese estado de criogenización. Hacía solo tres meses que me había puesto las pilas. A media carga, de acuerdo, pero me las había puesto. Álex no me dejó otra opción, después de nuestra gran crisis de pareja.

Y es que él, al poco tiempo, volvió a perder la paciencia, exigiendo algo que yo deseaba hacer, tanto como él, pero que no me atrevía a materializar. No sabía cómo dar el paso, ni en qué dirección, ni en qué momento. Si hubiera sido él, supongo que también me habría entrado la prisa. Su plan era mucho más importante, que unas simples vacaciones.

—Así que aparcas lo de ponerte trabajar —me reprochó.

—¿Y qué quieres que haga?

—Pues no tirar la toalla, Cris.

—¡No estoy tirando nada! Sabes que he presentado cientos de currículos mientras acabo el master, pero no me ha salido nada. ¿De cuántos gabinetes me han llamado para entrevistarme? ¿De cinco? ¿De seis? Solo me escogieron en uno, y el contrato era de prácticas. Con lo que me pagaban, no me alcanzaba ni para el transporte. Más frustrante es, para mí, encontrarme todas las puertas cerradas.

—Confiaba que, con la carrera hecha, podrías empezar a hacer tus pinitos. A introducirte en el mundillo.

—Yo también confiaba en ello. Pero ya ves, que el mercado laboral, es una mierda.

—No me vengas con esas tú también... —rebufó—. Estoy harto de escuchar hablar de la crisis de las narices.

—¿Es que acaso vas a decirme que no tiene nada que ver? ¡A ti también te está tocando! ¿Has olvidado ya que Ernesto no pudo pagaros la extra en Navidad?

—Pero no me falta trabajo. Y si me faltara, te aseguro, que encontraría otro. Pero este país está lleno de tiquismiquis que no quieren currar.

—¡Oh! Venga... ¡No me jodas! —exclamé.

—Mejor dejémoslo, porque no nos vamos a poner de acuerdo con...

—¿Sabes la de licenciados que están como yo? —le corté.

—Ya... Licenciados... —contestó, con desdén.

—Mira Álex —resoplé—. Ya sé que tú has trabajado toda tu vida. Que, gracias a eso, tú y tu

madre habéis salido adelante; y que estarías dispuesto a hacerlo hasta en una fosa séptica, si hiciera falta. Y te admiro por ello. Pero, ¿tú crees de verdad, que lo necesito? ¿Que necesito trabajar de cualquier cosa, atarme a una hipoteca para irme a vivir contigo, anclarme a un sueldo de mierda que será imprescindible para nuestro sustento e ir olvidándome poco a poco de mis sueños y de mi vocación? ¿Tú crees que llevo toda mi vida estudiando para eso? —sermoneé, irritada.

—Si ya lo sé... —suspiró—. Pero mientras no trabajes seguiremos aquí estancados y...

—¿Y qué esperas? —le interrumpí, casi a gritos—. ¡Ojalá resultara más fácil encontrar trabajo de psicóloga!

—No te pido que renuncies a tu vocación, pero, ¿de verdad no podrías trabajar de algo entretanto? Yo lo hice desde los catorce, hasta que me saqué el FP de mecánica.

Blanqueé los ojos y bufé. Ni me molesté en volver a enfrentarme a su cabezonería. Él dejó escapar el aire de sus pulmones también, con los ojos clavados en la carretera, acariciándose la nuca con una mano y, con la otra, sosteniendo el volante con firmeza. Me devolvió unos quince minutos de silencio, que yo destiné a fumar y a mirar por la ventanilla los focos del túnel de la Ronda.

—Sé que tienes razón... —claudicó, apoyando su mano en mi muslo—. Pero tú acabas de pedir el segundo aplazamiento para entregar el trabajo final del master, y yo, tengo tantas ganas de seguir adelante con lo nuestro... —suspiró.

—Pues cuando te entren las ganas, recuerda que estás con una chica seis años más joven que tú, y mucho tiempo por delante. Si tenías prisa, haberte buscado a una de tu edad.

Me miró de reojo, alzando una ceja, comprobando si mi tono era aún de hastío o el primer síntoma de que mi mal genio, empezaba a esfumarse. Encontró una pequeña sonrisa en mi boca.

—A veces eres más burra... —rio, regresando su mirada al tráfico—. Sabes que, desde que me confirmaste que habías cumplido los dieciocho, dejó de importarme nuestra diferencia de edad.

—Eres un asaltacunas —le saqué la lengua.

—Que yo sepa, no te has quejado nunca de haber dado el salto a la cama conmigo.

Deslizó su mano por encima de mi tejano, dirección a mi entrepierna, sonriendo burlón. Detuve su camino, entrelazando mis dedos con los suyos. Se conformó con eso y apretó un segundo mi mano, antes de soltarse y llevarla al cambio de marchas.

—Déjame hacer bien las cosas. Así podré optar a un trabajo mejor, a un sueldo más alto, a una estabilidad. ¿Para qué vamos a vivir ahogados? Solo tenemos que esperar un poco más. Ya me queda nada para acabar. Estoy segura de que cuando termine el master, tendré más oportunidades.

Asintió con la cabeza y se concentró únicamente en la carretera, no volviendo a mencionar el tema.

Me acerqué a la copistería de la universidad, USB en mano y un manojo de nervios en el pecho. En aquel trabajo que estaba a punto de imprimir, estaban todas las esperanzas para mi futuro y la promesa de no saber muy bien qué hacer después, pero la decisión de llevarlo a cabo.

Después de acabar la carrera, como buenamente pude, cuando mi madre todavía seguía ingresada en el hospital, me matriculé en el master de Psicopatología Infantil y Juvenil.

Por dos motivos. El primero y más evidente, el que compartí con todo el mundo, era porque mi vocación siempre había sido trabajar con niños. Y si quería ser psicóloga clínica, debía

especializarme. El segundo, mucho más inconsciente, me permitió un tiempo de sosiego, de congelar planes, de mantener una excusa plausible para Álex, que en cuanto me vio con el título de licenciada bajo el brazo, empezó a hacer planes. Así de claro lo vi después. Entonces no, por supuesto.

Pero aquello me permitió frenar, aunque fuera solo un poco, y a costa de entrar en aquella tónica de dos meses de calma-discusión-dos meses de calma-discusión..., sus pretensiones, hasta 2009.

Justo hasta ese momento clave, en que el dependiente, con la parsimonia de quien tiene todo el día por delante, me entregaba recién salido del horno, mi proyecto final de master.

Salí a la calle con la bufanda calada hasta las orejas. También me había demorado un poco más de lo previsto en acabar el trabajo. De septiembre pasé a diciembre y de este, a enero. Dos aplazamientos de por medio, que Álex, me recriminó también. Pero es que me faltaban horas para llegar a todo. Y a todos. Y un trabajo como aquel, no era un dossier de primaria.

«Año nuevo, vida nueva», me había dicho Álex la noche anterior por teléfono, con la ilusión depositada en todo lo que él decía que nos esperaba por delante. Yo no es que no tuviera la misma ilusión que él, es que no sabía cómo darle forma. Ahí estaría, imaginaba, bien al fondo de mi ser.

Me acerqué a la cafetería. Me cobrarían una pasta por el Cacaolat y el cruasán, pero bien se merecía un homenaje la última vez que desayunaría en el campus. Tenía tiempo para hacerlo. Aún quedaba una hora para encontrarme con mi tutora.

Me puse a la cola, detrás de un grupo de cuatro chicas y un chico que, alborotados, repasaban conceptos de estadística. Estaban en primero de carrera. Aún les quedaba un largo camino por delante, muchas horas de nervios antes de los exámenes y cientos de cafés preclases, postclases e interclases. ¡Ah! Y los otros cientos que pedirían para llevar y que dejarían enfriar sobre una mesa en la biblioteca.

Sonreí al recordarme a mí misma a su edad, despidiéndome de mi adolescencia, preparada para comerme la vida a bocados. Al final, la vida me comió a mí. Me masticó, me desmenuzó, me rumió y casi, me regurgitó. Pero ese, es otro tema...

Yo nunca pedí café. No me gustaba y sigue sin gustarme. Por eso mi rutina consistió en aquel Cacaolat acompañado de un cruasán. O un donut. También me gustaban los donuts, pero solo los azucarados.

Haciendo malabares con el vaso, el botellín caliente y el plato, corrí como alma que lleva al diablo, hasta mi mesa preferida. Aquella que hacía esquina, recogida entre la puerta de entrada y el ventanal, y por la que había cruzado los dedos en la cola para que siguiera libre para mí. Me senté, sola, y vertí el botellín en el tubo de cristal. Observé el cruasán, dorado por la mantequilla, y el chocolate humear.

Tengo la teoría de que existen dos clases de personas. Las que se comen primero, con ansia, lo que más les gusta; y las que dejan para el final el bocadito más goloso. Álex, con su impulsividad e impaciencia, formaba parte del primer grupo. Como las cigarras. Yo era de las segundas. Mucho más, hormiguita.

Así que arranqué las dos puntas del cruasán y empecé a comerme una, empapándola primero en el Cacaolat. Sí, además de ser de las personas raras a las que no les gusta el café, también pertenecía al selecto grupo que prefiere la parte mullida del cruasán que las puntas crujientes y tostadas.

Miré por la ventana, deteniendo mis ojos en el jardín que había justo enfrente. Llamarle jardín

a aquel parterre de cinco por cinco de césped, con un arbusto en el lateral, era osado, pero si era verde, para mí era suficiente.

Dos chicas estaban sentadas al filo del bordillo. Su idea inicial podría haber sido tirarse en el césped, pero el día anterior había llovido y, con seguridad, la tierra estaría todavía mojada. Se reían, inspeccionando el móvil de una y otra, compartiendo lo que probablemente, eran chismes y anécdotas del fin de semana. O no, pero yo imaginaba que podía ser eso.

Abrí el bolso y saqué el móvil. Lo desbloqueé, observando unos segundos, o quizá más, la amplia sonrisa de Álex como fondo de pantalla.

Aquella foto era reciente. Llevaba las Ray-Ban puestas y una barba de tres días. Le estaba cogiendo el gusto a eso de no afeitarse. O la perrería de hacerlo. No me importaba, porque estaba guapísimo con ella. Me ruboricé al imaginarme besándole ardientemente, mordiéndole los labios, escuchando los crujidos de aquella barba bajo mis dedos. Solo con él había sentido esa necesidad de comérmelo, cual caníbal. Era algo muy primario, un instinto que era incapaz de contener.

Comprobé la hora en la pantalla y pulsé el botón de llamada.

—Hola, tesoro —contestó.

—Hola, amor. ¿Qué haces?

—Recogiendo un poco antes de salir a almorzar. ¿Y tú? ¿Ya has entregado el trabajo?

—No, he quedado dentro de veinte minutos. Estaba haciendo un poco de tiempo en la cafetería.

—¿Haciendo pellas a estas alturas? —rio.

—Algo así. Recordando viejos tiempos.

—Así que estás sentada en la mesa de la ventana con un Cacaolat y un cruasán.

—No, con un donut.

—Vaya... —chasqueó la lengua—. Casi acierto.

—En realidad —me desternillé—, sí que es un cruasán.

—¡Ya me extrañaba a mí! —me acompañó riendo—. ¿Nerviosa?

—Diría que no. Creo que es la primera vez que estoy aquí sentada, con un trabajo en la carpeta, y bastante tranquila.

No lo estaba. Al menos no del todo. Aunque no hubiera sabido concretar con exactitud, qué era lo que me inquietaba.

—Pues disfrútalo. Quizá sea la última vez que te tomes algo en esa cafetería. ¿Me llamas después y me cuentas?

—Claro.

—Te quiero.

—Yo más.

Me quedé solo dos minutos más allí sentada, disfrutando de la sensación de ser todavía estudiante. Salí de la cafetería, despidiéndome de esa etapa y encaminándome al Palau de Les Heures.

La edificación de estilo francés, situada en lo más alto de las terrazas ajardinadas con palmeras y rosales, entre otra vegetación, esperaba, paciente, ante mis ojos. Seguí caminando, dejando atrás los estanques, surtidores de agua y la última balaustrada. Pisando con decisión el suelo de gravilla, llegué al pie de la escalinata. Catorce escalones que subí a toda prisa. Ya no podía demorarme más. Era absurdo seguir haciéndolo. «¡Adelante!», me animé.

Cogí el ascensor que me llevó al segundo piso y me adentré en los pasillos amplios, salpicados por doquier con ventanas de arco enormes. Golpeé con los nudillos la puerta con la

placa en la que podía leerse el nombre de mi tutora. «Dra.Vinyals».

—Adelante.

Asomé la nariz, con prudencia, en el entreabierto de dos palmos.

—¿Se puede?

—¡Hombre! Hola, Cristina —contestó alegre—. Claro, pasa. Te esperaba. Llegas, puntual —Acompañé con la mano la puerta, recorriendo el resto de circunferencia que le quedaba y entré en su despacho—. Siéntate, mujer, no te quedes ahí de pie. Supongo que esta vez sí me has traído el trabajo acabado, ¿no?

Le devolví la sonrisa. No se levantó de la silla. Acercó su brazo cruzando la amplia mesa casi con todo el cuerpo, y me estrechó la mano tan firme como amistosa. Era una mujer cercana, que superaba algo más de la mediana edad, con las canas teñidas de rubio platino y el peinado meticulosamente revuelto. Me caía bien. Tenía algo de maternal, de cuidadora, en su manera de tratarme.

—¿Dónde está la joya de la corona?

—Aquí lo tengo.

Me acomodé en el acolchado del asiento y abrí la carpeta sobre mis piernas. Saqué el trabajo de encuadernado sobrio, un tocho de ciento sesenta y siete páginas, y lo extendí delante de mí. Ella me lo arrebató de las manos, al tiempo que cogía de la mesa las gafas de lectura y las ajustaba sobre el puente de su nariz. Con el pulgar, repasó la esquina de las hojas, aireándolas.

—Me encanta el olor a papel recién impreso. Debe ser como un fetiche. No puedo evitar hacer esto cada vez que me entregáis un trabajo. Tendré que hacérmelo mirar un día —bromeó, y yo reí con ella.

Volvió a dejar las gafas donde estaban antes. Supongo que debió ponérselas más por rutina, que, por utilidad; ya que no dedicó ni un segundo más a inspeccionar el documento, que ya reposaba sobre su mesa. El título, «Técnicas de modificación de conducta en niños afectados de TEA», me miraba, en letras mayúsculas, a través del plástico transparente de la cubierta.

—¿Y ahora cuál será tu siguiente paso?

—Pues no lo tengo muy claro aún.

—Docencia, investigación, práctica clínica...

—Práctica clínica, sí. ¡Eso sí lo sé! —sonreí—. A mí también me gusta el olor a papel recién impreso, pero no tanto como para quedarme detrás de los libros.

—No te imaginaba haciendo otra cosa, la verdad —contestó con un guiño—. Tu pasión siempre ha sido ejercer, te lo noté desde el minuto uno. Al final, este trabajo consiste en eso, ¿verdad? —dijo, apoyando la mano sobre el plástico del encuadernado. Asentí—. Te encontrarás con mucha competencia en el camino, pero no desfallezcas. Los principios no son siempre fáciles.

—Gracias por el consejo.

—¿Ya te has colegiado?

—Tenía pensado hacerlo en breve. No lo he hecho antes porque como no he ejercido aún, no lo creía necesario.

—Es lo primero que deberías hacer ahora. Eso, apuntarte a la bolsa de trabajo e informarte sobre cómo montar tu propia consulta.

—¡Uy! No me veo yo abriendo una consulta...

—Todo es empezar, como cualquier cosa en la vida. Y no dejes de formarte. Mantente al día, relaciónate con otros colegas de profesión, aprende de todo y de todos los que conozcas.

Se levantó y rodeó la mesa hasta situarse a mi lado. Apoyó una mano en mi hombro, estrechándolo con cariño.

—No tengas miedo a tomar una decisión, aunque necesites un tiempo para pensarlo. Meditar las cosas no es malo, el problema llega cuando somos incapaces de pasar a la acción. Piensa, que la única persona, con el poder de frenarte, eres tú misma.

Un gran consejo. Quizá, el mejor que me darían nunca en la vida. Aunque pasó mucho tiempo antes de que me atreviera a hacer caso a aquella mujer.

Necesito verte soñar

Estaba cansado, pero no por ello, tenía menos ganas de hacer lo que había pensado. Cerré el taller en Zona Franca al tiempo que sacaba el móvil de la chaqueta. Si algo podía alegrarme el día, era uno de aquellos mensajes cariñosos de Cris, a pesar de saber que iría acompañado de algún reproche por no haberla llamado en todo el día. De hecho, aquel día, tendría razón si lo hacía. Desde la última vez que habíamos hablado, a primera hora de la mañana, no había encontrado momento ni de escribirle un SMS, tan enfrascado como estuve, en el trabajo.

Abrí sus cinco mensajes, pero para mi sorpresa, aunque fueran ya las seis y media de la tarde, no había reproches en ellos. Solo la muestra de cuánto se había acordado de mí durante el día, una pregunta sobre qué haríamos cuando saliera de trabajar, y un sinfín de emoticonos mandándome besos.

Cris se animaba a finales de semana. El jueves por la noche, ya empezaba a notársele incluso en la voz, cuando me explicaba lo que creía que podríamos hacer en las siguientes horas que pasaríamos juntos, y contaba, las noches que dormiría con ella.

«Salgo ahora. En menos de lo que piensas, te recojo. Tengo un plan».

Llevaba días pensando en llevarla allí. Sabía que le encantaría. Me subí a la moto, me calcé el casco y abrí gas.

Bajó de su casa mustia, como siempre. Ni siquiera cuando llegaba el buen tiempo, acababan de borrarle esas nubes grises de la cara. Mudó el gesto por una sonrisa en cuanto me vio. Se estaba convirtiendo en algo habitual verla hacer justo eso. Se esforzaba en volver a ser la Cris de siempre, y yo lo sabía.

—Hola, tesoro —saludé, besándola en los labios—. Ponte el casco, nos vamos.

—¿A dónde? —preguntó, temblando su voz entre la ilusión y la alarma—. ¿Tardaremos mucho en volver?

—No tenía pensado volver pronto. Es viernes.

—¿Entonces qué le digo a mi padre? ¿Cenamos aquí? ¿Dormirás conmigo o en tu casa?

—Sííí... dormiremos aquí, pesada —sonreí—. ¡Sube ya a la moto!

—Dame un segundo. Le diré a mi padre que no nos espere para cenar.

Subió corriendo las escaleras del portal y a través del interfono, le dio a su padre la

información que le faltaba. «*Porteu-vos bé!*», escuché que contestaba Manel. Me hacía gracia aquella forma que tenía de despedirse siempre. Él sabía que haríamos cualquier cosa, menos portarnos mal.

—Haremos una parada antes, si no te importa —dije, mientras se ataba el casco—. En un tema de trabajo, pero no nos quitará tiempo.

—¿En serio? Qué pereza.

—No te quejes tanto y sube ya.

Pensé en aquella Kawasaki Ninja mientras bajaba esquivando coches por la calle Balmes. Desde las siete había estado peleándome con la reprogramación de la centralita. El dueño quería convertir su antigua moto en una máquina de circuito. Un trabajo laborioso y bien meditado, al que en el taller no estábamos acostumbrados, pero que, a mí, me apetecía mucho hacer. No solo era un reto, sino que, además, a lo que siempre había querido dedicarme. A las motos de circuito.

Convencí a Ernesto, mi feje, quien me había permitido asumir aquel trabajo a cambio de que no interfiriera en el resto de reparaciones pendientes y por supuesto, calculando bien el presupuesto. El equilibrio, a todos los niveles, era tan difícil de alcanzar, que casi no tuve tiempo ni para comer.

—¡Gilipollas! —grité, dando un puñetazo al capó de un coche que había intentado meterse en mi carril.

El conductor me devolvió una peineta y yo, abrí gas en respuesta. Estrujando la segunda marcha hasta las siete mil revoluciones, frenando en seco en el siguiente semáforo, provocando que el torso de Cris se estrellaba contra mi espalda.

—Estás distraído —dijo, recomponiéndose mientras me acariciaba la espalda.

—¿Cómo que distraído? No ha indicado con el intermitente.

—Ya lo sé, pero llevaba rato intentando hacer la maniobra. Es raro que se te haya pasado —contestó, abrazándome, llevando sus manos a mi pecho, deslizándolas bajo mi camiseta de manga corta—. ¿Estás estresado por algo? ¿Todo bien en el curro?

Arranqué con el verde. Es verdad que no lo había visto hasta que lo tuve encima. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Y es que, además de en el trabajo, también estaba pensando en algo que quería hablar con ella, y que aún, no había decidido cómo sacar a colación en una conversación.

Sentí los dedos de Cris dibujar, despacio, pequeños círculos en mi esternón, y el peso de su casco, descansando entre mis omóplatos. Respiré hondo, al ritmo de sus manos y de su estómago, que de tan próximo que estaba, notaba cómo se hinchaba y deshinchaba, sereno. No sé cómo conseguía contagiarme esa calma, pero lo hacía. Casi siempre.

Aparqué la moto en una calle cercana a la Rambla del Raval, en unos reservados para motocicletas, y con una palmada en el muslo, le indiqué que se apeara. Aparcarla en la acera en aquel barrio era cada vez más complicado, y había tenido que hacerlo a unos cinco minutos andando del local al que teníamos que ir.

—Creía que íbamos al taller, ¿qué es lo que tienes que hacer aquí de trabajo? —preguntó, bajando de la moto.

—Hay un proveedor cerca. Tengo que hacer un pedido de material que necesito para el lunes.

—Vaya pérdida de tiempo. ¿No podrías haberlo hecho por teléfono? —contestó, impertinente.

A veces me enfadaba aquel tono. Aquella tarde me hizo reír.

—Esta vez, no. Necesito unos discos de freno de carbono para una moto que estoy adaptando

para circuito. Tengo un par de ideas en mente y quiero comentarlas tranquilo con el chico de la tienda.

—¿Y está muy lejos?

—A dos calles. ¡Qué preguntona estás!

Coloqué la pinza antirrobo en el disco de freno delantero y me levanté. Vi una mueca de desagrado en su cara.

—Será solo un momento —remugué.

Pensé que continuaría quejándose, pero sorprendentemente, no lo hizo. Besé su frente al tiempo que pasaba un brazo sobre sus hombros. Recorrimos la calle estrecha, ocupando al completo la acera, bajando incluso al asfalto de la carretera cuando no pasaban coches. Como siempre en el centro de Barcelona, la gente iba y venía atareada, jocosa, pensativa, mirando escaparates, absorta en sus móviles, charlando en mil idiomas.

—¿Sabes que tendrías que hacer? Abrir tu propio taller. Así otro pringado haría estas cosas por ti.

—No vengo por pringado, vengo porque quiero —contesté a la defensiva—. Es un encargo muy importante para mí, quiero que la moto salga perfecta del taller.

—Lo siento, no quería ofenderte... —dijo, haciendo un puchero.

Seguía encantándome aquel gesto dulce con el que siempre se disculpaba. Cuando lo hacía. Cris podía ser, incluso, más cabezota que yo.

—De todas formas, ¿no crees que sería buena idea? Siempre dices que te gustaría ser tu propio jefe. Podríamos buscar talleres que estén en traspaso, que ya tengan maquinaria. Te saldría más barato. ¿Por qué no lo miramos? En Internet puedo ayudarte a buscar.

—Ya hemos llegado —la interrumpí.

Qué manía de organizarme la vida. Eso sí; no le dijeras a ella, lo que tenía que hacer con la suya. Le había cogido un gusto irrefrenable a eso de planificar cada uno de los pasos a dar. Los suyos y los de los demás.

Lejos había quedado aquella Cris espontánea, que disfrutaba de las sorpresas y las decisiones improvisadas. Como aquella vez que gané cien euros en la lotería y nada más cobrarlos en la estafeta, le pidió el coche a su padre para irnos a L'Escala. Sin maletas, sin mapas, sin visitas programadas. Solo con las anticonceptivas en el bolso. «Por si acaso no volvemos», me dijo, guiñándome un ojo. Pasamos la noche en un hotel. Una de las mejores noches que recuerdo con ella. Aprendiéndome su cuerpo, que, por aquel entonces, aún no me sabía del todo.

Entramos en la tienda. El dueño estaba solo, preparando el escaparate con carteles de descuento. En aquella tienda, además de servir de piezas y material a talleres, también vendían algo de equipación a particulares.

—¿Este Arai es la edición Dani Pedrosa?

—¡Eh! —Se levantó, soltando el casco— ¿Qué tal, Álex?

—Aquí me tienes. ¿Mucho trabajo? —pregunté estrechándole la mano.

—No demasiado. Espero que, con las rebajas, la gente se anime. La crisis se está notando. La gente no lleva a los talleres las motos si no es por una avería, y estira la equipación hasta límites insospechados. He visto espumas de cascos, deshacerse en mis manos. ¡Imagínate! —contestó con un suspiro, dirigiéndose al mostrador y colocándose detrás—. ¿Vosotros no lo estáis notando?

—Algo, pero de momento seguimos teniendo trabajo —me encogí de hombros—. ¿Qué te parece si te doy un empujoncito con la compra de unos buenos discos?

—¿Para ti o para el taller?

—Para el taller. Los de mi pequeña están novatos. Últimamente, la saco poco a pasear.

—Ningún problema. ¿Tienes algo pensado? ¿En qué gama nos movemos?

—Es para meter una Kawa en circuito. El cliente tiene un buen presupuesto, aunque hay que hacerle muchas cosas a la máquina. He pensado en unos Brembo. ¿Cómo lo ves?

Cris paseaba distraída por la tienda. Se detuvo a mirar unos guantes gore-tex de Dainese. Hacía tiempo que buscaba unos térmicos; decía que en invierno se le helaban las manos con los suyos. Nosotros seguimos inspeccionando el catálogo de productos, mientras él me daba algunas ideas para mejorar la aerodinámica cambiando algunas partes del carenado.

—Perfecto —Ya habíamos decidido el modelo de discos que le montaría—. ¿Me los trae tu repartidor el lunes o me escapo yo a buscarlos cuando te hayan llegado?

—No te preocupes, en cuanto los tenga te los envío.

—Cris, ven —Llamé su atención, invitándola a acercarse—. No te había presentado a mi novia, ¿verdad?

—La verdad es que no —contestó, mirándola ahora, sin tener que disimular por el rabillo del ojo.

Cris traía en sus manos los guantes, y se detuvo a nuestro lado.

—¿Qué te parecen? —me preguntó, después de saludar con todos sus dientes, al vendedor.

—Tienen buena pinta —contesté, después de inspeccionarlos con detalle—. ¿Tendrías de su talla?

—Te lo miro en el almacén. ¿Una XS?

—Sí, por favor —sonrió ella.

El chico se apresuró a perderse tras una puerta detrás del mostrador. Me reí por lo bajini, mientras volvía a mirar los guantes.

—¿De qué te ríes, mi vida? —dijo, dulce, acariciándose la mejilla.

—De nada.

—¡Vamos! ¡Yo también quiero reírme del chiste!

—No es un chiste. Me he acordado de algo, ya está.

—¿De qué?

—Una tontería... —la besé. Y ella, siguió preguntando con los ojos—. Me he acordado de nuestra primera cita. Cuando fuimos a comprarte el casco.

—¿Y eso?

—Porque aquella vez—susurré en su oído—, el dependiente que nos cobró, tampoco dejaba de mirarte.

—¡No digas tonterías! —sonrió—. ¿Tú me has visto? Hace muchos años, que no provocho suspiros.

—¡Tú sí que no sabes lo que dices! A mí, sigues volviéndome loco —contesté, atrayéndola por la cintura y metiendo mi nariz entre su pelo.

—Eso es porque estás ciego de amor, Álex.

Pellizqué entre mis dientes un pedacito de piel detrás de su oreja y ella, estalló en carcajadas al sentirlo. Me buscó la boca, besándome con aquella sonrisa aún impregnada en sus labios. La sincera, la que le vestía la cara de ternura. La única responsable de provocar todos los suspiros del mundo, solo con aparecer.

—Lo siento, no me quedan de tu talla —interrumpió el chico, haciendo que Cris se desembarazara de mis brazos—. Pero si los encargo hoy, el lunes podría llevárselos a Álex, junto

con el pedido para el taller.

—Déjalo, no te preocupes. Era más un capricho, que una necesidad.

—¿Estás segura? Llevas quejándote de los que tienes, dos inviernos —le dije.

—Sí, Álex. De todos modos, tampoco cogemos tanto la moto.

Me encogí de hombros, demoramos la conversación unos pocos minutos más, para despedirnos, y nos fuimos. Ya tenía la segunda parte de mis obligaciones cumplidas aquel día. Ahora, tocaba el ocio.

Paseamos Rambla abajo charlando. Cris, mucho más relajada, se reía, me cogía del brazo, me empujaba a ratos y se metía conmigo. Yo le seguía el juego, intercalando besos que le robaba a destiempo y por sorpresa. Cuando la sacaba de su casa el tiempo suficiente, volvíamos a ser nosotros.

Me recordaba por millonésima vez, en el camino, lo poco que le había gustado pasear por las calles del Barrio gótico y del Raval, cuando era más jovencita. Decía que siempre había sentido miedo a perderse en las que ella llamaba, «calles laberínticas». Al principio de estar juntos, me pedía a menudo que la acompañara al centro de Barcelona. Le gustaba pasear, y yo estaba de acuerdo con cualquier plan que hiciéramos lejos de Hospitalet. Por eso la llevé a ver la Catedral, Santa María del Mar, las ruinas romanas, el Mont Tàber, La Rambla del Raval... Me gustaba verla embelesada con cualquier cosa que rezumara historia. No necesitaba demasiado, tenía suficiente con la puerta carcomida y precintada de una casa, para imaginarse la vida de una familia del siglo diecinueve.

Cerca de Drassanes, torcimos a la izquierda por un callejón. No la había llevado a aquel bar. No se me ocurrió hasta entonces. Supongo que lo recordé porque echaba de menos aquella mirada en Cris y creí que aquel lugar se la devolvería. Dejé que entrara ella primero. No quería perderme cómo se envolvía de la fantasía de aquel local. Quería verla soñar otra vez, en el Bosc de les Fades.

Nos sentamos alrededor de uno de los árboles que crecía del suelo alicatado. Pedimos lo de siempre. Ella no se perdía un solo detalle, escudriñando cada uno de los rincones del bar y su decoración. Sonreí.

—Cariño, este sitio es una pasada. ¿Por qué no me habías traído nunca?

—La verdad, es que no lo sé. Ni me acordaba de él.

—Parece un jardín. ¡Fíjate!, hasta las luces son farolillos que cuelgan de las ramas. Es como entrar en un cuento... Con sus hadas, sus gnomos, sus setas... —explicaba encandilada.

—Sabía que te gustaría.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué?

—No sé. Te pega.

—¿Insinúas que soy como un hada? —coqueteó.

—Estaba pensando más bien en una bruja. Con el gorro puntiagudo, la escoba y la verruga —contesté, atrapando la punta de su nariz.

—Eres un idiota —rio, metiendo sus dedos en mi vaso y salpicándome en la cara con Coca-Cola.

—Y tú eres una guarra —me burlé, apropiándome de los dos vasos antes de que repitiera la jugada—. ¿No te lo han dicho nunca?

—Pues no, solo tú.

Me enseñó la lengua, divertida, pero después retiró su mirada, dirigiéndola al infinito de la

pared que tenía a su izquierda. No había nada allí que observar. Apoyó la barbilla en su mano y suspiró. Un suspiro profundo, de los que la deshinchaban.

Dejé los vasos sobre la mesa al tiempo que cambiaba de silla, apartando su bolso y sentándome justo a su lado. Acerqué mi rostro a su nuca, que después de todo el día, ya olía más a tabaco que a champú. Pasé una mano por su cintura, notando un leve sobresalto.

—¿A dónde has ido, tesoro? —le dije, acariciándole el cuello con la nariz.

—Estaba pensando —Se apartó—. Mi madre sí me había dicho, cuando era pequeña, que era una marrana. ¿Sabes? Siempre hacía estas cerdadas de meter los dedos en el vaso para salpicar a los demás. La sacaba de quicio.

Quería ser una anécdota divertida. Sin embargo, en su voz sonó demasiado triste.

—No era mi intención hacerte recordar.

—Lo sé —Acarició mi mejilla sin afeitar—. ¿Y tú día como ha ido?

—Como todos. Mucho lío en el curro y cansado. ¿Tú has buscado trabajo hoy?

Ya había sacado el tema. Por fin. A ver hacia dónde nos conducía esta vez.

—Sí. No había ofertas nuevas en InfoJobs. Ya eché ayer un par de currículos.

—A ver si mañana tienes más suerte. Tengo ganas de que empieces a trabajar y podamos empezar a mirar más allá.

—Sí, supongo.

—¿Cómo que supones? Algún día tendrás que hacerlo, ¿no? ¿O tienes pensado guardar los títulos en un cajón? ¡Al final, criarán malvas! —me reí.

Era una broma, aunque ella no lo interpretó así.

—¡Pues claro que no, Álex! Pero sabes que no es tan fácil.

—Algo saldrá, has de ser positiva.

—No es solo por eso. He estado pensando... —suspiró—. ¿Qué hacemos con mi madre si mi padre y yo trabajamos? Ahora viene muy bien que yo esté en casa ayudando.

—Por supuesto que viene bien, pero ya encontraremos alguna solución. ¿Lo has hablado con él?

—Todavía no.

—Quizá podría replantearse lo de la prejubilación. Ya lo comentó hace un tiempo. ¿Recuerdas, que me lo dijiste?

—Es que eso me parece una putada. Se quedará con una pensión de mierda, y con la situación de mi madre, hay muchos gastos en casa.

—Pues tendrá que pensar en otra cosa. Y hasta que tú no trabajes, tampoco tendrá necesidad de hacerlo. ¡Déjalo que se espabile! Que yo sepa, tú también tienes que hacer tu vida. Irnos a vivir juntos. ¿Te acuerdas? —espeté, mordaz.

—Vete a la mierda...

—¡Qué rápido me mandas a la mierda! ¿Es que no tengo razón? —Calló, sin mirarme siquiera—. ¡Cris! ¡¿Es que no tengo razón?!

—Sí, Álex, tienes razón. Siempre tienes razón. ¿Me llevas a casa, por favor?

—¡Pero si acabamos de llegar! Venga, va, cambiemos de tema. ¿Qué me decías antes de abrir mi propio taller? —intenté reconducir la situación.

—Llévame a casa —exigió, impasible.

La conocía lo suficiente como para saber que ya la había perdido. Así que me levanté, saqué la cartera del bolsillo trasero del tejanos y me dirigí a la caja para pagar las dos bebidas que dejábamos a medias. Ella marchó en dirección opuesta camino a la puerta, y me esperó de

espaldas, mirando hacia la calle a través de una ventana.

Aunque juro que lo intentaba, me costaba controlarme y no estallar cuando Cris se cerraba en banda. He de reconocer, que nunca se me había dado demasiado bien. Sobre todo, contener lo visceral de mi rabia y de mi frustración. Porque con el resto de emociones, creía, me apañaba bastante bien.

Cuando volví a su lado, una lágrima discreta, brillaba en su mejilla. Me hice el ciego, abriendo la puerta. Ella la secó con el dorso de su mano, reprimiendo aquel sollozo que se atrevió a asomar cuando yo aún no estaba a su lado, y salió del bar, delante de mí.

Inmersa en sus pensamientos, no habló conmigo de regreso a la moto y tampoco, en los cientos de semáforos en los que nos detuvimos en el trayecto hacia su casa. Yo, tampoco lo intenté, enfrascado como estaba, en los míos.

No soportaba verla triste, porque era como verla perder la batalla. Y Cris, no debía ceder a esa lucha. No se lo merecía. Ella, tenía que ser fuerte, resistir, luchar por ser feliz. Ella misma, me prometió mil veces, que nunca sería como su madre. Que nunca, se dejaría arrastrar a la depresión, por más difíciles que fueran las circunstancias.

Por suerte, sus momentos de flaqueza eran los mínimos, y se reducían, a esas lágrimas aisladas, que aparecían sin preaviso. Yo también creía que era mejor que las contuviera, como solía hacer siempre. Porque, en definitiva, ya lo habíamos hablado muchas veces. ¿De qué sirve llorar? ¿Acaso se solucionan los problemas arrastrándose al llanto y la tristeza? No. Estancarse, nunca ha sido solución para nada.

Aparqué en la acera y sentí cómo ella descabalgaba la moto. Me quité el casco, pero no hice ni un gesto más. Ella se plantó de pie a mi lado, esperándome, con el casco en el codo y el bolso en la mano. Me acerqué para darle un beso, que ella rechazó.

—¿No habías dicho que te quedabas a dormir?

—Mejor mañana. Ahora no me apetece.

—¿Me vas a dejar así? —lo dijo confusa, con un inciso de angustia en su voz.

No contesté. Le di un beso, escueto, que esta vez sí me permitió, y volví a ponerme el casco. No cedería a sus ruegos para que me quedara a dormir. Esta vez no. Ese tipo de discusiones era mejor cortarlas por lo sano. No darle tiempo a escalar, a angustiarse más.

—Me voy ya, Cris.

Me bajé la visera ahumada y metí primera. Vi cómo sus ojos, de nuevo, volvían a humedecerse, en silencio.

—Me voy, ¿vale?

No contestó.

Arranqué.

A través del retrovisor, la vi seguir de pie donde la dejé, con los hombros caídos, observando cómo me iba.

Dejé de mirarla. Era lo mejor. Si no, hubiera acabado por dar la vuelta.

Querría intentarlo

Álex se había ido sin mirar atrás, desapareciendo de mi vista en pocos segundos, saltándose incluso el semáforo en rojo. Oí menguar el rugido de su moto conforme se alejaba de mí. Creí, o más bien deseé, escucharle volver. No lo hizo.

Me sentí estúpida allí parada, al pie de mi casa, con las lágrimas empapando mis mejillas y la visión nublada. Llenándome de ira, el único sentimiento que me hacía sentir fuerte, di media vuelta y subí los peldaños que daban paso al portal, buscando las llaves entre el tabaco, el monedero, pañuelos, mecheros y un montón de mierda más. Las encontré.

Recompuse mi semblante mirándome en el espejo del ascensor, secándome el párpado inferior con cuidado. Hacía mucho que ya ni me maquillaba y era innecesario conservar aquel reflejo automático de retocarme el rímel. Así que acabé por secarme la cara con el antebrazo.

Entré en casa saludando de pasada, sin mirar a nadie, sin detenerme en ninguna habitación. Recibí un escueto «hola» por parte de mi padre, que estaba preparando la cena, y un «mmjjrr» por parte de mi hermano, quien jugaba a la PlayStation estirado en su cama. Mi madre ya estaba acostada.

«No contéis conmigo para cenar, ya lo he hecho con Álex», informé a mitad de pasillo.

Llegué a mi cuarto y cerré la puerta tras de mí, confiando en que me dejarían sola. Me puse el pijama y me senté delante del ordenador, conteniendo las lágrimas por si acaso alguien se decidía a entrar. No sé por qué esperaba aquello. La única persona que lo hubiera hecho, ya no podía caminar hasta mi habitación.

Cogí un papel y un bolígrafo. Hacía muchísimo que no escribía, porque las palabras, habían acabado por quedarse atascadas, de tanto callarlas. Ni siquiera, se atrevían a ser pensadas. Empujé el teclado hasta el fondo de la bandeja y en el hueco que aquel dejó, coloqué el folio en blanco. Necesitaba emborronarlo entero, sacar de mi cabeza todo el caos que residía dentro.

Pensé que escribir una de aquellas cartas dirigidas a Álex, una de aquellas que él nunca había leído, porque siempre volvían al último cajón del escritorio, me iría bien para liberarme.

Mis dedos acompañaron al bolígrafo, que, en automático, imprimió tres palabras. Dejé la punta del Rotring clavada en el papel, y la tinta, que fluía sin detenerse, dibujó un punto final, grueso, detrás de aquella última «s».

Rompí a llorar.

Porque Álex cada vez se mostraba más distante, porque no sabía entenderme ni parecía ya querer hacerlo, porque una noche más iba a dormir sola, si es que conseguía dormir. Lloré y lloré, al sentir cómo Álex se escapaba de mi vida.

Recibí su escueto «ya he llegado», cumpliendo su parte del pacto. Sin más explicaciones, sin más preguntas, sin interés por cómo me encontraba después de nuestra discusión y de haberse ido.

En el mejor de los casos, Álex siempre hacía como si nada después de una bronca. En el peor, lo único que yo podía hacer era soportar las horas de silencio que él considerara suficientes para

calmarse. En ambos casos, su indiferencia, me sacaba de quicio. No. Mucho peor. Ahora ya me dolía tan profundo, que era como si me desgarrara las entrañas.

Cogí el teléfono para llamarle, cambiando de idea en el último momento.

—Hola, Paula, ¿dónde andas?

—¡Hola, guapa! En el tren, volviendo a casa. Menudo asco, hoy... Llevo desde las seis de la mañana en una publi, con un director de fotografía que no podía ser más indeciso. Me ha hecho ir de culo todo el día. Qué ganas tengo, de ser yo la que vaya mandando al resto.

—Que te dejen ya coger el látigo —bromeé.

—¡Eso! —rio—. En serio, es que estoy agotada. En lo único que pienso es en ponerme el pijama y acurrucarme con Ismael en el sofá. A quien, por cierto, espero que se le haya ocurrido qué hacer con la cena, porque estoy hambrienta.

Ismael era una calamidad para las tareas de casa. Aunque no porque no supiera o no tuviera intención de hacerlas. Lo que ocurría era que cuando llegaba a casa, encendía el ordenador y este le absorbía. Trabajaba como diseñador de páginas web, así que, cuando se le despertaba el momento creativo, se le iba el día. Llevaban dos años viviendo juntos, y aún, no tenían muy bien organizado el asunto de lo doméstico. Pero estaban en ello.

—Sabes que igual deberías empezar a no hacerte ilusiones, ¿verdad? —bromeé—. De los dos, tú eres la cabeza pensante.

—Ya lo sé. No me quedará otra opción que colgarlo de un pino.

Explotamos en carcajadas. Las dos aguantábamos nuestra cruz y las peculiaridades de nuestros hombres, pero ahí seguíamos, enamoradas hasta la médula y sin poder imaginarnos una vida real sin ellos. Eso sí, fantasear con la idea de cogerlos y retorcerles el pescuezo, no hacía daño a nadie.

—¿Y tú qué tal estás? ¿Qué tal la semana? —preguntó.

—Como todas, sin novedades en el frente.

—¿Y qué tal tu madre? ¿Más tranquila que la última vez que hablamos?

—Qué va —lamenté—. Menudo día nos ha dado... Casi rompe la tele. Con eso te lo digo todo.

—¡Ostras!

—En fin. No te cuento detalles.

—Vale, tranquila, mañana cuando nos veamos me explicas. ¿Has hablado con Álex de qué os apetece hacer? Había pensado que podríamos salir a cenar.

—No me hables de Álex que... —me interrumpí, al resquebrajarse mi voz.

—Uy... ¿Qué pasa?

—Hemos vuelto a discutir.

—¿Y esta vez por qué?

Respiré hondo y me recompuse, antes de empezar a hablar.

—Nos lo estábamos pasando bien, ¿sabes? Me había llevado al Bosc de les Fades. ¿Conoces ese bar?

—He oído hablar de él. Es el que está al lado del Museo de Cera, ¿verdad?

—Sí. Ese. Total, que estábamos tomando algo, distraídos, y me ha sacado el tema del curro.

—Tema estrella. Para una vez que estabais a gusto...

—Eso mismo he pensado yo. Pero él ha empezado a apretarme con que debía trabajar ya, que quiere irse a vivir conmigo, que tengo que pensar en nosotros. Lo de siempre.

—Ya... Mira... Es que... —titubeó— ¿Puedo serte sincera?

—Por supuesto.

—No te ofendas, ¿vale? Pero creo que Álex empieza a tener razón con este asunto. ¡Y entiendo perfectamente que te echa para atrás todo lo de tu madre! —exclamó, antes de que le contestara lo mismo que ella acababa de decir—. Yo tampoco sé cómo lo haría. Pero es verdad que, por lo menos, deberías poder empezar a pensar en vosotros.

—Es que sí que pienso en nosotros. ¡Tú lo sabes! Claro que me gustaría irme a vivir con él. Pero no estoy teniendo suerte con la búsqueda de empleo, y sin un sueldo, no podemos arriesgarnos.

—Álex tampoco te está pidiendo eso, ¿no? Te dice que empieces a trabajar. Lo que pasa es que te pones a pensar en todo lo que vendrá detrás de esa decisión y te acojonas.

—Vale, de acuerdo. Pongámonos en que eso es cierto. ¿Qué debería hacer? ¿Inventarme un trabajo?

—Creo que esa es la mejor idea que has tenido en los últimos meses.

—¿Perdona? ¿Te refieres a lo de inventarme un trabajo? —reí, nerviosa, antes de que se me soltara la lengua—. Espera, que lo pinto. Ya me he puesto en ello y me está quedando precioso.

Paula rio con mi comentario, al otro lado de la línea.

—Er...s lo... grrr... no... hay.

—¿Paula?

—...podrí... al... grrr... eguntar... y... grrr ...arece?

—Paula, te he perdido. Te cuelgo.

Estábamos acostumbradas a que en algún momento se interrumpieran las llamadas cuando hablábamos y ella iba en tren. No existía un patrón regular. A veces se cortaba al entrar la estación de El Clot. Otras, aguantaba bien hasta Sants. La mayoría de las veces las interferencias aparecían con el indicador de cobertura al cien por cien. Paula me devolvería la llamada en cinco minutos, y retomaríamos la conversación.

«Inventarme un trabajo», me repetí. Le había contestado con ese cinismo mío disfrazado de broma, aunque no era tonta, y tenía muy claro a qué se refería.

Paula había dejado caer en alguna ocasión la idea de abrir mi consulta, animándome a ello. El problema es que yo no me atrevía. No me sentía segura de mí misma, ni de mis conocimientos, ni de mis capacidades. No me veía capaz de hacer psicoterapia a ningún niño, de transmitir entereza y seguridad a los padres, de ser capaz de favorecer cambios, ni de ayudar a mejorar el día a día de otras personas.

Aunque siendo sincera conmigo misma, intentando racionalizar la situación y mirándolo de forma lo más objetiva posible, reconocía que no me quedaban muchas más opciones. La mayoría de psicólogos clínicos eran autónomos. Por algo sería.

Conocía a pies juntillas los pasos que debía dar para materializar aquel proyecto. Álex no lo sabía, pero yo me había informado y lo había ideado todo en mi mente. El desembolso inicial, no era muy elevado. Al fin y al cabo, lo más importante era alquilar un despacho, invertir en algunas pruebas y test psicométricos para las evaluaciones diagnósticas y pagar la cuota de autónomos y de colegiada. El resto de cosas, como el material de oficina, juegos infantiles, colores, cuentos, muñecos, etc. podría ir añadiéndolo conforme fuera empezando. La mayor parte de mis herramientas de trabajo las llevaba encima. Era yo misma.

El móvil vibró en mi mano y descolgué antes de que diera tono.

—Hola, corazón.

—Vaya mierda de cobertura. ¿Por dónde íbamos?

—Estaba pintando mi nuevo trabajo.

—¡Eso! —enlazó una nueva carcajada a las anteriores—. Pues lo que te decía, que en realidad...

—Ya sé por dónde vas, Paula. Voy a tomar la decisión de hacerlo. Voy a abrir mi consulta.

—¿De verdad? ¿Me lo estás diciendo en serio?

—Te lo prometo. De hecho, creo que voy a llamar a Álex y le pediré que me ayude a planificarlo todo y a hacer números.

—¡Espera! Piénsatelo bien. No vaya a ser que te envalentones, luego te me desdigas, y volvamos a tener una Álex-Cris-is.

—No la vamos a tener esta vez. Estoy decidida. Tenéis razón los dos, no puedo pasar toda la vida esperando a que aparezca la oferta de trabajo perfecta.

—Me alegra muchísimo que me estés diciendo esto, Cris. No puedes ni imaginártelo.

—Me hago una idea —sonreí, aunque ella no me viera.

—Cris, estoy llegando a casa. ¿Te llamo mañana y me cuentas cómo ha ido la conversación con Álex?

—Claro, mañana hablamos. Buenas noches, guapa.

—¡Oye!

—Dime.

—Que todo va a salir genial ¿vale?

—Cruzaremos los dedos.

—¡Hasta los de los pies! Buenas noches.

—Hasta mañana. Un besito.

Paula tenía el don de cambiar mi estado de ánimo, de sosegar me, de hacerme bajar del pico de ansiedad y volver a poner los pies en tierra firme. Sus palabras y el tono de su voz, eran una mezcla perfecta entre la empatía y la honestidad, que, como magia, me obligaban a desengancharme de los bucles de obsesión y pensamiento catastrófico en el que, sin poder evitarlo, me sumergía.

Llamé a Álex, con la intención de hacer las paces y explicarle mi última decisión. Imaginé su sonrisa al decírselo, la alegría que intuiría en su voz y que llegaría a mis oídos a través del altavoz. Imaginé que, a lo mejor, de tanta euforia, incluso cogería la moto y volvería para quedarse a dormir conmigo.

No haría todo eso. Quizá lo primero sí, lo de sentirse feliz. A su manera, sin palabras, como había descubierto con el tiempo que era él. Pero feliz. Por descontado, no vendría a abrazarme.

A veces imaginaba a un Álex que se dejara llevar por las emociones, que se abriera, que demostrara con más transparencia sus sentimientos. Todos. Y que no solo se permitiera sentir la ira y la pasión. Imaginaba a un Álex que hablara de lo que pensaba, e incluso, que fuera capaz de empatizar con mis miedos, que no huyera cada vez que la ansiedad me embargaba, que se pusiera en mi piel y con el que pudiera expresar sin reprimirme, cómo me sentía.

Resultaba muy frustrante abrirle el corazón, por eso lo hacía con Paula. Lo más frecuente era que, en el mejor de los casos, se limitara a escuchar.

Él era de esas personas que me escuchaba mirando el móvil, o encendiendo la televisión, o cambiando de tema. Y eso estaba bien cuando planificabas el fin de semana, cuando hacías la lista de la compra o cuando charlabas de la película que vimos la última noche. Pero cuando desesperada, era incapaz de contener el llanto, porque no sé por qué, aquello, sin motivo, me sucedía cada vez más a menudo, nunca encontraba sus ojos en los míos, nunca me contenían sus

abrazos, nunca un beso secaba las lágrimas de mis mejillas.

Dejé que sonara el teléfono hasta que saltó el contestador. Lo intenté una y otra vez, insistente, sin obtener la respuesta que necesitaba. Deduje que aquella vez, tocaba silencio. Que no quería hablar conmigo por la discusión que habíamos tenido por la tarde y el momento tenso de la despedida.

La rabia volvió a mí. Y también el dolor que me provocaba su fría indiferencia, rasgándome los pulmones y robándome el oxígeno.

Dejé el teléfono sobre la mesa. Y entonces vi aquel papel, empapado de lágrimas, emborronada la tinta negra.

«No puedo más», leí.

Arrugué el folio, haciendo de él una pelota en mi puño. Para luego desdoblarlo y romperlo en mil pedazos. Pedazos de pedazos, cada vez más pequeños. Rompí cada una de las tres palabras hasta que no quedó nada de ellas.

Lo tiré a la basura de metal que tenía bajo el escritorio, apagué la luz y me estiré en la cama.

Perdiendo la paciencia

—Hola. Ya estoy en casa —anuncié, dando una vuelta de llave al cerrar.

—¡Hola, Alejandro! —contestó mi madre voz en grito desde la salita al fondo del pasillo.

Llegué a casa con el humor torcido. Odiaba discutir con Cris y en especial, el mal cuerpo que me quedaba. Aunque ya empezaba a ser casi familiar. Descargué las llaves y el casco sobre una de las sillas del comedor. Después me adentré en el pasillo en dirección a mi habitación.

—¿Vas a cenar? —preguntó mi madre al verme pasar por delante de ella—. Yo ya lo he hecho, pero puedo prepararte algo.

—No hace falta —contesté seco.

Entré en mi cuarto, eché el pestillo a la puerta y abrí la ventana. Me senté en la cama, sin siquiera cambiarme de ropa. Recostado en la pared, semiestirado en el colchón y con los ojos cerrados, dejé que el aire frío entrara en la habitación con la esperanza de que aquella sensación de calma me transportara a una confortable modorra.

Un impertinente todo de llamada, me devolvió a la tierra. Contesté sin tan solo consultar la pantalla del móvil.

—¿Diga?

—¡Eh, palomo!, ¿qué tal?

—Aquí. Haciendo.

—¿Qué te parece si nos vemos un rato? Llevo toda la tarde más solo que la una y Paula aún no ha llegado a casa.

—Estoy muy cansado, mejor lo dejamos para otro día.

—Venga, no se me seas perro.

—No me apetece, de verdad.

—¡Vamos, hombre! Bájate un rato, que voy camino a la pizzería. Así me haces compañía mientras me la preparan.

Encerré entre mis dedos el puente de mi nariz, en un intento de aplacar las primeras punzadas que me atestaban en la frente. Quizá, quedar con Ismael, podría solucionarme aquello.

—De acuerdo. Ahora nos vemos.

—Genial, ¡hasta ahora!

Cortó la llamada, sin decirme cuánto pensaba tardar en llegar. Ya no éramos vecinos de portería. Cuando Paula y él se independizaron, optaron por comprarse un piso de obra nueva, a las afueras del barrio. Aun así, las *pizzas* seguían encargándolas en el italiano de toda la vida, a tres calles de mi casa.

Me levanté de la cama, crujiéndome los huesos. No era tarde, pero me sentía como si hubieran pasado mil horas desde que me había levantado por la mañana. Volví a presionar mi frente, esta vez en las sienes, contra la palpitación que sentía. Entonces recordé que no le había escrito un SMS a Cris para decirle que ya había llegado a casa.

Se preocupaba mucho cuando cogía la moto. Pensaba que podía tener un accidente o algún

percance, y era un pacto al que habíamos llegado hacía ya tiempo. No entendía por qué pensaba aquellas cosas y supongo que, por eso, a mí siempre se me olvidaba.

Le escribí el rutinario «ya he llegado» y lancé el móvil al colchón. Salí de la habitación y me acerqué al baño. Necesitaba refrescarme la cara. Al final, metí la cabeza entera bajo el grifo del lavamanos.

De vuelta a la habitación, paré frente a la salita en la que estaba mi madre, apoyando el hombro en el marco de la puerta. Le había dicho cientos de veces que estaría más cómoda en el salón, pero no había forma de trasladarla allí. Se recogía, como un conejillo en su madriguera, en aquella habitación individual. La tele encendida le hacía compañía. Estaba enfrascada tejiendo, contando puntos en silencio, moviendo los labios discretamente. «Treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis...»

—¿Qué estás tejiendo ahora?

Mi madre asomó los ojos por encima de sus gafas de cerca, que descansaban apoyadas sobre la punta de su nariz.

—Un jersey para Cris —contestó, concisa.

—¿Otro? ¿No me debías una bufanda? —intenté romper el hielo.

—Tienes muchísimas bufandas, y nunca te las pones. Y quiero que tenga este jersey para el invierno.

—¿Puedo verlo?

—Claro, hijo —indicó de mejor humor, apretándose un poco en la esquina del estrecho sofá de dos plazas.

Me senté a su lado, mientras ella recogía las agujas y sacaba el patrón de la bolsa de lanas. Aquella bolsa de arpillera llevaba con ella más años que yo. Me mostró un jersey largo, de cuello vuelto, que Cris estaría encantada de sumar a las dos capas de camisetas que se pondría debajo.

—¿De color verde?

—Sí. El invierno pasado me dijo que buscaba uno, pero que no lo encontraba.

—¿Y cuándo te dijo eso? No sabía que buscara un jersey verde —me extrañé—. Creía que todavía lo querría blanco.

—Ay, hijo mío. Si escucharas más...

—Y si Cris no cambiara tanto de opinión...

—En eso no te quitaré razón —sonrió—. Esta chica nuestra siempre anda cambiando de colores favoritos—. Apoyó su mano en mi rodilla—. Suerte tienes, de que no sea tan veleta para otras cosas.

Le devolví el patrón, que guardó en la bolsa junto con su labor. Se levantó del sofá, diciendo que iba a la cocina a buscar un vaso de agua y preguntándome si yo quería alguna cosa. La seguí por el pasillo.

—He quedado con Ismael. Pensaba bajar ahora.

—¿Te vas otra vez? ¿Cuándo vas a sentar ese culo inquieto?

—Será solo un momento, enseguida subo.

—¿Seguro que no quieres que te prepare algo para cenar mientras tanto?

—Hoy no cenaré, mama, no me encuentro muy bien.

—Como quieras. Dale un beso a Ismael de mi parte —me despidió.

Mi amigo me esperaba sentado en el muro lateral de las escaleras, que servía tanto de barandilla como de anti-caídas. Con las piernas colgando, miraba absorto el móvil. El pelo

oscuro, le caía sobre la frente en ondulaciones. En secreto, yo siempre había envidiado aquella mata de pelo, de la que se quejaba continuamente porque no sabía cómo peinar. Yo sí que no sabía cómo peinarme, con ese pelo fino y lacio que aguantaba dos minutos en su sitio. Ese era uno de los motivos por lo que siempre lo llevé tan corto. Hasta que Cris y Alba me cogieron un día por banda, me descubrieron la laca y me enseñaron a darle forma al tupé.

No se dio cuenta de que estaba allí hasta que apoyé mi mano en su hombro. Sobresaltado, bloqueó la pantalla del móvil y esta ennegreció. Me sonrió y, al tiempo que guardaba el móvil en la chaqueta con una mano, me dio una palmada en la espalda con la otra.

—Vaya cara de moniato que me traes, ¿no? —bromeó.

—Ya ves, Ismael. De lo único que tengo ganas es de que acabe el puto día.

—Buff, ¡menudo ánimo, gastas! ¿Qué te ha pasado?

—Nada, déjalo. Oye, no tendrás un porro por casualidad, ¿no?

—No. Me fumé el último el sábado pasado y no he vuelto a pillar, ¿por?

—Por nada. Me apetecía uno, aunque supongo que da igual.

—¿En serio? ¿Álex el rehabilitado volviendo a las andadas? Sí que debes tener un mal día, sí.

Me arrancó una sonrisa. Era difícil no contagiarse de su buen humor. Incluso en los días difíciles, tenía esa facilidad para usar un tono alegre y las palabras adecuadas que lo desdramatizaban todo.

—¿Por qué no nos vamos a nuestro banco y hablamos? —propuso.

—Sí a lo primero. No cuentes con lo segundo —bromeé.

Pasó un brazo por mi espalda y me regaló un cariñoso puñetazo en el hombro. Paseamos hasta la plazoleta de detrás de su casa. De la de sus padres, de hecho. Nos sentamos y sacó del bolsillo de la chaqueta su paquete de tabaco, ofreciéndome uno a mí también.

—¿De verdad que no tienes ningún porro? —pregunté.

—Ya te he dicho que no.

—¿Y crees que podrías conseguirme algo, no sé, para más tarde?

—¿Tú te das cuenta de lo que me estás pidiendo? Si se entera Cris se pondrá como una fiera. ¿No estabas yendo al gimnasio a machacar sacos? Ves un rato y descárgate.

—¡Hostia, Ismael! No me pepito grillo tú también. ¡A tomar por culo lo que piense Cris y lo que piense el mundo entero! Me duele la cabeza y necesito fumar. ¿Puedes pasarme algo o no?

Atrapó el cigarro entre sus labios y lo encendió.

—Haremos una cosa. Si cuando nos despedamos sigues con ganas de fumar, me lo vuelves a pedir.

—De acuerdo. Ves pensando a quién vas a llamar.

—Sí, por supuesto, no te preocupes —dijo, exhalando una calada de su Camel—. Tú cuéntame, a cambio, qué te ha pasado.

Detecté preocupación en su mirada.

Todavía no tenía muy claro cómo habíamos sido capaces de conservar nuestra amistad hasta ese momento, después de tantos años.

Siempre habíamos sido vecinos. Incluso parábamos a veces en el mismo parque, en bancos distintos. Aunque no fue hasta los dieciséis, cuando nos encontramos bajo aquel puente con las latas de espray, que no empezamos a pasar tiempo juntos.

Al principio, solo nos veíamos para pintar grafitis. Yo lo hacía por pasar el rato, pero a él se le daba francamente bien, así que acabé convirtiéndome en su vigilante, mientras él plasmaba sus obras en paredes, persianas y trenes.

Después, empezamos a coincidir en los parques, con el resto de la pandilla del barrio. Pasábamos la tarde comiendo pipas, y las noches, esquivando los huevos que tiraban los vecinos para hacer callar a los por lo menos quince adolescentes, que, a la una de la madrugada, no teníamos casa.

Y a los diecisiete, cuando Ismael se dio cuenta de que se había enamorado de Paula, encontramos aquel banco. Llevaba cinco meses detrás de ella y no sabía qué más hacer para llevársela a su terreno. Me pidió hablar conmigo a solas, y por eso, nos apartamos del resto y nos sentamos allí.

Aquel lugar se convirtió en su espacio de confidencias, de nuestras maquinaciones y fumadero de porros oficial. Porque desde allí controlábamos todos los accesos, veíamos a la gente que pasaba, y salvaguardábamos al mismo tiempo nuestra intimidad de las miradas de los demás. Perdí la cuenta de las piedras de chocolate y chispas de porros que salieron volando de nuestras manos antes de que la policía nacional siquiera tuviera tiempo a bajarse del coche.

Nuestro gran plan, se nos ocurrió una noche en la que nos habríamos fumado, al menos, tres porros cada uno. La idea era quedar los dos con Paula y una amiga. Yo me ligaría a la otra chica y así, ellos, se quedarían solos al fin. Una idea como aquella, con tantos cabos sueltos, y surgida de la idiotez de la marihuana, no podía salir bien. Pero lo hizo.

Desde entonces Ismael me debió una, por lo que no lo quedó otra opción que venir a Blanes conmigo. Y por eso tuve tan claro también, que Paula tampoco se enfadaría por llevármelo secuestrado.

Lo que no sabía cómo había sucedido, es que aquel banco se hubiera acabado convirtiendo, también, en mi espacio de confidencias.

—Un día largo. He salido cansado del trabajo y después he discutido con Cris. Nada que no tenga solución, ya se nos pasará.

—¿Puedo ayudarte?

—Como no se te ocurra qué hacer con Gloria todas las mañanas, me parece que no podrás ayudarme.

Lo comprendió sin necesidad de explicarle más.

—No creas que Paula no le insiste también con el tema, pero tienes una novia bastante cabezota.

Más que cabezota, era terca, y cuando tenía una idea entre ceja y ceja, un pensamiento, no había quién pudiera convencerla de lo contrario.

—¡Oye! ¿Y no habéis pensado en tu madre?

—¿En mi madre?

—Claro. Tere está jubilada desde hace tiempo, es de la familia y se lleva bien con tus suegros. ¿No podría quedarse ella con Gloria algún rato? Al menos, hasta que el padre de Cris encuentre una solución mejor.

—No lo había pensado... ¿Sabes? ¡No es mala idea! Increíble que haya salido de esa cabeza verde que tienes.

—Es que me subestimáis —rio.

Seguimos sentados en aquel banco, dejando pasar el tiempo. Dos tipos de treinta y un años, jugando a hacer diana, lanzando piedrecitas del suelo al hueco en el tronco de un pino que teníamos enfrente. El dolor de cabeza se me pasó.

—Oye, Álex. Yo también querría contarte algo.

—Dime.

—Es sobre el trabajo de Paula. Me tiene muy agobiado.

—Vaya, parece que nos ponemos de acuerdo.

—Ni hecho a conciencia —sonrió—. Aunque en mi caso es por todo lo contrario. Su trabajo le obliga a dedicar muchísimas horas, cada vez viaja más y pasa menos tiempo en casa. Ya lo ves tú también —Asentí—. Me alegro mucho por ella, porque está haciendo lo que le gusta y es buena, si no, no la llamarían. Pero no me acostumbro a pasar el tiempo sin ella.

—¿Y lo habéis hablado?

—No sé cómo hacerlo. Está tan emocionada con que su carrera empiece a despegar, que me parece injusto reprochárselo.

—Así, en frío, no sé qué decirte...

—Me lo imaginaba. Ya te he dicho que no tiene fácil solución.

El teléfono de Ismael sonó interrumpiendo la conversación. Era Paula, que acababa de llegar a casa y se extrañó al no verle allí. «He bajado a por una *pizza* para la cena, no tardo en volver. Te quiero», contestó, marchándose apresurado.

Yo volví a casa y me encontré en la cocina un bocadillo de tortilla francesa. Mi madre ya se había metido en la cama. Pensé que le daría las gracias por la mañana, pues al final sí me había entrado hambre. Recordé la conversación con Ismael, pensando que tendría que sentarme con ella tranquilamente a charlar. No sabía cómo vería ella lo que quería plantearle.

Cogí el plato y una Coca-Cola de la nevera y me lo llevé a la habitación. Me senté en la cama, justo encima del teléfono móvil. Por lo visto, me lo había dejado en casa. Guardaba siete llamadas perdidas.

Eran ya las doce de la noche. En el mejor de los casos estaría dormida. Si no, muy cabreada. Preparada con reproches, críticas, demandas y lágrimas. Pasaría de la rabia a la tristeza, seguro.

Cris era demasiado emotiva para mí. Demasiado corazón.

Si le devolvía la llamada, volverían a palpitarme las sienes. De hecho, ya lo estaban haciendo de nuevo, solo con pensarlo. Así que opté por dejar el móvil sobre la mesita y de un bocado, empecé con el bocadillo. Encendí el televisor. La quinta vez que apreté el botón del cambio de canal, Vin Diesel apareció en la pantalla.

«Perfecto», me dije.

Regresa mis noches

No hay luz en la habitación. Mis ojos están abiertos, mirando al techo, sin ver nada. Vacío absoluto. Como si en el cuarto menguara hasta el aire, como si la oscuridad se cerniera, aprisionándome, tragándoselo todo, menos a mí.

Me siento sola. Muy sola.

No estoy tranquila, aunque me gustaría poder estarlo. Querría disfrutar del silencio, de la calma de la noche, de las respiraciones acompasadas del sueño profundo de mi familia, que duerme en paz en el resto de habitaciones.

Pero algo no me deja. Algo que siento que me observa. No me atrevo a mirar. Quiero cerrar los ojos, subir la sábana por encima de mi cabeza, taparme y protegerme de ese algo que no respira, que no habla, que no se mueve. Pero que está ahí. Sin quererlo yo.

Entonces veo una mancha aún más negra que la pared, al otro lado de la habitación. Lo que sea eso, no está tan cerca como sentía. Por un segundo pienso que será la chaqueta colgada del perchero. O mi hermano, que quizá se haya levantado.

Pruebo a llamarle. Abro la boca, pronuncio su nombre, que se lee en mis labios, pero no vibra en la garganta. La voz se ahoga.

La mancha negra se amplía. No se extiende, no se hace más grande. No. Es que se está acercando.

Me percató de por qué lo había confundido con la chaqueta. Ahora que lo veo mejor, ahora que casi me puede tocar, intuyo la silueta de un hombre. Y no es Iván. Mide dos metros, la espalda ancha, los brazos pegados al tronco.

Se acerca más, podría cogerme ya los pies. Y lo curioso es que no parece andar. Es como si flotara, como si se trasladara sobre una cinta automática, sin esfuerzo, hasta mi cama.

Me doy cuenta de que no me he movido, que sigo tumbada, bocarriba, inerte. Y empiezo a desear querer hacerlo. Quiero mover los brazos, los pies, salir de la cama, salir corriendo. Y lo deseo, lo deseo con todas mis fuerzas, obligando a mis músculos a responder, obligando a mi cerebro a darle la orden a mis piernas. Pero no me muevo.

Y empiezo a llorar porque quiero estar viva. Seguir viva. Porque ahora entiendo que esa figura oscura ha venido a arrebatármelo todo. Ha venido a convertirme en oscuridad, en una figura sin rostro. Ha venido a convertirme en lo que es él. En nada.

Lo está intentando. Sé que el escalofrío, que nace en cada uno de los extremos de mi cuerpo, lo ha provocado él. Lo sigue intentando. Y ahora, toda la sensación térmica se concentra en el pecho, y me oprime, vaciándome los pulmones, vaciándome de vida. No respiro.

Necesito inspirar intenso. Gritar. Gritar muy fuerte. Tan fuerte como no he gritado nunca. Y que alguien me escuche. Y que alguien se lo lleve. Que encienda la luz y desaparezca. Que se vaya.

Pero no me oigo hacerlo. Porque, aunque lo hago con fuerza, aunque sienta que me estallarán la cabeza y los pulmones, no grito. Lo está consiguiendo. Me lo está robando todo. No

respiro.

—Cristina, Cristina.

—¡Noo!

—¡Cristina! ¡Despierta!

—¡Noo!

Los brazos de mi padre me rodearon y conseguí abrir los ojos. La habitación seguía a oscuras, pero la puerta estaba abierta y la luz del pasillo convirtió en un tono gris anaranjado todas las esquinas del cuarto. Tras mi padre, en la puerta, una silueta a contraluz, seguía de pie. Di un respingo.

—Tata, ¿estás bien?

Al oír su voz y verle entrar, entendí que no era otra cosa que Iván. Todo había sido otra pesadilla. Una más, igual de horrible que siempre. No me acostumbraba a ellas, porque hasta que alguien no me despertaba, las vivía como si fueran ciertas.

El rostro de mi hermano estaba descompuesto y el de mi padre aún no había podido verlo, porque seguía escondido en aquel abrazo. No era la primera vez que corrían hasta mi habitación. Si Álex dormía conmigo, las pesadillas no eran así. Aparecían a veces, pero eran sueños de los que me podía despertar yo sola, sin gritos, sin pánico. Solo con aquella sensación de desasosiego, que desaparecía en cuanto me ovillaba en el calor de su cuerpo.

—Ya estoy más tranquila.

—Me he levantado al baño y me he asustado mucho al oírte gritar. He despertado al papa corriendo.

—Nos has vuelto a dar un buen susto, sí.

Mi padre me miró a los ojos, preocupado.

—¡Manel! ¿Puedes decirme qué pasa?

—¡Tranquila, mama! —lancé mi voz hasta su habitación—. ¡Ha sido otra pesadilla!

—¿Estás bien? —respondió ella.

—¡Sí, sí! ¡Todo bien! —contesté—. Volved a dormir —les dije a los dos hombres que estaban aún, plantados, a los pies de mi cama—. Yo también lo haré.

Mi padre me revolvió el pelo, como hacía cuando era pequeña, y salió de la habitación. Mi hermano, indeciso, apoyaba su peso en un pie y luego en otro, sin atreverse a nada.

—Vete tranquilo, Iván. Vuelve a dormirte.

—Vale... —dudó—. Te dejo la puerta abierta.

—De acuerdo —sonreí—. Apaga la luz del pasillo cuando salgas.

Volví a estirarme, acurrucándome y mirando, sin poder evitarlo, a la pared de la que había visto brotar aquella silueta oscura. Aún sentía la opresión en el pecho y el pulso acelerado. Cerré los ojos, obligándome a olvidarlo todo.

Pero no pude. Entreabrí el ojo izquierdo, después de dar mil vueltas en la cama y, al final, me atreví a mirar el reloj en el móvil. La una y cuarto de la madrugada. Mantuve la posición fetal en mi cama y volví a cerrar los ojos, detectando aún a través de los párpados el leve resplandor de la pantalla del teléfono. A los dos minutos, oscuridad absoluta de nuevo.

Me tumbé del otro lado e hice un esfuerzo por mantener cerrados los ojos. Lo único que me tranquilizaba era que, si no me dormía entonces, lo haría más tarde. Al día siguiente era sábado, no tenía que despertarme pronto para levantar a Iván, prepararle el desayuno ni llevarle al colegio.

Llevaba algo menos de dos horas en la cama. Una pena que la pesadilla llegara tan pronto aquella noche. Lo habitual es que las primeras tres o cuatro horas las durmiera más o menos bien. Por lo general, era a partir de las cuatro de la madrugada cuando los despertares se sucedían, uno tras otro.

«Ojalá Álex se hubiera quedado», pensé.

Sentí que volvía a dormirme y me dejé llevar.

Desperté, sin sueño. Quizá hubiera pasado el resto de la noche. Quizá fuera hora de levantarse. Abrí los ojos y el pasillo aún estaba a oscuras. Oía los ronquidos de mi padre, a lo lejos. Encendí la pantalla del móvil de nuevo. Las tres cuarenta y uno. Aún me quedaban horas por delante.

«¿Por qué Álex no se ha quedado a dormir?», «¿de veras tengo que pedirselo siempre?», «¿por qué es incapaz de quedarse conmigo?», me repetí.

He de reconocer que lo había intentado durante un tiempo, pero había vuelto a ser, sin quererlo, el mismo de siempre.

Paula me decía que entendía por qué me sentía tan sola con él. Hasta Alba lo decía. Ella, que era un espíritu libre que no necesitaba de nadie. Álex no. Álex quería que yo le entendiera a él. Que le diera su espacio, que respetara sus necesidades, que no podía estar siempre pensando solo en mí misma, decía. ¿Por qué no podía conectar con la angustia en mi voz, en mis ojos, en mi alma, cuando le rogaba que se quedar a mi lado?

Le conocía. Sabía que no era lo suyo. Me lo había dicho Paula y me lo había dicho Ismael. Incluso Tere me había hablado de él. De la clase de hombre en la que lo había convertido su vida.

Yo tenía la esperanza aún de ablandarlo, de enseñarle a sentir.

No, me equivoco. Tampoco sería justa con él si le describiera como un hombre insensible. La mayor parte del tiempo podía ser empático, comprensivo, tolerante e incluso un hombre perfecto sobre el que llorar. Al menos, con el resto del mundo lo era.

El problema lo tenía conmigo. Huía cuando me veía hundida. Directamente, me evitaba. Tere decía que no sabía gestionar el dolor que sentía al verme así. Quería crearla, de verdad. Ojalá fuera eso y no que estuviera dejando de quererme.

Enterré mi nariz en la almohada. No había cambiado las sábanas desde la última vez que había dormido conmigo, hacía seis noches. Aspiré con fuerza a mi derecha, haciendo mío su olor a *Hugo Boss* mezclado con su propio olor corporal. Volví a cerrar los ojos, imaginando que estaba a mi lado. Dejé la mente en blanco, empujada por el cansancio y me despedí del mundo.

Volví a despertar. Entonces sí, me levanté. Era de día y mis padres no estaban aún levantados. Pensé que, al haberse despertado por mi culpa de madrugada, estarían aún cansados y alargando el sueño. Aunque con lo puntual que mi padre siempre le daba la medicación a mi madre, me extrañó que al menos él, no estuviera trasteando en la cocina.

Sentada en el retrete, casi caí dormida de nuevo, si no hubiera sido por la incomodidad del frío de la tapa en mis muslos. Regresé a la habitación y miré el reloj de nuevo antes de volver a meterme en la cama. Las seis y veintitrés de la mañana. «¿En serio?», me dije, desesperada.

Abrí un cajón de la cómoda y agarré, furiosa, una de las sudaderas que Álex guardó de recambio cuando prácticamente vivía con nosotros. Una naranja, que había sido su preferida y que ni recordaba que yo le guardaba. Acurrucada de nuevo en el colchón, abracé la tela fría. No escuchaba el palpitar rítmico de su corazón, que tanta paz me daba cuando apoyaba mi cabeza en

su pecho. Pero creí que me serviría para al menos, un par de horas más.

Oí a mi padre cerrar la puerta de mi habitación, entornándola con cuidado y evitando, doblando la manilla al tope, que el pestillo hiciera ruido al encajar en el hueco del marco. No quise saber ya, ni qué hora era. Solo quería dormir.

Estoy en ello

Consulté el reloj en la esquina superior de la pantalla, mientras miraba en Facebook la última foto que Alba había colgado en su muro. Una imagen de Silver, estirada sobre un cojín, a punto de cazar una bola de cuerda con plumas de colores. Aquella gatita gris plata de ocho meses era la compañera fiel de mi amiga en su nueva casa. Un *loft* que había alquilado en pleno meollo del barrio del Borne, muy cerca del Parc de la Ciutadella. Pulsé «me gusta».

Era poco más de la una y se me había hecho tarde. No sabía si mi padre ya habría llegado o si aún estaría Tere con mi madre. Él tenía visita médica a las doce y media. El control de la próstata con el urólogo. Y mi suegra se había ofrecido para quedarse en casa y encargarse de la comida hasta que alguno de los dos regresara.

Esperaba que estuviera todavía, porque quería hablar con ella y organizarnos las Navidades. Estábamos a nueve de diciembre y quedaban, poco más de dos semanas para Noche Buena, así que no teníamos mucho margen.

Pensaba en esto cuando me di cuenta de que el metro estaba detenido en la estación de Catalunya. Recogí de mis pies el maletín en el que guardaba el portátil, un sinfín de folios y tres bolígrafos, y me apeé corriendo, justo cuando el silbato ya indicaba el cierre inmediato de las puertas.

Una vez en el andén me percaté de que se me había caído el jersey que llevaba en el antebrazo. Me giré en un impulso solo para alcanzar a ver cómo el metro estaba arrancando. «¡Me cago en la puta!», rechisté en voz baja. Dirigí mis pasos hacia el transbordo, lamentando haber perdido aquella prenda. Tere lo había tejido para mí con lana *mohair* de un tono verde manzana. Me encantaba su suavidad. Sabía que ella no se enfadaría por mi torpeza y que estaría dispuesta a hacerme otro, pero, aun así, me entristecía.

Volvía a casa después de una breve jornada de trabajo. Repetía cada día aquel trayecto desde la consulta hasta casa de mis padres. Aún me quedaba subirme al ferrocarril y después al funicular. Media hora más, de la que ya tenía hecha.

Después de aquella conversación con Paula, en la que le dije que iba a abrir mi propia consulta, me asaltaron de nuevo los miedos y retrocedí como un cervatillo asustado. Por aquello de no perder la costumbre. Como con todo, me había sumido en la indecisión de dar el paso de empezar a trabajar, perdiéndome en detalles superfluos, con el único propósito de que todo fuera perfecto. Demasiados pros, y demasiados contras, como para decantar la balanza en cualquier sentido.

Pero Álex, con aquella forma poco reflexiva que tenía de hacer las cosas, deshizo los nudos de todos mis miedos y tomó todas las decisiones que a mí me costaba tanto tomar.

Le propuso a Tere que fuera ella quien se quedara en mi casa hasta que mi padre encontrara a alguien que pudiera sustituirla o solucionara el tema de su jubilación. Encontró un despacho vacío en un centro médico, que se ofrecía a profesionales autónomos, y me empujó a alquilarlo,

cediéndome parte de su sueldo, para ayudarme a despegar.

Hasta ahí me había arrastrado. A pocos meses más, de los dos años que hacía que había tomado aquella decisión. Al momento en el que ya estaba haciéndome un nombre, ganando experiencia y ayudando a niños y a sus familias a superar sus problemas o a aprender a vivir con ellos.

A pesar de mis inseguridades, lo cierto es que no me estaba yendo mal, y en los últimos meses, la hucha que Álex había vaciado para mi negocio, la estaba llenando yo a pasos agigantados, para nuestro futuro piso.

Al final, no fue Tere quién se quedó al cargo de mi madre. En el mismo tiempo que yo despegaba el negocio, mi padre se prejubiló. Aunque contábamos con mi suegra para días excepcionales, como aquel, en que mi padre tenía que salir por algún motivo y yo tampoco podía montármelo en la consulta. Ser autónoma me aportaba flexibilidad, pero mis horarios dependían mucho de la disponibilidad y organización de los niños y los padres.

Llegué a casa cerca de las dos. Con poca hambre a pesar de no haber ni desayunado. Crucé el recibidor y entré en el salón, encontrándome a las dos sentadas en el sofá.

—Buenas tardes, señoras —saludé con una sonrisa.

—Hola, hija, ¿qué tal ha ido la mañana?

Aquella era mi suegra. Mi madre se encontraba en un estado soporífero, como pude comprobar al acercarme.

Le di dos besos y me fui a mi habitación para descargar mis cosas y ponerme cómoda. Me quité las bambas sin desanudar los cordones, descalzándome con los mismos pies, y las lancé a una esquina de la habitación. Una revotó contra el armario. Llevaba haciendo eso mismo desde pequeña y mis padres me riñeron cientos de veces por hacerlo. Ahora ya daba igual. Tere entró en la habitación.

—¿Se te ha caído algo? —la escuché preguntar a mi espalda.

—No, qué va —señalé la bamba y ella sonrió.

—Tú y Alejandro, tenéis la manía de quitaros los zapatos del mismo modo. Os da igual si los estropeáis —dijo con una sonrisa, al tiempo que cogía el abrigo que yo había dejado sobre la cama y la colgaba en el perchero—. ¿Te caliento la comida?

—¿Vosotras ya habéis comido?

—Sí, lo hemos hecho con Iván. Se ha ido hace cinco minutos, de vuelta al cole.

—¿Qué hay para comer?

—Lentejas.

Siempre que hacía lentejas, me arrancaba una sonrisa de la cara. La primera vez que estuvimos juntas, a solas, fue cinco meses después de que Álex y yo empezáramos a salir. Fue también la primera vez que me preparó lentejas, un apropiado diecisiete de agosto. Por aquel entonces, nuestra vida, aún era normal. Hacía tantos años de eso...

Álex se había empeñado aquel verano en que fuera a comer con él y su madre a su casa. Yo estaba trabajando de recepcionista en una consultoría del barrio de la Torrassa y alimentándome a base de *tuppers* fríos, pues no tenía tiempo de volver a mi casa al mediodía. Siempre trabajaba los veranos. En casa no necesitaban que lo hiciera, pero me satisfacía ganarme mi dinero para mis caprichos.

—Lo siento, princesa —se excusó, al otro lado del teléfono—. Se ha complicado el trabajo y no me da tiempo a ir a casa a comer. Ves tú sola. Ya he avisado a mi madre y te espera. Luego hablamos.

Recuerdo que aquel día hasta el metro se impacientó. Al salir del subsuelo, el asfalto de Hospitalet ardía en mis pies. El sudor perlaba mi frente y finos regueros de humedad, descendían por mi espalda. Hubiera dado cualquier cosa por retrasar ese momento, aunque lo cierto es que no tardé demasiado en llegar a su portal.

Llamé al timbre del cuarto tercera y esperé nerviosa a oír su voz, que al momento escuché a través del altavoz del telefonillo.

El ascensor me esperaba en la planta baja y subí mirándome al espejo, observando a aquella Cris insegura que parecía estar subiendo al infierno, colorado el rostro como estaba. Por primera vez iba a ver el hogar en el que Álex había crecido y se había convertido en el hombre que era entonces.

Tere me saludó animada en el rellano, en apariencia, contenta de tenerme allí, y, como buena anfitriona, tomó las riendas de aquella visita.

Me adentré en su casa delante de ella y me planté en el salón. Un amplio ventanal abierto al fondo, con las cortinas corridas a los lados, iluminaba sin compasión el lugar. No había televisión ni nada que pareciera destinado a entretener las horas de las dos personas que habitaban allí. La cocina estaba a mi izquierda, tras una puerta que conectaba directa al salón. Una cocina antigua, sin reformar, sin embargo, llena de vida.

—Cristina, ¿cuánto tiempo tienes para comer?

—Una hora, más o menos.

—Tiempo de sobra, entonces. Ven, que te enseñaré el resto del piso —dijo resuelta, dirigiéndose al pasillo que distribuía el resto de la casa—. Me ha llamado mi hijo y me ha dicho que no podrá venir a comer —se giró, para comprobar si la seguía, con una sonrisa en el rostro—. Comeremos solas.

—Sí, lo sé. Me ha llamado a mí también para avisarme.

—A veces pasa. Se le complica el trabajo y no sabe decir que no. Aquí tienes el baño —indicó, abriendo la primera puerta a la izquierda—, por si lo necesitas. Y, a mi derecha, está la salita. Suelo pasar el tiempo aquí. Puedes dejar el bolso si quieres.

A lo que ella llamaba salita, era lo que en mi casa, utilizábamos como habitación individual. Una mesa redonda, alrededor de la cual no cabían más de tres sillas, que tanto podía servir para comer, quemar cigarrillos en el cenicero o coleccionar libros de sopas de letras y lectura, estaba situada a un lado de la estancia. Sobre ella, en aquel momento, descansaban unas gafas de montura de metal y un juego de vajilla y cubiertos para dos. Al fondo, pegado a la pared y bajo la ventana que daba al parque trasero del edificio, había un pequeño sofá. Repleto de cojines en el que acomodarse, protegido con una colcha, y en el que reposaba una bolsa de labores, de la que sobresalía un estuche de agujas de tejer y varias madejas de lana de colores llamativos. En aquella habitación sí habían instalado un televisor, que en aquel momento emitía las noticias de Antena 3.

—No creo que a Alejandro le importe que te enseñe su habitación. Ayer le vi ordenando un poco, así que creo que él tenía intención de hacerlo.

Qué extraño me resultó escuchar su nombre completo por primera vez. Alejandro. En el breve lapso de tiempo en que pensaba aquello, su madre salió de la salita y la seguí, sin casi tener que dar un paso a la derecha, pues ya estábamos al final del pasillo. Tere abrió una puerta y me dejó

vía libre.

Miré con timidez aquella habitación, que se abría ante mí para desvelar algo más de mi misterioso novio, al que tan poco le gustaba hablar de sí mismo.

Lo primero que vi fue el enorme grafiti en la pared derecha, con letras grandiosas, pintadas en colores vivos, metalizados, y en el que se leía «Álex». Un armario, una cama individual bajo la ventana y una mesita de noche, eran los únicos muebles que la llenaban. Tenía su propio televisor, una minicadena enorme, varios discos de vinilo, CD, e incluso algún casete, colocados sobre una estantería. También colgaban de la pared, con chinchetas, no menos de diez gorras, incluida la del servicio militar; un póster de Guns N'Roses; y decenas de fotografías de motocicletas. Lo único que parecía haber crecido con él, en aquella habitación, era la colcha de la cama, de un sobrio color gris. Y el cenicero, que, con algunas colillas, reposaba sobre la mesita de noche junto a una lamparita.

Pensé que era curioso cómo algunas personas nos aferramos en ocasiones a aquellas cosas que nos hacen evocar momentos pasados, y lo difícil que resulta a veces dejar espacio a lo que espera por llegar.

—¿Teresa? —asomé la nariz al pasillo.

—¡Estoy en la cocina! —Su voz me llegó amortiguada por el sonido de platos y metal de ollas y cazos—. Estoy sirviendo. Espérame en la mesa, ahora mismo voy con los platos.

Obediente, salí de la habitación de Álex y volví a la salita. Dejé a mi derecha la puerta cerrada de la única habitación que no había visto, suponiendo que aquella no podía ser otra que la de mi suegra.

Me senté a la mesa y a los pocos segundos apareció ella con dos platos en la mano, que colocó con cuidado sobre la mesa. Bajo mi nariz, humeante, me esperaba un plato hondo a rebosar de cocido de lentejas. «¿Cocido de lentejas? ¿De verdad?», sudé el pensamiento.

A treinta y dos grados, uno de los días más calurosos de aquel verano, lo último que me apetecía comer era precisamente un plato de lentejas. De repente eché de menos las ensaladas fresquitas que me había preparado los días anteriores y me había comido, hastiada, en un *tupper*.

Tere se sentó a la mesa frente a mí. Me sentía cómoda, excepto por el ínfimo detalle de que cada cucharada me ardía en el esófago y sentía cómo se aposentaba, pesada, en mi estómago, subiendo mi temperatura corporal de grado en grado, pese a lo mucho que se afanaba mi organismo en transpirar para compensarse.

Por suerte, tenía Coca-Cola fresca sobre la mesa, con la que enfriar las lentejas en mi boca después de cada cucharada. Al final, y casi sin darme cuenta, el plato estaba vacío y bien rebañado.

—¿Te han gustado?

—Sí. La verdad es que estaban muy buenas.

—¿Quieres que te ponga un poco más?

—No, muchas gracias, estoy llena.

«¡Ni loca paso por este calvario una segunda vez!», me dije.

—¿Quieres algo de postre?

«¿Algo como una *fondue* de chocolate bien calentita?», contuve.

—No te preocupes, me he quedado muy a gusto.

Vi asomar una risilla camuflada bajo la nariz de aquella mujer mientras se llevaba el vaso a la boca. Estaba segura de que por dentro estaba retorciéndose de risa, viéndome pasar por aquel aro como lo estaba haciendo, bien dócil y aguantando la compostura lo mejor que sabía. Lo único

que me consolaba era que las lentejas estaban riquísimas y que repetir aquel plato un mes de enero, sí sería una muy buena idea.

Nos despedimos en el rellano.

—Me ha gustado comer contigo, vuelve cuando quieras.

—Gracias. Lo hablaré con Álex, a ver si otro día podemos comer juntos los tres.

Justo cuando el ascensor se ponía en marcha, escuché el pestillo de su puerta y el ruido sordo de la vuelta de llave. Me miré al espejo, comprobando cómo el rímel había hecho estragos en mis párpados, húmedos como estaban de sudor, e intenté retocarlo con el dedo y un poco se saliva. Supongo que ella, en su casa, se permitió dar rienda suelta a sus risas. «¡Qué cabrona!», me reí yo también ante el espejo.

La siguiente vez que comimos juntas, me preparó una paella valenciana, típica de su tierra, riquísima.

—Entonces, ¿qué? ¿Te caliento ya las lentejas o prefieres esperar a tu padre?

Tere me obligó a regresar al tiempo presente, al de 2011, que quedaba muy lejos del de aquellos recuerdos.

—Prefiero comer ya, porque después he quedado con Álex y pensaba que cuando llegara mi padre, podríamos irnos juntas a vuestra casa. Pero no te preocupes, ya me las caliento yo.

—Si no me cuesta nada, mujer. Anda, ves al comedor con tu madre, que ahora te llevo el plato —dijo, empujándome por el pasillo.

Me senté en el sofá, arrellanándome en él. Miré a mi madre, que estaba sentada en el otro sofá, cabeceando en un estado de inconsciencia. Me incomodaba verla en aquella postura, con el cuerpo inclinado. Siempre caía hacia el lado en el que no conservaba ni fuerza ni sensibilidad. El brazo izquierdo inerte, colgando de su hombro y los dedos de la mano rígidos, doblados en una especie de garra, estaban apoyados con cuidado en unos cojines. Habría sido Tere quién lo habría colocado así, pues mi madre a duras penas se acordaba de aquella extremidad.

Me planteé por un segundo la posibilidad de incorporarla y devolverle la verticalidad a su tronco. No tenía muy claro si la quería despierta, así que al final no lo hice. A cambio, cogí el mando del televisor que estaba sobre la mesa de centro.

—¿Quién ha cambiado de canal? —dijo, con voz pastosa.

«¡Mierda!», lamenté.

—Hola, mama. He sido yo.

—Pues vuelve a poner lo que estaba viendo.

—Si no estabas mirando la tele —contesté, sin mirarla, buscando canal tras canal, uno en el que emitieran las noticias.

—Sí lo estaba viendo —dijo, irritando el tono.

—Pero si estabas frita...

—Solo estaba descansando los ojos.

—Ya. Descansando los ojos... —me reí.

En mala hora lo hice. La ira transformó su rostro en uno que ya conocía demasiado bien y que no auguraba nada bueno.

—Pon lo que estaba viendo —exigió.

—Mama, no vives tú sola en esta casa, ¿te acuerdas?

—¡Sé de sobra que no vivo sola en esta casa! —gritó—. ¡Para desgracia mía! ¡Porque me sobráis todos aquí! —escupió rabiosa.

—Haya paz —intervino Tere, apareciendo en el salón—. ¿Se puede saber por qué estáis discutiendo esta vez?

—¡Porque la niña ha cambiado de canal sin preguntar y se niega a poner lo que yo estaba viendo!

—¡Yo no me niego a poner nada! Pero tú estabas durmiendo y yo quería ver las noticias un rato. ¡No tengo más rato que este, para hacerlo!

—¡Te he dicho que no estaba durmiendo!

—Gloria, por qué no dejas a tu hija que vea un poco las noticias, mientras come, ¿y luego ya te pone otra vez el canal que quieras? —intentó calmarla Tere.

—¡Tú no te metas! ¡Aquí nadie te ha dado vela!

Me levanté, cogí el plato de la mesa y me lo llevé a la habitación. Había aprendido que lo mejor en estos casos era largarse. Casi como en un «pónganse a cubierto». Porque, llegados a ese punto, razonar con ella era tarea inútil y, aunque cediera a sus deseos, no iba a recular en su escalada. De hecho, fue eso lo que hizo, justo hasta que mi padre entró por la puerta una hora después.

—¿Qué te han dicho en el médico? —pregunté apareciendo en el salón.

—Ha salido todo perfecto. Control en un año —sonrió.

Respiré tranquila. No había querido darle muchas vueltas al asunto, preferí pensar en otras cosas que en los resultados médicos de mi padre. Mi *avi* falleció precisamente por un cáncer de próstata, y mi padre se hacía controles anuales desde los cuarenta años, por prevención. Siempre salían bien, pero hasta que no lo confirmaban, se respiraba cierta inquietud en casa.

No me atrevía ni a meditarlo con profundidad, pero era un pensamiento constante en mi cabeza, al que le daba más o menos espacio, en función del momento. No sabía cómo nos apañaríamos si mi padre caía enfermo o le sucedía cualquier cosa. En definitiva, si nos faltaba alguna vez. Cosa que, contaba, no nos ocurriera nunca.

Nuestra oportunidad

Cuando llegué del trabajo, mi madre y Cris estaban sentadas en la salita, charlando a saber sobre qué, pues enmudecieron justo cuando pasé como un suspiro, por delante de la puerta. Entré en mi cuarto para coger ropa limpia del armario y me fui directo a la ducha. Las oí volver a cuchichear al encerrarme en el baño.

Había llegado eufórico a casa, deseoso de estar a solas con Cris para explicarle lo que tenía en mente. Esperaba que se ilusionara tanto como yo.

Tardé poco en refrescarme, salir de la ducha y vestirme. Tan poco, que Cris apenas tuvo tiempo de acabarse el cigarro que la había visto encender en mi vuelo por el pasillo, cuando le lancé un beso.

—¿Nos vamos en coche o en moto? —pregunté.

—A ver, amor, si vamos a comprar regalos, ¿en qué quieres que vayamos?

—A mí me apetece ir en moto.

—En coche. Vamos a ir en coche... —contestó, poniendo los ojos en blanco al tiempo que cogía la chaqueta y el bolso, y se levantaba del sofá.

Le dio dos besos a mi madre y ella se los devolvió añadiendo un abrazo cariñoso. Me gustaba ver la complicidad que existía entre ellas. Las dos mujeres más importantes de mi vida.

Conduje hasta el centro comercial Gran Vía 2, estrujando las marchas y sin prestar demasiada atención a la velocidad, aprovechando que Cris repasaba distraída la lista de regalos en voz alta.

—¿Quieres frenar un poco? ¡Por Dios! —se quejó, cuando al coger una rotonda, el bolso salió disparado de sus rodillas y aterrizó junto al freno de mano—. A ver... —continuó, cogiéndolo y dejándolo en sus pies—. Mi padre este año ha decidido comprarle a Iván un par o tres de juegos para la PlayStation 3. Como la consola ya le cayó para su cumpleaños en octubre... —blanqueó los ojos, porque seguía pensando que la consola, habría sido mucho mejor regalo para Navidad—. Mi hermano quiere el *Call of Duty* sí o sí, pero no sé si es pronto para comprarle un juego tan violento.

—Mujer, si todos los niños de catorce lo tienen ya.

—Ya lo sé. Aun así... —frunció el ceño—. En fin, ya lo pensaré. Para mi madre, me ha pedido que le mire una colonia fresquita o un pijama.

—¿Otra vez?

—¿Y qué quieres que le compre? Si nunca sale de casa.

—¿Y nosotros qué le compramos a Iván?

—No tengo ni idea. Lo único que pide son videojuegos. Esta noche pensaba sonsacarle otras cosas. Para tu madre...

—¿No estamos yendo hoy a comprar los regalos? —la interrumpí.

Cris ni se dignó a contestar. Me miró con los ojos inyectados en la desesperación y con el gesto propio de quien está a punto de retorcer el pescuezo de alguien. Dejé que aquella mirada se

enfriara sola.

Vale, ya sabía que las compras de Navidad siempre requerían más de un día. Más bien, un tiempo parecido a cuatro o cinco y la visita de, por lo menos, tres centros comerciales. Eso no me quitaba la esperanza de que, al menos un año, tuviéramos suerte y liquidáramos aquella tarea en una tarde.

Llevábamos ocupándonos nosotros solos de aquellas compras seis Navidades seguidas. Manel no se apañaba bien con esa tarea y Cris la había asumido como suya. Y yo, como con todo, me veía arrastrado a sus obligaciones familiares. A veces, pensaba que mi suegro se acomodaba un poco, pero aquello no se lo iba a decir a la mujer, «yo me encargo de todo», que estaba sentada a mi lado.

Cris siguió cantando su lista y yo asentí a cada una de sus propuestas.

—Y para nosotros, ¿has pensado qué comprarnos? —pregunté.

—Tu regalo lo tengo clarísimo. Pero no voy a comprártelo hoy, ¡listo! —contestó, de guasa.

—Yo había pensado en algo que pudiéramos disfrutar los dos.

—No querrás hacer eso... —rió—. Es muy buen regalo, el que tengo en mente.

Frené el coche ante el semáforo que acababa de ponerse en rojo y la miré interrogante, alzando una ceja. Cris sonreía con pillería, intentando disimular las ganas que sabía que tenía, de que le preguntara. Por un momento me planteé la posibilidad de desdecirme de mi propuesta y quedarme con el regalo individual que ella tenía previsto, pero mis planes esas Navidades iban más allá de cualquier capricho.

Arranqué y me metí en el *parking* del centro comercial.

—Este año apuesto por algo para los dos. Ya lo tengo decidido, así que no compres nada.

—Pues ya me dirás qué es lo que podemos disfrutar los dos... —meditó—. ¿Un conjunto de cascos nuevos?

—¡Qué va! ¿Qué dirías si te propusiera comprarnos un televisor, o una minicadena, o una nevera?

—¿Una nevera? ¿Y cómo esperas que disfrutemos de una nevera? ¿La instalamos en el maletero del coche? —se desternilló.

Sonreí con ella, aunque lamentara en el fondo que no hubiera sido capaz de pillarme la indirecta. Supuse que, para variar, no estábamos en la misma onda. Apagué el motor del coche que había aparcado en la primera plaza que encontré libre.

—De eso quería hablarte. Tengo un plan.

Ahora sí, me había captado. Lo supe porque dejó de reír, sacó un cigarrillo del bolso y lo encendió. No dijo nada, que ya era mucho. Estaba dispuesta a escucharme, pero sabía que solo oírme decir que yo tenía un plan, ya la había puesto nerviosa.

Ella siempre decía que mis ideas eran alocadas y arriesgadas. Yo creía que ella no se atrevía nunca con nada y que se anclaba en una falsa seguridad. Siempre nos costaba ponernos de acuerdo.

La última vez que, casi obligada y tras muchas peleas, Cris se dejó llevar por un plan ideado por mí, fue cuando la empujé a ejercer de psicóloga. Desde entonces, todas las decisiones respecto a nosotros, las había vuelto a tomar ella.

Me había acostumbrado a ello, a que fuera, como ella decía, la sensata de nuestra relación. No obstante, estaba convencido de que tocaba darle un nuevo empujón.

—Hoy un cliente me ha ofrecido un piso de alquiler a muy buen precio y he quedado con él para ir a verlo mañana. ¿Qué te parece?

Suspiró profundo. Me preparé para responder sus ruegos y preguntas, que sabía que, en ese breve lapso, ya tendría enfiladas en la lengua para escapar de su boca. Eso era exactamente lo que hacía siempre. Imaginar todas las variables, todos los contras, todos los posibles problemas que pudieran surgir, y soltármelos a bocajarro. Si no le daba la solución que quería oír, *Game Over*.

—¿Qué precio?

—Seiscientos euros.

—¿No es un poco caro?

«Primer reparo».

—No tanto. Ya sabes que últimamente los alquileres están subiendo como la espuma. El chico me ha dicho que el piso está recién reformado. Baño y cocina a estrenar. Nos lo deja cien euros más barato, por aquello de que soy conocido. Dice que en la zona están más caros.

—¿Y dónde está el piso?

—En Nou Barris, cerca de Virrei Amat. Te queda a menos de veinte minutos del despacho, en metro. Yo tengo un poco más de trayecto hasta el taller, pero en moto no me dará ni cuenta.

—¿Y de mis padres has calculado también a cuánto está? Ya sabes que no me quiero ir muy lejos de ellos.

«Segundo reparo». Este era el difícil y había tardado muy poco en ver la luz.

—Ya sé que no está justo a su lado, aunque piensa que, al menos, nos quedaríamos en Barcelona. Sabes que no me importa que miremos pisos en Vallvidrera, pero no hace falta que te diga lo que pican allí. Si no fueras una niña bien... —reí.

Apartó sus ojos de mí y empezó a girar, compulsivamente, el anillo que lucía en su dedo corazón, mirando a través de sus manos. Lo llevaba desde hacía más de un año, cuando se lo regalé en nuestro séptimo aniversario. Cuando se inquietaba, seguía necesitando algo que hacer con las manos, pero al menos, ya no se rascaba la piel hasta hacerse heridas, o rompía papelitos en cuadrados simétricos, llenándolo todo de pedazos de pedazos.

Podía interpretar su silencio de dos formas. O la había convencido y estaba planteándose de verdad, la posibilidad que le ofrecía, o no estaba para nada dispuesta y lo que hacía era cavilar más preguntas y contratiempos con los que derrumbar mis ansias. Sin lugar a dudas, lo segundo era, de calle, mucho más probable.

—Vale. Vamos a verlo.

—¿Perdona? —contesté incrédulo.

—Que vamos a verlo. ¿A qué hora has quedado?

Cris me miró de frente y por un momento, volví a ver a aquella chica de la que me había enamorado hacía ya nueve años, aunque solo lleváramos ocho juntos. Cuántas veces me había arrepentido, de haber perdido un año de mi vida a su lado.

Las chispas, centelleantes, en sus ojos oscuros; la ilusión en su sonrisa; la emoción, ruborizada, pintada en sus mejillas. Una expresión que echaba tantísimo de menos y que, inesperadamente, se alojó en su rostro aquella tarde. Me parecía como mínimo un sueño haber escuchado esas palabras de aceptación sin siquiera haber tenido que lucharlas. Por eso no supe ni qué contestarle. Cogí su mano, pasando a ser yo quien acariciara compulsivo aquel anillo.

—He quedado mañana a las cinco de la tarde. Pensaba que, siendo sábado, podríamos organizarnos bien. Luego le escribiré un WhatsApp para confirmárselo, siempre que estés segura de ello.

—Sí, lo estoy. Llevo tiempo posponiéndote dar este paso y creo que quizá deberíamos

intentarlo al menos. No te seguro que nos vayamos a quedar con este piso, pero vamos a mirarlo.

—Sabes que nos lo merecemos, ¿verdad? —dije acariciándole la mejilla—. Que ya nos toca.

—Lo sé, cariño, lo sé. Es solo que me cuesta tanto... —su voz de desgarró en ese momento, en que los miedos subieron hasta su garganta.

—No les dejaremos solos. Te lo prometo. Seguiremos estando ahí para lo que necesiten.

—En casa —susurró.

—En nuestra casa, tesoro. En la nuestra.

Se quedó callada. Aún con el cinturón puesto, congelada, sentada en el asiento del copiloto. Tan cerca, y a la vez tan lejos. Y no entendía por qué se había ido, por qué miraba a través de la ventana y no a mí, si yo solo le hablaba de esperanza. Si yo solo quería que volviera a soñar.

No me atrevía a romper el silencio. No me atrevía a llamarla, por si acaso volvía la Cris de los últimos años. La que se angustiaba y retrocedía mil pasos, antes de dar siquiera uno adelante.

Llevó una mano a su cara. Disimuló, amasándose el pelo, y se giró para mirarme. Y una vez más había lágrimas secas en sus mejillas. Las tristes, las que derramaba de espaldas, las que yo no quería ver nunca. Aquellas de las que acabábamos huyendo los dos.

Hizo el gesto brusco de acercarse a mí y el cinturón la frenó. Una, dos veces, tres. Porque a cada tirón que daba con el pecho, la cinta se empeñaba en retenerla. Dejó de hacer fuerza y rio nerviosa. Yo ocupé mis manos es desabrochar su cinturón, y ella, acercó sus dedos a mi nuca, para acariciar a contrapelo el cabello rasurado al dos, y con la otra mano, acarició mi sien, enredándose en el tupé que me había dejado crecer.

—Te quiero tanto que... —susurró, vibrando en mis labios.

Me besó antes de acabar la frase. Y me dio igual lo que tuviera que decir, porque teniéndola en mi boca no necesitaba escuchar nada más.

Nos olvidamos de que estábamos en un *parking* público, de que teníamos que comprar regalos y de que la vida había corrido más que nosotros.

Lo olvidamos todo y la besé hasta dejarla sin respiración. Detuvimos el tiempo para nosotros, para recordarnos a nosotros. Y nos dejamos llevar por aquel amor visceral que sentíamos. Rápido, apasionados, escondidos tras los cristales tintados de nuestro coche.

Porque yo también la quería tanto que...

Tú me ilusionas

Nos encantó. Un piso pequeño, un poco justas las habitaciones, pero perfecto para empezar. Recién pintado en blanco inmaculado, amueblado con los básicos de IKEA, el piso tenía un toque nórdico que me enamoró.

Yo imaginaba una manta polar sobre el sofá gris a estrenar, unos cojines negros, las cortinas blancas y cuatro fotografías sobre el aparador. Decidí que pintaría dos cuadros con colores vivos, y los colocaría sobre el sofá. Hacía muchos años que no cogía los pinceles, quizá ya era hora de volver a hacerlo.

Álex solo visualizaba un televisor de cincuenta pulgadas y una minicadena de trescientos watos en el mueble del salón. «Aunque a lo mejor la tele la pongo en la habitación, porque no sé si te dejaré salir de la cama», cuchicheó en mi oído, cuando me hizo pasar a la cocina delante de él y me estrujó el culo. Me servía.

Salimos contentos, eufóricos, porque no solo nos íbamos a quedar el piso, sino que habíamos conseguido cincuenta euros más de rebaja. Empezaríamos 2012 en nuestra nueva casa.

Paseando por la calle, camino al coche me llegó el olor a dulces y a café. A mi izquierda, el escaparate de una cafetería exponía detrás del cristal, madalenas, cruasanes, berlinas y un sinfín de pastas más. El buen humor me había abierto el apetito.

—Álex —le frené, cogiéndolo de la mano—. ¿Por qué no nos tomamos algo y hablamos con tranquilidad?

—¿De qué quieres hablar? ¿Tienes alguna duda?

—Solo una —dije, asustándole, pero por poco rato—. Que no sé si quiero un cruasán o una madalena con arándanos —sonreí.

—Vaya, vaya... La tenemos caprichosa a la niña —rio, abriendo la puerta y colocando su otra mano en mis lumbares, invitándome a pasar delante de él.

Las paredes del local estaban forradas en paneles de madera color pino, algunas, pintadas en verde menta. La decoración, cuidada al detalle, consistía en distintos carteles estilo *vintage*, la mayoría con mensajes positivos, como «todo es posible en la vida», «no hay límites para los sueños» o «contigo iría al fin del mundo».

Creo que me contagié del espíritu de aquellos mensajes, porque decidí que volvería a pisar aquel local en más de una ocasión. Estaba solo a dos calles de mi nueva casa. ¡Mi nueva casa! Me parecía increíble estar pensando ya en esos términos.

En la cafetería solo había dos chicas, sentadas en la mesa del fondo, cuchicheando. Deberían tener mi edad, más o menos. Me senté en una de las mesas, y desde allí, contemplé a Álex acercarse a la barra. Le vi pedir el Cacaolat y el café con leche que habíamos decidido tomarnos y esperar de pie, recostado con el codo sobre el mostrador y la mano derecha en su cintura. Descansaba un pie sobre el otro, cruzado a la altura de los tobillos. Me gustaba verle así, distraído, listo para perderse en el vuelo de una mosca.

—¡Cariño! —le llamé levantando la voz.

Apartó su atención de la cafetera para enviarme desde allí, una sonrisa espectacular. La misma que tenía cuando le conocí. Aquella, burlona, que torcía levemente a la derecha y que solo había cambiado, por la barba de tres días que la enmarcaba ahora. Era una pena que, a sus treinta y tres años, aquella sonrisa me cegara tan pocas veces.

—¿Compartimos un cruasán?

Me indicó con el pulgar que estaba de acuerdo y volvió a girarse, para pedírselo a la camarera. Vi, de reojo, cómo una de las chicas de la mesa del fondo nos miraba. En realidad, le miraba a él. Le dijo algo a su amiga y esta, sin fingir si quiera, se giró para repasar de arriba abajo a mi novio. Acabé por acostumbrarme a eso. Álex siempre llamó la atención de las mujeres y con el tiempo, incluso más. Los años le habían vuelto más interesante. Con esa barba en apariencia descuidada, las cuatro canas salpicando sus sienes y las dos pequeñas arrugas cruzándose en el vértice de sus ojos verdes.

A veces ni yo misma me creía cómo podía seguir tan enamorada de él. Tan ciegamente perdida y atrapada en su magnetismo. Caminó hacia mí. También seguía moviéndose igual. Acechante, como si en cualquier instante, fuera abalanzarse sobre una presa. Me miró, de aquel modo penetrante, que decía: «aunque corras, princesa, ya eres mía». Y me arrastré a sus pies, como siempre. Porque nunca podría escapar de él. Su presencia, siempre lo ocuparía todo, empezando por mí.

Dejó la bandeja sobre la mesa y se sentó en la silla de enfrente. Llenó mi vaso con el chocolate, acercándomelo. Partió el cruasán en tres, quedándose él las puntas y dejando en el plato, para mí, la parte mullida. Sonrió, abriendo el sobre de azúcar y echándolo en su taza, que empezó a remover con la cucharilla.

—Amor... —cuchicheé—. ¿Sabes que sigues levantando pasiones allí a dónde vas?

—¿Por qué lo dices?

—Hay unas chicas sentadas detrás, que no te quitan ojo de encima —reí.

—Con que no me lo quites tú, me vale —contestó, con un guiño, sin siquiera curiosear a su espalda.

Me perdí en el verde bosque, de su mirada, que se oscureció aún más, al sostener la mía. Sus ojos continuaban transformándose así, cuando imaginaba cualquier escena subida de tono.

—Bueno, hablemos en serio —dije, interrumpiendo sus pensamientos, antes de que atacara sin avisar—. Deberíamos hacer una lista de imprescindibles.

—¿Ya te vas a poner a hacer listas? —sonrió, recostándose en la silla y volviendo sus ojos, a su color habitual.

—Claro, que te conozco. Vas a empezar a comprar al tuntún y por capricho, y se nos irá el presupuesto de las manos.

—Tenemos dinero de sobra, hemos estado ahorrando muchísimo. El piso está amueblado y tiene electrodomésticos. ¿Qué nos falta?

—¡Pues de todo! Necesitamos cubertería, vajilla, sartenes, ollas, sábanas, toallas... ¡Que empezamos de cero! Por no tener, no tenemos ni escoba ni mocho.

—No había caído en eso —contestó, rascándose la nuca.

—Tú, con la tele y la minicadena, ya estás listo para vivir —reí.

—Y contigo. Contigo, ya estoy listo para vivir. —Cogió mis manos sobre la mesa—. No me creo que vayamos a hacerlo, a dar el paso.

—Ni yo. Pero al final, todo parece llegar.

Cogí el vaso de Cacaolat y de un trago, endulcé mi estómago con el chocolate, si es que podía

endulzarlo más de lo que estaba. Me sentía feliz, ilusionada. Quería irme ya mismo con Álex a ese piso.

—¿El lunes quedarás con él para darle la entrada?

—Sí. Me ha dicho que se pasará un momento por el taller y aprovecharé para darle nuestros datos. Cree que, para la otra semana, el gestor tendrá listo el contrato para firmarlo.

—Qué rápido, ¿no? No nos daremos ni cuenta, y estaremos viviendo juntos.

—¡Y teniendo niños! —rio.

—¡Eh! Afloja, que te embalas —me alarmé.

—Era una broma, mujer.

—Sí, una broma, pero tú ya la has soltado. Aún no nos hemos mudado y ya estás pensando en tener hijos. ¡Qué manía con las prisas!

—Solo ha sido un comentario tonto, ¿por qué te lo tomas tan a pecho? —preguntó sonriente.

—Porque te veo venir, espabilado.

Álex rio. Ya sabía yo que su broma tenía un poquito de verdad.

—Vale. Iremos despacio, como tú quieras. Compremos la tele y los cubiertos, y luego ya te hago el bombo.

—¿No olvidas un paso intermedio? —pregunté, desternillándome.

—¿Paso intermedio? No creía necesario concretarte todos los polvos que te echaré. Pero vale, cubiertos, folleto, y bombo —se rio.

—¡Eres un idiota! ¡Ya sabes a qué paso intermedio me refiero!

Riendo, dirigí un puñetazo hacia él, que detuvo antes de que aterrizara en su hombro y, cogiéndome el puño, me atrajo brusco hacia sus labios, por encima de la mesa, invadiéndome con su lengua.

Qué rabia que Javier le hubiera enseñado a parar los golpes con esa velocidad. Porque se merecía uno bueno.

Increíble, pero cierto

Yo ya se lo había dicho a mi madre, aunque Cris decía que necesitaba un poco más de tiempo para explicárselo a sus padres y a Iván. No sabía cómo hacerlo, cómo sacar el tema. Estaba meditando las palabras exactas que usaría, para transmitir el mensaje y que quedara claro que se iba y que, al mismo tiempo, no lo hacía. A mí no me parecía tan difícil. «Álex y yo nos vamos a vivir juntos, aun así, podéis seguir contando con nosotros para lo que haga falta», le propuse que dijera. Pero no le pareció bien. «Demasiado brusco», me contestó.

Al final, había decidido que, siempre que no se echara para atrás y se lo dijera, ya me daba por satisfecho. Y que no iba a desdecirse lo tenía claro, porque aquella misma noche, después de ver el piso, habíamos quedado con Paula e Ismael. Y era ella, la que quería darles la noticia.

A las once me recogió con el coche en casa. Habíamos quedado con ellos en Gracia. Nos habían hablado bien de aquel restaurante sirio y Cris pensó que ir a un sitio nuevo era un buen modo de celebrar que las cosas iban a cambiar.

Estaba tan positiva, tan optimista, que no me lo creía. No parecía mi Cris. O sí. Pero una que hacía tantos años que no veía, que ya me costaba hasta reconocerla.

Las calles estaban adornadas como todos los años en Barcelona. Copos de nieve, campanas y mensajes de *Bones Festes*, brillaban sobre nuestras cabezas, con luces parpadeantes. Los escaparates de las tiendas, que alargaban la hora de cierre, también ayudaban a crear aquel ambiente festivo y de buen humor, que yo sentía fuera y dentro de mí.

Aquel año, mi mejor regalo de Navidad me había llegado antes de tiempo, cuando la mujer que me acompañaba paseando, cogida de mi mano, aceptó irse a vivir conmigo. Ni me importaba qué era lo que había decidido comprarme antes de nuestra conversación.

Me sentía tan plétórico, que la abracé ahí mismo, alzándola en volandas y haciéndola girar sobre mi eje, en mitad de la calle Verdi, frente a la puerta del restaurante. Cris no hacía otra cosa que reír, nerviosa, fantaseando con la expresión de Paula cuando se lo dijéramos.

Los vimos venir, paseando calle abajo, cargados de bolsas. Entré un segundo, para pedir mesa. Lo que tardaron ellos en alcanzarnos. Cuando salí, ya estaban saludando a Cris.

—Qué tal, chicos. ¿Cómo vais, además de cargados?

—¡Hola! —chocó mi mano Ismael.

—Hemos ido a Plaça Catalunya antes de quedar con vosotros, para aprovechar y hacer algunas compras de Navidad —explicó Paula.

—Podemos fumarnos un pitillo, mientras preparan la mesa —informé.

No nos lo habíamos acabado ninguno, cuando el camarero salió a buscarnos. El restaurante estaba a reventar. Nos sentaron en una mesa para cuatro al fondo del local, dejaron las cartas sobre el mantel y nos dispusimos a inspeccionarlas. No habíamos cenado nunca en un restaurante sirio. No sabíamos ni por dónde empezar.

—Yo pediría de todo, así no nos equivocamos —dijo Ismael, cerrando su carta.

—¡Ostras, Ismael! Nos pondremos como cerdos —replicó entre risas Cris—. ¿Has visto todo lo que hay?

—Yo tengo buen buche... ¡ya lo sabes! Lo que sobre, para vosotros —rompió a reír.

Al final Paula, como buena anfitriona que era siempre para estas cosas, puso orden, pidiendo cuatro platos para compartir, entre carnes, ensaladas y distintos tipos de *hummus*.

Ismael acaparó la conversación un rato, detallando la equipación del nuevo coche que quería comprarse, mientras Paula resoplaba a ratos, diciendo que no con la cabeza. Yo le daba algún codazo a Cris, para que se envalentonara a soltar nuestro bombazo, pero no me captó. Abrió tema de conversación con Paula, sobre el último rodaje en el que ella había participado, dejándome a mí solo con el audio de la ficha técnica del Audi A4.

El camarero dejó los platos sobre la mesa, y antes de que Ismael se abalanzara sobre la comida, ya que no se demoraba nunca en hacerlo, hablé.

—Chicos, antes de empezar, querría decir algo.

—¿De verdad? A estas alturas de tu vida, ¿vas a bendecir la mesa? —interrumpió, tan bruto como siempre.

—¡Qué imbécil eres! —se desternilló Cris.

—¡Ya está insultando la señora! —fingió ofenderse él—. Cualquiera día te lavo esa boca con jabón.

—No te insulto, te describo —rebatí ella, todavía riendo a carcajadas.

Paula y yo nos miramos, suspirando, como hacíamos siempre que los dos iniciaban esas conversaciones picajosas. Para estas cosas, eran tal para cual. Siempre estaban a ver quién la decía más gorda. Qué paciencia teníamos los dos...

—Venga chicos, dejadlo estar y escuchad —interrumpí.

—¡Corta rollos! —se quejó Ismael— ¡Iba ganando!

—Ni en sueños me ganarías —respondió Cris.

Me eché una mano a la cara, desesperado. Cris me vio y todavía tronchándose, empezó a hablar.

—En serio —inspiró, recuperando el resuello—. En serio. Tenemos algo que deciros.

Ismael empezó a servirse en el plato, todo oído, y Paula sonrió. No sabían qué esperar, pero querían escuchar algo bueno.

—Álex y yo hemos encontrado piso y nos vamos a vivir juntos.

—¡Por fin! —gritaron al unísono.

Después, se sucedieron cientos de preguntas sobre nuestro nuevo hogar, dónde estaba y en qué condiciones, comentarios alternos de cuánto se alegraban y autoinvitaciones a cenar.

Cris lo explicó todo al detalle, ilusionada, y yo la dejé hacer. Me encantaba oírla planificar e imaginar. Por increíble que parezca, aquella noche disfruté de sus listas.

Una piedra en el zapato

Pareció que nunca iba a llegar aquel momento, debatiéndome siempre entre el deseo cada vez mayor, de irme, y la necesidad, apremiante, de quedarme. Pero ya estaba hecho. Álex me había confirmado por WhatsApp que había entregado la fianza y que solo nos quedaba firmar. No podía demorarlo más. Tenía que hablarlo con mis padres. El paso para independizarme ya estaba dado.

Así que camino a casa, en el metro, acabé de perfilar la conversación imaginaria entre mi padre y yo. No pensé, en ningún instante, y eso que visualicé todos los escenarios posibles, que acabara siendo como fue en realidad.

—No aguanto más, Cristina, me largo.

Sentenció aquello, sacando la ropa de los cajones de su habitación, tirándola desordenada sobre la cama, colocándola en ningún lugar, exponiendo ante mí, mi mayor temor.

Yo le miraba atónita, siguiéndole por la casa, viéndole esparcir sus cosas por todas partes. Nunca imaginé que mi padre podría faltarnos, por decisión propia.

Se dirigió a la cocina un segundo, a remover la verdura que estaba cociéndose a fuego lento.

—No. No puedes irte.

—Por supuesto que me voy. Tú no decides por mí. ¡Soy tu padre! Y no me vas a dar órdenes.

Salió en tromba de la cocina. Mi padre era corpulento, y mi cuerpo menudo, no fue suficiente para detener su paso, a pesar de haberme cruzado de brazos ante la puerta.

Acababa de entrar en casa. Eran las cinco y media de la tarde. Aquel lunes en la consulta había sido agotador; un concentrado de primeras visitas, atendiendo a padres sobradamente ansiosos y preocupados. Contener y acoger sus emociones, manteniendo la distancia con ellas al mismo tiempo, no me había resultado sencillo.

Seguí a mi padre por el pasillo de vuelta a la habitación.

—¡Pues lárgate ya! ¡Tendrías que haberte ido hace muchos años! ¡Inútil! —gritaba mi madre desde el comedor.

—¡Mama! ¡Cállate! ¡No empeores las cosas! —contesté, dejándome llevar por la angustia.

—¡Tú a mí no me mandas callar! ¡Quién te has creído que eres!

Mi hermano estaba en el colegio. Por suerte, no iba a presenciar aquella disputa.

—Papa, ¿qué ha pasado hoy? ¿Por qué estás así? —intenté suavizar el tono, observándole vaciar el último armario.

—Que, ¿qué ha pasado hoy? Que ¿qué ha pasado hoy?! ¡Lo que pasa todos los días de mi vida! ¡No lo soporto más! ¡No me merezco esto! ¡Mira!

Mi padre se remangó el pijama, mostrándome los morados que asomaban en su brazo.

—¿Ha sido ella? ¿Cómo...?

—¡Claro que ha sido ella! ¿Quién quieres que sea? La estaba llevando al baño, por décimoquinta vez esta mañana. ¡No soy tu esclavo! —le gritó a mi madre.

—¡Me vas a llevar al baño las veces que yo te diga! ¡Si no, no haberte casado conmigo!

—¿Lo ves? ¿Lo ves, Cristina?

Fui hasta el comedor, sin saber tampoco qué iba a hacer, ni qué decir. Lo único que sabía, era que mi madre no podía tratar así a mi padre.

—¿Tú has visto los morados que le has hecho al papa?

—¡Yo no le he hecho nada! ¡Se los ha hecho él!

—¡Y una mierda se los ha hecho él! ¿Por qué motivo se iba a hacer él esos morados?

—Para poder decir que le maltrato. Pero es mentira, Cristina, yo no le maltrato. Es él quién me maltrata a mí. No quería llevarme al baño ¡Cuando, sabe de sobra que yo sola no puedo ir! — chilló, para que mi padre la escuchara.

—¡Te había llevado ya diez veces al baño esta mañana! ¡Ya no tenías ni ganas de mear! ¡Solo lo haces por joderme! —contestó él, desde la habitación.

—¿No ves, mama, que no puedes estar pidiendo cada cinco minutos que te lleve arriba y abajo? Es normal que al final el papa se enfade, agotado, y se niegue a hacer viajes.

—Yo no tengo la culpa de tener ganas de mear.

—Es que es imposible que tengas ganas cada cinco minutos.

—¡Pues las tengo! ¡Vosotros qué sabréis de las ganas que tengo o no de mear! Tú también te pones de parte de tu padre, ¿verdad? Como siempre. ¡Ves, ves con tu padre! ¡Ves a lamerle el culo!

—Mama, te estás pasando. Sabes que no me pongo de parte de uno ni del otro, que también intento defenderte a ti muchas veces, pero si el papa hoy tiene el brazo lleno de moratones, ¿cómo voy a darte la razón a ti?

—Nunca te pones de mi parte. ¡Te encanta mandar en esta casa! ¡Era yo la que tenía la sartén por el mango antes! ¡Y mírate! ¡Me la has quitado tú!

—¡Yo no te he quitado nada, ni tengo ningún mango!

—Déjame en paz y vete con tu padre.

Regresé a la habitación con él, dando a mi madre por imposible. Le dijera lo que le dijera, siempre iba a darle la vuelta. Ella era la víctima de todo lo que acontecía en casa, la injustamente tratada y ninguneada. Quizá tenía algo de razón, sobre todo en la parte de ningunearla.

Debido a la lesión cerebral, se había convertido en una persona irracional, obsesiva, así que no nos había quedado otra opción que impedir que tomara decisiones en casa. ¿Era injusto para ella? Objetivamente, sí. Pero ¿qué podíamos hacer? Cada vez era más violenta, no sabíamos cómo protegernos.

Encontré a mi padre, abriendo una maleta y colocándola sobre el colchón.

—¡Papa! ¡Deja de sacar cosas de los putos armarios! —grité, perdiendo ya los nervios y tirando dentro de los cajones la ropa que encontraba encima de la cama.

—¡Estate quieta! ¡Ya he tomado una decisión! ¡Me voy a largar y no me veréis más!

—¿Y ya está? ¿Todo arreglado? ¿Y qué va a ser de nosotros? —contesté, cruzada de brazos —. ¡Mírame! ¡Qué va a ser de nosotros!

—Eres mayor, ya tienes veintisiete años, te apañarás muy bien. No me necesitas.

—¿E Iván? ¿Iván no te necesita tampoco?

—Te tendrá a ti y a Álex. Cuidaréis bien de él. Ya lo estáis haciendo.

Mi padre seguía sin atreverse a mirarme. Escupía sin filtro ninguno todo lo que sentía.

—¡Mírame y dime que te largas! ¡Dímelo a la cara!

Dejó de doblar su ropa, se incorporó y me miró a los ojos. Su mirada gris estaba más turbia que nunca.

—Me voy.

—Papa... —rogué, conteniendo un sollozo—. Entiendo tu desesperación, entiendo que no soportes un día más como el de hoy. Pero ni siquiera te has sentado a hablar conmigo de otras posibilidades.

Mi padre me dio la espalda, encerrándose en el baño. Y yo, me quedé ahí de pie, sola, en mitad del pasillo, al otro lado de la puerta.

—Pensémoslo en frío, por favor, pero no te vayas...

No contestó a mi voz, que, sin fuerza, pugnaba por atravesar la barrera de roble que nos separaba. Arrastré los pies hasta mi cuarto y me encerré yo también. Se hizo el silencio en casa.

¿De verdad se estaba planteando abandonarnos? No podía ser verdad, no podía creer que mi padre se fuera y nos dejara a Iván y a mí solos.

—Cristina...

Mi padre abrió la puerta de mi cuarto veinte minutos después, encontrándome sentada en la silla del ordenador, los codos apoyados sobre el escritorio, las manos sobre mis sienes y las lágrimas rodando descontroladas. Me abrazó por la espalda.

—No voy a irme. No sé qué me ha pasado. No me perdonaría nunca en la vida dejarte a ti y a Iván.

No contesté. No me moví. No podía. La voz se atascaba en mi garganta.

—Intento ser el padre que necesitáis, pero nunca se me ha dado bien esto. Estoy muy desbordado, no sé cómo llegar a todo. Y tu madre...

Escuchaba su voz, cada vez más compungida, y entonces reaccioné y le devolví el abrazo.

—No sé hacer más.

Mi padre se hundió en su propio dolor. Lloró con desconsuelo, desesperado, con amargura. Sufría. Y verle así, roto, me hizo olvidar que cinco minutos antes lo odiaba con toda mi alma. No podía odiarle después de todo, en realidad, le amaba demasiado. Era mi padre. Era imposible no amarle.

—Yo te ayudo en todo lo que puedo.

—¿Crees que no lo sé? Haces más de lo que deberías.

Mi padre rompió aquel abrazo, se separó y me volvió a mirar.

—Llevemos a la mama al neurólogo —propuse—. Necesita medicación, papa. Medicación psiquiátrica.

—¿Y qué va a hacer esa medicación?

—Tranquilizarla. Será menos violenta, quizá podamos razonar más con ella.

—La mama siempre tuvo mucho carácter.

—Nunca ha sido así, papa. Es el infarto. El infarto la ha cambiado.

—No creo que una medicación solucione esto.

—¿Y no podríamos intentarlo?

—De todas formas, sabes que tu madre no va a ir al médico. No conseguiremos llevarla.

—¿Y si fuéramos nosotros a explicarlo?

—¿De qué serviría que fuéramos nosotros si no va ella?

—Quizá tengan alguna idea. La mama no será la primera paciente que no colabora. Eso lo saben los médicos.

—De acuerdo, lo intentaremos.

No tuvimos más opción

Llamé a Álex por teléfono y le pedí que, por favor, viniera a verme en cuanto saliera de trabajar. Quería ir al gimnasio, pero le dije que era algo muy importante, que tenía que hablar con él con urgencia. Se asustó al escucharme llorar, y no supe cómo tranquilizarle, porque no podía contarle en una llamada lo que tenía que decirle.

Le esperaba histérica, imaginando nuestra conversación. En el mismo día, era la segunda que imaginaba. «Por Dios, ¡qué infierno!», me desgañaba, por dentro. Deseaba que esta fuera algo mejor de lo que había ido la anterior. Aunque por más que lo esperara, sabía que no sería así. Sabía que discutiríamos. Y no me veía capaz de enfrentarme, en ese estado, a otra pelea con él.

En cuanto oí sonar el interfono, contesté y bajé.

Álex me esperaba en el portal, preocupado.

—¿Qué ha pasado, tesoro? Dime que todo está bien.

—No puedo decírtelo, porque nada está bien. Vamos a sentarnos al banco, por favor.

Me arrastró casi corriendo a la plaza cercana a mi casa, aquella en la que habíamos jugado tantas veces con Iván al fútbol. De hecho, en la que él, había jugado tantas veces con mi hermano al fútbol.

Me senté en el banco y me encendí un cigarro. Álex se agachó en cuclillas frente a mí, con los codos apoyados en mis rodillas, viendo cómo en mis ojos se desbordaban las primeras lágrimas. No sabía cómo empezar la conversación y él aguardaba nervioso a que lo hiciera.

—Cris, por favor, cuéntame qué ha pasado. ¡Me tienes preocupado!

—No sé ni por dónde empezar, Álex... —inspiré una calada profunda, antes de continuar—. Esta tarde, cuando he llegado a casa del trabajo, he estado hablando con mi padre.

—¿Le has contado que nos vamos a vivir juntos y no le ha sentado bien?

—Ni me ha dado tiempo a contárselo, cariño. Verás... —suspiré—. Me he encontrado a mis padres peleándose. Y no enzarzados en una como las de siempre... ¡Ha sido la peor pelea que he visto nunca! A mi madre se le había ido por completo la cabeza y mi padre estaba en las últimas.

—Pero ¿qué les ha pasado?

—No me ha quedado muy claro, pero parece que mi madre hoy ha tenido un día de esos horribles y le ha hecho daño a mi padre en el brazo. Unos moratones.

—¡No jodas!

—Sí.

—Le has dicho a tu padre que no podéis esperar más, ¿verdad? Que esto hay que consultarlo con un médico, ya.

—Sí. Supongo que lo hablará con el médico de cabecera y él nos dirá qué hacer. Imagino que nos derivará al especialista.

—Ojalá puedan ayudar a tu madre. La verdad es que todos estáis sufriendo con esta situación, y puedo imaginar que ella, la primera.

—Yo también deseo que se solucione.

—Tranquila. Ya verás como todo sale bien.

Acaricié mi mejilla y me besó la frente, forzando una sonrisa, buscando mis ojos con los suyos. Él siempre confiaba en que todo saldría bien, pero yo ya no podía creerle.

—Ya... —suspiré—. No solo es de esto de lo que hemos hablado.

—¿Es que ha pasado algo más?

Desvié la mirada al suelo. A Álex no le iba a gustar nada el comportamiento de mi padre.

—Sí... No sé cómo explicarte esto... —titubeé—. Mi padre ha amenazado con irse de casa. ¡Luego se ha desdicho! —maticé, veloz—. Pero cuando he llegado a casa estaba gritando, sacando su ropa de los armarios...

Arranqué a llorar, sin control, y Álex se levantó. Me dio la espalda, pasándose la mano, rabioso, por el pelo. Deslizó del bolsillo trasero del tejanos su paquete de tabaco y encendió, él también, un cigarro. La primera calada, la exhaló al cielo.

—¿Me estás diciendo que tu padre te ha dicho que se largaba y os dejaba tirados? ¡Vaya cojones! —escupió, mirándome con una rabia, que, aunque no iba dirigida a mí, me asustó.

Sabía que este tema, en concreto, le haría estallar. Definitivamente, no lo había enfocado bien.

—Estaba muy caliente. Cuando he entrado por la puerta, estaban en plena discusión y mi padre le decía a mi madre que se largaría. Mi madre, en vez de calmarlo, le estaba animando a que lo hiciera. ¡Lo estaba echando! Luego, más tranquilo, se ha arrepentido de todo lo que ha dicho, me ha abrazado y me ha dicho que nunca nos dejaría a Iván y a mí.

—Así que ha sido un mal pronto, ¿no?

—Eso creo, sí.

—¡¿Lo ha sido o no lo ha sido?! —gritó.

—¡No sé! ¡Supongo!

—Voy a hablar ahora mismo con tu padre.

Volteó sobre sus pies, decidido, y enfiló sus pasos directo a mi portal. Me levanté corriendo y lo cogí del brazo.

—¡No! Por favor, por favor... —le detuve—. Vamos a hablar. Ven. Ven conmigo al banco otra vez.

—Tu padre no puede decirte estas cosas, Cris. ¡No pienso quedarme callado mientras él te amenaza con largarse! ¡De qué va! —contestó, furioso.

Le arrastré, porque él se dejó arrastrar, y lo senté a mi lado en el banco.

—Seguro que no me lo habría dicho si no hubiera coincidido que yo entraba en casa en ese momento. Se ha calentado. Ya está.

—No voy a permitir que se largue. Lo sabes, ¿verdad?

Resopló. Como un toro. Solo lo había visto tan fuera de sí una vez en la vida. Cuando le pegó una paliza a aquel tipo en la Vila Olímpica. No iba a agredir a mi padre. Eso lo tenía aún más claro, que lo de que no le permitiría largarse. Pero no quería verle escupir, sin filtros ni control, todo lo que podía estar pasando por su cabeza en ese instante.

—Muy bien. Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó.

—Pues esperar, a ver cómo van las cosas.

Encendió otro cigarro. Y aquél, y el silencio en el que nos sumimos, fue lo que consiguió que empezara a calmarse.

—De acuerdo. Esperaremos un poco a que se enfríe todo, y el fin de semana si todo va bien, ya hablaremos con ellos de lo de independizarnos.

Cogió mi mano con un cariño indeciso, forzando una sonrisa tan fingida, en sus labios, que no solo no alcanzó sus ojos, sino que ni siquiera llegó a sus comisuras.

—Sobre eso... he estado pensando... que no podemos irnos ahora a vivir juntos.

—No te preocupes. Tampoco es que tengamos prisa. Podemos ir haciendo cosas antes de la mudanza. No nos viene de un mes.

—No lo entiendes, Álex... No voy a irme. Ni en un mes, ni en dos.

Me miró, con extrañeza primero y con decepción después, al comprender lo que estaba diciéndole. Y supongo que aquella certeza, fue el principio de todo.

—Espero que no estés insinuando lo que creo estar entendiendo. ¿Te estás echando atrás?

Mis lágrimas, que parecían aflojar a ratos, volvieron de nuevo a empapar mis mejillas. Porque ellas sabían, mejor que yo, que aquella conversación no acabaría nada bien.

—Lo siento, Álex —susurré.

—Que ¡¿lo sientes?!

Se levantó como un resorte, del banco, lanzando el cigarro a lo lejos y apretándose las sienes con las manos, con fuerza. Resopló, y resopló, para volver a sentarse en el banco junto a mí, cerrando los ojos y llevándose los dedos al puente de la nariz.

—Vale... Mantengamos la calma.... —se dijo a sí mismo—. A ver... ¿Y si esperamos tres meses? Le pido la fianza al chico, es de confianza, seguro que no habrá problema. Encontraremos otro piso. ¿Sí? ¿Te parece bien?

—¿Y si para entonces estoy en el mismo punto? ¿Y si sigo sin querer irme? Dime que podrías esperar un poco más...

Álex apoyó los codos en sus rodillas, colocando la frente en sus manos, pasando los dedos entre su pelo y rascándose la cabeza, exasperado.

—Cris... —me miró—. No puedes hacerme esto.

—No quiero hacértelo, amor. De verdad que no.

Se levantó de nuevo y empezó a pasear arriba y abajo, delante de mí, como un león enjaulado. Yo, congelada, le observaba entre la neblina de mis ojos. Paró, frente a mí, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Es injusto, Cris. ¡Es muy injusto! ¡¿Cuánto tiempo vas a hacerme esperar?! —gritó exasperado.

—No lo sé...

—Quiero una fecha, Cris. ¡Dámela!

—No puedo dártela ahora —contesté mirando al suelo—. Ojalá pudiera dártela...

Caminó diez pasos alejándose de mí. Luego regresó.

—¿Te das cuenta de todo el tiempo que llevo esperándote? ¿Te das cuenta de hasta qué punto estoy aplazando toda mi vida por ti?

—Lo sé, cariño. Lo sé...

—Y lo he hecho porque te quiero —Se arrodilló, de nuevo, frente a mí, y encerró mis mejillas entre sus manos—. ¿Tú me quieres, Cris? ¿Todavía me quieres?

—Más de lo que he querido a nadie. Más de lo que nunca podría querer a nadie. No puedes ni imaginar cuánto te amo.

—Entonces, elígeme. Me elegiste una vez, y lo hiciste durante tres años, pero desde que tu madre tuvo el infarto, dejaste de hacerlo. Vuelve a hacerlo ahora.

—Nunca he dejado de elegirte. ¿Por qué me dices eso? —farfullé, confusa.

—Porque es la verdad —se incorporó—. Pasé a un segundo plano en tu vida.

—¡Nunca has estado en un segundo plano! —Estiré el brazo, para cogerle la mano, y él la apartó—. Cariño, acércate, por favor...

De pie, a un metro de mí, volvió a escupir su petición.

—Elígeme, Cris. Vámonos a vivir juntos como teníamos planeado.

—¿Y cómo quieres que haga eso en este momento? —me levanté—. ¡No puedo irme a vivir contigo ahora!

Acerqué mi cuerpo al suyo, e intenté encontrar sus ojos, pero ya no los veía, porque mis lágrimas no me dejaban hacerlo. Quise abrazarlo, gesto que él impidió al colocar sus manos en mis hombros para retenerme alejada.

—No puedo elegir entre tú y mi familia, cariño —susurré—. No me pidas eso...

—Te estoy pidiendo que, por una vez, ¡por una puta vez!, te quedes a mi lado. ¿No me lo merezco?

—No sé cómo hacerlo. Querría, pero no sé cómo...

Ya no podía hablar más. La voz se me atascaba, la angustia me embargaba. Y Álex no me abrazaba. No me abrazaba y yo...

—Elígeme, o me voy —volvió a exigir—. ¡Elígeme, o me voy!

Me sacudió por los hombros, buscando hacerme reaccionar, pero yo ya no estaba con él. Ni él conmigo. Abrumada, era incapaz de responderle.

—Así que tiras la toalla... —escupió, con una mueca de asco—. Ocho años juntos, luchando contra todo, y tiras la toalla...

—Yo no la tiro... —susurré—. Eres tú quién amenaza con irse.

Nos miramos a los ojos, y yo, en ese instante, quise hacerlo. Quise decírselo. Pero era incapaz de verbalizar lo que él quería escuchar. Ni siquiera podía recordar aquellas palabras. Como si no existieran en mi cabeza.

—Olvídate de mí —sentenció, dándose la vuelta y caminando hacia su moto.

El odio que salió despedido de su boca, con el que nunca se había dirigido a mí, llegó hasta lo más profundo de mi alma, haciendo girones de ella. Le seguí, apresurada, intentando frenarle, agarrándole del brazo.

—Álex, te quiero. Por favor, ¡no me hagas esto! No te vayas. No... ¡No te vayas así!

Él se deshacía de mí, sin detener sus pasos. No podía pararle.

—No me lo hagas más difícil, Cristina.

—Por favor, Álex, arreglemos esto. ¡No puedes irte!

Intenté impedir que se subiera a la moto, resultándome imposible. Su fuerza, superaba con creces, toda la que pudiera recopilar yo.

—Ni me llames, ni me escribas. Esto se ha acabado.

Le cogí del casco, mirándole directamente a los ojos. Con furia, con rabia, con dolor, con impotencia. Lo mismo que los suyos me devolvían. Y, aun así, no le creí.

—No me digas que esto se ha acabado. Tú me quieres, Álex. Y yo a ti.

—No es una cuestión de amor, Cristina.

—Entonces, no te vayas.

—Apártate de la moto.

De un golpe seco, cerró su visera, ocultándome su rostro tras el plástico ahumado en negro. El motor estremeció el suelo. Fui incapaz de moverme.

—¡Apártate, Cristina! —su voz me alcanzó, esta vez atravesando el casco—. No quiero hacerte daño.

Y lo hice. Porque ya no podía hacerme más daño. Sus palabras resquebrajaron los últimos pedazos que quedaban de mí.

Y se fue.

Shock

«No puede ser».

Eso fue lo primero que pensé.

En el mismo instante en que el haz rojo del foco trasero de la Honda desaparecía de mi vista, y el sonido, más estridente que nunca, del motor revolucionado, me mordía los tímpanos.

Después llegó el vacío. El vacío en la calle, el vacío en mi mente, el vacío en mi alma. ¿Cuánto tiempo me invadió la nada? ¿Quince minutos, quizá? No lo sé.

Supongo que hasta que me senté en el bordillo. Porque el temblor en mis rodillas ya no me sostenía en pie. Porque necesitaba cobijarme del frío que me calaba los huesos, destemplándome de dentro a fuera.

Y volvieron las lágrimas. Las lágrimas de dolor. ¿Cuánto tiempo me embargó el llanto rasgado? ¿Media hora quizá? No lo sé.

Después le llamé. Y llegó su primer silencio. El primero de verdad. No el de un «me he despistado», no el de un «estaba en la ducha», no el de un «me he quedado dormido».

Sin embargo, como sus silencios eran habituales, como casi nunca estaba disponible a la primera, como la costumbre era que no significaran otra cosa que un descuido, le llamé otra vez.

«Aún no debe haber llegado a casa».

Eso fue lo segundo que pensé.

En cuando saltó el contestador de nuevo y colgué sin dejar ningún mensaje.

Solté el móvil a mi lado, sobre los adoquines de la acera. La pantalla iluminada me devolvía su mirada verde bosque de aquel retrato en primer plano. Le eché de menos, así de pronto. Durante ciento veinte segundos. El tiempo que tenía programado para que la pantalla se apagara si no se utilizaba el teléfono. Y al quedarse en negro, me alcanzó el pánico.

«Ha tenido un accidente».

Eso fue lo tercero que pensé.

Y encadenada a aquella sensación, todo lo que cavilé después.

«No debería haberle dejado marchar». «No así». «No con esa rabia explotando en cada una de las fibras de sus músculos». «No con la mirada nublada por la furia». «No con el odio corroyéndole las venas como arsénico». «No debería haberle dejado marchar».

E intrusivas, arreciaron todas las imágenes enseguida. La moto estrellada contra los separadores de carril. Álex sangrando en el suelo. La sirena de una ambulancia en la Ronda. Álex inconsciente. Los sanitarios intentando reanimarle.

Y de forma inevitable, me dejé llevar por la compulsión.

Dos llamadas, cinco llamadas, diez llamadas.

Y se presentaron el resto de sus silencios. Los que, aunque parezca curioso, me permitieron darme cuenta de que estaba comportándome como una lunática. «No seas estúpida, seguro que hay un motivo lógico por el que no te contesta», «deja de comportarte como una desquiciada, simplemente está enfadado», «acabará llamándote, como siempre hace», me dije.

Así que inspiré, abracé mis rodillas, escondí mi cara entre los brazos y expiré. Inspiré de nuevo. Y expiré. ¿Durante cuánto tiempo intenté calmarme a mí misma? ¿Veinte minutos quizá? No lo sé.

Abrí nuestra conversación de WhatsApp. Arriba, a la izquierda, su última hora de conexión. Poco antes siquiera de habernos visto. Tecleé veloz, aunque intentando medir mis palabras. Procurando ser lo más parecido a la Cris que él necesitaría que fuera en ese instante.

«Si no quieres contestar a mis llamadas, no lo hagas. Pero al menos, dime si has llegado bien a casa. Sabes que no me quedo tranquila hasta que lo haces, y hoy te has ido muy nervioso con la moto. No te aprieto más, ya hablaremos en otro momento. Te quiero.»

Al segundo, el indicador de «escribiendo» bajo su nombre, me quitó un peso de encima. Me conformaba, de momento, con que Álex estuviera bien.

Lo conocía. Cuando Álex llegaba a su límite, estallaba. Era como una cerilla, todo fuego, intenso, combustión; pero como el fósforo, se apagaba tal y como se encendía. Estaba segura de que, de camino a su casa, ya habría rebajado al menos dos escalas, su nivel de frustración y su enojo.

Me conformaba con una contestación de aquellas escuetas, frías, toda rabia contenida. Un «Estoy bien, mañana hablamos», o un «Ok, buenas noches», incluso un «Ok», así, solo y desamparado, me hubiera valido.

Cualquier cosa, menos lo que me escribió. Y que, estúpida de mí, debería haber esperado cuando su contestación se empezó a demorar mucho más de lo que un mensaje como los anteriores, hubiera requerido.

«No puede ser».

Eso fue lo último que logré pensar aquella noche.

¿Rabia?

Dejé el móvil en la taquilla del vestuario, habiéndolo silenciado primero. Era eso, o estamparlo contra la pared.

Creía haber sido claro con ella la noche anterior. Lo más claro que pude sin meter más el dedo en la llaga.

«Estoy bien. Deja de preocuparte por mí y, como ya te he dicho antes, procura olvidarme. Siento que no haya más que hablar entre nosotros, de verdad. Yo tampoco deseé nunca que las cosas acabaran así. Cuídate»

Ya me había despedido, ¿no? Dos veces. ¿Cuántas estaría dispuesta a que le rompiera el corazón? Por lo visto, de momento, unas veintiuna. Rectifico. Veintidós. Porque ya escuchaba vibrar otra vez el teléfono sobre el metal de la estantería superior. Cogí una toalla limpia, me la eché al cuello y cerré, de un portazo, el vestuario.

Pasaban las nueve y éramos cuatro gatos los que rondábamos el gimnasio. Por lo general me gustaba ir a última hora, cuando Javier ya no tenía apenas trabajo y podía entrenar con él a solas, pero solo en contadas ocasiones aparecía más tarde de las ocho.

No había pegado ojo en toda la noche. Al levantarme, creí que sería incapaz de aguantar el día entero. No fue así. Las horas fueron pasando y alcancé la tarde aún sobreactivado, como si me hubiera metido una raya de coca. Decidí echar unas horas extra en el trabajo, y, aun así, no fue suficiente para agotarme. Por eso había acabado yendo allí. Era mi último cartucho para caer rendido en la cama.

En cuanto entré en la sala, vi a Javier charlando con otro tío, uno al que no había visto nunca, en un lateral del *ring*.

Le saludé de lejos y me senté en el banco de la otra esquina. Saqué las vendas del bolsillo del pantalón corto y empecé a encintarme la mano derecha. Al rodear la palma con ella, vi la marca que habían dejado mis uñas al clavarse en la piel. Otra vez, ni siquiera me había percatado de haber apretado tanto los puños.

Escogí uno de los sacos más pesados. Ni estiramientos, ni aeróbicos, ni circuito. Obvié las rutinas previas, aprovechando que Javier estaba ocupado, pues el calentón ya lo llevaba puesto.

Descargué los puños con fuerza, sintiendo la tensión en los nudillos. Quizá debería haber cogido el par de guantes de la taquilla, pero el dolor en las manos, me aliviaba. No sé decir de qué exactamente, solo que lo hacía.

Golpeé sin ton ni son, provocando que el saco se balanceara brusco, adelante y atrás, de lado a lado. Y cuando no tuve suficiente con los puños, lo pateé, notando comprimirse la arena del relleno. Seguro acabaría con las espinillas amoratadas. Tanto me daba.

—Frena un poco, chaval.

Javier apareció a mi lado. Le ignoré. Seguí golpeando el saco con rabia, de nuevo con los puños.

—Álex, ¿hoy te has dejado la técnica en el taller?

Continué a lo mío, sin contestar. Trasladando mis pensamientos hasta los nudillos, machacándolos, aporreándolos, peleando contra ellos.

Sentí su mano en mi hombro, cálida, y como si me hubiera picado una avispa, rechacé el contacto, apartando brusco la espalda y dejando de golpear el saco. Le miré a los ojos, aún sin quitarme esa sensación de encima. De lomo erizado, de defensa aprendida.

—¿Estás bien?

—Sí —contesté, disponiéndome a retomar lo que estaba haciendo.

Preparé un directo al saco, que Javier detuvo antes de que siquiera pudiera lanzarlo.

—No estás bien, chaval, a mí no me engañas. ¿Qué ha pasado? Nunca has venido como hoy. Y no será la primera vez que llegas aquí a las tantas, rebosante de cólera —Bufé, deshaciéndome con un manotazo de aquel apretón que aún me sujetaba—. ¡Relájate! Y siéntate un poco a respirar, que llevas veinte minutos sin descansar. No creas que no te he visto.

Le hice caso y fui a sentarme al banco de antes. Él me siguió, pisándome los talones. Cogí la toalla y la restregué por la cara, la cabeza y el cuello. Quedó empapada. Me saqué la camiseta, agradeciendo el contraste de temperatura entre mi cuerpo y el aire acondicionado. Con los codos en las rodillas y la frente apoyada en la palma de mis manos, suspiré profundo.

—Déjame echarles un ojo a esos nudillos.

—Están bien.

—Mira, chaval, eso lo decido yo, que para eso soy el experto. Así que no me discutas —Manteniendo la cabeza gacha, alcé las manos y dejé que me quitara las vendas. Masajeó después mis nudillos, con aquel espray que huele a rayos—. Solo quiero que sepas que puedes hablar conmigo —le oí decir, por encima de mi nuca.

—Te lo agradezco, pero no necesito hablar.

—Dime que no te apetece hacerlo, si quieres, pero no intentes engañarme diciendo que no lo necesitas.

Alcé la barbilla para mirarle a la cara. Le encontré concentrado en mis muñecas, pero me dedicó una mirada de reojo que intercaló en el momento en que cambió de mano.

—De acuerdo. Me ha pasado algo que aún no sé cómo encajar, pero prefiero no hablar de ello.

—No hace falta que jures que hay algo que te reconcome, y viéndote, debe ser algo gordo —calló, como esperando una respuesta. No lo hice, y siguió hablando—. Te aviso de que, por más que le des una paliza a ese saco —señaló, torciendo el cuello—, el problema que tengas no va a mejorar.

—Pero ayuda.

—Hay pocos problemas que se arreglen a puñetazos. ¿A tus treinta y tres años aún no lo has aprendido?

—Ahórrate los sermones, Javier. No eres mi padre.

Liberé mis manos de las suyas y di por terminada la cura, levantándome del banco. Cogí la toalla y las vendas, fijándome en que una de ellas estaba manchada de sangre. Miré el dorso de mi mano izquierda, la que me escocía, descubriendo una pequeña laceración.

Volví a ponerme la camiseta, aunque estuviera empapada de sudor, porque no quería cruzar el gimnasio medio desnudo de camino a los vestuarios.

—Buenas noches. Mañana nos vemos. Y gracias —intenté conciliar.

No respondió. Y lo entendía, porque mi última contestación había estado fuera de lugar.

Mencionó mi nombre, justo cuando abrí la puerta acristalada que me llevaría fuera de la sala.

Me detuve, sin girarme.

—Aunque creas que puedes esconderte de todos, te conozco más de lo que te gustaría. Yo también fui como tú. Un día. Hasta que me di cuenta de que no siempre es posible sobrevivir solo.

Solté la puerta que aún mantenía abierta, y dejé que se cerrara sola. Rehíce mis pasos, afrentando su mirada y acercándome a él, que seguía de pie donde lo había dejado. Me detuve a una distancia de dos palmos.

—¿Sabes? No me vas a convencer con el discurso de que sabes mucho de la vida, ni me vas a transformar con dos frases de libro de autoayuda.

—Estás muy equivocado si crees que es eso lo que pretendo. Solo digo que podría irte bien hablar con alguien con más años de experiencia.

—Yo también he vivido lo mío, y hablar de mis problemas, nunca me ha solucionado nada.

—Claro. Supongo que fumar porros, te fue mucho más útil. ¿Es eso lo que vas a hacer cuando salgas de aquí?

No iba a entrar en aquel juego. No le había pedido opinión, ni me importaba que la tuviera. Yo ya no era un crío de catorce años al que educar ni marcar límites. Podía hacer lo que me diera la gana con mi vida y sobrellevar las cosas a mi manera. Giré sobre mis talones y él me cogió del antebrazo.

—Solo me importa cómo estás y lo que sea que ha provocado que vengas hoy a reventarte las manos a hostias. Te he cogido cariño, ¿sabes, chaval? Solo me ofrezco a escucharte, si algún día crees que necesitas desahogarte con alguien. No es mi intención sustituir a nadie, así que no te pongas a la defensiva.

—Por supuesto que no vas a sustituir a nadie. No hay nadie a quien sustituir —me desembaracé de él—. ¿O te crees que todo es porque necesito un padre? ¿A estas alturas? ¡Ja! No me vayas de psicólogo, que ya he tenido a una en mi vida.

Reinicié mis pasos.

—¿Has tenido? —exclamó alzando la voz—. ¡Álex! ¿Cristina y tú lo habéis dejado?

Levanté la mano sobre mi cabeza, a modo de despedida, mientras empujaba de nuevo el cristal de la puerta.

—Cómprate una bola de cristal, anda. Igual tendrías suerte como vidente.

Negación

Había pulsado el botón del modo automático en mi cerebro para superar las horas, una tras otra, desconectándolo solo cuando volvía a marcar su número de teléfono, escribía de nuevo un WhatsApp implorante o le dejaba un mensaje en el contestador.

En esos breves instantes, la realidad me arrastraba de forma irremediable a un estado de tristeza profunda que me daba mucho miedo. Muchísimo.

Por eso reconectaba a la Cris robótica, que me permitía seguir con mis rutinas. La de apagar el despertador, ducharme y vestirme, no perderme en el metro, atender a los padres de mis pacientes por la mañana, tirar la ensalada a la basura al mediodía, empatizar con los niños por la tarde y regresar a casa.

Era la tercera noche que afrontaba tras haber recibido su mensaje, despidiéndose de mí. La del miércoles.

No podía creerlo, porque no podía ser cierto.

Tenía que ser un calentón de los suyos. Uno que le estaba durando mucho, uno que se le había ido de las manos. Había perdido el control y estaba siendo más impulsivo de lo habitual. Seguro que había escrito aquello sin pensárselo. Solo tenía que tener un poco más de paciencia con él, hasta que recapacitara y estuviera preparado para hablar conmigo.

Era lógico que estuviera enfadado. Le había jodido los planes tantas veces en lo que llevábamos juntos, que al final había estallado. Pero volvería. Tarde o temprano. Como si no hubiera pasado nada, igual que hacía siempre. Me llamaría, quedaríamos para vernos y, más tranquilo, podríamos conversar.

Álex me quería. Hasta me lo había dicho. «No es una cuestión de amor, Cristina».

Cristina. Nunca me había llamado así. Mi nombre completo en su voz fue como una puñalada. Fue como verle alejarse kilómetros de mí, como si hubiera dejado de ser su Cris, su tesoro, su princesa. Bueno, su princesa hacía tanto tiempo que había dejado de serlo...

«Olvidalo, Cris, no le des más vueltas», me dije, «Álex te quiere». Él no iba a tirar por la borda nuestra historia. Le conocía. No era un hombre que se rindiera a la primera de cambio. Con todo lo que habíamos pasado juntos, seguro que esto también lo superaríamos, ¿verdad? Claro que lo superaríamos. Como todo. Estábamos hechos para sobrevivirlo todo, juntos.

«Más que a mi vida». Así es como decía siempre que me quería.

Solo tenía que esperar un poco más. Dejar que se calmara.

Y eso fue lo que decidí hacer.

Dejar de llamarle. Dejar de agobiarle. Dejar de insistirle.

Álex volvería.

Por supuesto que lo haría.

Sí. Era rabia

Cuarenta y dos horas gastadas encerrado en el taller, nueve machacándome en el gimnasio y dos minutos para quedar con el chico que me devolvió nuestra fianza. El resto, las nocturnas, de sueño interrumpido e insomnio. Hasta ahí, las primeras setenta y dos horas sin ella. Las cruciales para saber si podría sobrevivirla o no. Sin embargo, aquel jueves tocaba su fin y aún no lo había averiguado.

Nada más llegar a casa del trabajo, me vestí con el primer chándal limpio que encontré en el armario y con la sudadera que, la noche anterior, había dejado tirada en el suelo.

En cualquier sitio estaría mejor que entre esas cuatro paredes. Y es que hasta en mi casa, cualquier cosa me hacía pensar en ella. Malditos ocho años de Cristina colándose en todas mis rendijas.

—¿Alejandro? —dijo mi madre, abriendo la puerta de la calle.

Salí de la habitación y recorrí el estrecho pasillo, con la mirada apuntando a las baldosas del suelo.

—Hola —contesté.

—Hijo, ¿cómo estas hoy?

—Bien.

Pasé por su lado y me acerqué a la mesa del salón.

—No. No estás bien.

—Vale, lo que tú digas.

Agarré el casco y al girarme, choqué con ella.

—Quédate en casa y hablemos.

—No, gracias.

Intenté rebasarla por su derecha, pero volvió a colocarse enfrente.

—Estoy muy preocupada por ti.

—Pues no lo hagas. Nadie te lo ha pedido.

—Cuéntame qué te ha pasado, por favor. ¿Has discutido con Cristina?

La miré, enfureciéndome el simple hecho de haber escuchado su nombre.

—¿Te ha llamado?

—No, ¿tenía que hacerlo? ¿Qué ha pasado?

—Nada. Olvídalo.

Quise esquivarla por la izquierda, y tampoco me dejó.

—¡Ya está bien! —gritó— ¡No pienso dejarte ir hasta que me cuentes qué narices está pasando!

Resoplé. Ofuscado por tanta insistencia. Por tanta presión.

—¡He dejado a Cristina! ¿Ya estás contenta? Ahora, si me disculpas, me largo.

La aparté a un lado y esta vez sí me dejó avanzar. Cerré la puerta de casa, dejándola en mitad del salón, aún con las bolsas de la compra en la mano, que no le había dado tiempo a soltar en la

cocina.

¿Qué había pasado? Pues lo que tenía que pasar. Lo que estaba cantado que pasara. Que no existía un futuro para Cristina y para mí, y que era inevitable que uno de los dos, algún día, tomara aquella decisión.

Lo sabíamos ambos, porque si no recordaba mal, que no lo hacía, ella tampoco era feliz a mi lado. Ni ella ni yo sabíamos querernos cómo necesitábamos. Así que el hecho de que yo hubiera dado el paso, a esas alturas, ya era irrelevante.

Una vez en la calle, me monté en la moto, decidido a escapar un día más, de los últimos ocho años de mi vida. Esperando que, si corría más que sus sonrisas, sus besos, sus bromas, su mal genio, sus listas, sus miradas que me atravesaban... quizá, solo quizá, podría dejarla atrás. A gas, adelantaría todo ese sofoco que sentía. Por supuesto que lo haría.

Me dediqué a reseguir el carril central de la A2, sin un rumbo claro. Solo concentrado en el tráfico, en el asfalto y en el sonido que retumbaba en el escape. Pero la vuelta había sido demasiado tranquila, y volvía otra vez a pensar.

Era la una de la madrugada y la calle dormía, desierta. Los balcones de los pisos vecinos estaban, en su mayoría, a oscuras, y solo algunas ventanas desprendían una luz tenue, a través de las cortinas.

Ya sabía que no estaba bien. No necesitaba que una sarta de pepitos grillo fuera correteando tras de mí, recordándomelo. De hecho, lo último que quería, era que lo hicieran.

Ya me encontraría mejor. Algún día.

Giré la llave de la pinza antirrobo y bloqueé el manillar, para luego encaminarme de vuelta a casa.

Me resultaba incómodo el silencio que se respiraba, porque entonces escuchaba aún más fuerte aquella voz insistente que me decía, que ni queriendo, hubiera encontrado una forma peor de hacer las cosas. Y no quería escucharla.

Crucé el paso de cebra y me adentré en la callejuela que llevaba a mi portal. Apretándome las sienes con los dedos de una mano y con los ojos cerrados, giré la esquina y anduve de memoria los últimos metros hasta el pie de las escaleras.

—Hola, Álex.

Abrí los ojos y allí estaba, con el cuello de la chaqueta subido hasta las orejas.

—¿Qué haces aquí?

Negociación

Ya no lo soportaba más. Senté el culo en el Mazda y, mientras el motor se calentaba, arrastré el asiento hacia adelante y retoqué los retrovisores. Él había sido el último en conducir el coche y, con los treinta centímetros de altura que nos separaban, aquel era un ritual inevitable. Metí primera y subí la cuesta del *parking*, deteniéndome ante la puerta mecánica, que empezaba a abrirse. «Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña», me prometí.

Era noche cerrada cuando aparqué frente a su bloque. Miré hacia arriba, a la ventana de su habitación. La luz estaba apagada, así que no habría llegado a casa. Podía imaginarme a Álex haciendo mil horas extra en el trabajo, concluyendo sus días boxeando e incluso, trasnochando, conduciendo la moto sin rumbo. Muy típico de él.

Le esperé algo más de media hora, pero seguía sin aparecer. Quizá me había equivocado y sí estaba en su casa. Bajé del coche y me encaminé al portal. Iba a pulsar el botón del interfono, cuando reconocí el rugido de su Honda a lo lejos. Me senté en las escaleras. El corazón me dio un vuelco inesperado cuando le vi girar la esquina. Le había echado de menos esos tres días, más de lo que creía. No me vio. Venía tapándose la cara, apretándose las sienes. Él tampoco estaba bien, lo que me provocó el mismo pesar que alivio.

—Hola, Álex —dije, cuando llegó hasta mí.

Reconoció mi voz al instante y la sorpresa apareció en sus ojos. No me esperaba. ¿Cómo podía no esperarme?

—¿Qué haces aquí?

—¿Tú que crees?

—¿Cómo se te ocurre esperarme aquí sola en la calle a estas horas de la madrugada? ¡¿Quieres que te pase algo?! ¡Podrías haberme avisado por teléfono!

—Seguro que me habrías contestado. Igual que has hecho todas las veces que te he llamado estos últimos tres días.

—Supongo que no... —suspiró—. Vete a casa, es muy tarde.

Subió el primer escalón, y el segundo, rebasándome, y continuó escalando el resto, también.

—No pienso largarme sin hablar antes contigo. ¿Te crees que yo no tengo nada que decir?

—Este no es lugar para hablar.

—Pues vamos al coche. Está aparcado al otro lado de la calle.

—Es tarde, hablemos mañana.

—No pienso moverme de aquí. No voy a dejar que me des más largas. Ya has tenido tiempo más que suficiente.

Resopló, claudicando, y bajó los escalones de dos en dos, sin siquiera dignarse a mirarme. Pero no era orgullo lo que respiraba, era otra cosa. Una emoción que no había visto nunca en él.

Se sentó en el asiento del copiloto. Un gesto que se había convertido también en algo poco habitual en él. Yo me apropié del asiento del conductor.

—Muy bien. Aquí me tienes. Te escucho.

Cogí aire y empecé:

—¿Cuánto tiempo vas a castigarme, Álex? Ya sé que merezco que estés enfadado conmigo ¿Pero esto? ¿No te estás pasando?

—No sé a qué te refieres. ¿Qué esperabas? ¿Qué fuéramos amigos?

—¿Amigos? Álex, ¿de qué coño estás hablando?

—¿Aún no lo has entendido, Cristina?

—¡Deja de llamarme Cristina! ¡A qué cojones viene que me llames Cristina!

Respiró hondo. Y el miedo me hizo desear que no estuviera preparándose para soltarlo de nuevo. «No lo digas, por favor. No lo digas», rogué.

—Lo nuestro se ha acabado. No me obligues a decírtelo otra vez. A mí también me duele.

Resignación. Era eso lo que él respiraba.

—No puedes estar hablando en serio.

—Sí lo estoy haciendo. Quizá te cueste aceptarlo, pero nunca he hablado más en serio.

—Pero... —me atasqué—, ¿por qué?

Encerró mi mano entre las suyas, con un cariño que no esperaba, y me miró a los ojos.

—Porque necesito vivir, y tú no quieres hacerlo. No quieres vivir, ni soñar, ni ser feliz...

—¡Sí quiero! ¡Vamos a hacerlo! ¡Vámonos a vivir juntos! Mañana mismo, si quieres. Olvida lo que te dije. No me hagas ni puto caso. ¡Te elijo a ti!

Me acarició la mejilla, y la angustia se alojó en mi pecho. La suya y la mía.

—No es solo por eso, Cristina. No funcionaría. Llevamos mucho tiempo colgando de un hilo.

—No es verdad. Nunca hemos colgado de un hilo. Eso lo dices ahora, porque estás buscando razones donde no las hay.

—Sí es verdad. Haz memoria. ¿Cuántas veces me has dicho que no sé quererte?

—¡Eso eran discusiones, Álex! ¡Todas las parejas discuten! ¡Pero las solucionamos! ¡Y continuamos juntos!

—¿Estás segura de eso? ¿Sientes que te estoy dando todo lo que necesitas? Cómo era aquello que dices siempre... ¿Qué no empatizo contigo? ¿Qué no entiendo tus sentimientos? ¿Qué huyo de ti?

—Bueno, sí, ya lo sé. Que eres muy tuyo. Pero puedo vivir con eso.

—¿De verdad? ¿Puedes vivir con todo el tiempo que yo necesito en soledad? ¿Puedes vivir con mi impulsividad?

—Lo he estado haciendo hasta ahora —interrumpí—. ¡Durante ocho años! Claro, que podré seguir haciéndolo.

—¿Y serás feliz? ¿Podrás serlo sabiendo que hay una parte de mí que necesitas, y que yo soy incapaz de darte? No puedo prometerte conversaciones profundas sobre sentimientos, no puedo prometerte paciencia, no puedo prometerte que estaré ahí para recoger tus lágrimas. No sé hacerlo. Lo he intentado, pero no he aprendido.

—Puedes aprender. Yo te enseñaré. Podemos hacerlo juntos.

—¿Y tú qué aprenderás, Cristina?

—¿Qué tengo que aprender?

—Muchas cosas, también.

—Nunca me has dicho que no fueras feliz conmigo.

—Porque nunca me lo había planteado así. Pero llevo estos tres días dándole vueltas a todo, y también hay cosas de ti que sé que no vas a cambiar.

—¿Cómo puedes afirmar eso si aún no me lo has pedido?

Soltó mi mano y se perdió a través del cristal de la ventanilla.

—Dime qué quieres que cambie y lo haré. ¡Haré lo que sea!

—¿Sabes cuál es el problema, Cristina? —regresó a mí—. Que no podemos basar nuestra relación en todo lo que tenemos que cambiar para poder seguir juntos.

—Estamos estancados, eso es todo. Pero nosotros sabremos crecer, y madurar. Lo haremos juntos. ¿No nos merecemos una oportunidad?

—Nos hemos dado miles.

—No lo hemos dejado nunca, Álex.

—Porque nunca nos atrevimos a hacerlo. Ni tú ni yo. Pero sé, sincera conmigo. ¿Nunca lo has pensado antes? ¿No te ha pasado nunca por la cabeza la posibilidad de dejarme e intentar seguir adelante sin mí?

No supe qué contestarle. No podía decirle que no. Le quería tanto, tantísimo, que creo que nunca lo había pensado en serio. Sin embargo, sí lo había hecho. Sí había fantaseado, alguna vez, en cómo sería mi vida sin él. Porque si era sincera conmigo misma, Álex me había hecho sentir tan dichosa como desgraciada. Feliz e infeliz, a partes iguales, y con la misma intensidad.

Pero aún no quería hablar conmigo misma.

—Cambiaré todo lo que me digas.

Resopló de nuevo, mesándose el pelo.

—Deberías cambiar tu forma de ser, y eso es imposible. Eres como eres, no puedes convertirte en otra persona. Igual que yo tampoco puedo hacerlo.

—Eso es algo que decido yo, ¿no crees? ¿Qué necesitas? ¡Dímelo!

—Muy bien —contestó, mirándose las manos—. Necesito que no te preocupes tanto por las cosas, que seas más decidida, que te atrevas a probar cosas nuevas, que seas capaz de separarte de tú familia, que desees tener hijos, que no seas tan melancólica, que te rías más a menudo, que no me necesites a tu lado a todas horas, que seas capaz de darme mi espacio sin sentir angustia... ¿Quieres que siga? ¿O mejor lo dejo aquí?

Cada reproche me había roto un poquito más en pedazos. Estaba describiéndome con todo detalle, y ahora, después de ocho años, parecía que nada de lo que yo era le gustaba.

—Es como si nunca hubieras estado enamorado de mí.

—Yo no he dicho eso. No pongas palabras en mi boca.

—Pues es lo que parece.

—Piénsalo si quieres, si eso te ayuda a superar lo nuestro.

Le hubiera abofeteado, pero la rabia, fugaz, se transformó directamente en lágrimas, sin darme tiempo a hacerlo.

—¿Cómo puedes ser tan frío? ¿Cómo puedes dejarme sin tan siquiera romperte un poco? ¿Tan poco he significado en tu vida?

Soltó un «Ja» que se quedó solo, porque no dijo nada más.

—¿Cómo eres capaz de hacerme esto?

Callado, agachó la cabeza y se rascó la nuca. No se atrevía ni a mirarme.

—No te reconozco. Tú no eres el Álex del que me enamoré.

—Ni tú aquella Cristina.

No lo éramos. No. Y no volveríamos a serlo. Demasiadas cosas vividas. Demasiadas heridas. Demasiado tiempo.

—Muy bien, vete, si quieres. Ya está ¿no? Se acabó.

—Lo siento, Cristina. Yo no quería.

Estiró de la maneta interior de la puerta del coche y abrió la puerta un palmo. «Por favor, no me dejes», le rogué en silencio. Se detuvo. Y yo pensé, que quizá, se arrepentiría. Pero la empujó hasta el tope y se apeó. Cerró con cuidado y cruzó por delante del coche. Le miré, alejarse con el casco colgando de una mano.

Le perdí al girar la esquina.

Resignación. Entonces, la respiré yo. Y al inspirarla, el vértigo invadió mi estómago y me precipité hasta el fondo del pozo.

Huida

A punto estuve de retroceder todo lo andado. De lanzarme a sus brazos y decirle que era un imbécil rematado. Porque ella lo había sido todo en mi vida. Todo.

Pero no lo hice. Porque no nos merecíamos alargar aquella agonía. Nuestra relación no tenía futuro y, algún día, ella también lo vería.

Al girar la esquina me recosté en la pared. Inspiré, intentando recuperar todo el aire que dejarla me había robado, esforzándome por llenar los pulmones y sacudirme de encima la sensación de ahogo. Me dejé caer despacio, arrastrando la espalda, rascando el cuero de la chaqueta de la moto contra la rugosidad del cemento, clavándome en la columna la espaldera protectora. Y cuando llegué al suelo, solté el aire.

El casco que llevaba en la mano rodó a un lado. Escuché cómo ella arrancaba el motor del coche y cómo con un ronroneo, se iba. Para siempre. Me apreté los ojos, conteniendo la humedad dentro de los párpados. No iba a llorar. Ya lo había hecho bastante en mi vida. No volvería a hacerlo. Encogí las rodillas hasta mi pecho y apoyé los brazos sobre ellas. Levanté la barbilla, sorbiéndome la nariz, mirando el estrecho pasillo de cielo que el espacio entre edificios me permitía atisbar.

Se me hizo pequeño. No solo ese trozo de espacio, sino el mundo entero, que empezó a aprisionarme y a ahogarme de nuevo.

«¿Qué sería de mi vida sin ella? ¿Qué sería de mi mundo sin Cristina? ¿Un trozo minúsculo de cielo encapotado sin estrellas? ¿Un callejón sin salida entre dos muros de doce pisos de altura? ¿Un infierno hecho prisión?».

Yo no estaba hecho para los infiernos. Ya los había pisado una vez. No regresaría a ellos. «¿Te acuerdas, Álex, de quién te prometiste ser?», me recordé. Un hombre autosuficiente. Un hombre al que nadie, podría destrozar.

Me levanté del suelo y recogí el casco. Metí la cabeza en él y até las cintas de camino a la

moto.

El corazón me palpitaba violento en el pecho.

Di media vuelta con la llave al contacto y encendí el motor. El fogonazo del foco iluminó la acera y sentí la vibración en los adoquines bajo mis pies. Me agaché delante de la rueda delantera y saqué la pinza antirrobo del freno, que amarré de nuevo en una de las barras del chasis del colín.

Monté a horcajas sobre mi Honda y la enderecé, sujetando su peso con los muslos, mientras me subía la cremallera de la chaqueta hasta el cuello y me enfundaba los guantes. Apreté fuerte el velcro de las muñecas y abrí y cerré los puños un par de veces, acomodando los dedos en las protecciones rígidas del dorso de las manos.

Yo era un lobo solitario. Y los lobos no lloran. Los lobos luchan, muerden, atacan.

Tres toques de gas, cortos. Subí el pie a la estribera izquierda y accioné la maneta del embrague. El clac, seco, al pisar el cambio, retumbó en el silencio de la calle. Miré el reloj del marcador. Faltaban veinte minutos para las dos de la madrugada.

—Nos queda mucha noche por delante. Pórtate bien —le dije a la Honda.

Pensé en Manel, al escucharme repetir aquellas palabras, tan suyas.

Yo fui un lobo solitario. Y si algo aprende también un lobo, es a detectar cuando la batalla está perdida. Porque huir, también puede ser una forma de sobrevivir.

Y yo pensaba hacerlo.

Sobrevivir.

Así que abrí gas y enfilé la calle en sentido contrario al que sabía que habría encarado Cristina. Alejándome de ella.

Me metí en la Ronda Litoral, porque ella habría enlazado con la de Dalt, y nos imaginé a vista de pájaro, rodeando Barcelona desde sus extremos opuestos. Podíamos ser, en ese preciso momento, dos puntos de luz viajando en paralelo, separando nuestros caminos desde un mismo vértice, para no volver a encontrarnos jamás.

«Jamás», me repetí.

Aquella palabra me golpeó tan fuerte como un directo.

Jamás era su ausencia. Y aún no había pensado en ella así. ¿Podría soportar no verla, no escucharla, no sentirla? ¿Nunca más?

Me acercaba al nudo de la Trinidad, y los indicadores se sucedían uno tras otro. Carril derecho, enlace a Ronda de Dalt, carril izquierdo, hacia la C58 y la A7.

Solo tenía una opción.

Lo supe cuando el miedo me atizó, al comprender que ya no era mía.

Rebasé la señal, y abrí gas.

Solo tenía una opción. Seguir adelante.

Al entrar en la A7, el zumbido del aire se coló en el casco, y como si vivir fuera una interferencia constante en mis oídos, me olvidé de todo.

Menos de ella.

Me acople a la Honda, recostando mi cuerpo sobre el depósito, escondiendo la cabeza detrás de la pequeña cúpula frontal. Y aun estando solo, parecía que ella estuviera sentada detrás de mí.

No aumenté la velocidad. Ya sabía que no servía de nada. Que correr, no conseguía arrancarla de mí. Ya lo había intentado antes, sin éxito.

Mantuve el marcador congelado a ciento veinte, aceptando, por primera vez, que Cristina no se iría con tanta facilidad. Por eso la dejé colarse en mi mente, vaciar los cajones de mi memoria

y esparcir los recuerdos por doquier.

Sentí sus besos en mis labios y sus dedos en mi espalda, dibujando mi tatuaje. La vi fruncir el ceño, cuando estaba enfadada y cuando estaba preocupada. Cosquilleó mi pecho con su pelo y su calor me abrazó la cintura. La vi morderse el labio inferior, la esquina derecha para provocarme y la izquierda cuando estaba indecisa. Sentí su cuerpo entero cobijarse en mí, erizándose la piel. La vi reír, la vi llorar. La vi correr, la vi luchar. La vi extenuada, después de hacerle el amor. Y extenuada, después de haber sido más fuerte que nadie.

Sentí el primer calambre en los antebrazos a la altura de Roses.

Quizá fue por el peso de todos los recuerdos que ella volcó sobre mí, o quizá por los kilómetros que yo había recorrido sobre la moto, pero el cuerpo empezaba a decir basta.

Salí de la autopista en la siguiente salida y me incorporé a la NII. Al reducir la velocidad y cambiar de postura, sentí, de inmediato, el alivio sobre los hombros y las muñecas, y decidí que podría llegar un poco más lejos.

Aún sentía su peso sobre mi espalda. Veía sus pequeñas manos sobre el depósito. Notaba sus piernas apretadas en mi cintura.

Y recordé todas las primeras veces. Solo las bonitas. La primera vez que la vi y la primera que la besé. La primera vez que se apartó el flequillo de la frente y que retorció un pie sobre el otro. La primera vez que me dijo te quiero y la primera que me llamó idiota. La primera vez que le hice el amor. Y la primera vez que la follé. La primera vez que dormí con ella. Y la primera que soñamos juntos.

Perdí el rumbo, enlazando rotondas y carreteras comarcales. Hasta que me vi entrando en Cadaqués. Casi el último pueblo al que podía llegar sin atravesar la frontera.

Y vi el mar. Su mar. Y supe que no podría volver a verlo sin acordarme de ella.

Entré en el primer hotel que encontré. El chico de recepción, apresurado, me entregó las llaves y me dijo que no me preocupara, que por la mañana ya formalizaríamos la reserva en el ordenador. Se limitó a recoger la VISA que dejé sobre el mostrador.

Lancé el casco sobre la cama de matrimonio y cogí el paquete de Winston y un mechero. Abrí las puertas del balcón y me senté en la silla de madera, con el cigarro ya encendido.

Eran las cinco de la madrugada.

Aspiré el humo del cigarro hasta sentir la quemazón en los bronquios.

Cristina estaba enraizada a mí tan profundo, que soltarla sería muy difícil. Porque estaba seguro de que, en el proceso, arrancaría también algún pedazo de mí. De hecho, ya había empezado a hacerlo.

Sentí la humedad colarse en las comisuras de mis labios. Los ojos me escocían y mi cara estaba completamente mojada. El llanto sobrevino en el mismo instante en que decidí no desviarme hacia la Ronda de Dalt.

Sabía que aquella sería la primera noche que dormiría desde que la había dejado. Me sentía débil, destrozado, consumido. Pero ahora, me negaba a dormir. Y es que dormirme era despedirme. Era dar paso a un nuevo día. El primero de verdad, sin ella. Porque ya no me llamaría, ni me escribiría, ni me vendría a buscar.

Hice lo que necesitaba, que era quedarme un rato más con ella. Mirando las olas romper en las rocas, viendo sus pies hundirse en la arena, oliendo el salitre en su pelo. A su lado.

Hasta que despuntó el alba y me metí en la cama.

Yo fui un lobo solitario. Ahora volvía a serlo.

Y si algo aprendí entonces, antes de ella, es que después de la tormenta, siempre sale el sol.

Absoluta soledad

Me metí en la cama nada más llegar a casa.

No sé aún cómo lo hice. Cómo conseguí mantenerme en el mismo carril, el central, de la Ronda de Dalt; aparcar el coche en el *parking* sin rozar la columna, enfilar mis pasos hasta casa y ponerme el pijama.

Subí las sábanas más allá de mi cabeza, construyéndome una guarida, y me abracé a la almohada. Conecté los auriculares al móvil y busqué en Spotify nuestras listas, deteniéndome en la titulada «Álex y Cris». Una recopilación de nuestras canciones, que solo escuchábamos cuando nos poníamos tiernos. Sobre todo, cuando después de alguna discusión, lo único que nos apetecía hacer era reencontrarnos.

Quizá Álex tuviera razón. Quizá habíamos seguido juntos solo porque nos habíamos empeñado en recordar, tantas veces, cuánto nos queríamos.

Fui adentrándome en ellas. Desde 2003 hasta 2011, rememorándonos. Escuchándonos descritos en las voces de tantos. Aquellas canciones fueron nuestras promesas. Las que no volveríamos a hacernos nunca.

Y ahora que él no estaba conmigo, todas tenían otro significado. Aquellas letras, aquellas melodías, que bailaron en la montaña rusa que había sido nuestra historia, se convirtieron todas, sin excepción, en una balada triste.

La realidad detonó de golpe, saltando por los aires, reventando los muebles. Ametrallándome con la certeza de que no volvería a sentir su voz grave vibrar en mi oído. Ni le descubriría una nueva peca en la nariz cuando llegara el verano. Ni acariciaría a contrapelo el remolino de su barba. No volvería a besarle con hambre. Ni a sostenerme en sus manos rudas. Ni a reflejarme en sus ojos verdes moteados con el ámbar de su fuego.

Él, que había sido durante tanto tiempo lo único que resistió en pie, en mi vida, se había ido. Él, que era el único que se había empeñado en llenarme los días de sueños, se había ido. Él, que había sido el puntal en el que me había apoyado durante años para mantener la entereza; por el que me había disfrazado con la fachada de una Cristina fuerte, que podía resistir a la vida, por muy hija de puta que esta fuera; se había ido.

Y no había vuelta atrás. Le conocía lo suficiente como para saber que no se desdiría de nada, ahora que ya había tomado su decisión. Y es que, para mí, seguía siendo suya, aunque me hubiera resignado a ella.

Y esta vez, no tenía a dónde agarrarme. ¿Qué sería de mí sin él?

Abrumada, sentí el absoluto de la soledad fluir por mis venas, alimentándose para crecer, de lo poco que quedaba de aliento en ellas. De lo poco que persistía de ilusión, de esperanza, de ganas.

Su ausencia me dejó vacía.

Él, se lo llevó todo.

Lo arrasó a su manera, como un ciclón. Como arrasó cuando decidió quedarse hacía ocho

años.

El vacío se cernía a mí alrededor, y yo, me agarré más fuerte a mi almohada. No era él, sin embargo, allí estaba. Me quedé enganchada a su presencia, que como siempre, lo ocupaba todo.

Y así, pasé la noche.

Llorándole.

Amándole.

Aferrándome a él.

Apoyando mi cabeza en su pecho, escuchando el lento palpar de su corazón, sintiendo su brazo alrededor de mis hombros, estrechándome contra él.

Porque imaginando aquello, parecía no existir su ausencia.

Porque imaginando aquello, creí que no caería.

Aunque, abajo, ya no había nada más.

«¡Que le jodan a la vida! ¡Qué le jodan mucho!», me desgarré.

(CONTINUARÁ)